
MALDITOS CEO
#2
MALDITO
MR. BLACK
ROMANCE DE OFICINA ENEMY TO LOVERS
ANNY PETERSON



MALDITO
MR. BLACK

MAFIA ROMANCE ENEMIES TO LOVERS

ANNY PETERSON



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra, ni total ni parcialmente, sin el previo aviso del autor. Todos los derechos reservados.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Los fragmentos de canción que aparecen se han utilizado para darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Titulo original: Maldito MR. BLACK
Copyright ©Anny Peterson, Primera edición Febrero 2026
Diseño de la portada: @Lady_fuxia

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE EL AUTOR

CAPÍTULO 1



El ambiente en la oficina es diferente los primeros días del año. En el aire flotan promesas que nadie sabe si podrá cumplir.

Y eso me incluye a mí.

Estoy en mi despacho, observando el ritmo vertiginoso de la ciudad tras el cristal, como suele hacer mi padre. La diferencia es que a la vez yo estoy mirando de reojo a Emily trabajar al otro lado.

Tiene el pelo recogido y esa expresión concentrada que me provoca una satisfacción casi peligrosa. Está feliz. Se le nota. Y me gusta saber que yo tengo algo que ver en ello.

La idea me reconforta… y al mismo tiempo me perturba. Porque no puedo dejar de pensar que vivo en una felicidad engañosa que solo existe justo antes de que todo se complique.

Hace un par de meses yo aún era «Marcus White», un CEO impecable que nunca perdía el control. Y ahora soy el hombre con un club lleno de secretos…, una deuda con la mafia italiana por salvarle el culo a un idiota con dinero y un hermano que casi provoca una guerra por celos de una mujer que no quiere nada serio con él…

Y por si fuera poco, también tengo una prometida preciosa al otro lado del cristal, que no tiene ni idea de hasta qué punto mi vida está sostenida por mentiras… Ni de cuántas cosas hago para protegerla de ellas.

«Feliz año nuevo, Marcus…».

Que viniera a trabajar con resaca era esperable, pero que viniera con una amenaza de muerte y un matrimonio concertado… no.

Pienso en la petición de los Rossetti y me pongo enfermo. Los malnacidos no quieren dinero, ni porcentajes, ni favores… Quieren lo único que no puedo darles: una jodida boda.

Apoyo la cabeza en el cristal durante un segundo porque necesito el contacto frío para no dejarme llevar por la desesperación.

Vuelvo a mirarla. Emily levanta la vista y me pilla observándola. Sonríe de una forma que me conmueve, haciendo un pequeño gesto, íntimo y secreto, que significa «luego».

Le devuelvo una leve sonrisa.

Y ahí está el problema.

Que todo lo que tengo con ella es real. Demasiado real como para jugar a dos bandas sin que alguien salga herido. Tengo que encontrar una solución. YA.

Me separo del cristal y marco una extensión interna desde mi mesa.

—¿Recursos humanos, dígame?

—Soy Marcus. Que Nick venga a mi despacho ahora, por favor.

—¡Ya mismo, señor! —exclama entusiasta el nuevo secretario de mi hermano. Contratar a un hombre como ayudante forma parte de su boicot contra las asistentes guapas.

Diez minutos después, mi hermano entra con un café en la mano y la energía de quien ha sobrevivido a la Navidad a base de sarcasmo y alcohol.

—¿Necesitas algo de verdad o solo querías comprobar si he venido a trabajar? —pregunta ladino.

—Cierra la puerta —ordeno misterioso.

Él obedece, arqueando una ceja.

—Vale. Esto pinta mal. ¿Qué he hecho ahora?

Se sienta frente a mi escritorio sin que se lo indique y lo miro fijamente. Aunque pueda parecerlo, Nick no es débil. A lo largo de los años ha demostrado que es peligroso. Pero él todavía no sabe cuánto.

—Tenemos un problema, Nicklaus… —empiezo.

—¿Problema nivel multa de aparcamiento o nivel cadáver?

—Nivel boda amañada.

Nick parpadea.

—¿Cómo…?

—Los Rossetti quieren una recompensa por habernos ido de la lengua con los Muratti. Y quieren sellar el trato a la antigua usanza… Familia con familia.

El silencio se estira entre nosotros.

—¿Qué coño significa eso? —pregunta, aunque lo intuye.

—Quieren casar a una de sus hijas con uno de nosotros…

—¡¿Qué?! ¿Con quién?

No respondo inmediatamente. Solo lo miro fijamente. Pero no importa cuánto lo observe, nunca dejaré de verle como a mi hermano pequeño. Uno que nació entre privilegios y al que se le permitieron demasiados errores, pero ha llegado el momento de que asuma alguna consecuencia de sus actos.

—Les da igual —simplifico. Y dejo que siga pensando qué sería lo más justo y conveniente dadas las circunstancias de mi vida amorosa.

Nick se remueve y cierra los ojos.

—Deberías haber dejado que se cargaran al cabrón de Gold…

Y ahí está. El Nick que temo. El que siente esa frivolidad por la vida cuando está acorralado. El que cree que, mientras no sea él quien apriete el gatillo, no cuenta.

—Dijiste que habías madurado, Nicky… Y madurar no es dejar que otros paguen por tus errores.

—Casarme me parece un precio demasiado alto por un fortuito ataque de celos…

—¿Fortuito? Llevas toda la Navidad arrastrando tu alma en pena.

Nick bufa y se pasa la mano por el pelo. Por el poco que le queda, después de que nuestro padre le exigiera cortárselo para Nochevieja porque empezaba a parecerse a Kurt Cobain.

—Debería ser yo quien se case. Todo esto es culpa mía… —dice de repente, sorprendiéndome.

El alivio me inunda las venas. No quería tener que pedírselo yo. Aunque para ser justos…

—No es solo tuya. Nunca debí dejar que entraras en el club…

—Deja de actuar como si yo fuera responsabilidad tuya —replica enfadado—. Si no hubiera abierto la bocaza, no estaríamos en esta situación.

Me recuesto en la silla, maravillado. ¡Es justo lo que queria oír!

—En otras circunstancias, asumiría sus condiciones sin rechistar —expongo—. Pero con Emily en la ecuación… no puedo. No soportaría hacerla sufrir.

Nick me mira como si no se creyera una palabra.

—Eso, y que tú estás más enamorado que la luna del sol —se burla.

No respondo. No voy a caer en sus provocaciones.

Nick suelta un suspiro largo.

—Está bien. Lo haré. Seré un puto White. ¿Qué tengo que hacer?

La aceptación cae con una facilidad que me inquieta. Pero no me permito pensar que, por su carácter infantil, si lo meto en un mundo que no entiende, ese niño puede convertirse en un monstruo…

—Este viernes en el Lux Noor les propondré a los italianos que seas tú quien ocupe el lugar del Regente en el trato. Te presentaré como un socio visible que me debe un gran favor. Pero nadie puede saber que eres mi hermano. Si descubrieran mi identidad, es decir, la del Regente, todo se vendría abajo. ¿Lo entiendes?

Nick abre la boca para protestar y la vuelve a cerrar.

—Sí… —dice finalmente poniéndose de pie con todo el peso de la decisión hundiéndole los hombros.

—Podrás divorciarte dentro de un año, más o menos…

—Descuida —me corta—. Mi vida amorosa no puede dar más pena ahora mismo. No tengo pensado usarla para nada.

Se marcha rápido, como si tuviera prisa por desmoronarse a solas.

Escucho el portazo. Igual que el resto de la oficina. Y vuelvo a mirar a Emily, que alza la vista como si presintiera que algo va mal.

En sus ojos hay muchas preguntas. Preguntas que, tarde o temprano, tendré que responder. O quizá no… porque tengo pensado llevarla a la negociación del viernes para que los italianos vean que no miento cuando digo que no estoy disponible.

Nick puede hacerse el duro y fingir que esto le da igual. Pero yo sé que, cuando este mundo lo acorrale y le hagan elegir entre obedecer o perderlo todo… puede salir a la luz una versión de él que me da escalofríos.

Y eso es lo que más me quita el sueño.

CAPÍTULO 2



NICK

Viernes por la noche

El Lux Noor siempre me recibe con la sensación de que cualquier decisión tomada aquí va a salirme cara… y no hablo de dinero.

Entro y lo primero que veo es a mi hermano con Emily en la barra.

No se besan ni se tocan de forma obscena. No hacen nada que merezca una mirada de advertencia, pero el vínculo es palpable.

Se miran como si ya no necesitaran demostrar nada por haber sobrevivido a algo juntos. Emily sonríe por algo que él le dice al oído y Marcus, el puto hombre de hielo, se lame los labios hambriento, como si no cargara con el peso del mundo sobre sus hombros, sino con una promesa de amor recién hecha.

Me alegro por ellos. De verdad. Y al mismo tiempo… me jode.

Me jode porque yo también quiero eso. Y porque, aunque me haga el tonto, sé reconocer un milagro cuando lo veo.

La imagen de Ava aparece en mi mente sin pedir permiso. Pero, como siempre, en un parpadeo, se convierte en Cherry. La única parte de ella que me deja alcanzar. Cada vez con menos frecuencia.

Echo un vistazo al local para comprobar si ha venido esta noche. Es viernes y no hay ni rastro de ella por ninguna parte. Tengo el presentimiento de que Ava ha dejado de venir. Y sé exactamente por qué…

Porque ya no quiere acostarse conmigo. No después de cómo la he tratado últimamente en la oficina…

El recuerdo me golpea sin permiso, como hacen las cosas que uno intenta enterrar deprisa y mal.

Justo después de que Marcus me dijera que tenía que asumir mis errores y casarme con la italiana, decidí que, si aquello iba a doler, al menos que fuera rápido.

Me acerqué a Ava con una sola intención: que me confirmara que no había nada que salvar entre nosotros. Necesitaba que me hiciera daño para poder ir a casarme con otra sin mirar atrás.

Desde que había vuelto al trabajo tras las vacaciones de Navidad, aún no la había saludado. Me había trasladado a otra planta como un adolescente cobarde, porque ver su cuerpo, su boca y esos ojos que siempre parecen saber más de lo que dicen, me hacían polvo.

Pero, tarde o temprano, el reencuentro sería inevitable.

Ava estaba en su mesa, concentrada, perfecta en ese papel de mujer eficiente que finge no sentir nada. Con una coleta alta, la espalda recta y el control absoluto. Justo lo contrario que yo en ese momento.

Me apoyé en su mesa como si el lugar me perteneciera.

—Feliz año nuevo… —dije despacio—. Pensé que esta semana te la tomarías libre para recuperarte de los excesos de las fiestas.

Ella alzó la vista, incómoda al verme, y ese microgesto fue suficiente para volver a abrir la herida.

—¿Qué quieres, Nick?

No me gustó que usara mi nombre en ese tono. No después de haberlo gemido en mi cama justo antes de reírse de mí por pedirle algo tan ridículo como una cita de verdad.

Así que hice lo único que sabía hacer bien: ensuciarlo todo.

—Nada importante —respondí—. Solo me preguntaba si durante las Navidades seguiste viendo a Gold. Tu nuevo amiguito…

Su silencio fue como una bofetada.

—Eso no es asunto tuyo —musitó fría.

Sonreí. Y estoy seguro de que no fue agradable verlo.

—Tranquila. Solo era curiosidad. Ya sabes… quería saber si habías sacado tiempo para follártelo otra vez entre cenas familiares y compras navideñas.

¡Boom!

—Eres un imbécil.

—Siempre lo he sido —repliqué encogiéndome de hombros—. Pero a ti nunca te ha importado demasiado con quién te acuestas, ¿no?

Vi un destello de ira en sus ojos y seguí provocándola. Necesitaba una coz más fuerte para despedirme de ella definitivamente.

—Déjame en paz, Nick. No sabes nada de mí.

—Te acostaste con Gold —mascullé—. Eso ya lo dice todo…

—No —replicó—. Eso dice todo de ti y de lo mucho que te dolió.

—No esperaba que fueras una viciosa sin sentimientos —escupí.

Me miró como si acabara de decidir que no merecía ningún tipo de compasión.

—Y tú eres un cobarde que prefiere llamarme puta antes que admitir que le importo.

Ahí casi me quiebro. Pero rematé:

—No significas nada para mí. Solo fuiste sexo sin frenos con cero implicación y cero alma.

Ella asintió, tranquila.

—Entonces, ¿por qué necesitas humillarme para convencerte de que ya no sientes nada por mí? Yo no te persigo. Ya he pasado página. Haz lo mismo.

Y ahí estaba. Exactamente lo que había venido a buscar. Ese desprecio. Ese latigazo de despedida.

Asentí despacio, como si me diera la razón a mí mismo.

—Muy bien. A partir de ahora te ignoraré. Hasta nunca, Ava.

Me giré antes de que pudiera responder y antes de que se notara que me estaba desangrando por dentro.

En ese momento deseé mirarla a los ojos y decirle que lo que no me dejaba olvidarla es saber que era Cherry, y que cada vez que la veía, la recordaba entregándose a mí en la penumbra del Lux Noor, sin reproches, sin nombres y sin mentiras… solo nosotros.

Pero me callé.

El dolor siempre ha sido un gran motor para mí. Sin él, soy un ser pasivo.

Vuelvo al presente y me doy cuenta de que el club sigue latiendo a mi alrededor, ajeno a mis dramas existenciales. Cherry no está. Pero mi hermano me ofrece una copa al llegar junto a ellos.

La acepto y bebo un trago largo.

Marcus me hace un gesto que indica que es la hora de renovarse o morir. Yo siempre he sido más de renovarme. Cambiar de tema, de cama y de vida si hace falta. Pero últimamente, siento que el mundo quiere obligarme a elegir. Y cuando me siento forzado… no siempre respondo bien.

Nos dirigimos a la sala privada de los Rossetti. Todas tienen un nombre y esta se llama Pleamar. El punto máximo de la marea donde el agua te llega al cuello… Hasta su nombre está pensado para intimidar.

No hay música ni camareros ni decoración innecesaria, solo una mesa de madera maciza, cinco sillas ocupadas y la certeza de que ya no hay marcha atrás.

En el centro está Giovanni Rossetti, el patriarca. Lo he reconocido porque Marcus me ha hecho aprenderme un puto dossier familiar. Como si entrara para examen…

El hombre tiene el pelo canoso y la mirada de alguien que ha mandado matar mil veces y nunca se ha ensuciado las manos.

A su derecha, está Luca Rossetti, el hijo mayor. Frío. Analítico. El único que piensa un poco en esta familia de fumados.

A la izquierda, está Matteo. El hijo problemático. El que sonríe cuando no debería, y al que se le va la mano en las peleas. Tiene una cara de loco que da miedo.

Y para completar la cúpula masculina de los Rossetti, hay un tipo de mediana edad que tiene pinta de llevar años sin hablar.

Pero el quinto miembro es el más importante: la chica. O mejor dicho, mi futura esposa. Parece demasiado joven como para pisar el Lux Noor, pero no lo suficiente para llevar un delantal sin nada debajo… Tiene un cuerpazo alucinante, pero su actitud no es sumisa, nos recibe de brazos cruzados y el ceño más fruncido que he visto nunca.

Marcus entra primero con Emily cogida de la mano. Detalle importante. A mí nunca me ha cogido de la mano para entrar a ningún sitio… En todo caso, me ha cogido del cuello, para sacarme. Pero supongo que eso también cuenta como gesto de amor.

Los italianos registran la señal amorosa con mala cara.

—Regente… —saluda el señor Rossetti—. Nos alegra que haya aceptado vernos tan pronto.

Marcus no responde al saludo. Se limita a sentarse frente a ellos.

Yo lo imito, consciente de que no soy bien recibido.

Luca es el primero en hablar.

—Nos vendiste a los albaneses sin consultarnos —expone directo —. Les confirmaste que nos habíamos cargado a Luan fuera del club. Y lo hiciste sin consultarnos.

—Eso no fue elegante —señala Matteo.

Marcus los mira sin mostrar miedo.

—Fue necesario. Había vidas en juego. Y si esperaba vuestro permiso, ahora mismo esta ciudad estaría contando cadáveres. Lo hice para que el Lux Noor no dejara de ser un terreno neutral.

—Pero nos pusiste en la línea de fuego —dice Giovanni entrelazando los dedos.

—Y también os he protegido —corrige Marcus—. Si los Muratti hubieran sabido que ocurrió dentro del club, la represalia habría sido inmediata contra tu hijo. Y habría sido justa.

Matteo ladea la cabeza, divertido.

—Pero ahora nos debes una —dice Luca al fin.

Marcus asiente una sola vez.

Giovanni me mira preguntándose quién coño soy yo. Me evalúa, me mide y me pesa, como si ya fuera un muerto solo por presenciar esta conversación.

—Creemos que nuestra petición es más que justa, Regente —dice el patriarca.

—Puede, pero hay un problema… —masculla Marcus.

—No me gustan los problemas —dice el viejo mirando a Emily.

No estaba seguro de que fuera buena idea traerla con nosotros, pero lo cierto es que sus manos unidas hacen que sobren las palabras.

Emily observa todo como si no entendiera qué hacemos aquí. Y de pronto lo comprendo… ¡Mi hermanito no ha tenido los huevos de contárselo antes y ella va a enterarse ahora!

¡Joder, Marcus…!

—Ella es mi prometida —revela Marcus.

Emily mantiene el tipo con esa dignidad tranquila que hace que los hombres peligrosos bajen medio grado la agresividad sin saber por qué.

La cara de la chica italiana transmite alivio al instante.

—¿Su prometida? —pregunta Giovanni extrañado, mirando a Marcus como si acabara de cambiar las reglas del juego a mitad de la partida.

—Sí. Desde antes de que me hicierais la propuesta —explica—. No puedo casarme con otra mujer. Ya he dado mi palabra.

El señor Rossetti frunce el ceño.

—Eso complica las cosas, Regente…

—No necesariamente —replica Marcus tenaz—. Solo cambia el nombre del futuro novio.

Se hace un silencio denso y me remuevo inquieto. Lo que hace que todos me miren. Incluso la chica. Genial…

—Explícate. Y rápido.

—Su petición no era un matrimonio por amor —empieza Marcus—. Era una alianza de poder. Sangre nueva que garantice silencio, lealtad y estabilidad. ¿Me equivoco?

—No se equivoca. —Asiente el señor Rossetti.

—Eso puedo ofrecérselo igualmente. Con otra persona.

La chica italiana me mira indignada.

—Fantástico… ¡¿Estoy siendo reasignada?!

—Silencio, Vittoria —ladra su padre.

Marcus la mira por primera vez directamente.

—No pretendía ofenderte. Solo creo que mereces saber la verdad.

—La verdad es que yo tendría que elegir —escupe ella.

Su padre aprieta los dientes.

—Vittoria… Ya hemos hablado de esto. El futuro de la familia depende de tu matrimonio, y no vamos a dejar que elijas a cualquiera.

—¡Me siento como un cromo intercambiable en un álbum de hombres poderosos!

—Nadie cree que lo seas —intervengo haciendo que todos se callen —. Y yo tampoco lo soy. Soy una alternativa. Una solución.

El señor Rossetti levanta la mano, pidiendo silencio.

—¿Quién es este hombre que habla en mi mesa, Regente?

Marcus me mira pidiéndome que le deje hablar a él.

—Es Nick White —explica con calma—. Socio capitalista de la casa Lux Noor. Y amigo de confianza. Si alguien lo toca, me toca a mí. Supongo que conocéis el imperio de joyería White Industries…

Uno de los Rossetti me observa como si estuviera valorando cuánto tardaré en mearme en los pantalones.

—¿Cómo sabemos que es de fiar? —pregunta otro.

—Yo respondo por él al 100% —dice Marcus sin parpadear—. Me debe un favor. Igual que yo a vosotros.

Hay silencio absoluto. El señor Rossetti sonríe despacio y mira a sus hijos. Luca se inclina hacia delante y asiente.

—Aceptamos el cambio. Él ocupará tu lugar en el pacto. —Me señala el patriarca.

—Vivirá en nuestro territorio —añade Luca—. Bajo nuestra protección y vigilancia…

Marcus no se inmuta.

—Habrá discreción absoluta respecto a él —exige mi hermano.

—Eso se da por hecho —repone Luca.

—Entonces estamos de acuerdo —dice Giovanni mirándome una última vez—. Bienvenido a la familia, señor White.

Perfecto… Objetivo desbloqueado. Soy oficialmente un cromo intercambiable en una guerra mafiosa.

—Esta es mi hija, Vittoria. Como ha podido comprobar, pura fiereza italiana. Si consigue domarla, bien por usted; es peleona.

Ella sostiene su cabreo.

La chica es guapa, la verdad sea dicha. Y parece de armas tomar. Tiene el pelo oscuro, la piel morena y pinta de que nunca le han temblado las manos para dar un bofetón a tiempo. Lleva un vestido sencillo pero caro, y una condena en la mirada que pesa tanto como su apellido.

—Es virgen —aclara el señor Rossetti como si fuera un valor añadido al contrato—. La boda será en un mes.

¿Un mes…? Joder, qué prisas. Pero asiento y finjo que mi vida no acaba de reducirse a una cuenta atrás.

Vittoria me mira sin deseo. Y me siento raro porque no estoy acostumbrado.

De pronto, pienso en Cherry. Bueno, en Ava. En su sonrisa peligrosa y contagiosa. En su forma de provocar. En que no se parece a ninguna mujer que haya conocido antes. Ninguna está a su altura.

Cuando la reunión termina, Marcus nos arrastra a otra sala privada llamada Limbo. Y sé que estoy a punto de ser testigo de una discusión de pareja.

—No digas nada —la frena Marcus en cuanto ambos se quitan las máscaras.

—¡¿Que no diga nada?! —exclama Emily enfadada—. ¡¿Cuándo te han pedido que te casaras con esa chica?!

—Hace una semana. Pero no iba a hacerlo.

—¡¿Y por qué no me lo has dicho antes?! —le recrimina, dolida.

Marcus suspira, cansado.

—No quería que te preocuparas —responde con honestidad—. Quería solucionarlo primero.

—¡¿Y que Nick se case es tu gran solución?!

—Es la única forma de proteger el club. Y a todos los que estamos dentro de él.

Emily me mira angustiada.

—No te preocupes por mí —digo deprisa.

—¡¿Cómo no voy a preocuparme?! Es un matrimonio forzado. Es horrible… ¿y tu felicidad?

Desvío la mirada como si no supiera a qué se refiere.

—¿Qué más da? Haga lo que haga no voy a ser feliz, Emily. Y esto me lo he buscado yo solito. No puedo dejar que Marcus siga cubriéndome. No sería justo para vosotros…

Emily mira a Marcus con más dureza.

—No vuelvas a dejarme al margen de algo así nunca más —dice.

Marcus no lo discute. Solo asiente. Sabe elegir sus batallas.

—Te lo prometo.

Mi hermano se endereza y recupera la postura de Regente, un hombre que no puede permitirse grietas demasiado visibles.

—Ahora tengo que ocuparme del club… —musita—. ¿Qué vas a hacer tú, Emily? ¿Me esperas en mi habitación o…?

Ella le da un beso breve en la mejilla, cargado de cosas que no puede decir delante de mí.

—No. Me voy a ir —anuncia—. He quedado con Ava en su casa.

Mi estómago da un vuelco al oír su nombre. ¿En su casa? Mierda… Otra noche más sin verla.

—¿Todo bien? —le pregunta Marcus, fingiendo normalidad.

—Sí… —responde ella fría—. Mañana nos vemos.

Se despide de nosotros y se pierde entre la gente, dejando tras de sí un rastro de calma peligrosa.

Marcus chasquea la lengua y se aleja en dirección contraria, para convertirse en Regente de nuevo antes de que pueda preguntarle nada. Y yo me quedo solo, en medio del Lux Noor, con una boda pactada, una amante ausente y la absurda esperanza de que mañana la veré. Porque estoy seguro de que Emily va a contarle que tengo los días contados como soltero…

Y me asusta pensar que, ahora mismo, su reacción es lo único que me mantiene cuerdo.

CAPÍTULO 3



AVA

Cuando Emily toca el timbre, intuyo que algo va mal.

No porque venga sin avisar, sino porque lo hace un viernes por la noche y con una botella de vino bajo el brazo.

El vino es la señal universal de «necesito contarte algo chungo».

¿Habrá discutido con Marcus? No me extrañaría. Son dos bombas de relojería supermonas dándose piquitos…

Trato de adecentar el salón para recibirla, porque está plagado de juguetes, ropa y comida… Cualquiera pensaría que soy un desastre al verlo. Y con razón.

En el trabajo soy orden, control y precisión pura. Pero en mi casa… la historia es distinta.

Aquí los cojines nunca están donde deberían y siempre hay una Cola Zero olvidada en alguna superficie imposible. Hay pinturas de colores por el suelo, mantas mal dobladas y ese desorden cálido que hace que sea un hogar real.

Mi casa parece un caos, pero es un refugio. Aquí no finjo que no me importan las cosas. Aquí me permito sentirlas todas.

Yo decido qué entra en mi vida, qué se queda fuera y dónde coloco las cosas para que no me hagan daño. Es un talento que se perfecciona a base de abandonos.

La gente confunde ser fuerte con ser fría. Pero yo no soy fría. Yo soy una mujer que aprendió demasiado pronto que nadie te salva, así que más te vale salvarte tú…

El padre de mi hija fue el primero en enseñarme que hacer promesas es fácil, pero cumplirlas, no tanto.

Desde entonces, los compromisos me dan urticaria.

La expresión «para siempre» me parece una estafa emocional. Y los hombres que dicen «voy a quedarme» suelen ser los que luego hacen la maleta sin avisar.

Yo no me alejé de Nick por falta de ganas, me alejé porque sé lo rápido que puedo perder el control cuando algo me importa. Y yo no

puedo permitirme perder el control con una hija durmiendo al otro lado del pasillo.

Por eso me funciona tan bien el sexo sin expectativas. Ese estado amoroso en el que te tiras a todo lo que deseas sin consecuencias debería tener su propia casilla en los formularios oficiales.

Emily, en cambio, es lo contrario a mí. Por eso la quiero tanto.

La conocí el primer día que entró en White Industries con esa mezcla peligrosa de educación, inteligencia y una capacidad insultante para no darse por vencida.

Me cayó bien en exactamente tres segundos. Todo un récord en mi mundo de desconfianza.

Emily no necesita controlar nada para sobrevivir. Ella observa, aprende, y cuando abre la boca, suele tener razón.

Cuando la vi enfrentarse a Marcus White sin temblarle la voz, supe que estaba perdida. Que no tendría escapatoria de él. Porque a nadie le irrita tanto alguien que no le interesa.

Marcus la miraba como si fuera un problema que no encajaba en su mundo… Lo desordenaba tanto que le atraía sin remedio. Y yo, que soy experta en dinámicas de poder y hombres convencidos de que lo tienen todo bajo control, vi venir su historia de amor desde lejos.

Hay mujeres que se enamoran como quien se tira a una piscina. Yo lo hago como quien entra en un edificio en llamas: comprobando salidas de emergencias, calculando daños y eligiendo qué me voy a llevar cuando todo explote.

Unos golpes en la puerta me avisan de que Emily ha llegado.

Abro descalza, con una camiseta vieja de un grupo que ya ni existe y el pelo recogido en un moño que no puedo desenredarme.

—Vengo con alcohol —anuncia, levantando la botella.

—¿Qué es esto, una emboscada emocional?

Ella sonríe y la dejo pasar.

La acomodo en el salón y voy a por unas copas para el vino.

Lo sirvo sin preguntar. Emily juega con ella, dándole vueltas al líquido como si estuviera buscando el valor para hablar en el fondo.

—Suéltalo ya. ¿Qué pasa?

Me mira con cara de circunstancias.

—Ava…

Decir mi nombre con esa pausa hace que me atraviese una punzada de dolor. Sé que precede a una frase que voy a fingir que no me afecta.

—Si vas a decir algo horrible, dilo rápido, Emily. Tengo una hija, una hipoteca y cero paciencia para el drama innecesario.

Mi amiga suspira.

—Vale. Lo diré sin rodeos. Nick se ha prometido.

Al escucharlo, algo dentro de mí se rompe.

Pero lo peor es que el mundo no deja de girar. No se detiene, no dejo caer la copa de mi mano, no me atraganto ni hago ninguna escena digna de telenovela turca. Me limito a parpadear despacio, como si así pudiera reorganizar la información antes de que me llegue al corazón.

—Ajá —digo sin más—. Vaya… Qué… eficiencia.

—Ava…

—No, en serio —continúo impasible—. Esto le pega a Nick. «¿Me han rechazado? ¡Pues me comprometo con la primera que pase!». Genial… Me alegro mucho por él.

Bebo sin respirar. Un trago largo. Demasiado largo.

El vino me quema el esófago al bajar como un tsunami.

—No ha sido exactamente su decisión —explica Emily—. Es… complicado.

—Todo lo que involucra a Nick White lo es —afirmo—. Incluidas sus pestañas innecesariamente perfectas…

Emily sonríe, pero no se relaja. Me conoce demasiado bien. Y sabe que estoy usando el humor como mecanismo de defensa.

—Sé que para ti Nick no fue solo sexo, por mucho que te empeñes en decir lo contrario.

Levanto la mirada despacio.

—No siento nada por él —sentencio—. Y si lo sintiera, sería irrelevante. Ahora está prometido. Fin de la historia. Siguiente tema.

—Ava… —insiste Emily—. Tú le importas. Si no quieres perderle, es el momento de decir algo o callar para siempre.

Me río. Pero es la risa de quien se pone una armadura a toda prisa antes de plantearse hacer una estupidez.

—Nick está enamorado de la idea de enamorarse —intento razonar —. Le gusta el drama, el fuego y lo imposible. Es parte de su encanto… Pero ni siquiera sabe quién soy de verdad, Em. No me conoce.

Me levanto y empiezo a recoger cosas que no hace falta recoger. Arrugo una servilleta limpia. Cambio el móvil de sitio. La clásica huida doméstica a la que recurro para no seguir pensando.

—Quizá tú no le hayas dado la oportunidad de conocerte…

Me freno de espaldas a ella y lo pienso un segundo.

Pienso en Nick y en su porte de buena cuna, en su mirada confiada, que no le teme a nada, porque siempre hay alguien con poder al otro lado dispuesto a sacarle de cualquier problema. Pero yo soy una persona real. Errática. Con recursos finitos y vulnerable a la mala suerte… Definitivamente, pertenecemos a mundos distintos.

—Em… Lo nuestro funcionaba porque no iba a ninguna parte. Porque no había expectativas ni promesas ni mañanas incómodas donde la realidad se imponía. Pero lo jodió el día que quiso más…

Me giro para mirar a Emily, pero no emite juicios, en apariencia.

—¿Y por qué seguiste acostándote con él? —cuestiona.

Callo, porque no sé qué contestar a eso. Solo sé que se acabó.

—Por si te interesa, ya no lo hago. Lo he dejado del todo.

—¿Te das cuenta de que hablas de él como si fuera una droga?

—Es que se parece mucho. Suelo hacerme adicta a cosas que no me convienen… Y él no me convenía. Ya estoy dejando atrás el periodo de abstinencia.

—Eso no es superarlo, Ava.

—No. Es sobrevivirlo —corrijo—. Pero Nick White es peligroso. Fue lo primero que te dije cuando lo conocí. Lo llamé Mr. Black, ¿recuerdas? Y su padre me lo advirtió después, pero como soy débil…

—¿Su padre?

Maldigo mentalmente por revelar eso.

—Yo no quiero nada serio, Emily. Lo sabes. No quiero anillos, ni bodas, ni promesas hechas bajo la luz de la luna. Tengo una hija y una vida que funciona porque no dejo que nadie la desordene… Y mucho menos, un millonario mimado acostumbrado a destrozarlo todo.

Respiro hondo intentando olvidar que otra afortunada va a sentir esa tormenta entre sus piernas durante el resto de su vida… Y esa chica también se enamorará de él, porque Nick entra en tu espacio como si ya le perteneciera… y lo peor es que tu cuerpo le da la razón.

Emily se levanta y me da un abrazo impulsivo, de esos que no intentan arreglarte, solo sostener la pena contigo.

—Solo prométeme una cosa —dice seria.

—¿Cuál?

—Que no te estás mintiendo a ti misma por miedo al amor.

Sonrío de medio lado con ironía y cansancio.

—Podría hacerlo. Soy la mejor mentirosa del mundo. Mi doble vida lo demuestra —digo mirando alrededor.

—Todavía estás a tiempo de impedirlo, Ava…

—No quiero impedirlo —digo desviando la vista—. Solo quiero brindar por las relaciones sexuales imposibles que se complican justo cuando no deberían.

Alzamos las copa, las chocamos con una sonrisa y bebemos.

Pero mientras el vino baja por mi garganta, oigo una voz en mi interior: «Cuando fuiste al Lux Noor en Nochevieja, no fue por sexo».

La verdad es que no tenía planeado volver a acostarme con Nick cuando abandoné la fiesta en el Club de Campo.

Nick dijo que me tenía superada con una copa en la mano, una sonrisa horrible y esa voz que solo usa cuando se está mintiendo a sí mismo. Y aunque era muy evidente, me dolió que pudiera ser verdad.

Horas después, sentada en la cama, con el pelo suelto y la casa en silencio, me convencí de que no era amor lo que me empujaba a querer ir al Lux Noor, sino la necesidad de comprobar si aquellas palabras habían sido reales o solo era una proyección de mi orgullo herido.

Así que me vestí como Cherry. Una mujer que no pregunta ni exige. La única con la que Nick es sincero de verdad. Y me presenté en el Lux Noor.

Cuando me vio, no sonrió ni fingió sorpresa. Simplemente me tomó de la mano y me llevó a un reservado donde el mundo parecía una idea lejana.

Noté enseguida que no estaba sobrio. Pero yo tampoco… Había necesitado bastante alcohol para soportar sus miradas de reproche durante toda la noche.

—Esperaba que vinieras… —murmuró cerca de mi oído—. Pensaba que estarías en alguna fiesta glamurosa.

—Lo estaba. Pero necesitaba desconectar de ese ambiente.

No mentía. Toda la noche fue asfixiante hasta ese momento.

Nick alcanzó mis labios despacio, no como otras veces. No había prisa ni juegos previos. Había algo distinto. Una tensión contenida, como si se estuviera rompiendo por dentro y yo fuera la grieta perfecta por donde todo empieza a ceder.

Apoyó su frente en la mía con cuidado y dijo en un susurro roto:

—No sabes cuánto te necesitaba esta noche…

Me quedé inmóvil.

—¿Por qué? —alcancé a decir.

—Porque estoy enamorado de alguien que no puedo tener —continuó—. Y necesito sentirla a través de ti. Como si fueras ella. Porque estoy hecho polvo y necesito sentirme mejor…

El aire se me quedó atascado en los pulmones.

—Igual deberías dejar de pensar en ella, ¿no?

—Es justo lo que quiero. No pensar más. Solo quiero sentir… Engañar a mi cuerpo y que deje de sufrir por un momento. ¿Me harías ese favor, Cherry?

No pude negarme. Porque yo también quería volver a sentirle para convencerme de que no era para tanto. Que no me estaba perdiendo nada que pudiera tener con otro.

Le dejé desnudarme despacio y que posara su boca en cada centímetro cuadrado de mi cuerpo, disfrutándolo al máximo. Y cuando encajamos, más resbaladizos que nunca, entendí que aquello no iba de cuerpos, ni siquiera de sexo. Iba de cómo me observaba, como si cada gesto mío fuera importante para él. Como si estuviera usando mi piel para escapar del dolor y sentir durante un segundo que no se estaba rompiendo por dentro.

Jamás había follado tan despacio, intentando evitar el lugar exacto para alargarlo lo máximo posible. Estuvimos encajados más de una hora porque no queríamos que terminara.

Sus manos no buscaban dominar, buscaban asegurarse de que yo seguía ahí. De que no iba a desaparecer cuando cerrara los ojos.

Y eso fue lo que me destrozó.

Nick no estaba tratando de olvidar a nadie, estaba intentando convencerse de que sentir así todavía era posible…

No me besó con hambre, lo hizo con miedo. Con una especie de silencio espeso en el que los dos sabíamos que aquello no iba a solucionar nada. Y aun así, lo hicimos.

Cuando todo terminó, me vestí deprisa.

No porque no quisiera quedarme, sino porque si me quedaba un segundo más, no sabría cómo recomponerme de aquello.

—¿Por qué te vas siempre tan rápido? —preguntó decaído.

No le miré.

—Tengo que irme —dije sin más.

Salí del reservado con el corazón en la garganta, sabiendo que esa noche había cruzado un límite invisible y que ya no podía seguir jugando. Que sentir así era peligroso. Y que, si quería sobrevivir a Nick White, aquella tenía que ser la última vez que nos acostáramos.

Tenía que alejarme de él para siempre. Por el bien de los dos.

Sin embargo…

Ahora, sentada frente a Emily en mi salón, escuchándola decir que Nick está prometido, siento que todo vuelve a arder con fuerza.

«Prometido»… La palabra me atraviesa como un navajazo limpio.

Sonrío como si no me importase. Claro que sonrío… Soy experta en fingir que todo va bien.

—Me alegro de que todo haya acabado. De verdad —digo.

Pero por dentro siento otra cosa. Y entiendo, con una claridad aterradora, que necesito volver a sentirle. Al menos una última vez…

Para despedirme o para perderme del todo en él. Todavía no lo he decidido.

CAPÍTULO 4



NICK

Nunca he sido de pensar demasiado las cosas.

Pensar suele ser el primer paso para joderlo todo, y hoy no estoy para sabotajes mentales.

Me miro al espejo mientras me ajusto la pajarita en un acto reflejo, aunque sé que acabaré aflojándomela antes de llegar al coche.

Estoy prometido.

PROMETIDO, joder.

Y yo soy muchas cosas… pero nunca he sido dócil. Y cuando intentas atar a un animal salvaje, no lo domesticas, lo cabreas más.

Prometido, en mi caso, no suena a amor. Suena a deuda.

Suena a Vittoria Rossetti de espaldas a mí cuando nos dejaron a solas para «sellar el noviazgo», según ellos.

Son gente muy rara… Con extrañas costumbres muy arraigadas.

—No lo entiendo —le dije sin rodeos—. Si tú no quieres…, ¿por qué permites que te casen con un desconocido?

Estábamos siendo observados a través de un cristal, pero Marcus me aseguró que no podían oírnos.

Vittoria me sostuvo la mirada como si llevara toda la vida entrenando para no parpadear cuando alguien intenta intimidarla. Sus ojos eran oscuros, inteligentes y vivos. Pero había algo más detrás de ellos. Algo afilado que acechaba en la oscuridad.

—Tengo veinticinco años —dijo con calma—. Dentro de nada, ya seré demasiado mayor para serles útil.

Fruncí el ceño.

—¿Útil para qué?

—Para ayudar a la familia.

—Eso suena a excusa bonita para venderte como si fueras un botijo.

Ella soltó una risa seca.

—Bienvenido a mi vida, White. Si eres mujer y has nacido en el seno de la mafia, es tu deber. Me han criado como si fuera una caja fuerte con piernas…

Me quedé mirándola sin saber qué contestar.

Y entonces añadió, como si tuviera un talento natural para clavar puñaladas:

—Y tú no estás en mejor situación. Si te han encalomado este marrón, es que eres la putita del Regente…

Esa frase me arrancó una sonrisa involuntaria. Vittoria tenía chispa. Mucha.

Pero mi hermano no me estaba utilizando… Yo mismo me lo había buscado por bocazas. O eso pensaba entonces…

—No soy la putita de nadie —repliqué—. Soy un sacrificio voluntario.

—¿Voluntario? Qué heroico —ironizó—. En mi familia, desde que naces, les debes la vida. Te crían, te protegen, te dan un apellido… y luego te recuerdan que todo eso tiene un precio.

Se me borró la sonrisa de golpe. Porque, joder… eso tenía mucho sentido para mí.

—Visto así, se parece a mi vida —Sonreí de medio lado—. Pero mi padre no me obliga a casarme con nadie.

—¿Ni siquiera con tu trabajo?

Me quedé quieto. En ese momento me di cuenta de que Vittoria es una de esas mujeres que te hacen pensar con la cabeza en vez de con la polla…

—Todos los matrimonios son un contrato —expuse intentando sonar más filosófico de lo que soy—. El amor es otra cosa.

Ella se abrazó los antebrazos. Y el gesto llamó mi atención. No cuadraba con su pose insensible. Era el de alguien conteniéndose para no romperse.

—Mi padre siempre dice que el amor es un lujo que solo pueden disfrutar los que no tienen responsabilidades.

—¿Y tú estás de acuerdo?

—No. —Su respuesta fue inmediata—. Pero tampoco tengo el privilegio de haberlo vivido…

Me miró como si esa frase fuera una confesión que no debería estar haciendo.

—Nunca han dejado que nadie se acerque a mí. Me quieren virgen… y se asegurarán de que siga siéndolo hasta que saquen algún beneficio de ello.

Noté algo raro en el pecho. Una rabia e impotencia extraña contra la que nunca había tenido que luchar. Yo siempre había hecho lo que había querido sin importar las consecuencias.

Me acerqué a ella, confidente:

—¿Y qué pasaría si te negaras? —susurré tentador, como ese diablo que se planta en tu hombro cuando estás a punto de hacer una locura.

Vittoria soltó aire por la nariz.

—Tendría que huir lejos. Pero me encontrarían, y luego… —Negó con la cabeza, como si ya hubiera visto ese final—. Mi padre nunca pierde, White. Solo cambia de estrategia.

—Llámame Nick, por favor.

Sus labios se curvaron apenas.

—Vale, Nick. —Y, joder… en su boca mi nombre sonó distinto. No a deseo, ni a odio, sonó a complicidad.

Ese nuevo vínculo me hizo querer ayudarla, y me apoyé en ella, bajando la voz, como si estuviéramos conspirando contra el mundo.

—No tiene por qué saberlo nadie. No dejan que nadie se acerque a ti, pero… ¿y si lo hicieras tú?

Vittoria frunció el ceño.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Que aproveches este mes. —Me encogí de hombros—. Haz lo que te dé la gana, Vittoria. De verdad. Sal. Respira. Elige. Aunque sea una vez en tu puta vida.

En ese momento me sentí generoso. Pero en realidad lo hice porque, si ella era libre… yo también.

Sus ojos se clavaron en los míos, alentada por mis palabras.

—Después de la boda, estaremos más vigilados —continué—. Y tendrás que conformarte conmigo…

—Eso será hasta que te mate y herede tus millones.

Un silencio horrible se instaló entre nosotros. Y de pronto, se echó a reír.

—¡Estaba de broma!

Pero algo en sus ojos me advirtió que era muy capaz de matar.

—Me caes bien, White.

—Soy Nick.

—Vale, Nick. Eres guay, en serio, pero no voy a fingir que te quiero.

—Perfecto. Pero es mi deber informarte de que es muy fácil quererme…

Vittoria me estudió un instante, y luego remató:

—Y tampoco voy a dejar que me toques.

—Genial. Mi pene y yo estábamos deseando oír eso en voz alta.

Vittoria soltó una carcajada y fue la primera vez que la vi parecer como realmente era. Una loca, como yo.

—Estaremos casados y seremos amigos —dictaminó—. Una alianza estratégica.

—A mí me va bien. —Me encogí de hombros—. Nunca he tenido una amiga que pudiera matarme si se aburre.

Vittoria dio un paso hacia mí con una sonrisa.

—Ahora tenemos que besarnos.

—¿Qué?

—No se quedarán tranquilos hasta que lo hagamos —señaló el cristal con la cabeza.

Alcé una ceja.

—¿Por qué tenemos que hacerlo?

—Para poder acusarte formalmente de que me cortejaste si luego te echas atrás o te pillan con otra…

—¿Cortejarte? ¿Quién usa ese verbo hoy en día?

—Mi familia es mafiosa, Nick. No moderna.

—Joder… —bufé alucinado.

—¿Tan horrible te resulta besarme? —preguntó con un punto de dolor en la voz—. ¿Soy tan repulsiva?

Esa pregunta no fue arrogancia. Era una herida. Esa chica tenía un trauma bajo sus capas de asesina en serie.

La miré con algo parecido a la pena.

—Claro que no…. Cualquier tío sería afortunado de besarte.

Ella parpadeó rápido, como si odiara que esa frase le afectara.

—Prométeme una cosa, Nick White… —Se colgó de mi cuello con una confianza falsa, pero había algo vulnerable en el gesto.

—Tú dirás.

—No me tengas lástima. No soy una víctima. Solo soy alguien que haría cualquier cosa para escapar de su familia…

Nuestros labios se encontraron sin más preámbulos. Pero no fue un beso de verdad. Fue más bien un gesto político. Frío y breve. Y al separarnos, tuve la certeza de que Vittoria no estaba eligiéndome a mí, estaba eligiendo sobrevivir a Giovanni Rossetti. Y en eso… nos parecíamos más de lo que me habría gustado admitir.

Pero esta noche de sábado necesito justo lo contrario.

Necesito ir al Lux Noor y sentir a Ava por última vez. Necesito despedirme de ella, y confío en que ella también, porque seguro que Emily se lo ha contado, esa chica no sabe mentir, y Ava tiene un radar para los cotilleos que ni la CIA.

Anoche fingiría que no le importaba que me casara con otra.

Se dormiría intentando convencerse de que no siente nada por mí. Diciéndose que esto confirma que hizo bien en no querer nada serio con un loco como yo.

Pero sé que Ava no soporta ser una segundona. Y tampoco es propio de ella desaparecer como lo ha hecho desde Nochevieja.

He comprobado sus accesos al club y Cherry es una constante cada fin de semana. Es metódica y puntual, como si venir aquí fuera una terapia que no puede permitirse romper.

Esta semana, en la oficina, ha estado robótica hasta doler. Como si hubiese decidido amputar su alma por una cuestión de prioridades. Y eso me jode más que un rechazo frontal.

Entro en el Lux Noor pasada la medianoche. El lugar vibra como siempre: música baja, luces que ocultan intenciones y miradas que prometen cosas que nadie va a cumplir…

Me muevo entre la gente con la seguridad de quien sabe que aquí no tiene que fingir nada. Y de pronto, la veo.

Es como una estrella fugaz que atraviesa mi campo de visión y me deja sin aire.

El pelo rizado y corto. Máscara. Y un mono negro de pantalón corto que parece diseñado para que me arrepienta de cada puta decisión que he tomado en mi vida hasta ahora…

Es ella. Es Cherry. Es Ava.

No pienso, solo actúo. Mis pies van directos a ella como si hubiera nacido para perseguirla.

La siento tensarse al verme, pero la cojo de la mano sin decir nada y deja que la arrastre conmigo hacia un lugar más íntimo.

En cuanto pisamos el reservado, cierro la cortina como si el mundo nos sobrase. La música llega amortiguada, lejana. Perfecta.

Le doy espacio. Porque si voy hacia ella con las ganas que le tengo… me conozco. Y prefiero que me busque ella antes de que me vuelva peligroso.

Me acomodo en un sofá rectangular con respaldos asimétricos.

—Pensaba que no volvería a verte…

—No he podido venir antes —responde. Y su voz no es la de Ava, sino la de Cherry. Más neutra. Más honesta. Más vulnerable.

—Lo único que quiero saber es si has estado pensando en mí…

Me mira a través de su precioso antifaz. Sus ojos son tan expresivos que los reconocería en cualquier parte. O eso me digo. Pero la verdad es que estuvo engañándome semanas mientras yo sufría por no tenerla en la oficina. Porque cuando no sabía que era ella, me fijaba más en otras partes de su cuerpo que en sus ojos.

—Mentiría si dijera que no te he echado de menos… —confiesa.

La verdad se me clava en las entrañas.

Es todo lo que necesito oír para abalanzarme sobre ella. Pero no lo hago, porque necesito que ella me reclame después de tanta hostilidad por su parte en la vida real.

—Pues no lo parece… Si me echaras de menos, ya estarías sobre mí.

Ella se acerca lentamente ante la indirecta y se queda delante sin llegar a tocarme.

—¿Qué hay de esa chica de la que estabas enamorado? ¿Ya la has olvidado?

Me pienso muy bien qué contestar. Intento entender por qué se ha presentado hoy aquí. Qué busca. Y tengo claro lo que quiere oír.

—Sí. Del todo. Ya tengo una nueva chica en el punto de mira…

Un gesto extraño contrae su rostro de forma milimétrica. Y notarlo me devuelve la fe en todo lo que creía perdido. Está celosa. Y que me perdone todo el mundo, pero los celos también son amor.

La agarro suavemente y hago que se cierna sobre mí. Nuestras bocas encajan como dos imanes de polos opuestos y ruedo para ganarle la posición en el colchón.

No porque quiera dominarla, sino porque necesito sentirla contra mí. Mis manos se apoyan a ambos lados de su cabeza y mi nariz roza la suya. Respiramos el mismo aire durante un segundo eterno.

—Mírame… —le pido en voz baja.

Ella abre los ojos. Están vidriosos y algo rojos. Y aun con la máscara, me mira como nadie más lo ha hecho nunca.

—Aunque haya otras, tú siempre serás mi debilidad, Cherry…

La beso despacio. Sin urgencia. Como si quisiera memorizar la forma exacta de su boca antes de que desaparezca para siempre.

Mis labios bajan por su mandíbula, por su cuello, y ella arquea el cuerpo con un gemido que no intenta disimular.

Me encanta cómo se ofrece a mí. Y quiero pensar que no se entregaría de la misma forma a cualquiera.

Este no es un beso más, es un beso para recordar el día de mañana. Un beso de manos que se buscan como si hubieran pasado meses y no días. De bocas que se reconocen sin verse.

De pronto, recuerdo fugazmente que estoy prometido. Que podría haber consecuencias si me pillaran. Pero también pienso que, si voy a arder en el infierno, al menos que sea por un buen motivo.

La giro y la aprieto contra mí, su espalda encajando en mi pecho, mi mano deslizándose por su cintura con la familiaridad de quien ya sabe exactamente dónde tocar y como hacer que la ropa desaparezca sin darnos cuenta.

La beso desde atrás, lento, profundo, y ella apoya la cabeza en mi hombro como si ese fuera su sitio natural.

Y entonces sucede.

Ese momento exacto en el que dejamos que algo dentro de nosotros se afloje y nuestros cuerpos se reconozcan.

Cuando me recibe dentro de ella, no hay brusquedad, solo ese encaje perfecto que me hace cerrar los ojos sin querer. Pero lo que me mata no es el placer, sino lo fácil que se me olvida que estoy roto cuando estoy dentro de ella. Como si, durante unos segundos, mi mundo no fuera una guerra, sino una mujer respirando conmigo.

El gemido que se le escapa de los labios me llega al alma. Y la forma en que se aferra a mis brazos, a mi cuerpo, como si no quisiera que me fuera nunca de ella, termina de convencerme.

Esto no es solo deseo. Es… alivio. Pero ¿de qué?

No pienso en lo que tendré que hacer en un mes. Ahora estoy aquí. Con ella. Sin importarme nadie más.

Me muevo despacio, marcando el ritmo, dejando que cada gesto sea una conversación silenciosa entre nosotros. Sus labios buscan los

míos a ciegas, como si necesitara comprobar que sigo queriéndola, y yo la beso con una ternura que no sabía que me quedaba.

Cherry se entrega de forma totalmente consciente de quién soy yo y eso es lo que más me ata a ella…

Cuando llegamos al clímax, no hay palabras. Nunca las hay.

Pero ella se recompone rápido, como si el ritual exigiera distancia inmediata. Y antes de separarse, apoya su frente en la mía un segundo.

—Esto se acaba aquí… No puedo volver a hacerlo.

En ese instante entiendo que, en este rincón oscuro de un club que no perdona, no puedo dejarla marchar. Porque con ella me siento en casa. Y es imposible renunciar a eso.

—No te vayas todavía —gimo frustrado—. Quédate un poco más. Disfrutemos el uno del otro todo lo posible esta última noche…

—No quiero complicarlo más…

—Eso dices siempre. Y aun así, vuelves.

Se detiene un segundo. Lo justo para que mi esperanza haga algo estúpido, como brillar con más fuerza.

—Hasta siempre… —musita con tristeza.

Y se va sin mirar atrás. Sin dudar. No se permite flaquear ni un momento más. Camina como caminan las personas que han decidido sobrevivirse a algo.

Me quedo solo en el reservado, con el eco de su perfume y una verdad clavada en las costillas. Que mañana, cuando la vea cruzar la oficina con el pelo recogido y la mirada firme, fingiremos que esto nunca ha pasado.

Yo aceptaré mi papel de hombre intacto.

Y ella, el de mujer indestructible.

Mentiremos bien. Siempre lo hacemos. Pero hay mentiras que se enquistan… Y sé que nunca podré dejar de buscarla, aunque haya jurado que esta era la última vez.

Hay mujeres que te cambian el eje del mundo.

Y Ava acaba de hacerlo conmigo.

CAPÍTULO 5



Camino por el pasillo lateral con el pulso firme y la cabeza fría, en modo Regente.

Nadie me mira, no se atreven. Aquí abajo saben que cuando avanzo así, no soy un hombre, soy una consecuencia.

Aparto la cortina del reservado sin anunciarme.

Nick me mira desnudo sobre un sofá rectangular como si acabara de atropellarle un camión. Hay cosas que no hace falta decirlas, basta con leerlas en la piel. Y lo conozco demasiado para no ver que está en modo kamikaze.

—¿Te has vuelto completamente gilipollas? —digo agresivo.

Mi tono es el de alguien que ha enterrado a gente por mucho menos.

Nick deja caer la cabeza de nuevo como buen fan de la autodestrucción.

—¡Estás prometido, joder! —continúo—. ¡A una familia que no pregunta, te pega un tiro directamente si cree que no guardas celibato igual que la novia!

—Lo siento…

—¡Eso no sirve de nada! —exclamo enfadado—. ¡¿Sabes qué pasará si alguien te ve aquí, haciendo esto? ¿Sabes qué pasará si los italianos creen que te estás riendo de ellos?

Mi hermano cierra los ojos como si no le importara una mierda.

—¡Que te matan! —rujo—. Y luego vienen a por mí. Y después, a por cualquiera que nos importe un poco…

Nick traga saliva. No parece borracho. Solo derrotado.

—Lo siento, de verdad… —repite.

Aprieto la mandíbula.

—¡No vale de nada que lo sientas! Vístete y ven conmigo.

En cosa de minutos, lo llevo a mi despacho, una habitación más allá de la sala de cámaras de vigilancia, desde donde he visto cómo se lo montaba con Cherry con todo lujo de detalles…

—¿Qué coño se te pasa por la cabeza, Nick? ¿O es por la polla? ¡Vas a conseguir que nos maten a todos, joder!

Se pasa una mano por la cara. El mismo gesto de cuando éramos jóvenes y la liaba parda. Pero en esas ocasiones no había sicarios armados por el medio.

—Necesitaba estar con Cherry… —empieza.

—¡Me importa una mierda! Tienes que hacerte responsable de una puta vez, Nick. ¡Y dejarte de caprichos!

—Ella no es un capricho.

—Sí, claro…

—Cherry es Ava —sentencia bajando la cabeza.

La información me golpea como un tren de alta velocidad.

—¿Qué has dicho…?

Nick guarda silencio. Mi mente empieza a elucubrar consecuencias nefastas.

—¡¿Desde cuándo lo sabes?!

—Desde que la vi acostarse con Gold. No le he dicho que lo sé. No podía… Era la única forma de… —se interrumpe y piensa—. De no perderla del todo. Ella sabe que soy yo. Y sigue haciéndolo, aunque luego en la vida real me ignore.

Lo miro fijamente.

—Por eso estabas tan jodido y no podías olvidarla…

—Tenía que despedirme de ella. Todo ha sido muy precipitado.

Pienso en los Rossetti. En el club. En las reglas que ya he roto y en las que aún me quedan por romper a tenor de las novedades.

Porque un recuerdo me golpea… La llamada del proveedor de condones defectuosos. El cálculo mental que hice y que decidí guardar en un cajón que no quería abrir porque Cherry no era mi problema. Pero Ava… Ava es una de los nuestros.

Nick sigue hablando, pero apenas lo escucho. Si le digo algo ahora, lo destruiré del todo. Pero si no lo digo… puede que después sea peor.

Lo miro hecho un lío. No sé qué coño se han dicho en esa habitación del pecado, pero Nick está destrozado. Y cuando está así es muy destructivo. Su Mr. Hyde particular. El puto Mr. Black…

Tomo una decisión de la que sé que más tarde me arrepentiré.

—Escúchame bien —Le cojo la cara—. Esto se acaba aquí. No volverás a tocarla en el club. No puedes arriesgarte. ¿Me oyes?

—Pero…

—No es una petición. Es una orden. Y ahora vete a casa directo.

Mi hermano asiente sin estar convencido. Y desde luego, no feliz.

Me giro para irme, pero antes de salir, añado:

—Reza para que nadie haya visto nada hoy o estamos jodidos.

Cierro la puerta tras de mí y camino por los pasillos con la expresión intacta, el paso firme, y el papel de Regente perfectamente ajustado. Pero por dentro, estoy fatal.

El tablero acaba de cambiar y no sé cuál puede ser el siguiente movimiento. Solo sé que si esto se sabe, puede costar vidas. La de Ava, la de Nick, la mía…

Pienso en decirle a Emily que Cherry es Ava, pero está demasiado implicada. Ava es su mejor amiga… Y no sé si esta vez callar me

convierte en un monstruo o en el único que aún intenta salvarnos a todos.

Saco el móvil del bolsillo y lo desbloqueo.

El nombre de Emily aparece en favoritos. Y no puedo evitar escribirle:

Marcus:
¿Vienes a casa esta noche?

Lo borro. Demasiado frío y directo.

Vuelvo a escribir:

Marcus:
No quiero estar solo esta noche. ¿Te vienes a mi casa?

Borro otra vez. ¡Parezco un puto cachorro desamparado!

Al final, opto por la versión cobarde y honesta a partes iguales:

Marcus:
¿Te apetece dormir conmigo esta noche?

Lo envío antes de arrepentirme y el visto aparece rápido. Demasiado rápido. Tardo un segundo en recibir su respuesta.

Emily:
Hoy no.

Mi mandíbula cruje.

Emily:
Me quedaré en casa de mis padres.
Quiero estar un poco con ellos.

Mentira. Solo es su manera silenciosa de castigarme. Su forma elegante de decir: no me gusta que me ocultes cosas.

Esto no es una pelea, es una distancia consciente. Que duele mucho más. Tecleo:

Marcus:

Lo siento.

Y cuento con que entienda a qué me refiero. Ella tarda más en contestar esta vez.

Emily:
Lo sé.

Esa frase me jode más que cualquier reproche.

Apago el móvil y me agarro el puente de la nariz.

No me gusta ocultarle cosas a Emily. Pero me aterra que le salpique este mundo, que pague por decisiones que no son suyas y que un día deje de mirarme como me mira ahora.

Prefiero cargar yo con el peso, aunque eso signifique alejarla un poco de mí.

Me digo que me merezco dormir solo esta noche, que ya la veré el lunes en la oficina. Pero aun así, su rechazo pesa más que cualquier amenaza que haya escuchado en este club.

Porque perder el control del Lux Noor sería grave.

Pero perderla a ella… Eso sí que no podría soportarlo.

CAPÍTULO 6



Siempre he pensado que, cuando estás en peligro, se nota.

Hay una vibración en el aire. Una especie de aviso invisible para los que no pertenecemos al mundo de la mafia, como cuando entras en una habitación y sabes que acabas de interrumpir una conversación importante.

Pero el Lux Noor no avisa, y eso me inquieta bastante.

Desde fuera, parece un capricho caro: una fachada discreta sin rótulos innecesarios. Dentro, sin embargo, todo es exceso calculado.

Luces sugerentes. Materiales que no reconoces pero sabes que la mayoría no podría pagar, y gente que no mira porque no necesita hacerlo…

Me ajusto la chaqueta y avanzo como si supiera exactamente qué hago aquí. Pero no lo sé. Aunque fingir seguridad siempre se me ha dado extrañamente bien. Es una habilidad infravalorada. Si me dieran un premio por aparentar que controlo mi vida, necesitaría varias vitrinas.

El hombre de la entrada me observa un segundo más de lo normal. No pregunta mi nombre. No lo necesita. Aquí nadie entra por casualidad. En este sitio entras porque alguien ha decidido que puedes hacerlo.

O porque aún no saben que no deberías…

Sonrío con educación e intento parecer inofensivo. Suelo serlo.

Avanzo entre sombras, copas y cuerpos que se rozan sin tocarse del todo. El Lux Noor está entrenado para no morder… salvo que lo provoques. Y yo he venido a provocar.

Busco algo. O a alguien. No lo tengo muy claro.

Pero desde que me secuestraron hay una pregunta que no me deja dormir.

¿QUIÉN ES EL REGENTE?

Vale, son dos:

¿POR QUÉ ME SALVÓ LA VIDA?

La noche que me rescató del infierno no pude verle la cara. No vi nada, en realidad. Solo oscuridad, ruido y violencia contenida. Pero oí su voz. Una voz grave. Controlada. Poderosa…

Una voz que había escuchado antes. La de Marcus White. Y la recuerdo porque sonaba como alguien al que debes obedecer. Cuando yo pongo esa voz sueno como un capullo integral que se dedica a robar bocadillos a la hora del recreo…

Me dije que era imposible. Que White era muchas cosas, pero no estaría metido en algo así de turbio… ¿verdad?

No tiene necesidad de regentar un sitio como este. ¿O sí…?

Me acerco a la barra y pido un whisky *on the rocks*. Me sirven mi marca favorita sin preguntar. Otro detalle inquietante.

—No deberías estar aquí… —dijo una voz a mi espalda.

No me sobresalto. Por fuera. Pero por dentro, mi corazón hace una voltereta muy poco digna.

Me giro despacio.

Y veo que el hombre que tengo delante es… decepcionantemente normal. Elegante, sí. Imponente, también. Pero no parece un villano de película. Y eso es lo que más miedo da.

—Me lo dicen mucho —respondo, intentando bromear—. Pero no aprendo y siempre vuelvo.

El tipo no sonríe. Es verdad que en mi cabeza sonaba mejor.

—Estás metiendo las narices en sitios que no te incumben.

—Soy un tipo curioso.

Su mirada se endurece.

—La curiosidad mata, ¿lo sabías?

—A los gatos. Pero yo soy más un perro. Leal. Un poco torpe. Buen pelo…

El hombre se acerca un paso más a mi, sin llegar a invadir.

—Si quieres seguir vivo —dice despacio—, deja de investigar.

Trago saliva.

—¿Es una amenaza?

—Es un consejo.

Nos miramos un segundo más. Siento una presión extraña en el pecho, como si hubiera vuelto al momento del secuestro.

—¿Nos conocemos? —pregunto sin poder evitarlo.

El hombre me observa como si acabara de confirmar algo.

—No —responde—. Y más te vale que siga siendo así.

Se da la vuelta y se pierde entre la gente.

Yo me quedo quieto, con el whisky intacto y una frustración infantil creciendo dentro de mí. Odio no saber. Odio que me traten como a un niño curioso al que hay que apartar del fuego. Siempre me he sentido demasiado prescindible para que me expliquen nada.

Y, sobre todo, odio tener tan buen oído. Porque he reconocido esa voz, y era la del tío que me secuestró.

Bebo de golpe el contenido de mi vaso sabiendo que es una mala idea… Pero necesito apagar el miedo, y hacer algo estúpido y humano que me devuelva a mi zona de confort.

Es entonces cuando la veo.

Morena. Delgada. Elegante sin ningún esfuerzo… No está exhibiéndose como otras mujeres del club. Ella no busca miradas, solo las recibe.

Está sentada sola en la barra, con una copa intacta y una expresión aburrida. Como si la vida no fuera más que una eterna espera.

Nuestros ojos se cruzan y me sorprende que no aparte la mirada.

Algo dentro de mí me dice que es una mala decisión. Otra. Pero eso nunca me ha detenido.

Me acerco con mi mejor sonrisa, esa que suele funcionar porque no promete nada peligroso.

—Tienes cara de que alguien te ha dicho que no deberías estar aquí —bromeo—. A mí acaban de decírmelo, pero al verte me han entrado ganas de quedarme…

Ella me observa, evaluándome como si fuera una pieza que acaba de llegar a una subasta.

—Me lo dicen todos los días —contesta—. Pero esta noche he decidido desobedecer.

Me gusta su voz. Es fría, segura y nada complaciente.

—Me llamo Gold. David Gold.

Ella arquea una ceja.

—Se supone que aquí dentro nadie usa su verdadero nombre…

Cierto. Pero cuando una mujer te mira como si pudiera romperte en dos sin despeinarse, el instinto te pide sinceridad.

—Entonces llámame Keni.

—¿Keni?

—Por Kenia —improviso—. Allí descubrí mi primer yacimiento de oro.

Lo digo con una ligereza ensayada… pero me siento patético al necesitar recordarle a una desconocida que tengo dinero para justificar que me deje acercarme. Como si ser yo no bastara.

Ella se limita a mirarme de arriba abajo, despacio. Y no siento que esté admirando mi reloj, los zapatos o la cartera. Me está mirando a los ojos, percibiendo la forma en que he intentado hacerme grande para no parecer vulnerable. Es como si lo viera todo.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad?

—¿Del Lux Noor o del planeta Tierra?

—De ninguno —dice con una mueca parecida a la diversión—. Los hombres de aquí se creen intocables. Y tú parece que has venido buscando una razón para que te toquen.

Mi sonrisa flojea.

Joder. Qué puntería…

Debería negarlo y hacerme el chulo, pero por primera vez en mi vida me apetece ser sincero.

—Quizá tengo un talento natural para meterme donde no debo…

—O quizá te creas invencible porque eres rico —replica.

Mierda. ¿Es eso cierto? ¿Estoy coqueteando con la muerte porque me siento a salvo por ser rico… o es porque el Regente vino personalmente a salvarme?

—¿Y tú? —contraataco, intentando recuperar el equilibrio—. ¿Por qué estás aquí?

La morena baja la vista hacia su copa sin beberla.

—Porque hoy me apetecía cometer un error voluntario.

—Eso suena a que tu vida es bastante peor que la mía.

—Mi vida no importa… —dice levantando la mirada.

Y entonces lo entiendo… No como una chica buscando una noche loca. Sino alguien que necesita una salida… aunque sea hacia el fuego.

Se levanta, deja la copa en la barra con un gesto elegante, y pasa por mi lado rozándome apenas el brazo.

El contacto es mínimo. Pero mi cuerpo entero se pone en alerta.

—Ven —dice sin mirarme—. Si seguimos hablando aquí acabarás muerto.

Yo parpadeo.

—¿Eso era una invitación o una amenaza?

Ella gira la cabeza lo justo para regalarme una mirada que podría incendiar una iglesia.

—Las dos —sonríe diabólica. Y se aleja.

Y yo, la sigo. Por supuesto. No solo por ese culo respingón enfundado en un vestido imposible… Sino porque es la primera vez que una mujer me mira como si no pudiera comprarla. Y eso… me pone más de lo que debería.

Subimos a una zona privada donde las puertas se abren con tarjetas especiales.

Ignoro el hecho de que esto suene a que me van a robar un riñón, y pienso en si será una chica de pago…

Decido que no me importa. Ahora mismo pagaría lo que fuera por olvidar que corro peligro, y sobre todo, que ese peligro me resulte tan adictivo.

La habitación parece diseñada para que nadie pregunte nada al día siguiente. Ni siquiera tú mismo frente al espejo.

Dentro, el silencio es distinto. Más íntimo. Más definitivo.

No nos besamos enseguida, como se esperaría de una secuencia así, sino que ella se quita el vestido con calma, como si el gesto tuviera algún significado ceremonial. Se queda en ropa interior. Con el conjunto más bonito que he visto en mi vida, debo decir. Y me quedo mirándola con una mezcla de fascinación y pánico muy personal.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, porque necesito anclar la escena a algo humano antes de que mi cerebro se desconecte del todo

Me mira con una tranquilidad que no pega en una habitación como esta.

—Es peligroso que lo sepas… Pero puedes llamarme Rania. Como la reina de Jordania. Me encanta esa mujer. Evoca liderazgo, belleza, introspección y sabiduría.

—Te va de maravilla, porque tú pareces todo eso… y más.

Ella atraviesa el espacio sin esperar más y me besa.

Es un beso decidido. Sin duda. Sin ningún tipo de juego previo. Como si hubiera estado esperando ese momento toda la vida con demasiada paciencia.

Después todo ocurre muy rápido. Demasiado…

Se deshace de mi ropa entre besos y respiraciones entrecortadas, y tengo la extraña sensación de ser un invitado, más que un participante. Como si ella tuviera una lista mental de cosas que hacer y yo fuera una parte del proceso.

No me deja tocarla como me nace, ni marcar el ritmo.

No se toma su tiempo para volverme loco. Ni me provoca para llevarme al límite y que me la folle con más ganas. Esto no es

seducción. Es logística. Y yo no soy bueno con las instrucciones.

Pero la realidad es que mi cuerpo no necesita demasiada explicación para reaccionar cuando una mujer así decide que te quiere en su cama. Con que me respirara cerca, ya estaría perdido…

Que se quite el sujetador y unos pechos perfectos y erectos, listos para alimentar a toda una guardería, aparezcan en mi campo de visión hace que la boca se me llene de líquido.

Mi dureza ahora es extrema.

Me empuja sobre la cama y yo obedezco. No es que tenga mucho de sumiso, pero, honestamente, estoy demasiado impresionado como para discutir. Y menos cuando me agarra del pelo y conduce mi boca hasta uno de sus pezones.

Mi autocontrol salta por los aires y la agarro con ganas. Nunca he probado unas tetas así. Tan llenas, tan altas y tan blanditas que me quiero morir.

Mis manos las estrujan sin poder evitarlo, y ella suelta un gemido sorprendido que me chiva que lo ha disfrutado. Pero al momento, huye. Mis manos intentan acariciar su cintura, su espalda, cualquier sitio que me permita sentir que esto también me pertenece un poco…, pero ella continúa apartándose y empiezo a notar que algo no encaja de verdad.

—Quítame las bragas —ordena seria. Es la única prenda que queda en escena. Y lo hago despacio, con las yemas de los dedos rozándole la piel. Una maldita piel de melocotón, que parece suave por fuera y jugosa por dentro. Fantaseo con morderla donde deseo y que su jugo me manche toda la cara.

La agarro del culo para atraerla hacia mí y juro que no me importaría matarme en esas curvas… Pero una vez mas, ella se aleja como si le incomodara que la tocara.

Antes de que pueda decir nada, me agarra la mano con sus dos dulces manitas, porque encima tiene unas manos preciosas, claro, faltaría más, y la guía hacia una esquina de la cama donde me esperan unas cintas acolchadas.

—Si quieres disfrutar de mí, tendrá que ser atado —dice seria—. Te prometo que no lo olvidarás nunca…

Me quedo callado un segundo.

Porque mi primera reacción es pensar: «¿Vamos a tener sexo o a hacer un ritual satánico?».

Nunca he sido muy fan de las *femme fatale* con látigo que retrasan tu orgasmo hasta que lloras, pero hoy me siento a merced de la suerte, y si hay algún lugar donde podría probar algo así, supongo que es en el Lux Noor.

—Vale —digo, tragando saliva—. Pero si acabo muerto, quiero que quede claro que yo venía con buenas intenciones.

Ella no sonríe. Solo se inclina sobre mí, y mientras maniobra con las cintas, la sola visión de su cuerpo moviéndose con esa seguridad me mantiene donde estoy. Me hace sentir vivo. Despierto. Y completamente excitado.

La expectación de lo que me hará también ayuda.

Porque estar oficialmente retenido desata la misma emoción que una apuesta incierta: puede que flipe y gane un premio extraordinario o puede que sea desagradable y pierda.

Pero a partir de ese momento, todo se vuelve extraño e inusual.

Podría haber empezado besándome, o habérmela mamado un rato para ponerme frenético. Podía haberse tocado ella misma para lubricarse. Podía haber hecho muchas cosas… pero cuando quiero rectificar, ya es tarde.

Demasiado tarde…

La veo resoplar y mirar mi polla, no con el cariño que esperaba, sino como si fuera el enemigo.

Si ahora mismo sacara una cizalla, no me sorprendería…

Y mi ego, que normalmente tiene la capacidad de asumir con flexibilidad situaciones límite y sobreponerse a ellas, empieza a levantar la mano para pedir permiso para marcharse de mi cuerpo.

Justo después, se pone a horcajadas sobre mí e intenta colocarme un condón como si estuviera vistiendo a un muñequito.

El «¿necesitas ayuda?» se me queda atascado en la garganta cuando veo cómo levanta el culo e intenta «encajársela» como si pretendiera echarse gasolina.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto perplejo.

—Shhh… Silencio. Estoy intentando metérmela. —Mi shock es máximo, sobre todo cuando dice—: Mierda… ¡¿Por qué no me cabe?!

¡Me ha parecido que la tenías pequeña!

—¡¿Perdónnn…?! —Mi alma abandona mi cuerpo por un segundo, pero vuelve por puro orgullo. Intento soltarme, sin éxito.

—Un poco de paciencia. Lo conseguiré —masculla intentando encajarnos de nuevo. Observa mi miembro de cerca como si el problema estuviera en él—. Joder… ¿Por qué tu polla lleva abrigo? —pregunta refiriéndose a mi prepucio—. ¡Haz que salga! Está ahí escondida. ¡La veo!

Mis ojos amenazan con salirse de sus órbitas. ¿Abrigo?

¡¿QUÉ COJONES…?! ¡¡ESTO ES SURREALISTA!!

—¿Es una broma…? —digo esperando que haya una cámara oculta en alguna parte.

De pronto, noto que me manipula con la mano y el glande cede.

—¡Ahí está! —celebra contenta—. Allá voy de nuevo. Seguro que ahora sí funciona.

—¡¿Cómo?! ¡¿Es que no lo has hecho nunca?!

—No, pero lo he visto muchas veces, en las porno. Estate quieto.

—¡ESPERA…! —grito removiéndome mientras se dispone a coronar. Intento zafarme de las ataduras, pero no hay manera—. ¡Suéltame, por favor…!

—Si no te importa, prefiero que sigas atado. No es nada personal contra ti. Es contra los hombres en general.

Consigue adentrar mi glande en su cavidad y la sensación no me deja pensar en nada.

—¡Creo que ha entrado! —exclama feliz.

«¿CREO?». Hostia puta…

—Ahora solo queda juntarnos hasta el fondo.

—¡NO…! ¡ESPERA! ¡Te harás daño…!

Se deja caer y encaja su cuerpo en el mío con un golpe seco que me duele hasta a mí. La presión brutal e inesperada de la penetración nos deja sin aire a los dos. No es placer, es… sacrificio.

Noto la rigidez de su cuerpo. Y su cara es la misma que pondría si alguien acabara de hundirle un cuchillo en las tripas.

El dolor ahogado escapa de sus pulmones en forma de grito y yo la miro aterrorizado.

Sus ojos tardan pocos segundos en llenarse de lágrimas. Y cuando suelta un sollozo algo dentro de mí se desploma.

—No te muevas —le digo rápido, con la voz tensa, porque de repente ya no importa nada, solo quiero que no se haga más daño—. Quédate quieta o será peor. Espera a que se pase el dolor.

—Dios mío… —lloriquea ella mirando hacia abajo, como si esperara encontrar su cuerpo serrado en dos.

Pasan segundos hasta que reúne valor para incorporarse despacio.

Al hacerlo, deja un reguero de sangre que mi cerebro tarda un segundo en procesar. «Era virgen». Aunque me lo olía por el comentario del abrigo…

—¿Estás bien? —pregunto preocupado.

Ella no responde. Ni me mira. Se viste con la misma calma con la que se desnudó. Sin vergüenza. Sin reproches. Como si no existiera.

—Gracias —dice, ajustándose el vestido. Pero no suena a gratitud. Es como si acabara de completar una tarea pendiente.

—¿Cómo que gracias?

Ella se da la vuelta y sale de la habitación sin mirar atrás. Y sin atender a mis gritos de «¡Espera! ¡No me dejes así! ¡Desátame!».

Me quedo solo. Atado. Aturdido. Con mi ropa por el suelo, mi dignidad en el subsuelo y el orgullo en coma. Con la sensación exacta de haber cruzado una línea de vergüenza que no sabía ni que existía.

Me quedo en silencio, con la sospecha, cada vez más clara, de que el Lux Noor no me ha dejado entrar por error. Quería algo de mí. Algo más que mi cuerpo. Algo más que mi dinero. Quería que le debiera la vida. Y yo nunca he sido bueno devolviendo favores.

Pero quizá… haya llegado el momento de aprender.

CAPÍTULO 7





El lunes entro en mi despacho y todavía me parece raro que sea mi despacho.

No porque no me lo haya ganado, sino porque este edificio tiene memoria, y durante meses me ha visto llegar con carpetas ajenas, cafés de otros y responsabilidades que no eran mías. Pero ahora la placa con mi nombre está bien centrada en la puerta, sin el diminutivo «junior» delante.

Solo se lee:

Emily Harper. Departamento de Estrategia comercial.

Y eso, en White Industries, no es poca cosa.

Dejo el bolso sobre la mesa y miro alrededor con una satisfacción silenciosa. El despacho no es enorme, pero tiene un ventanal por el que entra luz natural y una mesa que no cojea.

Todos aquí se han enterado ya de que soy la prometida del jefe. Pero no me miran mal, sino con ese respeto que solo aparece cuando saben que estás donde estás porque lo vales.

Enciendo el ordenador y voy hacia la cafetera del pasillo. Creo que soy de las pocas personas que adoran los lunes. El café. La rutina. Una ilusión breve de normalidad antes de que el día empiece a torcerse.

—Buenos días, jefa —me dice alguien al pasar.

Sonrío. No me acostumbro al término, pero me gusta.

Cuando vuelvo con el café, Marcus está apoyado en el marco de mi puerta como si ese fuera su sitio preferido en el mundo.

Está más guapo que de costumbre. O será que he estado dándole largas todo el fin de semana por la encerrona que me hizo con los Rossetti y mis hormonas están burbujeando.

Lleva uno de mis trajes predilectos y esa presencia que invade, aunque no diga nada. Tiene el móvil en la mano y una sonrisa que conozco demasiado bien. Me tiene ganas.

—Llegas tarde, Harper —dice sin más.

Miro el reloj con teatralidad.

—Solo son las ocho y cinco.

—Eso es llegar tarde —responde, siguiéndome dentro del despacho —. Pero te lo perdonaré si me besas.

Había planeado hacerle sufrir un poco más hasta que me citara en su gimnasio, pero no aguanto. Llevo deseando besarle desde que discutimos sin discutir.

Encajo nuestras bocas porque sé que nadie aquí se escandaliza ya por vernos. Y porque Marcus cachondo es una tentación poco ética para la productividad empresarial.

Nos frenamos por el bien de nuestra ropa interior.

—¿Contenta con tu despacho nuevo? —pregunta, agarrándome de la cintura y recorriendo el espacio con la mirada.

—Mucho. Y no tiene nada que ver con ser la prometida del jefe de departamento —digo con ironía—. De hecho, estoy segura de que me lo han dado por mi encanto natural.

—Más bien por tu cerebro —añade él sin dudar.

Le miro. Ese tipo de comentarios son peligrosos. Me hacen bajar demasiado la guardia. Y sigo enfadada.

—Cuidado, White. Sigues en cuarentena por haberme mentido.

—No te mentí. Solo oculté información para que no te estresara.

De repente, su móvil vibra.

Marcus baja la mirada a la pantalla y hace un gesto raro. Genial… Más secretos.

Me libro de él para darle otro sorbo a mi café y apoyo la cadera en la mesa, observándolo con tranquilidad.

Hasta que lo veo intentando disimular su inquietud.

Es un cambio sutil. Marcus no es de grandes reacciones. Pero hay algo en la forma en que tensa la mandíbula, en cómo tarda medio segundo de más en bloquear el móvil, que me pone en alerta.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Sí… —responde demasiado rápido.

Ajá.

—Llevo suficiente tiempo contigo como para saber que cuando dices «sí» así, alguien acaba muerto o detenido…

Marcus arquea una ceja.

—No seas dramática.

—Soy precavida —corrijo—. ¿Qué pasa?

No contesta. Se guarda el móvil en el bolsillo interior del abrigo y se acerca un poco más, como si la proximidad pudiera borrar la conversación pendiente.

—Tengo una reunión en diez minutos —dice—. Luego hablamos.

Ese «luego hablamos» es la frase favorita de los hombres que controlan demasiadas cosas a la vez.

—Marcus —digo, tranquila pero firme—. ¿Qué te ha llegado?

Me observa un instante. Y se hace un silencio que no es indecisión, sino cálculo puro y duro. Está valorando sus opciones. Los riesgos. Los daños colaterales. Y le dejo ver en mis ojos que se la está jugando.

—¿Desde cuándo hemos empezado a hacer esto? —digo bajando un poco la voz—. ¿Desde cuándo me dejas fuera de tu vida?

Marcus suspira. Se pasa una mano por la nuca, un gesto que no hace en público casi nunca y me mira preocupado.

—Emily…

—No digas nada —le interrumpo con suavidad—. Solo dímelo. O enséñamelo.

Hay algo en mi tono que lo convence. No es una amenaza. Es una advertencia.

Marcus saca el móvil otra vez. Lo desbloquea y me lo tiende.

—Lee. No es nada. Un *email* de trabajo.

Cojo el teléfono y veo un mensaje largo. Bastante técnico y frío. Es de una empresa de suministros para el Lux Noor. A simple vista inofensivo. Pero yo sé leer muy bien entre líneas.

«La incidencia detectada en el Lote XJ-47…».

«Se recomienda activación de protocolo de seguridad».

Tardo un segundo en entenderlo.

—¿Hay una incidencia con los profilácticos del club? —pregunto en voz baja.

Marcus no responde.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Qué más da? Son problemas rutinarios.

—¡¿Rutinarios?! ¿Habéis avisado a los clientes?

Marcus guarda el móvil. Su voz, cuando responde, es control puro.

—Eso sería un caos. Y los preservativos solo son eficaces en un 99% de las veces.

—¡Marcus! ¡Esto es grave!

—Ya he cambiado de proveedores. Si lo anunciáramos, sería el quiebre del Lux Noor. La mayoría de la gente usa sus propios medios anticonceptivos. Y no es tan sencillo que alguien se quede embarazada. Tienen que alinearse muchos factores…

—¿Y las enfermedades de transmisión sexual?

—Para eso está la penicilina y sucedáneos.

—¡Pero, Marcus…!

—¡¿Qué quieres que haga?! —ruge—. ¡No siempre se puede hacer lo correcto! ¡Supondría el fin! ¡¿Es eso lo que quieres?! ¡¿Qué harías

tú en mi lugar?! ¡Y sé sincera!

Me enfada lo guapo que se pone cuando tiene razón. Y este es el tipo de problema que no debería tener una mujer decente un lunes por la mañana…

Me acerco un paso a él.

—Marcus, no puedes… —busco la palabra adecuada—. No puedes decidir qué información merecen los demás o no.

Su mandíbula se tensa un milímetro. Es su aviso de «cuidado».

—No he decidido nada todavía. Solo estaba confirmándolo.

—¿Confirmando qué? ¿Que el silencio también mata?

Mis palabras salen antes de que las endulce. Y me arrepiento al momento, porque la mirada de Marcus cambia. Y no es rabia. Es algo peor: ese dolor viejo que no se permite sentir.

Vi ese dolor asomarse una vez, como un animal que enseña la garganta y luego se arrepiente.

—Tienes que decírselo a Nick. Me consta que él sí los ha usado.

Marcus exhala despacio.

—Nick está… inestable ahora mismo.

—Solo está enamorado —digo, y me sorprendo a mí misma diciendo la palabra con tanta certeza.

Marcus se inclina un poco hacia mí, como si intentara compartir el peso sin admitir que no puede con ello.

—No quería preocuparlo… —expone.

—No. No querías perder el control —corrijo con suavidad. Y me odio por acertar tanto.

Marcus se queda callado. Y yo, por primera vez en la conversación, siento ganas de pedir perdón.

Porque lo quiero tanto que odio hacerle sentir mal. Debería estar más centrada en mí misma y menos en memorizar cómo respira cuando está triste.

—¿Cómo sabes que Nick los ha usado? —dice de repente mirándome serio.

Me quedo quieta.

Y ahí está. La daga envuelta en terciopelo.

—¿Qué?

—Tú lo sabías… —deduce—. Sabías que Ava era Cherry, ¿no?

Siento el calor subir a mis mejillas. ¡Maldita sea! ¡Claro que lo sabía! Y claro que me lo callé. Por Ava. Es mi amiga. Y no podía meterme donde no me correspondía.

—¿Cómo te has enterado? —pregunto alucinada—. ¿Lo sabe Nick? Porque eso podría ser el detonante de una guerra emocional.

Marcus me observa con esa calma que tiene cuando está evaluando si algo es peligroso o no. Y sé que no le gusta que yo lo sea. Porque le importo.

—¿A qué esperabas para contármelo, Emily? —dice enfadado—. ¿Yo tengo que contarte mis mierdas y tú no?

Su pregunta es acusatoria. Pero también parece herido. Como si le doliera que yo le ocultara cosas.

—¡No es lo mismo! ¡Esto no era asunto nuestro! —respondo—. Esperaba que a Nick se le pasase pronto el encoñamiento…

Marcus suelta una risa sin humor.

—¿Cómo se le va a pasar si siguen acostándose? Él lo sabe desde hace tiempo. Y que tengan sexo en el club, mientras ella le rechaza fuera, solo alimenta su obsesión.

—Por Dios… —Me tapo la boca. ¡¿Nick lo sabía?!

—Tú tampoco eres doña perfecta. Has dejado que mi hermano sufriera…

La frase cae entre nosotros como un cristal roto.

Bajo la mirada un segundo sintiéndome fatal. Soy consciente de cómo ha estado Nick este tiempo. Sufriendo en la sombra, usando su sonrisa vacía como si fuera un chaleco antibalas.

Levanto la vista.

—Precisamente por eso hay que decírselo. Ava puede estar embarazada. Podría ser la excusa perfecta para que dejen de huir.

Marcus guarda silencio. Y yo sé lo que está haciendo: calculando el daño y las posibles rutas de escape. Es Marcus. Lo hace incluso con los que ama.

Me acerco a él y lo abrazo.

—No podemos permitirnos discutir —digo casi en un susurro—. Pero tampoco podemos permitirnos mentir…

La expresión de Marcus se suaviza un poco.

—No quiero verte metida en nada que tenga que ver con el club… —confiesa.

—Ya estoy metida hasta el cuello —respondo con una sonrisa que pretende ser ligera—. Me diste un anillo, ¿recuerdas? Eso viene con un paquete de «cosas horribles» incluido.

Marcus me mira. Y por un momento, lo veo. Veo al hombre que es, no al Regente, ni al CEO, sino al ser humano.

—Emily… Si se lo decimos, quizá Nick no quiera casarse con la italiana… Y eso significará que tendré que hacerlo yo para evitar que nos maten a todos…

Habla como si no entendiese el alcance de la situación. Pero sí lo entiendo. Solo que yo no puedo anteponerme a la gente que quiero.

—¿Y qué es Ava? ¿Un daño colateral rutinario? ¡¿Y si está embarazada?!

—¡¿Y si no?!

—Yo no puedo guardar un secreto así y cruzar los dedos, Marcus. ¡Ava es mi mejor amiga! Y no se merece esto. Y tu hermano tampoco. Voy a decírselo ahora mismo. Ya hemos tardado demasiado —digo sin darme tiempo a pensar más.

Marcus me agarra de la muñeca con delicadeza.

—¿Incluso si eso significa nuestro final? —pregunta muy serio.

Pienso en todas las alternativas.

—Si no lo hacemos, lo será igualmente. ¿No te das cuenta? Las mentiras lo pudren todo, Marcus. Ojalá algún día lo entiendas.

Él cierra los ojos como si elevara una plegaria muda.

—Bien. Vale. Pero si todo se tuerce, recuerda que yo no quería hacerlo. Que estaba dispuesto a dejar que el mundo ardiera con tal de no perderte… Así es cómo te quiero.

Me mantiene la mirada y el aire cambia. Es el instante en el que entiendo por qué estoy perdidamente enamorada de él. Por lo cabrón que es con los demás y lo humano que se empeña en ser conmigo.

Me enderezo.

—Siempre hay una solución —digo obstinada—. Y no pienso conformarme con menos que la perfección. ¿Dónde está Nick?

Marcus niega con la cabeza, rendido.

—Estará en su despacho…

—Voy a buscarle —digo marchándome.

—Emily…

—No intentes detenerme, Marcus.

Salgo del despacho sin esperar su permiso.

Camino por el pasillo con el móvil en la mano y el corazón dando tumbos. Marco el número de Ava. Ella también debe saberlo.

Tono.

Tono.

Nada.

Vuelvo a llamarla. Nada.

Me detengo un segundo junto a la cristalera del despacho de Nick. La ciudad se extiende abajo, viva, indiferente al drama.

Miro el reflejo de mi cara en el cristal. Me veo más adulta de lo que me siento y más valiente de lo que creo.

Marcus cree que el silencio nos protegerá. Pero yo empiezo a creer que el silencio solo retrasa la explosión.

Respiro y entro.

CAPÍTULO 8



NICK

Emily se cuela en mi despacho como una visita inesperada.

No estoy para nadie. He venido a trabajar de milagro. Como si ser responsable fuera parte de mi tortura personal.

Tengo la sensación de estar perdiendo el control de mi vida en cómodos plazos. Y esta aparición es como la guinda del pastel.

Porque cuando Emily no suelta una coletilla irónica al saludar es que el mundo está a punto de venirse abajo.

—¿Puedo pasar? —pregunta cohibida.

—Depende… ¿Vienes a joderme el día?

Que no se ría responde a la pregunta por sí misma.

—Tengo que contarte algo… —dice intrigante.

—¿Tiene que ver con Ava?

—Mmh… sí.

—Pues no quiero saberlo. En serio. Necesito olvidarla, Emily —digo poniéndome las manos en los oídos.

—Lo sé, pero esto es importante…

El tono de su voz me preocupa cada vez más.

—¿Está bien? ¿Le ha ocurrido algo?

—Todavía no lo sé…

—Tus respuestas ambiguas me están poniendo de los putos nervios.

Ella se muerde los labios.

—Vale, lo suelto sin más: Marcus ha sabido que hace semanas hubo una partida de condones defectuosos en el Lux Noor. Y sé que Ava y tú usasteis material del club cuando estuvisteis juntos.

El aire se encoge en mis pulmones.

—Joder… —Me quedo en blanco—. ¡JODER…! ¿Es en serio?

—Me temo que sí.

No pienso. No calculo. No hago listas mentales como Marcus. Yo reacciono. Siempre lo he hecho. Es mi superpoder y también mi mayor defecto.

Salgo del despacho a la carrera y bajo las escaleras de dos en dos hasta la planta de Ava; no tengo tiempo de esperar el ascensor.

—¡Nick, espera! —oigo gritar a Emily detrás de mí.

Por el camino me cruzo con Marcus, que me mira como si fuera un hombre bomba. Me importa una mierda su cara de sufrimiento. ¡¿Cuándo pensaba contármelo, el cabrón?!

La respuesta llega clara a mi mente: «Nunca». O jamás hubiera aceptado su plan de casarme con la italiana.

La ira achica mis ojos, pero no me detengo.

Mi cabeza va a toda velocidad imaginando una vida paralela mejor que la mierda en la que estaba metido hace menos de cinco minutos. Porque esta información lo cambia todo…

No sé muy bien en qué sentido. Nunca me he visto como padre. Pero saber que una parte de mí puede haber anidado en sus entrañas me hace sentir mejor. Es casi poético. Como si fuéramos puto destino.

Por Dios… ¿Embarazada? ¡No puede ser!

Aunque nuestra forma de follar bien podría desembocar en eso…

Cruzo la oficina como un misil descontrolado, esquivando mesas, miradas curiosas y algún «¿todo bien, Nick?» que no merece respuesta.

Busco su pelo rubio tirante, su postura perfecta y su jodida forma de existir en el mundo como si nadie pudiera tocarla sin permiso.

Y de pronto, la veo…

Está con mi padre, en su despacho, inclinada sobre unos folios.

Es la Ava estricta de la oficina. La profesional, la impecable. La que todavía no sabe que nuestro mundo acaba de incendiarse.

—Ava… —interrumpo sin pensar.

Ella levanta la vista y me mira alarmada. Algo en mis ojos la avisa de que ocurre algo grave, pero hace un gesto para que no lo diga delante de mi padre.

—Ahora no, Nick. Estoy ocupada…

—Necesito hablar contigo —insisto—. Es urgente.

Mi padre nos observa con la mosca detrás de la oreja. Y noto que a ella no le hace gracia su interés. Es evidente que va a interrogarnos sobre esto, pero el abuelito se enterará igualmente tarde o temprano.

—Vuelvo en cinco minutos, señor White —murmura ella gentil.

Sale del despacho y se aleja de mala leche, solo para girarse con las manos en la cintura y decir:

—¿Qué quieres, Nick? ¿Por qué me interrumpes cuando estoy trabajando?

—Ven conmigo… No podemos hablar aquí.

La cojo del brazo y la arrastro hasta los baños del pasillo lateral. Son los más discretos. Cierro la puerta. Y ella se apoya en el lavabo, de brazos cruzados.

—¿Es tu nuevo numerito de conquista? —pregunta cabreada—. Porque hoy no tengo tiempo para tus dramas.

Me quedo de pie. Sin tocar nada. Como si el suelo fuera a ceder bajo mis pies en cualquier momento.

—Ha habido un problema en el Lux Noor —digo nervioso.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué problema?

—Hace unas semanas hubo una partida de condones defectuosos.

La información flota entre nosotros como una acusación velada.

Ava no reacciona de inmediato. Solo me observa y piensa.

—¿Y?

—¡¿Cómo qué «Y»?! ¡Que existe la posibilidad de que fallaran todas las veces que estuvimos juntos allí!

La miro esperando una reacción… y lo que encuentro es desconcierto puro. Uno que va más allá de la información en sí misma.

—Pero… —murmura—. Tú y yo nunca hemos estado juntos en el club… —dice de pronto. Y me mira como si pensara que puede mirarme a los ojos y engañarme.

—Joder, Ava… —digo decepcionado—. Sé que eres Cherry, ¿vale? Lo sé desde hace mucho…

Nunca la había visto tan descolocada. Ava parece tener siempre respuesta para todo, pero ahora se ha quedado sin palabras.

—¿Por qué no me lo dijiste…? —farfulla abrumada.

—¡Eso no importa ahora! Lo importante es qué vamos a hacer.

Su expresión cambia como si ese plural le molestara.

—Antes de nada quiero aclararte una cosa —empieza desabrida—. Esto no va de ti. Ni de «nosotros». Va de mí, de mi cuerpo y de mi decisión de tenerlo o no si realmente estoy embarazada.

Escuchar eso duele. Pero tiene razón y asiento con rapidez.

—Lo sé, pero…

—No —me frena—. No lo sabes. Porque cuando dices «qué VAMOS a hacer» estás suponiendo que tú tienes un papel en todo esto. Y no es así, Nick.

Un dolor horrible me oprime el pecho. Pero no la contradigo. Porque creo que ahora mismo saldría perdiendo. Solo levanto las

manos como si pudiera calmar algo invisible.

—No he venido a… —Niego con la cabeza—. No he venido a presionarte ni a imponerte nada. He venido porque quiero hacerme responsable.

Ella me observa en silencio. Con esa mirada que nunca juzga del todo, pero tampoco absuelve.

—¿Responsable de qué forma?

No me esperaba la pregunta. O sí, pero no tengo una respuesta bonita preparada.

—Como sea —atajo—. Ayudándote. Acompañándote. Lo que necesites…

Ava se separa de la encimera y camina un par de pasos, poniendo distancia entre nosotros.

—Nunca he dependido de un hombre, Nick. Y no voy a empezar ahora. Y menos, de ti…

Sus palabras duelen como una verdad que sabes que existe, pero que no querías oír en voz alta. Sirvo para follar, no para cosas serias…

—No quiero que dependas de mí, solo quiero… —Me paso una mano por la cara—. Joder, Ava, ¡solo quiero cuidarte!

Ella me mira como si intentara decidir si soy una opción o un error.

—Ahora mismo necesito espacio —dice incómoda—. Ni siquiera sabemos si estoy embarazada. Tiene que venirme la regla esta semana.

—Vale —Asiento.

—Necesito tiempo para procesar todo esto.

—Te lo daré.

—Y no quiero que decidas nada por mí —añade.

—Eso nunca.

Me acerco despacio a ella, como si el suelo pudiera romperse y caerme por una grieta directo al infierno si ella se aparta ahora.

—Solo te pido una cosa —musito serio—. Que cuando sepas algo seguro, me lo digas.

Ella duda un segundo. Pero termina asintiendo.

—Claro. Te lo diré.

Me gustaría decirle mucho más. Acusarla de que Cherry sí siente algo fuerte por mí, pero me ha pedido espacio, y de momento, tendré que dárselo.

De pronto, la puerta se abre de golpe. Emily aparece primero. Marcus va detrás. Y la tensión entre ellos es como un tercer invitado.

—¿Va todo bien? —pregunta Marcus preocupado.

Ava lo mira furiosa.

—Sí. Podéis iros. Esto no os incumbe…

—Yo creo que sí —le suelto a Marcus—. ¿Cómo has podido callarte una cosa así? —digo enfadado.

Mi hermano se tensa.

—Nick, yo… Pensaba decírtelo, pero…

—¡¿Cuándo?! ¡¿Después de la boda con la italiana?! —escupo.

La expresión en la cara de Emily cambia al atar cabos.

—¡Yo no sabía que Ava era Cherry! —exclama Marcus en su defensa—. Si no, te lo habría dicho mucho antes…

Ava abre mucho los ojos y me mira anonadada.

—¡¿Es que se lo has dicho a todo el mundo?! —exclama enfadada —. ¡Con quien me acueste es solo asunto mío!

De repente, caigo en la cuenta de algo.

—Espera… ¿Te has acostado con alguien más en el club? —discurro. Y una flecha me atraviesa el corazón—. Joder… puede que el bebé sea de Gold y no mío.

—¡¿Qué coño dices?! —grita Ava.

—Vi cómo te acostabas con él.

—¡ERES IMBÉCIL! —chilla ella—. ¡No viste una mierda! ¡Si revisas las cintas verás que no pasó nada entre Gold y yo!

—¿Cómo que no…? —digo alelado.

—¡QUE NO! —clama histérica—. ¡Que os den a todos! ¡Sois gilipollas!

Sale del baño como un tornado y me quedo clavado en el sitio con la sensación de haber llegado tarde a algo importante.

«¿No se acostó con Gold?». Ups…

—Como siempre, estoy de acuerdo con Ava. Sois gilipollas —masculla Emily molesta, y se va tras ella.

Marcus me observa, cargado de culpa por meter la pata.

—Lo siento mucho… Por todo —musita contrariado.

No le respondo porque no se lo merece. Y porque, por primera vez en mi vida, siento que yo no soy el gilipollas aquí. Lo son los demás.

Yo solo soy culpable de dejarme llevar por mis sentimientos.

Pero quiero dejar de huir y de fingir.

Quiero hacer lo correcto por una vez en mi vida.

Y eso, irónicamente, hace que todavía se enfaden más.

CAPÍTULO 9



AVA

El test me mira desde el lavabo como si fuera un objeto con vida propia.

Es blanco, pequeño y parece inocente. Pero no lo es. Es algo que puede cambiarme la vida en un instante.

—No te voy a hacer caso —le digo, señalándolo con el cepillo de dientes—. Hoy tampoco pienso usarte.

Me miro al espejo y pienso que tengo la cara rara. No mala. Rara. Como si alguien hubiera movido mis rasgos medio centímetro hacia la izquierda y yo fuera la única que lo nota.

Genial… Estoy embarazada o loca.

O ambas. Que también es una opción bastante plausible.

Consulto el reloj y decido que hoy no voy a ir a trabajar.

Porque ya es viernes, y estoy convencida de que si Nick me ve, sabrá que tengo dudas de mi estado. No sé cómo. Los hombres no suelen ser intuitivos, pero Nick tiene un radar estúpido para detectar cuándo estoy vulnerable.

Y hoy no estoy vulnerable, hoy estoy lo siguiente.

Debería haberme venido la regla hace dos días…

Me pongo una camiseta enorme, de esas que uso cuando no quiero existir del todo, me hago un moño mal hecho y me preparo café. Pero no me lo bebo. Por si acaso estoy… Pfff…

Me siento en el sofá con el móvil en la mano y pienso que debería escribir a Emily.

Tampoco lo hago. Porque si lo escribo, la posibilidad será real. Y todavía no estoy preparada para que nada de esto lo sea.

A media mañana, cuando ya he decidido que voy a pasar el día fingiendo que soy una persona normal que no puede estar gestando una vida por error, llaman a la puerta.

¿He dicho llaman? Quería decir «aporrean».

—No estoy —digo en voz alta, como si fuera una estrategia válida.

Pero vuelven a llamar.

—Ava… —dice una voz que reconocería incluso aunque estuviera dormida o borracha o muerta—. Sé que estás ahí. Abre.

Es Nick. Cierro los ojos despacio.

Al final, decido abrir un poco la puerta con la cadena de seguridad.

—¿Qué haces aquí?

Nick me mira de arriba abajo estudiándome.

Y lo sabe. Sé que lo sabe.

No hay nada que lo evidencie, pero me conoce. Porque siempre me mira como si intentara descifrarme incluso cuando yo finjo que todo es muy divertido.

—¿Por qué no has ido a trabajar hoy? ¿Estás bien?

—Dice mi psicólogo que nunca he estado bien del todo.

Intenta sonreír, pero no le sale.

—¿Puedo pasar?

—No. Esto es mi casa, Nick —digo ajustando la puerta—. No tu despacho, o el club, o un sitio donde entras porque eres un White.

Me observa un segundo y suspira.

—Vale. No entro. Pero me quedaré aquí fuera.

—Joder…, no sabes negociar.

—Nunca he sido bueno en eso.

Lo miro. Está despeinado. Tiene ojeras. Y aun así está más guapo de lo que me conviene.

A la mierda…

Abro la puerta del todo.

—Cinco minutos —le advierto—. Y al primer comentario sarcástico, te echo.

Él levanta las manos como si fuera la inocencia personificada.

Le fulmino con la mirada y lo dejo pasar.

Se queda de pie, en medio del salón, como si no supiera dónde poner su esculpido cuerpo lleno de abdominales en mi pequeño espacio.

Voy directa a la cocina porque necesito tener las manos ocupadas.

—¿Por qué no has ido a trabajar hoy? —pregunta de nuevo.

—Porque no tengo energía para fingir que todo va bien.

—Eso suena preocupante…

—No te pago por psicoanalizarme.

—No me pagas nada —repone—. Y aun así estoy aquí.

Me giro sobrepasada.

—Ese es exactamente el problema, Nick…

—¿No te ha venido la regla? —pregunta sin dilación.

Cierro los ojos durante varios segundos.

—Aún no. Pero seguro que es solo un retraso… No has debido venir. Es cosa mía.

—Si hay una posibilidad de que estés embarazada, también es cosa mía.

—No. —Entro en barrena—. ¡No te incumbe! ¡Me incumbe a mí!

De repente, la cocina se queda pequeña para los dos y me agobio.

—Tengo derecho a procesarlo sola. No soy una niña asustada esperando que venga un hombre a salvarme…

—No he venido a salvarte —replica tenso—. He venido a verte. A preguntarte cómo estás y a salir de dudas…

—¿Ves? —Niego con la cabeza—. Eso es exactamente lo que no entiendo de ti. Siempre quieres estar cuando nadie te lo ha pedido.

Me mira dolido. Y también me duele a mí.

—¿Por qué te molesta tanto que me preocupe por ti?

—¡Porque estás invadiendo mi casa! ¡Mi intimidad! ¡Esta es una versión mía que no quiero que veas! —digo señalándome.

—¿Cuál?

—¡La de madre! —respondo—. Aquí no soy Cherry. Soy otra. La que hace listas. La que se asusta. La que no siempre está de coña…

Nick da un paso hacia mí.

—Ava…

—No te acerques más —digo nerviosa—. No hagas esto…

—¿El qué?

—Mirarme así. Como si fuera a romperme. Soy fuerte, Nick. Más de lo que crees. Y no necesito a nadie.

Él se detiene y se hace el silencio.

—Lo sé, Ava… Sé que eres fuerte e independiente, pero parece que te cuesta entender que me importas.

—No puedes decir eso —susurro llorosa.

—Pues lo he dicho y no me he autodestruido.

Me río. Pero es una risa casi incrédula. ¿Cómo puedo reírme ahora?

—Todos los hombres sois iguales. Aparecéis con palabras bonitas justo cuando una está vulnerable y luego…

—Yo no acabo de aparecer —dice—. Llevo meses aquí. Y tú llevas meses huyendo de mí. —Se acerca un poco más—. Has dicho que estoy invadiendo tu casa, tu intimidad, pero yo creo que lo que te enfurece es que estoy invadiendo tu corazón.

—No tienes derecho… —gimoteo.

—Lo sé.

—¡No! —le grito—. ¡No lo sabes! No sabes lo que es tener dos versiones de ti misma para sobrevivir. No sabes lo que es que una te dé poder y la otra te haga sentir culpable.

—El problema es que me he enamorado de las dos.

Esas palabras derrumban mis muros y le empujo el pecho para alejarlo, pero él aprovecha el contacto para anclarme más a él con los dos brazos. Y su calor me gusta demasiado.

—Eres un imbécil… —lloriqueo forcejeando sin ganas.

—El más imbécil.

—Y un tullido emocional.

—Del todo.

—No necesito a nadie… —gimo extasiada por su olor.

—Lo sé… —musita a diez centímetros de mi boca.

—Entonces deja de mirarme así…

—No puedo…

Algo se rompe entre nosotros y me besa. No como a Cherry, sino como a Ava.

No hay hambre ni rabia, solo cuidado y devoción. Le devuelvo el beso con todo lo que llevo dentro: miedo, deseo, enfado, ganas de vivir. Chocamos contra la pared y no nos detenemos.

Los besos van subiendo de temperatura y la ropa empieza a estorbarnos. La quitamos de en medio deprisa, sin juegos ni máscaras.

Me lleva a la cama y no hay preliminares, solo la verdad.

Cuando se tumba sobre mí, lo miro a los ojos.

—Esto va a doler… —le advierto.

—Lo sé muy bien.

Vuelvo a besarle con pasión, decidida a entregarme.

—No puedo prometerte nada… —amenazo entre lametazos.

—No te lo he pedido —contesta excitado.

Volvemos a fundirnos y no puedo pensar más, solo sentir.

El sexo es muy diferente al que solemos tener en el club. Aquí todo es más lento, más torpe incluso. Como si estuviéramos reaprendiendo a tocarnos sin la excusa del anonimato.

Nick me besa como si no estuviera huyendo de nada. Sus manos no buscan, estudian. Me recorre la espalda con una calma que me desarma, como si quisiera memorizarme. Yo me aferro a sus hombros sin pensar, con ese gesto traicionero que delata que ya he bajado la guardia.

Cuando se hunde en mí, lo oigo murmurar contra mi piel.

—Joder… Por fin…

Y algo me atraviesa el pecho .

No es deseo, es otra cosa más peligrosa. Es reconocimiento. Es la sensación absurda de estar acomodándome en un sitio donde no debería quedarme. Cada movimiento es más consciente e íntimo que el anterior, como si ambos supiéramos que estamos cruzando una línea invisible que nos ata y aun así nadie frenara.

Me dejo llevar, porque sí, sé que esto va a doler después. Pero también sé que ahora mismo no quiero ser fuerte. Quizá sean las hormonas o este caos interno que llevo días arrastrando… pero no puedo luchar contra lo que siento por él cuando me mira como si le importara. Como si esto no fuera solo sexo.

¡Mierda!

Cuando terminamos, no nos separamos de inmediato. Su pecho sube y baja pegado al mío, y durante unos segundos, el mundo parece haberse quedado fuera de la habitación, girando sin nosotros.

El silencio que se hace no es incómodo. Y eso me asusta.

—Sigo sin necesitarte… —murmuro en broma.

—Perfecto —responde—. Yo tampoco necesito salvarte.

Sonrío un poco. Y siento cómo el miedo y el alivio se entremezclan entre sí sin que pueda diferenciarlos.

No sé qué va a pasar…

No sé si hay un bebé en camino. Ni si mañana voy a ser valiente o cobarde. Pero sé que me he cansado de fingir.

Y eso lo cambia todo.

CAPÍTULO 10



Cuatro días…

Cuatro malditos días sin tocarla, sin dormir con ella, sin escuchar su respiración pausada cuando cree que no la miro.

Cuatro días de oficina en los que Emily ha estado educada, correcta, profesional…, y emocionalmente, a años luz de mí.

Eso, para alguien como yo, es una tortura sofisticada.

La veo desde mi despacho, al otro lado del cristal, abstraída, con el pelo recogido en esa coleta tirante que usa cuando no quiere sentir nada. Teclea rápido, responde llamadas y organiza su agenda como si no hubiera pasado nada. Como si no le hubiera ocultado información y metido en una emboscada mafiosa con sonrisa de anfitrión incluido.

La conozco demasiado bien…

Y cuando Emily está así, no reclama nada. Se aleja. Pero yo prefiero mil veces una discusión a este silencio implacable.

Intenté arreglarlo el martes. Después de pasar otra noche solo en mi cama. Fui a su despacho y, aunque estaba a tres metros de mí, era como si hubiera un cristal blindado entre nosotros.

No es que me ignorara, eso hubiera sido más fácil… Emily me atendió de forma profesional, pero fría. Y eso me sacó más de quicio que cualquier grito.

El miércoles la observé desde el umbral de su despacho nuevo. Todavía me cuesta no sonreír con orgullo al pensarlo. Estaba concentrada, revisando unos documentos en la pantalla. No había rastro de la mujer que me miró como si acabara de descubrir que el hombre del que se ha enamorado sabe mentir bien.

Carraspeé.

—¿Tienes un minuto?

Ella alzó la vista.

—Claro… —dijo tranquila—. ¿En qué puedo ayudarte?

Ayudarme… Como si no hubiéramos compartido cama. Como si no estuviéramos prometidos. Como si no me estuviera torturando con este castigo.

—Quería saber cómo estabas —dije con suavidad.

Emily inclinó la cabeza.

—Estoy bien.

—¿Bien… bien? —insistí.

—Marcus —me interrumpió—, ahora estoy trabajando.

Asentí. Me lo merecía. Pero di un paso más con total deliberación. Quería tocarla. Recordarle que seguíamos siendo nosotros. Que una discusión no podía borrar todo lo que habíamos compartido.

Apoyé una mano en el respaldo de su silla y me incliné.

—Anoche no me llamaste…

—Necesitaba dormir.

Que no me mirara al decirlo me dolió más de lo que debería.

—Emily…

Entonces se giró para enfrentarme. Sus ojos no mostraban enfado, sino determinación.

—No hagas esto, Marcus…

—¿El qué?

—No me mires como si todo fuera a arreglarse porque has dicho mi nombre en voz baja.

«Vale. Me ha pillado». Pero no soy de los que se rinden a la primera.

Me incliné un poco más y bajé aún más la voz.

—No quería ocultarte nada, en serio…

—Pero lo hiciste.

—Porque pensé que no era necesario.

—Ese es el problema, Marcus. Que siempre piensas que puedes manejarlo todo tú solo.

No tiene sentido negarlo. Soy así.

Intenté besarla como un gesto automático. Instintivo. El tipo de gesto que normalmente funciona porque nos ancla. Pero Emily giró la cara en el último momento.

—Ahora no —musitó.

Me enderecé despacio y mantuve el control a duras penas.

—¿Vendrás esta noche a casa? —pregunté seco—. Allí podremos hablar tranquilos…

Emily recogió una carpeta y se levantó con intención de archivar unos papeles.

—No —respondió tenaz—. Iré a casa de mis padres.

—¿Otra vez?

—Sí. Estoy ordenando unas cosas…

Mentira piadosa. Excusa barata.

Me quedé callado un segundo más de lo prudente.

—Vale. Lo entiendo… —dije al fin.

No era verdad. Pero lo entendía lo suficiente como para no empeorar la situación.

Emily volvió a su mesa.

—Ahora, si no te importa, tengo trabajo.

—Claro… —Asentí.

Salí de su despacho con la extraña sensación de que negociar con hombres que me matarían sin pestañear era más fácil que lidiar con una mujer decepcionada.

El jueves pasé el día encerrado en reuniones que no me interesaban, firmando documentos que podría firmar otro día y fingiendo que mi cabeza no estaba atrapada en bucle, preocupado por una mujer que ya no me miraba igual.

No solo estaba enfadada por la encerrona con los italianos, eso podría haberlo manejado. Lo que no me perdonaba era la ocultación del tema de los condones. Que yo eligiera callar.

Pero no lo hice por maldad, sino por miedo.

Hay decisiones que, una vez tomadas, ya no sabes si fueron las correctas o simplemente las menos cobardes.

Lo único que sé es que callar nunca me ha salido gratis.

Y últimamente he tenido que callarme demasiadas veces… como este sábado en el Lux Noor tras el incidente de Nick y Ava. Juro que a veces me siento como una puñetera niñera…

—Regente —me dijo uno de mis hombres más tarde—. Tenemos… una «situación».

«Situación» es la palabra que usamos cuando no es grave, pero sí algo peculiar que no saben cómo solucionar.

Me hicieron bajar al ala privada sin prisas y cuando abrí la puerta y lo vi, no podía creerlo.

Era David Gold. Desnudo y atado a la cama.

Al verme se puso serio. Admito que la máscara de Regente impone porque es más agresiva que las demás. Un recurso visual que me funciona bien. Pero de pronto sonrió como si encontrarme hubiera sido un golpe de suerte.

—¡Joder… Por fin! —exclamó irónico—. Las cosas que uno tiene que hacer para conseguir audiencia contigo…

Ordené que cerraran la puerta y me crucé de brazos sobre mi camisa negra abierta.

—¿Qué pasa? ¿Te divierte que te secuestren? —pregunté con sorna.

—Me divierte que me rescates tú.

Me acerqué despacio a él, pero no lo solté enseguida.

—No te rescaté. Solo evité un cadáver sobre mi conciencia.

Gold rió por lo bajo.

—¿Qué más da uno más o menos? ¿Por qué yo? Dime la verdad. ¿Nos conocemos?

Lo miré sin parpadear.

—Simplemente no merecías morir sin entender por qué.

Pude notar cómo esa respuesta lo descolocaba.

—¿Quién eres? —preguntó desesperado—. No eres solo un gerente de club. Y no te mueves como un mafioso corriente, sino como un hombre distinguido.

Le solté las correas y me fijé en que había sangre sobre la cama.

«¿Qué cojones…?». Pero no pregunté nada. Prefería no saberlo.

—Hazte un favor —dije solemne—. Deja de buscar respuestas que no puedes permitirte encontrar…

Se incorporó, frotándose las muñecas, y yo me dispuse a abandonar la habitación.

—No pienso rendirme —advirtió antes de que pudiera salir—. Si no me dejas hablar contigo como un caballero, montaré un circo como este cada sábado hasta que me tomes en serio.

Me detuve en el quicio de la puerta.

—Haz lo que quieras, pero luego no digas que no te lo avisé.

Sacudo la cabeza y vuelvo al presente. No es Gold quien me preocupa ahora, sino la mujer al otro lado del cristal. Mi prometida. Mi obsesión. Tengo que hacer algo para recuperarla de una vez.

De pronto, Nick entra en mi despacho sin llamar, como siempre. Gesto inequívoco de que acepta una tregua. Lleva distante conmigo desde que descubrió lo de los condones, y como castigo, me ha tenido en ascuas sin saber si voy a ser tío. Aunque esa es otra cosa que prefiero no saber…

—Antes de que empieces —me avisa—, sí, sé que todo este lío con los italianos empezó por mi culpa. Y que no te callaste para utilizarme.

Alzo la vista sorprendido.

—Me callé porque quería que asumieras tus responsabilidades.

—Las asumo —dice, serio—. Pero todas. Lo de los condones también. Son compatibles.

Lo miro un segundo largo. «¿Lo son? ¿En qué mundo?».

Sé que Nick ha cambiado. Lo noto. Pero no lo suficiente como para no preocuparme. Cuando le da, es lo más destructivo que hay.

—¿Cómo está Ava? —pregunto por fin.

Su mandíbula se tensa. Pero luego suspira.

—Mejor —admite—. Todavía no sabemos nada, pero… mejor.

Me alegra ver que Nick está siendo honesto con ella de una vez.

Me reclino en la silla, cansado. Quizá debería aprender de él.

—Necesito tu ayuda, hermano —digo de pronto.

Él parpadea sorprendido.

—¿La mía?

—Sí. La tuya. No me mires así, no estoy orgulloso…

Se le curva una sonrisa ladeada.

—Dios… espera… esto tengo que grabarlo.

—Nicky…

—Vale, vale —se pone serio—. ¿Qué te pasa?

—Es Emily —digo simplemente—. Lleva toda la semana dándome largas educadas… Pero sé que me está castigando.

Nick se apoya en la mesa, pensativo.

—Has intentado solucionarlo a tu manera, ¿no? Control, silencio, esperar a que se le pase…

—Sí.

—Mal hecho —sentencia—. Te falta esto para escribir una guía de «Cómo perder a una mujer brillante en diez pasos».

Cierro los ojos hastiado.

—¿Y qué propones?

Nick se encoge de hombros como un niño.

—Empieza de cero. Nada de discursos. Ni de justificaciones. Solo flores bonitas y una cena romántica.

—¿Flores? —repito, incrédulo.

—Marcus —me mira agotado—. No todo es una negociación. A veces solo tienes que decir «la cagué» y demostrar que quieres seguir adelante.

Me quedo en silencio.

Odio admitirlo… pero tiene razón.

En cuanto se marcha de mi despacho, envío el ramo.

No es nada ostentoso. Emily lo odiaría. Son flores blancas, elegantes, sin dramatismos. Como ella cuando quiere perdonar pero aún no está segura.

Adjunto una tarjeta con una frase:

"¿Cenas conmigo? Solo para hablar. En el Bullet a las 20h"

La veo recibirlo desde mi despacho y se queda quieta. Lee la tarjeta dos veces y levanta la vista para encontrarse con la mía.

No sonríe. Pero tampoco huye.

Un minuto después, mi móvil vibra. Es ella.

Emily:

Solo cenar. No voy a dormir contigo.

Cierro los ojos y suelto el aire que llevaba días reteniendo.

Marcus:

Eso me basta.

La observo volver a su trabajo con la espalda recta y me dan ganas de arrinconarla en la sala de fotocopias. Pero me abstengo.

Debo seguir el plan. Necesito ser capaz de sentarme a cenar frente a la mujer que amo… y no estropearlo.

CAPÍTULO 11



EMILY

Estoy apoyada en la encimera de la cocina, fingiendo que no llevo diez minutos mirando el cristal del horno para comprobar si parezco demasiado arreglada para una cena con mi prometido.

He elegido un vestido sencillo, negro, palabra de honor. No le declara la guerra a nadie, pero que tampoco pide perdón. La tela se ajusta con elegancia. No hay provocación evidente ni es una armadura defensiva. Es un equilibrio delicado, como casi todo lo que tiene que ver con Marcus.

Me recojo el pelo en una coleta baja y luego me lo suelto. Luego vuelvo a recogerlo. No me aguanto ni yo.

Ha sido una semana complicada haciéndome la dura y ahora pago las consecuencias.

Cuando suena el timbre, mi corazón pega un brinco. Como no, Marcus ha insistido en venir a buscarme. Control disfrazado de caballerosidad. Lo conozco muy bien.

Admito que después del gesto romántico de las flores y la cena, no estoy tan enfadada como el lunes. Pero estoy… alerta. La clase de alerta que se tiene cuando sabes que una conversación importante puede acabar en un orgasmo guion terremoto.

Abro la puerta y asimilo su imagen.

Traje oscuro, camisa blanca sin corbata y el pelo ligeramente despeinado, como si se hubiera pasado la mano más veces de las necesarias. Huele a Marcus recién duchado. A algo limpio, caro y peligrosamente excitante.

—Hola… —saluda clavándome la mirada con intensidad.

—Hola.

Hay un silencio incómodo pero necesario.

—Estás muy guapa —añade fijándose en mi outfit.

No lo dice como un halago automático, lo dice como quien constata un hecho que le destroza.

—Gracias…

Me observa un segundo más de lo normal, estudiando la estructura de mi vestido para más tarde quitármelo de un zarpazo. Lo noto. Noto su deseo. Lo noto todo.

—¿Nos vamos o nos quedamos aquí admirando tu recibidor? —pregunta.

Sonrío sin querer. Maldito…

—Vámonos antes de que me arrepienta.

Cerramos la puerta y bajamos juntos en el ascensor hasta la calle. Mención especial al esfuerzo sobrehumano de no tocarnos mientras desciende lentamente con flashes vividos de la última vez que me empotró contra el espejo.

Él se mantiene impertérrito. Y eso, curiosamente, me halaga más que cualquier gesto romántico. Demuestra respeto. Demuestra saber que, si me atacara ahora, me apartaría.

El restaurante es pequeño y discreto, con luces cálidas y mesas demasiado juntas para hablar de mentiras sin que alguien las oiga.

Buena elección. Marcus no ha elegido un sitio donde pueda controlar nada. Y eso ya dice mucho.

Nos sentamos frente a frente. A la distancia justa para mirarnos sin invadirnos.

—Antes de que pidamos —digo—, necesito decirte algo.

Marcus asiente sin interrumpirme. Tampoco intenta adelantarse. Ahí va otro cambio.

—No estoy enfadada porque tomes decisiones cuestionables —continúo—. Estoy enfadada porque las tomas sin mí.

Él aparta la mirada un instante y luego vuelve a taladrarme con ella.

—Lo sé. Y lo siento. No estoy acostumbrado a… tener pareja.

—No quiero ser un punto débil que proteges ocultando cosas —añado—. No quiero ser siempre la última en enterarme de todo. Quiero ser alguien que elige contigo, aunque dé miedo.

Apoya los antebrazos en la mesa. Sus manos son grandes y demasiado bonitas para ser las de un hombre. Me distraen más de lo que deberían al recordar lo bien que sabe usarlas…

—No estoy acostumbrado a compartir mis miedos —admite—. Siempre he pensado que mi trabajo era cargar con ellos yo solo.

—Pues tu trabajo ahora también es dejarme ayudarte —respondo.

Nos miramos con la verdad cruda, incómoda, y necesaria.

—Lo intentaré… —masculla—. Pero ten paciencia conmigo.

—No vuelvas a dejarme fuera de cosas que nos atañen, ¿vale?

El camarero aparece justo a tiempo para romper la intensidad. Pedimos vino y brindar con él se siente como una pequeña victoria.

—Si quieres puedo contarte una anécdota del club que no nos atañe a nosotros. Ocurrió el pasado fin de semana. Y fue… peculiar.

Que una sonrisa esté a punto de aparecer en sus labios, hace que también aparezca en los míos.

—Cuando dices «peculiar», ¿hablamos de alguien con copas de más o de un delito federal?

—Depende del punto de vista —Sonríe sin poder evitarlo—. ¿Recuerdas a David Gold?

—Cómo olvidarlo…

—Bien. Pues imagina que voy a una de las salas privadas del Lux Noor y me lo encuentro… desnudo. Atado. Y en una cama llena de sangre.

Parpadeo alucinada.

—Necesito que repitas eso más despacio.

—Desnudo. Atado. Y lleno de sangre —enumera imperturbable—. Como si hubiera reservado una experiencia extrema sin leer la letra pequeña. Al terminar, la chica se marcharía y lo dejo allí apresado.

Me llevo la mano a los labios para no reírme demasiado fuerte.

—¿Y qué hace el Regente en una situación como esa?

—Lo observé serio, me crucé de brazos, e intenté no reírme mientras me preguntaba en qué punto de su vida había tomado tantas malas decisiones seguidas.

—Pobre Gold —me río.

—Lo curioso es que estaba encantado de verme —continúa—. Está obsesionado con que le salvé la vida cuando lo secuestraron…

—Fuiste muy valiente. Para él eres un héroe.

—Evité un cadáver —corrige con humildad—. No es lo mismo.

—Yo creo que hay poca diferencia.

Marcus sonríe, pero hay algo más serio bajo la broma.

—El problema es que me oyó hablar y está convencido de que yo, Marcus White, soy el Regente del Lux Noor.

Mi sonrisa se apaga al momento.

—Eso es un problema, ¿no?

—Sí… Porque si mi identidad saliera a la luz, no solo hundiría mi reputación, también el club, Industrias White, y toda la gente que trabaja en ambos sitios. Incluida tú.

—No había pensado en eso…

—Nunca se lo confirmaré. Pero va a ser todo un desafío lidiar con él. Aunque también divertido —dice con una sonrisa ladeada.

—A Marcus White le divierten los desafíos —replico perspicaz.

—Solo los que no pueden ganarme.

—Cuando lo conociste, dijiste que Gold era peligroso.

—Ya, pero no sé… El tío tiene un punto cómico que me puede. Además, no es tan tonto como yo pensaba. Y no creo que me dé

problemas. Sabe que si tira demasiado del hilo, puede ahorcarse con él…

Le sostengo la mirada.

—Si alguien pregunta, lo negaré, pero me pone tu vena de matón…

Los ojos de Marcus se oscurecen con hambre y deseo.

—Gracias por contármelo —digo solemne—. Me ha gustado oírlo.

Su mirada baja a mis labios como si quisiera alcanzarlos, pero se suaviza y pregunta:

—¿Tienes algo goloso que contarme a cambio? ¿Sabes algo de Ava?

—Muchas cosas —sonrío pizpireta, disfrutando de tener el control.

—Mi hermano no ha querido contarme nada. Creo que me está castigando… Pero esta mañana lo he visto más feliz que nunca.

—Solo te diré que ahora mismo están juntos, haciendo Dios sabe qué… sin saber si hay o no un bebé en camino todavía.

—¿No se ha hecho un test?

—No… —digo bajando la cabeza—. No se atreve, y creo que no debemos presionarla. Lo que tenga que ser, será… ¿no crees?

Marcus asiente poniendo los ojos en blanco.

—Sé que esto no es culpa suya, pero Nick tiene un don para atraer los problemas. Un imán en el culo…

—Yo creo que lo tiene en otro sitio…

Sonreímos y eso afloja algo dentro de mí que llevaba días tenso.

Cuando vamos a salir del restaurante, nos topamos con una pareja que justo entra. Al girar la cara, vemos que es Gold.

Él se queda rígido medio segundo cuando nos reconoce.

—Buenas noches, señor Gold —formulo educada.

Su acompañante nos mira con curiosidad, como si Marcus le fuera familiar. A mi novio, porque creo que sigue siéndolo, se le marca media sonrisa sin duda al recordar lo que acaba de contarme.

—Eh… hola —responde Gold—. White… Señorita Harper. Qué casualidad…

—¿Son amigos tuyos? —pregunta su cita. Es una morena muy atractiva con pinta de no aceptar tonterías.

—Conocidos, más bien… —dice algo incómodo—. ¿Qué tal la cena? Me han recomendado mucho este sitio… —dice evitando nombrar la relación que nos une.

Marcus lo observa risueño, como si fuera un experimento social.

—Oh, es fantástico. Vas a disfrutarlo mucho —contesta Marcus con su voz patentada de cabrón—. Espero que esta cita vaya mejor que la anterior, David… Ya sabes… sin cuerdas y sin sangre.

Gold abre los ojos apurado. Pero también perspicaz.

—¿Cómo sabes eso…?

—Los rumores vuelan —replica Marcus burlón.

—¿Sangre? —pregunta la chica desconcertada.

—Nada, ni caso —dice Gold rápido—. Es una broma nuestra…

—¿También ha mencionado unas cuerdas?

—Eso fue un malentendido —replica Gold abochornado.

Marcus suelta una risita baja.

—Aquí donde le ves, White es un tío muy gracioso. Casi nadie entiende su humor retorcido y cruel, pero es tronchante… de verás.

Marcus intenta controlar su diversión, pero no lo consigue. Y yo también sonrío, porque me encanta verle tan relajado y juguetón.

—Bueno… —carraspea Gold, claramente queriendo perdernos de vista—. Ha sido un placer veros.

Empuja a su cita para alejarla de nosotros, y se gira en el último momento:

—Y Emily —añade, en tono ligero—. Ya te lo dije, si alguna vez te cansas del idiota de tu jefe… recuerda que la oferta para trabajar en Gold Group sigue en pie. En mi empresa no atamos a nadie…

Marcus se ríe abiertamente esta vez. Yo niego con la cabeza, divertida.

—Lo tendré en cuenta —digo—. Gracias, David.

La chica a su lado lo mira, confundida.

—¿Atar?

—Olvídalo. De verdad. Olvídalo todo… —dice Gold alejándose sin mirarnos.

Cuando salimos a la calle, la noche nos envuelve en un nuevo ambiente más distendido y agradable. Tanto, que Marcus se atreve a cogerme la mano.

Dejo que sus dedos se enreden con los míos, despacio, como si estuviéramos aprendiendo a acariciarnos otra vez. Es tan embriagador que todo mi cuerpo se enciende.

—Mañana es el cumpleaños de mi padre —dice de pronto—. Estamos invitados. Es un picnic. ¿Lo recuerdas?

—Sí… —musito—. Llevo pensando en eso toda la semana. ¿Sabes que mi madre ya ha decidido qué va a ponerse para no «desentonar»?

—Eso suena a desafío —bromea.

—Lo es.

Él sonríe. Pero hay algo tenso debajo.

—¿Te parece bien que vayan? —pregunto cohibida.

—Claro. Me parece… inevitable. Estamos prometidos, ¿no?

—Sí —suspiro—. Supongo que esta cena no ha sido solo porque me hayas echado de menos, sino porque querías hacer las paces antes de aparecer mañana en sociedad, ¿no…?

Marcus se detiene y me mira con una seriedad absoluta.

—No. Quería hacer las paces porque no puedo estar ni un minuto más alejado de tus labios…

Algo en mi pecho cede y miro su boca con anhelo. No quiero ser tan fácil. No quiero que sepa el poder que tiene sobre mí. Pero no hay nada que desee más ahora mismo que besarle.

—Ava también irá —añado para romper el embrujo.

—Y Nick… —añade él cogiéndome la cara y bordeando mis labios con sus dedos. El anuncio tácito de que va a besarme hace que me hierva la sangre.

No recordaba que al cabrón de Marcus White le gusta marear a su presa antes de cazarla.

—¿Ah, sí? —jadeo en su boca.

—Sí. Y como mi padre los vea juntos, va a ser un desastre con prólogo —Sus labios lamen los míos sin llegar a besarme y me derrito. Esta anticipación sádica podría matar a cualquiera, pero él la disfruta—. Pero eso será mañana, hoy solo quiero estar contigo.

Nuestras bocas se atrapan y nos besamos como si nuestras lenguas fuesran caramelo líquido. Jamás un beso me había sabido

tan bien. Será que a buen hambre, no hay pan duro. Pero el mundo se detiene y mis neuronas se funden.

Se funden tanto que, cuando quiero darme cuenta, estamos aparcando en el garaje del ático de Marcus.

El silencio que surge entonces no tiene nada de tranquilo.

—Marcus… —digo al fin, aclarándome la garganta—. Recuerda lo que te dije. Solo era la cena. No voy a dormir contigo…

Sus ojos bajan un segundo a mis labios. Luego vuelven a los míos.

—Lo recuerdo, pero…

Apaga el motor, y de repente, somos demasiado conscientes del espacio reducido, del calor acumulado, y de los más de cuatro días sin tocarnos que pesan como una deuda pendiente.

Marcus no se mueve. Yo tampoco.

—Pensaba que lo arreglaríamos y cambiarías de opinión.

—Así es —admito—, pero les prometí a mis padres que hoy dormiría en su casa y mañana iríamos juntos al cumpleaños de tu padre.

Se hace el silencio. Marcus apoya un brazo en el respaldo de mi asiento. Pero no me toca. No todavía.

—Entonces… —dice en voz baja— tengo prohibido subirte a casa… y también dormir contigo.

—Me temo que sí.

—Eso solo deja una opción… Hacerlo aquí mismo. En el coche.

Arqueo una ceja.

—¿Qué?

No sé cómo lo hace, pero echa el asiento hacia atrás y me traslada sobre él. El contacto entre nuestros cuerpos es brutal. Como si todas mis terminaciones nerviosas lo necesitasen. Su voz es apenas un susurro.

—Necesito sentirte, Emily. Recordarte a donde perteneces… aunque luego te vayas. —Me besa el cuello con suavidad y sé que estoy peligrosamente tentada de sucumbir.

El vestido se me sube casi a la cintura, haciendo que las ligas queden al aire. Sus manos presionan mis nalgas para demostrarme lo bien que se siente.

—Marcus…

—No pienso dejarte ir sin meterme dentro de ti después de todo esto. Vas a cumplir con lo que has prometido. Pero a mí manera.

Me baja el palabra de honor, y sus labios succionan mi pecho con un hambre que me desarma.

—Eres muy convincente… —musito. Él ríe satisfecho.

—Te quiero, Emily. Incluso cuando me pones normas imposibles.

Esa declaración me rompe.

—Yo también te quiero —jadeo—. Incluso cuando te odio por obligarme a romperlas.

Su frente se apoya en la mía.

—Pase lo que pase —dice—. Aunque discutamos. Aunque nos equivoquemos… Siempre te querré. Eso no lo dudes nunca.

Se me humedecen los ojos.

—Lo mismo digo… Aunque seas un capullo arrogante y egoísta. Me vuelves loca, Marcus White…

Sonríe contra mis labios y nos dejamos llevar.

Cuando más tarde me acompaña a casa de mis padres, voy despeinada, con la sonrisa floja y el corazón por fin en su sitio.

Marcus conduce como si hubiera recuperado algo esencial.

Mañana nos espera un día duro. Pero esta noche… hemos vuelto a elegirnos por encima de todo.

CAPÍTULO 12



AVA

Tengo dos tipos de mañanas.

Están las normales, en las que me levanto con la fuerza discutible de una madre soltera que ha aprendido a hacer milagros gracias al café y amenazas internas.

Y luego están las que empiezan con un hombre en tu cama, una sábana enredada en tus piernas y la peligrosa sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, eres feliz.

Nick duerme boca arriba, con un brazo por encima de la cabeza como si estuviera posando para una revista titulada *Hombres que te arruinan la vida con una sonrisa*. Tiene el pelo revuelto. La boca perfecta y una expresión de paz que no sé cómo catalogar.

Eso es lo más raro de todo.

Porque Nick en paz es como ver a un gato callejero ronroneando en tu sofá: sospechoso, precioso y claramente una trampa del universo.

Lo observo un poco más. Y lo admito en silencio, muy bajito, solo para mí, que «me gusta». Quizá demasiado…

Vale. ¡Siguiente pensamiento! ¡Rápido!

Me deslizo fuera de la cama con cuidado, intentando no despertarlo, pero nunca he sido un ninja sutil.

—Buenos días —lo oigo decir somnoliento.

—Buenos días —respondo, cruzándome de brazos para que no note que soy demasiado consciente de mi cuerpo desnudo.

Él también está desnudo.

Y, por supuesto, está espectacular.

—¿Siempre te despiertas así? —pregunto.

—¿Cómo?

—En plan… estatua griega decadente.

Nick se estira despacio con una sonrisa, como si supiera exactamente lo que hace cada uno de sus músculos con mi libido.

—Solo los días que he tenido buen sexo.

—Entonces hoy estás en tu elemento.

—Contigo, siempre…

Me quedo quieta un segundo. Eso no era un chiste. Era… otra cosa.

—No empieces —digo, girándome hacia la puerta—. Si empiezas a hablar bonito, te echo de mi casa.

—¿Por qué? —pregunta risueño—. ¿Porque invado tu corazón?

—Porque lo ensucias con huellas dactilares —bromeo, y salgo hacia la cocina antes de que me vea sonreír.

La cocina me recibe con su caos habitual: platos sucios de ayer, un imán con forma de dinosaurio en la nevera, y una foto de Megan manchada de chocolate que colgué en un arrebato de maternidad cursi.

Y entonces me acuerdo.

El retraso. El test. La bomba nuclear a punto de arrasar mi vida.

Me quedo quieta con las manos en el borde de la encimera.

«Vale, Ava. Respira. No vamos a arruinar el día con pensamientos fatalistas. Hoy vamos a ser una mujer moderna: fuerte, libre, independiente y ligeramente aterrorizada».

Oigo pasos detrás de mí.

Nick entra en la cocina en calzoncillos, con esa confianza ofensiva de los hombres guapos que creen que el mundo es su pasarela.

Se detiene al verme y ladea la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Ese sí suena a no.

Nick se acerca, pero se queda a una distancia prudente, como si hubiera aprendido algo de mí en todo este tiempo.

—Ava… —dice en voz baja—. ¿Qué te preocupa?

Me giro para que no me vea.

—No me analices.

—No lo hago. Solo te estoy mirando.

—Eso es peor.

Sonríe, pero no se burla. Me mira con esa atención que me enfurece porque es exactamente la que siempre quise en un hombre… solo que ahora no sé qué hacer con ella. No me fío. No puede ser real…

—Hay café —digo buscando una taza. Lo sirvo y se la planto en las manos. Él lo prueba y pone mala cara.

—Esto sabe a… castigo.

—Es café de madre soltera —replico—. No está diseñado para ser delicioso, está diseñado para mantenerte viva y ligeramente agresiva.

—Pues funciona.

Nos miramos, y nos sonreímos. Eso también me da miedo.

Nick mira la foto de Megan de la nevera. ¡Pffff!

—¿Cuántos años tiene?

—Seis.

—¿Y cómo es…?

—Adorable, lista y manda más que yo.

Nick sonríe como si la idea le hiciera gracia.

—Ya me cae bien.

—Todavía no la conoces —digo nerviosa. «Y no sé si lo harás», añado mentalmente. Megan es sagrada.

—Espero conocerla pronto.

Cierro los ojos despacio.

—No me hagas esto, Nick —murmuro.

—¿El qué?

—¡Ser genial! Ser… bueno. Hacerlo fácil.

Nick baja la mirada.

—No soy fácil, Ava.

—Lo sé.

—Pero contigo… me sale ser así.

Mi pecho se aprieta.

—Nick, basta… No digas nada.

Él alza las manos.

—Tranquila. No te estoy pidiendo matrimonio. Ni prometiéndote nada. Solo… —Sonríe de lado—. Me gusta despertarme y verte despeinada, sin maquillaje, sin máscaras…

Me quedo callada porque no tengo una respuesta graciosa para eso.

Y cuando yo no la tengo, significa que estoy en serios problemas.

—¿Vas a ir hoy al picnic de tu padre? —digo para salvarme.

Nick pestañea, sorprendido por el cambio de tema.

—Sí. Marcus dijo que no podía faltar. Es el tipo de evento donde intentan que parezca que no somos una familia disfuncional con tendencia a la tragedia.

—Yo también iré —digo—. Tu padre me invita todos los años y Emily ha insistido en que sea su apoyo emocional. Sus padres también irán. Y quizá tenga que tirarles tortilla a la cara por ella.

Nick arquea una ceja.

—No sé si habrá tortilla…

—Pues una brocheta de rape y langostinos.

—Eso es terrorismo culinario.

—Soy una mujer de recursos.

Nick se acerca un paso más, dejando la taza en la encimera.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice intenso, mirándome a los ojos.

—Depende. Si es sobre sentimientos, no. Si es sobre sexo, quizá…

—Tu sistema moral es fascinante.

—Gracias —Nos sonreímos y me siento… feliz. De nuevo.

Me mira con suavidad.

—He visto un test en el baño… ¿Vas a hacértelo?

Y ahí está. El tema que estaba evitando.

Trago saliva y me obligo a no hacer un chiste de ello.

—No lo sé —admito—. Estoy en ese punto donde mi cerebro dice «es imposible» y mi cuerpo dice «¡sorpresa!» Y odio no tener el control…

Nick asiente despacio y me acaricia la cintura.

—Si quieres, lo hacemos juntos.

—¿JUNTOS? —repito, alzando las cejas—. ¿Vas a empezar a hablar en plural otra vez?

Nick sonríe.

—Solo cuando estés huyendo.

—¡No huyo!

—Vale. Corres en círculos muy rápido.

—Cállate — Lo empujo en el hombro, pero él me atrapa aprovechando el contacto.

—No puedo —responde, acercándose un poco—. Me gusta molestarte.

—Eso es porque eres un niño.

—Me lo dijeron ayer —sonríe—. Y me lo tomé como un cumplido.

Me río.

Y de pronto, sin avisar, se me escapa la verdad:

—Anoche fue… bonito.

Nick se queda quieto y me arrepiento inmediatamente de haberlo dicho.

«¡Soy estúpida!».

—No lo repitas en voz alta —le advierto—. Sería demasiado.

—Bonito —prueba, fingiendo arriesgarse—. Sí, suena a que podríamos tener una planta y discutir por quién la riega.

—Ni se te ocurra pensarlo.

—Una plantita, Ava. No pido un perro.

—¡Deja las metáforas botánicas! —digo nerviosa.

Nick se acerca juguetón y me da un beso corto. Como si respetara mi miedo y aun así quisiera marcar un territorio que no es suyo.

Cuando se separa, susurra:

—No te voy a pedir que cambies nada. Solo quiero estar en tu vida… cuando me dejes.

Se me aprieta el pecho otra vez. ¡Este hombre va a provocarme un colapso cardíaco!

Así que hago lo único que sé hacer cuando me emociono:

—Me voy a duchar —anuncio deprisa—. Y tú vas a irte. Porque si no, voy a llegar tarde al picnic, y Emily me matará.

Nick sonríe travieso.

—Que lo intente.

—No subestimes a Emily… —le advierto—. Es pequeña pero peligrosa. Como un cactus.

—¿Ves? Plantas otra vez. Te encantan.

Le saco el dedo corazón con toda la dignidad posible y me meto en el baño con un portazo.

Apoyo la espalda en la hoja e intento respirar con normalidad.

Porque tengo miedo. Miedo de que me mire como si le importara. Y porque estoy en ese punto dulce en el que todavía puedo fingir que no me estoy enamorando de él.

Me miro en el espejo.

—No te emociones, Ava —me digo—. Esto es el limbo de la duda. Haya bebé o no, todo cambiará entre nosotros.

Pero mi sonrisa me traiciona de nuevo.

Porque aunque la vida ya esté preparando la tormenta, hoy quiero disfrutar el sol.

No sé cómo, pero consigo echarlo de mi casa sin volver a acostarme con él. Me arreglo a la velocidad del rayo. Llamo a mis padres para asegurarme de que Megan está bien y llego al picnic puntual. ¡Ni siquiera me reconozco!

El problema de los picnics familiares no es la comida, sino la felicidad impostada.

Esa que se extiende sobre las copas de vino blanco fresquitas, las risas demasiado altas y conversaciones del tipo «qué bien estamos todos», cuando en realidad nadie aquí está bien del todo.

Yo, sin ir más lejos, no sé si estoy embarazada o no, porque no me he hecho el test. No era el momento…

El día está precioso, el jardín es una fantasía y la comida tiene buena pinta. No necesito tener la libertad de beber alcohol.

La mansión White parece sacada de una revista de estilo de vida llamada *Familias poderosas que definitivamente esconden cadáveres emocionales.*

Césped perfecto, árboles frondosos, mesas altas con manteles de lino y comida casera versión minimalista que huele demasiado bien para no ser una trampa…

Alcanzo a ver a Emily entre la multitud y respiro aliviada.

Va monísima, luminosa, en modo «prometida feliz bien follada». Yo voy… como Ava. Vestido de punto, botas de ante y cara de superbien follada…

—Gracias por venir —dice Emily en cuanto pisa el césped.

—No me lo perdería —respondo—. Estoy deseando conocer a tus padres para sentirme mejor con los míos.

Emily suelta una risa.

—Estás en forma hoy.

—He dormido —digo—. Eso siempre ayuda a no matar a nadie antes de las doce.

Y entonces lo veo.

A Nick.

Aparece junto a Marcus, escuchándolo con media sonrisa, una copa en la mano y una camisa arremangada que debería estar prohibida por ley. Tiene pinta de ser el hijo al que todo se le perdona… y eso es aún más poderoso que ser perfecto.

Nuestros ojos se cruzan y no me sonríe. Es peor. Me mira como lo ha hecho esta mañana en mi cocina. Como si estuviéramos solos. Como si el mundo no hubiera vuelto a ponerse en marcha.

Flashback traicionero: Nick descalzo, diciendo «Contigo me sale ser así».

Me aclaro la garganta.

«No, Ava… Concéntrate. Picnic. Normalidad. Tortilla. ¿Hay tortilla?».

Nick se me acerca con una sonrisa prohibida.

—Bienvenida—dice.

—Hola… —respondo—. Has sobrevivido al protocolo familiar White. Enhorabuena.

—Estoy en fase de prueba —contesta—. Si alguien menciona política o herencias, tengo que salir corriendo.

—Tranquilo, soy experta en detectar el momento exacto en el que una conversación se vuelve mortal. Te avisaré.

Nos quedamos de pie un segundo, sin saber muy bien qué hacer con nuestros cuerpos. Porque la última vez que hemos estado juntos, nos hemos dado un beso de película para despedirnos.

La situación es rara. Incómoda. Dulce.

—Estás preciosa —suelta de pronto.

Parpadeo.

—Gracias. Tú estás… —lo miro de arriba abajo— muy integrado en el ambiente.

—No es permanente —responde—. Es un disfraz temporal.

—Me quedo más tranquila.

Marcus aparece y Emily burbujea por dentro. Me consta que han hecho las paces.

Marcus está relajado. Y Emily le habla como si no existiera nada más importante en el mundo.

—Ava —dice Marcus—. Me alegra que hayas venido. ¿Todo bien?

—Ideal… —digo con falsedad. Él lee en mis ojos que mi vida es pura incertidumbre.

Buscamos una mesa para acomodarnos y Nick se sienta a mi lado. Demasiado cerca para mi autocontrol y demasiado lejos para lo que mi cuerpo recuerda de anoche.

Flashback no solicitado: Nick murmurando un «por fin» cuando se coló en mi interior.

Muevo la pierna, me recoloco y respiro hondo.

—¿Todo bien? —susurra él—. Pareces tensa.

—Estoy en modo «persona sociable».

—Te queda bien.

Comemos y bebemos hasta hartarnos. Hay risas. Historias incómodas de la infancia de Marcus que Nick se encarga de exagerar para humillarlo públicamente.

—Se cayó a una piscina con traje —explica Nick—. Uno caro. Zapatos incluidos. Fue dramático. Se puso a llorar.

—Tenía siete años —replica Marcus aburrido.

—Tenías dignidad —replica Nick—. Y la perdiste.

Emily se ríe apoyando la cabeza en el hombro de Marcus. Yo los miro y pienso que el amor, cuando es tranquilo, da un poco de envidia.

Nick se inclina hacia mí.

—Estás pensando demasiado fuerte…

—Es un hobby nuevo. Estoy reflexionando sobre la fragilidad masculina…

—¿Y yo soy parte del estudio?

—Tú eres un caso especial.

—Siempre lo he sido.

Lo miro.

—Nick…

—Tranquila —dice—. No voy a decir nada importante delante de una tortilla.

Una sonrisa estalla en mi boca. Lo que me está haciendo no tiene nombre.

—Gracias por tu consideración.

El sol cae y la tarde se vuelve dorada. Por un instante, todo parece… posible. Incluso fácil. Pero he visto demasiadas películas para saber que lo peor siempre ocurre en el mejor momento.

Nick me mira como si supiera que algo se ha movido dentro de mí.

—Oye —dice en voz baja—. Pase lo que pase… gracias por no echarme ayer.

Disimulo una sonrisa.

—No te emociones —le digo—. Me pillaste en un momento de debilidad.

—Lo sé —responde—. Pero hoy… no te has separado de mí en todo el día. Como si aún no te hubieras cansado de… nosotros.

Y justo eso, maldita sea, es lo que más miedo me da.

CAPÍTULO 13



MARCUS

Los picnics deberían estar prohibidos para hombres como yo.

Césped, risas y la fantasía colectiva de que la vida puede detenerse unas horas sin consecuencias.

Yo no tengo ese lujo. Nunca lo he tenido. Pero a la vez, tampoco se me permite faltar.

Por eso estoy plantado en medio del jardín de la casa que me vio crecer, con una copa en la mano, rodeado de gente que sonríe como si no existieran las amenazas, las deudas, los pactos silenciosos, ni los muertos que pesan más que los vivos…

Emily está a mi lado. Eso es lo único real ahora mismo.

Lleva un vestido que se mueve con el viento y unas gafas de sol enormes que no consiguen ocultar lo feliz que es. Su risa no es una

actuación, ni tampoco logística, es de verdad.

Le paso un brazo por la cintura.

—¿Lo pasas bien? —pregunta pizpireta.

—Si alguien me hubiera dicho que acabaría en un picnic un sábado… —murmuro rancio.

—No te quejes. Estás viviendo una fantasía burguesa. Si lleváramos ropa de época, esto parecería el set de los Bridgerton.

—Prefiero las pesadillas que controlo.

Emily me da un codazo suave.

—Hoy no tienes que controlar nada.

La miro. Y la deseo con tanta fuerza que me abruma. Mis pensamientos no son tan elegantes como yo. Son urgentes. Como si llevara horas conteniéndome… porque es exactamente lo que pasa.

Mi padre está por aquí. Los suyos también.

De hecho, su madre lleva todo el día observándome con esa sonrisa satisfecha de mujer que ya está eligiendo centros de mesa para una boda que no tenemos en mente. El padre de Emily me da palmadas en el hombro como si ya fuera parte definitiva del clan.

Y luego está la tercera esposa de mi padre.

Con esa expresión en la cara de haber ganado algo importante por estar sentada a su derecha.

—Marcus —me dice—, deberías comer algo. Estás demasiado delgado.

—Gracias por el diagnóstico —respondo mordaz—. Lo tendré en cuenta si sobrevivo al postre.

Emily ahoga una risita. Decía que me odiaba, pero en realidad le encanta lo borde que soy.

Me inclino hacia ella.

—Necesito cinco minutos contigo… —susurro en su pelo—. O voy a cometer un delito.

Ella sonríe encantada.

—Estamos rodeados de gente.

—Precisamente. No puedo más.

Me sonríe como si supiera exactamente lo que estoy pensando.

—Hay un baño al fondo a la derecha —dice—. Podríamos…

No espero. La hago entrar en la casa y no me detengo hasta cerrar la puerta del baño con pestillo.

Emily se vuelve hacia mí.

—Marcus…

No le dejo terminar. La beso como si me fuera la vida en ello. La beso contra la puerta, contra el lavabo, contra cualquier superficie que esté lo suficientemente cerca como para no pensar. Y la levanto lo justo para que me rodee la cintura con las piernas y se ría en mi boca por mi ímpetu.

—¿De verdad vamos a hacer esto? —susurra divertida.

—Hace horas que no pienso en otra cosa…

—¿Y si alguien quiere entrar?

—Tendrán una historia interesante que contar.

Emily se ríe y me muerde el labio inferior.

—Eres imposible…

—Solo contigo.

Mis manos saben exactamente dónde ir. No hay torpeza. No hay dudas. Solo días de deseo acumulado y demasiadas conversaciones pendientes que ahora mismo no me importan.

Le doy la vuelta para que apoye las manos en el lavabo y me pego a su espalda.

—Esto es una pésima idea —jadea ella.

—Lo mejor siempre empieza así…

El espejo nos devuelve una imagen que no debería existir en una casa llena de familiares chismosos. Pero ya estamos perdidos, somos incapaces de parar.

Emily gime cuando mi mano se pierde en sus bragas. Solo tengo que apartarlas a un lado, bajarme el pantalón y…

—¿Alguna vez volveremos a hacerlo en una cama normal? —pregunta, medio en broma, medio en serio.

Mi boca se separa de su piel para contestar.

—No lo sé. Pero pienso compensarlo.

Sonríe. Y me clavo en ella con una estocada seca.

No voy a describirlo porque no hace falta. Pero lo que ocurre aquí no es sexo. Es sexo de calidad. Necesitado. Urgente. Brutal.

Cuando terminamos, apoyo mi frente en su hombro y respiramos con dificultad.

—Estamos locos… —opina.

—Probablemente.

—Y me encanta.

La miro en el espejo.

—Y a mí.

Salimos del baño con cara de dudosa moralidad y volvemos al jardín. Ahí es donde empieza a torcerse mi día.

—Marcus —dice el padre de Emily—. Estábamos hablando de la boda.

Noto que Emily se tensa. Yo sonrío.

—¿Ah, sí?

—Nos alegra mucho veros tan unidos —añade su madre—. Es evidente que esto es algo muy meditado y para siempre.

Para siempre… Qué concepto tan peligroso.

—Nos queremos mucho —dice Emily con calma—. Pero no tenemos prisa, mamá. Llevamos poco tiempo.

La tercera esposa de mi padre ladea la cabeza.

—Cuando uno lo sabe, lo sabe.

—Somos muy jóvenes —repongo yo.

Mi padre me mira con esa mezcla de orgullo y juicio que siempre ha reservado para mí.

—Marcus, ya no eres un niño. Tarde o temprano tendrás que pensar en fundar una familia estable.

Emily y yo no nos miramos. Es algo que ni se me ha pasado por la cabeza, y estoy seguro de que a ella tampoco.

—De momento, ambos estamos muy centrados en el trabajo —explico, porque es la verdad. Y no tenemos pinta de que algún día dejaremos de estarlo…

Eso me recuerda que debería ir pronto al Lux Noor hoy.

—De hecho, acabo de recordar que tendré que irme pronto, papá. Tengo trabajo.

—¡Es sábado! —dice mi padre—. ¿No puedes tomarte el día libre?

—No es lo que me has enseñado todos estos años… No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

—¿Harás lo mismo cuando tengas una familia? —dice de pronto la tercera esposa.

La pregunta cae como un dolmen en el centro del jardín.

Emily me mira como si se preguntase si siempre seré Regente del Lux Noor. Si tendrá que soportar una vida en la que su pareja trabaje cada sábado.

Ignoro la pregunta con elegancia mientras suena *Easy on me* de Adele y la fiesta continúa. Pero una duda ha quedado suspendida en el aire. Y los dos lo sabemos.

Llega la hora de irme y miro a Emily; siempre es difícil despedirme de ella.

En mi mundo, las despedidas llevan implícita la posibilidad de no volver a encontrar lo que dejas atrás en el mismo estado en el que lo abandonas.

Ha insistido en acompañarme al coche. A lo lejos todavía se escucha música suave, risas, y conversaciones que no saben nada del precio real de la calma.

Emily tiene el pelo ligeramente despeinado por el viento, la piel tibia por el sol de la tarde y esa expresión que solo aparece cuando se siente a salvo y feliz.

Son momentos en los que me quiere sin reservas. Y sé que son efímeros.

De pronto, saco unas llaves del bolsillo interior de mi chaqueta. Pesan más de lo que recordaba, pero no es por el metal, sino por lo que representan. Las giro entre los dedos unos segundos, preguntándome qué me ha hecho cruzar esta línea.

—Toma. Las llaves de mi ático. Ya es hora de que las tengas…

Emily me mira estupefacta.

Baja la mirada hacia mi mano abierta, pero no las coge de inmediato, sino que me estudia como si quisiera asegurarse de que esto no es un impulso tonto y no voy a arrepentirme dentro de diez minutos.

—¿Estás seguro? —pregunta con cautela.

Sus ojos brillantes me obligan a no mentirle.

—No… —respondo—. Pero hay cosas que no se hacen porque estés seguro, se hacen porque seguir como hasta ahora empieza a

doler más que el riesgo de hacerlo.

Sus dedos rozan los míos para tomarlos un instante más largo de lo necesario y ese contacto mínimo me atraviesa como un recordatorio brutal de que, desde que está en mi vida, todo significa más.

—Quiero que me esperes allí… —añado—. En casa.

—¿En qué postura? —pregunta con una media sonrisa.

Me acerco un poco más y bajo la voz. No porque alguien pueda oírnos, sino porque esto es solo para nosotros.

—Te quiero en mi cama cuando me despierte. Me gustaría que fuese todos los días, pero al menos, los domingos sí… ¿Es mucho pedir?

Su sonrisa se ensancha.

—Marcus White —dice—, ¿estás pidiendo rutina?

—Estoy pidiendo refugio —corrijo—. Tú eres mi refugio, Emily.

Se pone de puntillas para besarme a conciencia, como si fuera una promesa. Con una calma que indica que no está huyendo de nada.

—Vete ya —susurra—. Te estaré esperando en el ático.

Me alejo antes de que olvide que el mundo al que me dirijo ahora no perdona las distracciones.

El Lux Noor siempre ha sido «mi casa». Mi territorio. Mis normas. Mis secretos. Un lugar que se mantiene con vida porque nadie sabe realmente quién manda aquí.

Cruzo la entrada como si fuera un invitado más, pasando desapercibido con una máscara común. Tengo una entrada secreta, pero me divierte mimetizarme con los clientes. Encuentro el momento para escabullirme a mi zona privada, me cambio de ropa y regreso a la sala principal como Regente.

La música está en su punto exacto. Las luces, perfectas. El lujo, calculado. Todo funciona. Y aun así… lo noto.

Hay algo distinto en el ambiente.

No es un detalle concreto, es una sensación. Un leve desajuste. Miradas que se sostienen medio segundo más de lo habitual. Conversaciones que se apagan cuando paso cerca. El tipo de silencio que no es respeto, sino evaluación.

Sigo caminando sin mostrar dudas, cuando dos personas se interponen en mi camino con una precisión que no admite casualidad. Son Matteo y Luca Rossetti.

Van bien vestidos y no levantan la voz.

—Regente… —dice uno de ellos.

La palabra cae distinta esta vez. Más pesada. Más acusadora.

—Necesitamos hablar…

—Ahora no —respondo esquivándoles.

—Es importante.

Me detengo lentamente.

—Nada es más importante que mantener este lugar funcionando —digo severo.

Matteo saca algo del interior de su chaqueta. Por suerte no es un arma. Es un trozo de papel de periódico doblado. Parece una foto.

La extiende hacia mí, y al verla, el mundo pierde estabilidad.

Somos Emily y yo. En la fiesta de Nochevieja. Sin máscaras…

—Esto ha salido hoy en el periódico —explica—. En la sección de sociedad.

Algo horrible empieza a tensarse dentro de mí. Una sensación antigua que reconozco al instante. Es miedo. Y sé gestionarlo porque llevo toda la vida entrenando para calmar mis emociones gracias a la exigencia de mi padre.

—¿Y? —pregunto con templanza.

—Que ahora sabemos quién eres… Marcus White… —pronuncia Luca—. Heredero de White Industries. Prometido de una pelirroja inconfundible, al menos eso era cierto. ¡Eres una figura pública! —se burla.

Mis pensamientos se ordenan con una frialdad que solo aparece en situaciones extremas. Busco salidas que ya no existen.

—Creo que habéis investigado demasiado… —mascullo.

—Lo justo.

—Mi vida privada no os concierne —digo despacio—. El Lux Noor se rige por normas claras. Aquí no hay nombres. No hay identidades.

—Ese es el problema. Que tú ya no lo eres. Y podemos aprovecharnos de ello. Sabemos dónde vives, quién es tu familia, tus negocios… ya no tienes autoridad sobre nosotros.

Ese es el momento exacto en el que todo se va a la mierda.

Miro alrededor, el club sigue vivo, la música no se ha detenido. Los clientes ríen, beben, se mueven sin saber que el eje de este lugar acaba de resquebrajarse.

—Ahora eres vulnerable —Simplifica Luca—. A no ser que seas un aliado…

Siento la pérdida de control como una fisura interna. La palabra «pánico» se queda muy corta. Es la certeza de que el terreno que he dominado durante años ya no me pertenece en absoluto. Y todo por culpa del amor…

—Puedo arreglarlo—barrunto furioso.

—No veo cómo. Te tenemos pillado.

Huyo de ellos, caminando rápido. Necesito pensar.

Saco el móvil y consulto la hora.

Emily debe de estar entrando ahora mismo en el ático. Dejará las llaves sobre la mesa pensando que, por una vez, la normalidad es posible. Y puede que esta misma noche, los italianos arrasen con mi vida y la encuentren allí.

Cierro los ojos un segundo, y cuando los abro, sé lo que tengo que hacer. Y tengo claro, cada decisión tomada a partir de ahora, costará sangre. Pero no pienso permitir que sea la nuestra.

—*Jefe, tenemos un problema* —escucho por el pinganillo.

«¿Otro?», estoy tentado de decir. Pero ha dicho «problema». O sea que es serio.

—¿Adónde voy? —contesto tocando el pinganillo.

—A la cueva de los Rossetti. Para variar… Se están pasando las normas por el forro de los cojones… están a punto de matar a un tío.

Chasqueo la lengua.

—Acabemos con esto de una vez. Nos vemos allí.

CAPÍTULO 14



El último golpe ya no duele. Eso es lo más desconcertante.

Siento el impacto seco en la cara, el chasquido del hueso contra el puño, el movimiento brusco de mi cabeza hacia un lado… pero no el dolor. Ya no. Solo el sonido del desplazamiento del aire y un sabor metálico en la boca…

Supongo que este es el momento en el que el cuerpo decide que ya ha sufrido suficiente y se desconecta sin pedir permiso.

Dos tipos me sujetan por los brazos.

No sé quiénes son ni me importa. Ya he perdido la cuenta de cuántas veces me han golpeado.

Cada puñetazo me dobla un poco más. Pero no lo suficiente como para caer, porque no me dejan. Me sostienen para que siga en pie y que cada impacto tenga sentido.

Intento descubrir cómo he llegado hasta esto y por qué.

Vine al Lux Noor a buscar respuestas. A jugar a ser más listo que el Regente… Pero no vine a morir.

—¿Sabes lo que has hecho? —pregunta un hombre mayor. Tiene el pelo blanco y parece enfadado.

No respondo porque empiezo a entender que no importa lo que diga. No van a parar.

Recibo otro golpe. Esta vez en el estómago.

El aire me abandona y el dolor llega violento y desordenado. Me inclino hacia delante, pero ellos me mantienen erguido y me obligan a mirarle.

—Te la has follado—dice la voz—.¡A MI HIJA! ¡Y era virgen!

De pronto, lo entiendo todo. Bueno, no todo, pero lo suficiente.

La chica misteriosa. La que me usó como si yo fuera un trámite y me dejó atado a la cama… ¿Cómo no lo vi?

La resolución llega tarde, como todo en mi vida.

—Yo… no lo sabía… —consigo decir.

La risa que escucho no tiene humor, solo maldad.

—Nadie te ha preguntado si lo sabías o no.

Otro golpe. Y otro. Más duros.

Empiezo a notar demasiada sangre en la cara. No la veo, pero la noto en la boca, en la nariz y en la forma en que todo se vuelve más lento y pesado.

Pienso en lo ridículo que es morir así. Por sexo. Por mal sexo. Por haber confundido una noche loca con el sacrificio de una extraña.

Me pregunto cómo se han enterado… Pero sé lo esencial: voy a morir aquí. Y ella ni siquiera está presente para verlo.

Cierro los ojos un segundo. No para rezar, no soy creyente. Los cierro porque estoy cansado y sé que, por mucho que suplique, no servirá de nada.

De pronto, la puerta se abre de golpe y mis ojos con ella, de par en par.

—¡¿Qué cojones está pasando aquí?! —Una voz oscura corta el aire. Una que no he podido olvidar. La del Regente.

Parece tan sorprendido como cabreado. Como si hubiera entrado en una habitación donde algo no debería estar ocurriendo..

Me ve, y cuando me reconoce, algo en su mirada cambia.

—¿Se os ha ido la puta cabeza o qué? —escupe sin más.

Uno de mis captores habla.

—A partir de ahora, haremos lo que nos plazca. Sabemos tu secretito, White… Somos intocables.

—Lo que sois, es hombres muertos.

El primer disparo me hace cerrar los ojos asustado. El segundo llega antes de que mi cerebro procese el primero. Pero cuando escucho los otros dos, las manos que me sujetaban desaparecen de golpe y caigo de rodillas, con la suerte justa para no partirme la cara contra el suelo.

¡¡Se los ha cargado a todos!!

El que está a mi lado se mueve intentando agarrar su arma del suelo. Y no pienso, solo actúo. Le doy un manotazo al arma y la empujo hacia el Regente. No sé disparar, pero puedo pasarla.

Él lo remata sin dudar con un tiro en la cabeza. Y se acabó.

En la habitación se hace un silencio espeso e irreversible, y yo inspiro aire como si no hubiera respirado en años.

El Regente se acerca a mí y me mira desde arriba.

Ya no tengo duda de que es White. Lo han llamado así. Y creo que por eso han muerto. Así que mejor no tentar a la suerte…

—Eran ellos o nosotros.

La palabra «nosotros» se me clava en el pecho. No recuerdo haber elegido formar parte de ninguna alianza, pero está claro que estamos juntos en esto.

—Levántate —ordena—. ¿Puedes?

Lo hago con dificultad, estilo zombi.

Me tiemblan las piernas. No de dolor, sino por la sorpresa de seguir vivo.

—Vas a ayudarme a deshacerme de los cuerpos —dice señalando el desastre que nos rodea—. Luego hablaremos…

Asiento porque noto que no tengo alternativa.

De la nada, saca varias fundas grandes de un material negro resistente y empaquetamos cuatro fardos. Después, presiona un botón y una de las paredes se desencaja mostrando un pasadizo oscuro y secreto. ¿Esto está pasando de verdad…?

Arrastramos los bultos en silencio mientras el Regente pide un coche.

No me pregunta nada. No me explica nada. Y yo tampoco hablo. No tengo palabras, sinceramente…

Cuando por fin salimos a la calle, el aire frío de la noche me golpea en la cara y me devuelve algo parecido a la realidad.

El chófer del coche nos ayuda a cargarlos sin hacer preguntas.

El Regente me indica que ocupe al asiento del copiloto con un gesto y me subo sin rechistar. Apoyar la cabeza contra el respaldo es todo un lujo para mi dolorido cuerpo.

Solo cuando arranca y nos unimos al tráfico, se quita la máscara.

¡Es el jodido Marcus White!

Vale. Ya lo sabía. Pero verlo con mis propios ojos me choca igualmente.

Todo encaja de golpe. La voz. El control. La violencia precisa…

Lo miro con una mezcla de admiración y terror que no intento disimular.

—Gracias… —balbuceo al fin—. De nuevo.

Él no contesta enseguida.

—No me lo agradezcas —musita—. Aún no sabes lo que te va a costar. Y no hablo de dinero. Acabas de meterte de lleno en la boca del lobo…

Nunca había pensado que sobrevivir a algo puede ser peor que morir.

—Bueno… Están muertos. Ya no pueden hacernos daño.

—Ellos no, pero los buscarán y pedirán explicaciones. Y no sabemos quién más lo sabe: tanto lo tuyo como lo mío. Hay que encontrar a Vittoria y llegar al fondo de todo esto.

—¿Quién es Vittoria?

Me mira raro.

—La chica que te tiraste.

—Ah. La psicópata. ¿Cómo la encontraremos?

—Usando a Nick. Es su prometido.

«Ay madre…». La certeza de que no veré otro amanecer me persigue.

—La encontraremos esta misma noche —dice White confirmándome mis temores—. Pero primero hay que deshacerse de los cuerpos.

«Claro, para eso me necesita. Para terminar el trabajo. Y después…».

—¿Vas a matarme? —pregunto sin poder evitarlo.

White me mira evaluándome. No sé si piensa que estoy loco o que soy un payaso.

—Esta noche no. Ya he cubierto el cupo.

—Genial…

Empiezo a sospechar que esta es la parte en la que debería echar a correr… pero esta vez, no pienso hacerlo.

CAPÍTULO 15



NICK

Despertar desnudo en la cama de Ava es una tregua que no podía durar.

Mi móvil vibra en la mesilla augurando malas noticias. Una llamada a las cuatro de la madrugada nunca trae nada bueno.

Estoy boca arriba. Ava duerme atravesada sobre mí con una pierna sobre mi muslo, la mejilla hundida en mi pecho, respirando despacio, confiada. Su piel está tibia. Mi cuerpo, satisfecho, y mi mente, anestesiada.

Ava se remueve un poco.

—Apágalo, Nick… —murmura, medio dormida.

Pero echo un vistazo antes de obedecer y veo que es Marcus.

Mierda…

Contesto antes de que vibre otra vez.

—Dime que no has matado a nadie —susurro.

No responde. Y ese silencio me pone en alerta.

—Ojalá pudiera decírtelo…

Ava abre los ojos del golpe porque en este silencio ha escuchado perfectamente la respuesta.

—¿Dónde estás? —pregunto preocupado.

—Lejos del club. Los italianos han intentado matar a Gold…

Me incorporo de golpe.

—¡¿Por qué?! ¿Sigue vivo?

—De milagro. No quería meterte en esto, pero necesitamos encontrar a Vittoria urgentemente…

El nombre cae raro en mi cabeza. Y en los oídos de Ava más aún.

—¿Por qué? —pregunto perdido.

—Llámala y averigua dónde está —ordena Marcus—. A ti te cogerá el teléfono. Cuando lo sepas, me vuelves a llamar. Esto es de vida o muerte, Nick. No estoy exagerando. Hazlo ya.

—Dame cinco minutos.

Me cuelga y me quedo un segundo mirando la pantalla como si pudiera darme una explicación alternativa a lo que acaba de pasar.

Ava me observa en silencio, sentada en la cama, con la sábana cubriéndole lo justo. Parece preocupada.

—¿Te vas?

Me paso una mano por la cara.

—Sí. Tengo que irme. Parece algo grave.

Ella asiente sin decir nada.

Me levanto y empiezo a vestirme con movimientos torpes. Camisa. Pantalones. Zapatos. Todo se siente fuera de lugar después de haber

estado desnudo dentro de ella.

—Lo siento… —musito—. Por despertarte así.

Ava se acerca y me pone una mano en el pecho.

—No te disculpes. Solo… vuelve sano y salvo. No estropees esto.

Trago saliva.

—Lo intentaré.

Ella no sonríe. Y el beso que nos damos es como un antes y un después. Una despedida. Un «no quiero volver a perderte» que me sabe a triunfo y a la vez a fracaso. Porque no soy un hombre libre, soy un hombre prometido.

Salgo de su casa con la sensación de que acabo de dejar atrás algo que no sé si seguirá ahí cuando vuelva.

Marco el número de Vittoria mientras bajo en el ascensor. No tengo muchas esperanzas, pero contesta al tercer tono.

—¡Nick White! —exclama divertida—. ¡Qué sorpresa! ¿No me digas que ya te has arrepentido? —dice con un deje ebrio.

—Vittoria… ¿Dónde estás? —pregunto sin rodeos.

—En una discoteca del centro.

—Dime en cuál —insisto—. Tengo que verte.

Hay una pausa breve.

—¿Por qué quieres verme? ¿Pasa algo?

—Sí —confieso—. Y no querrás estar en medio cuando estalle…

Me da su ubicación, y en cuanto llego al coche, vuelvo a llamar a Marcus.

—La tengo localizada —informo—. Está en la discoteca HolyBall.

—De acuerdo. Nos encontramos allí lo antes posible.

—¿Qué ha pasado, Marcus? Dime algo más…

—Vittoria se acostó con Gold, y ahora quieren matarle por robarle la virginidad.

Aprieto el móvil con fuerza.

«Genial, Nick…». La empujaste a ser libre y fue a elegir al único tipo capaz de meterse en un lío mortal sin proponérselo…

—¿Pero cómo lo han sabido? —reacciono.

—Eso es lo que queremos averiguar. No pierdas de vista a Vittoria, por favor. Es importante.

—No lo haré.

El HolyBall es uno de los garitos más sofisticados de la ciudad. La entrada es cara, la música está demasiado alta y las luces no te dejan pensar. La gente baila como si el mundo pudiera terminarse en cualquier momento.

Vittoria está en una tarima elevada, con una copa en la mano, como si nada de lo que ha pasado esta noche tuviera que ver con ella. Está preciosa enfundada en un vestido fucsia brillante que le queda perfecto.

Espero a que lleguen Marcus y Gold para ir a por ella, no quiero que huya al oler el peligro. En cuanto aparecen, la señalo, y Marcus va directo hasta donde está sin pararse a saludarme.

Cuando Vittoria nos ve, su sonrisa se congela.

—Vaya… —Me mira—. Esto parece una emboscada.

—Tenemos preguntas para ti —dice Marcus cordial.

—¿No me digas?

Gold da un paso hacia ella. Está pálido. Tenso. Cabreado. Tiene la cara hecha un cromo y restos de sangre seca en la comisura del labio.

—¡Casi me matan por tu culpa, hija de puta!

Vittoria no se mueve ni baja la mirada. Pero al observar sus heridas algo en su postura se resquebraja apenas un centímetro.

—No sabía que llegarían tan lejos… —dice neutra.

La explicación resulta insuficiente.

—Claro que lo sabías —interviene Marcus—. Sabías con quién estabas jugando y lo que había en juego…

—Sabía que habría consecuencias —admite ella—. Pero yo no les dije con quién perdí la virginidad. Lo averiguaron ellos solos.

Gold se ríe. Y su risa suena a cristales rotos.

—¿Crees que eso te exculpa?

Ella lo mira con arrogancia.

—No. Pero tampoco podía seguir igual. Era virgen. Y no por elección. Por control. No sabéis por lo que he pasado…

Nadie la interrumpe.

—Mi padre y mi tío decidieron durante años qué podía hacer y qué no con mi cuerpo. Cuándo debía sonreír. Cuándo debía cerrar la boca. Y también debía abrirla y lamer…

Los tres sentimos un vuelco en el estómago.

—¿Insinúas que… abusaron de ti? —pregunta Marcus.

—Sí. Empezaron tocándome. No como alguien te tocaría una noche oscura en un callejón. Era peor. Era cotidiano. Estaba normalizado. Me agarraban el culo, o un pecho, o me metían un dedo en la boca como si fuera un maldito caballo de competición por el que algún día pedirían una buena suma…

La discoteca sigue sonando alrededor, pero para nosotros el mundo se ha quedado en pausa.

—Me obligaron a muchas cosas… pero sobre todo a callar —continúa, sin elevar la voz—. Me enseñaron que mi cuerpo no era mío, y que tampoco podía usarlo para escapar.

Gold aprieta los puños.

—¿Por eso te acostaste conmigo…? —pregunta con la voz tensa.

—Sí. Solo quería dejar de ser una niña encerrada en un cuerpo que otros reclaman. Quería elegir por una vez. Y también pensé que si dejaba de serles útil como moneda de cambio, me dejarían en paz. Pero me equivocaba.

Su sonrisa es amarga.

—Me dijeron que mi rebeldía había sido un acto suicida. Porque iba a casarme igualmente… si sobrevivía a la paliza que me esperaba.

La observamos extrañados. Su buen aspecto lo contradice.

—¿Te la han dado? —pregunta Marcus.

—No… Pero casi deseé que lo hicieran.

Se hace un silencio.

Gold traga saliva.

—Entonces no te importará —dice Marcus despacio— que tu padre y tu tío ya no puedan volver a tocar a nadie. Están muertos.

Vittoria lo mira. Su expresión no cambia. Y si lo hiciera, algo me dice que se pondría a saltar de alegría. Pero no desvela nada.

—No —responde—. No me importa una mierda.

—La mujer de hielo —opina Gold—. Tampoco te importaba que me mataran a mí, ¿verdad?

—Sabía que alguien tendría que pagar por ello… Mi madre y mi tía me salvaron de la paliza.

—¿Cómo? —pregunto intrigado.

—Y decidiste irte de fiesta para celebrarlo —masculla Gold.

—¿Cómo te salvaron? —insiste Marcus ignorando a Gold.

—Con un trueque. Les ofrecieron información valiosa a cambio.

—¿Qué tipo de información? —pregunta Marcus nervioso.

Ella lo mira fijamente… Como si fuera a molestarle la respuesta.

—Le desvelaron la identidad del Regente. Vieron la foto en la sección de sociedad del periódico y reconocieron a la chica… Lo siento mucho Marcus White…

Mi hermano cierra los ojos, maldiciendo.

—¡¿QUÉ?! —exclamo alucinado—. ¡¿LO SABEN?!

—Por eso he tenido que matarlos —explica Marcus seco—. Y a tus primos sádicos, Luca y Mateo, también. Esto es el puñetero fin… —resopla—. No voy a empezar a matar a mujeres inocentes para guardar el secreto. Tendría que empezar con ella… —Señala a Vittoria.

—Hay otra solución —alega sibilina.

—¿Cuál?

Vittoria se endereza, no para adoptar una postura defensiva, al contrario, parece alguien que por fin puede hablar desde un lugar que siempre le fue negado.

—Que la boda siga adelante y Nick entre en la familia.

Parpadeo despacio.

—¿Perdona? —balbucea Marcus—. ¿Con qué fin…?

—Por lo que decís —empieza ella—. La cúpula masculina de la familia Rossetti ha caído. Mi padre está muerto. Mi tío también. Y los anormales de mis primos… Los hombres que tomaban todas las decisiones por mí ya no existen. Si me caso, mi marido será quien tome el control. O mejor dicho, yo, a través de él.

Gold se pasa una mano por la cara, incrédulo.

—¿Y en qué nos beneficia a nosotros? —dice Gold malhumorado.

—Puedo proteger la identidad del Regente. Y puedo hacer que las cosas cambien.

—Explícate… —pide Marcus.

—Nick será el jefe visible del clan Rossetti —continúa—. El rostro masculino que calma a las mafias y mantiene las apariencias.

—¡¿Yo?! ¡Pero si soy un payaso! Nunca me tomarán en serio… No me tomo en serio ni yo.

—Te ayudaré a encajar. Conozco el mundillo. Lo harás bien.

—No me gusta… —mascullo.

—No tiene que gustarte —replica Marcus—. Es supervivencia.

Se hace un silencio espeso.

—Yo tomaré las decisiones —continúa ella sin vacilar—. Llevo años estudiando el terreno y siempre me han parecido unos ineptos. Yo lo haré mucho mejor.

Nadie osa contradecirla hablando con esa convicción.

—Durante un tiempo mantendremos la farsa del matrimonio. Nadie hará preguntas incómodas si todo parece estar en orden.

—Este trato se romperá si en algún momento la identidad del Regente sale a la luz —sentencia Marcus—. ¿Estás segura de que no lo sabe nadie más que tu madre y tu tía?

Vittoria le sostiene la mirada.

—Sí. El resto están muertos —asegura—. Me las ingeniaré para aplacarlas. Les diré que los albaneses han matado a sus maridos porque no querían que formáramos parte del Lux Noor. De ese modo, apoyarán el trato y guardarán el secreto.

Mi hermano exhala despacio.

—¿Y por qué deberíamos confiar en ti? —dice Gold belicoso. Está claro que no olvida.

Vittoria no se ofende.

—Porque si vosotros caéis, yo caigo —responde—. Y porque no me interesa destruir lo único que me ha permitido salir viva de mi propia familia.

Gold sonríe sin humor.

—Eres fría de cojones, ¿lo sabes?

—He tenido buenos maestros… —contesta ella displicente.

Marcus guarda silencio unos segundos más. Luego asiente.

—Habrá condiciones. Votaremos tus decisiones entre todos. No tendrás libertad total.

—De acuerdo.

—Y te pondré vigilancia.

—Acepto.

—Y si nos mientes…

—No lo haré —lo corta cansada—. Y no porque seáis la hostia de majos, que para nada, sino porque tengo demasiado que perder…

La miro fijamente y entiendo su forma de ser como si la conociera de toda la vida. Es una superviviente. Y los que lo somos no nos rendimos nunca. Somos unos idealistas que creen en algo más allá de las leyes y la lógica.

—Entonces, ¿la boda sigue en pie? —pregunto desinflado.

Vittoria asiente.

—Será temporal. Hasta que el tablero vuelva a cambiar.

Nos miramos entre todos y nos damos cuenta de una cosa: habíamos subestimado a Vittoria. Es una jugadora que hará lo necesario para no perder.

Se despide de nosotros y no tardo en decir:

—¿Qué hace este gilipollas aquí? —Señalo a Gold.

—Nick…

—No. Explícame qué pinta él aquí.

Gold levanta la vista al oírlo y frunce el ceño.

—¿Nos conocemos…?

—No, pero me caes mal. Metiste a mi hermano en la cárcel. Te chivaste a la poli. Sé que fuiste tú.

—Lo siento, me pareció muy conveniente que el viejo cayera en coma y quería que lo investigaran.

—Y luego te liaste con mi chica.

—¡Yo no sabía que estaba prometida! Y menos que era virgen.

—¡No me refiero a Vittoria, sino a Ava!

Gold pone cara extraña.

—¿Quién es Ava?

—Una chica a la que nunca debiste tocar… —Me acerco kamikaze.

—Déjalo ya, Nick —Me separa Marcus—. Esto no tiene sentido.

—Sí, tío, tendrás que ser más específico —dice Gold—. Últimamente eso me pasa más de lo que me gustaría.

—¡La chica que te besó la noche en la que te reuniste con otro posible comprador! —exclamo.

—Ah, esa chica… No parecía que tuviera novio. Fue muy cariñosa.

—Eres un cabrón.

Gold suelta una risa seca que termina en mueca porque tiene el labio partido.

Marcus da un paso entre nosotros.

—Nick, para ya —ordena—. Él besó a tu chica y tú le pusiste una diana en la frente. Le secuestraron por tu culpa.

—¡¿CÓMO?! —ruge Gold.

—Eso fue un malentendido… —mascullo.

—¡¿UN MALENTENDIDO?! ¡Me iban a ejecutar, imbécil!

—¡No te pongas así! Estás vivo, ¿no?

—Sí, pero a mí nadie suele salvarme el culo, niño mimado.

Me acerco un paso a él.

—No sabes una mierda de mí.

—Ni falta que me hace. Espero que Vittoria y tú seáis muy felices. Una parejita perfecta de asesinos…

Marcus se gira hacia él de golpe.

—Cuidado, Gold…

—¿Cuidado, qué? —se revela ya sin filtro—. Una boda mafiosa, una virgen vengativa, los cadáveres… sois un jodido espectáculo.

—¿Quieres ver un verdadero espectáculo? —amenazo, remangándome.

—Cuando quieras… —Me planta cara, kamikaze.

—¡No tengo tiempo para vuestras chorradas! —gruñe Marcus.

—Que me secuestraran no fue ninguna chorrada —replica Gold—. Y esto tampoco. —Se señala la cara.

—Pero te salvé. Estamos en paz —repone Marcus.

Gold me mira iracundo una última vez.

—Tú tampoco me caes bien.

—No me copies —respondo como un crío.

—Me voy. Ya he tenido suficiente por hoy —Se aleja Gold.

Marcus se inclina hacia mí, cabreado.

—A partir de ahora, harás lo que yo te diga —susurra frío—. Sin impulsos. Sin celos. Sin errores. O conseguirás que nos maten a todos. ¿Lo has entendido?

Trago saliva.

Lo único que entiendo es que amar a Ava ya no es un privilegio… es un riesgo mortal.

CAPÍTULO 16



AVA

El domingo me despierto sola.

Eso en sí mismo no es raro. Lo raro es la sensación de que debería haber alguien ocupando el hueco caliente a mi lado. El recuerdo de una respiración que echo de menos. La de Nick.

Miro el móvil extrañada y ansiosa por tener noticias suyas. Pero no hay nada.

Me incorporo en la cama con el corazón ya un poco encogido, como si mi cuerpo hubiera entendido antes que yo que algo no va bien. Marco su número sin pensarlo demasiado. Da tono, pero no contesta.

—Estará durmiendo… —murmuro—. Es normal.

Pero no lo es. Nick no es de desaparecer sin avisar.

Puede huir emocionalmente, pero suele dejar rastro. Un mensaje idiota. Un meme. Una excusa mal escrita. Pero estaba vez nada.

¿Y si está en algún hospital sin identificar? ¡O peor! En el depósito con una etiqueta en el pie…

Me marco una hora para volver a llamarlo si no lo hace él antes. Las tres de la tarde es más que razonable. Crítica, diría yo.

A esa hora, busco su contacto con ansiedad, y mientras escucho los tonos, me hago a la idea de que no va a contestar. Se me pasa por la cabeza llamar a Marcus, incluso a su padre, pero no quiero alertar a nadie ni sonar desesperada.

Paso la tarde haciendo cosas absurdas para no pensar en él.

Recojo una casa que ya estaba recogida, ordeno un cajón que no necesitaba ser ordenado y cambio las sábanas de la cama como si eso pudiera borrar la sensación de abandono prematuro.

A las cinco y cuarto, por fin, suena mi móvil. Es un mensaje.

Nick:
Estoy bien. Dormí en el hotel. No te preocupes.

Me quedo mirando la pantalla sintiéndome gilipollas.

¿En el hotel? ¿*WTF*?

Mis dedos se mueven solos.

Ava:

¿Quieres venir luego? Megan está con mis padres. Podemos pasar la tarde juntos.

Tarda demasiado en responder. Pero lo hace.

Nick:

No puedo. Tengo asuntos que atender.

Asuntos.

Apoyo el móvil sobre la mesa y me abrazo el torso como si así pudiera contener algo que empieza a resquebrajarse por dentro.

«Los hombres nunca se quedan», pienso. Y me odio por lo cliché que suena y por lo real que es.

Me río sola, una risa triste que no llega a ninguna parte.

—No empieces, Ava —me riño—. No vuelvas a hacerte la víctima. Nadie te ha prometido nada.

Pero duele igual.

Me asaltan pensamientos de que estará con otra. No porque tenga pruebas, sino porque es la salida más fácil. La que menos me obliga a mirar de frente a lo que siento.

Sin pensarlo mucho, voy hacia el baño, abro un cajón y veo el test que guardo desde hace días, como una amenaza silenciosa.

Lo uso y lo dejo sobre el lavabo mientras me voy a hacer otras cosas. Dicen que quien espera, desespera. Pero yo agonizo directamente…

Vuelvo a los dos minutos, intuyendo que mi vida está a punto de cambiar y de pronto lo veo. Una sola línea. Es negativo.

Lo primero que llega es el alivio. Casi automático. Físico. Como si me hubieran soltado un peso del pecho. Pero de repente, una extraña tristeza lo tiñe todo.

No una tristeza racional, sino esa que te coge desprevenida porque no sabías que te habías permitido soñar con algo más. Con una nueva familia. Con un Nick aprendiendo a no huir y una yo aprendiendo a confiar de nuevo.

Una lágrima furtiva cae por mi cara y me la limpio con rabia.

—Imbécil… —me digo—. ¿Por qué te has hecho ilusiones?

Me acuesto sintiéndome más sola que nunca. Y por la mañana, la regla aparece como una confirmación cruel de que es cierto: no hay bebé. Ni más excusas para estar juntos. Eso me pasa por saltar sin red…

Me llamo al orden. No tengo tiempo para sentimentalismos, tengo una vida que atender.

Me arreglo con la misma dedicación que de costumbre y paso por casa de mis padres a recoger a Megan para llevarla al colegio. La sonrisa que me dedica en cuanto me ve me salva la vida. Luego procede a abrazarme con una fuerza extraña.

—Mamá, ¿estás triste? —me pregunta de camino al coche.

—No, cariño —miento—. Solo cansada.

Me mira con esos ojos que lo ven todo.

—¿Hacemos algo divertido esta tarde para que se te pase?

Trago saliva. ¿Cómo no voy a estar triste por el no embarazo? Los niños son una bendición, aunque sea duro cuidarlos. A veces creo que Megan es lo único que me mantiene cuerda.

—Vale… —sonrío un poco—. Haremos algo muy divertido.

Nada más entrar en la oficina me pongo la máscara de mujer funcional. Saludo a todo el mundo, trabajo y resuelvo problemas que no son míos. Pura rutina.

Hasta que ya no aguanto más y busco una excusa laboral para ir al despacho de Nick.

Me sorprende encontrarlo allí, con su traje negro impecable y distante como si no hubiera dormido desnudo en mi cama hace menos de cuarenta y ocho horas.

Además no está solo. A su lado hay un chico joven que no había visto antes. Va bien vestido. Demasiado bien vestido para ser hetero.

Supongo que será su nuevo ayudante… Sentir que ya no me necesita duele más de lo que esperaba.

—Buenos días… —carraspeo desde el umbral de la puerta.

Nick levanta la vista y la expresión de su rostro no se altera como antes. Me gustaba sentir cómo le daba un vuelco el corazón al verme.

—Buenos días —responde seco.

Me aclaro la garganta y avanzo un par de pasos.

—Necesito tu visto bueno para contratar a los nuevos proveedores —añado profesional.

—Yo lo haré —se adelanta el chico quitándome el informe de las manos.

—Te presento a Paul —interviene Nick—. Mi nuevo secretario. Es muy… eficiente.

La pausa antes de «eficiente» no existe, pero mi cerebro se la inventa para hacerme más daño. Este tipo es mi sustituto.

—Encantado —dice Paul, extendiendo la mano hacia mí.

—Igualmente. —Se la estrecho.

—Tendrás una respuesta antes de comer —dice Nick como si mi estómago no acabara de encogerse. Me mira, pero no como antes. No como alguien que te conoce a fondo.

Asiento y se hace un silencio raro, de esos que no deberían existir entre dos personas que se han dicho cosas importantes con el cuerpo.

—También quería comentarte —sigo— que el departamento legal ha pedido una reunión esta semana.

—La agendo —contesta Paul.

—¿Necesitas algo más? —pregunta Nick como si el sufrimiento de mi corazón no fuera con él.

—Sí… hablar contigo —digo herida.

—Os dejo —carraspea Paul. Pues sí que es competente el chaval—. Vuelvo luego a cerrar lo de la reunión de esta tarde.

—Perfecto —contesta Nick sin mirarlo—. Gracias.

Paul sale, y cuando la puerta se cierra el despacho se hace demasiado grande.

Me quedo quieta porque algo dentro de mí se resiste a irse. No entiendo nada. Pero no quiero aceptar esta versión de nosotros que no reconozco.

—¿Has dormido bien? —pregunto, y odio lo vulnerable que sueno.

Nick parpadea.

—Sí.

Sé que miente porque no me mira al decirlo.

Aprieto la carpeta contra mi pecho como si fuera un escudo.

—Yo no. Te echaba de menos…

Ni en un millón de años me habría imaginado rebajándome así, pero lo hago y solo obtengo el silencio por respuesta. Un silencio demasiado largo para dos personas que han compartido una cama, una duda y una posibilidad de futuro.

Nick me observa con una expresión que no sé leer. Hay algo ahí que no estaba el otro día. Algo que parece dolor. Es… contención. Como si estuviera sujetando algo a la fuerza.

Me gustaría zarandearle y gritarle. ¡¿QUÉ COÑO PASA?! ¡¿QUIÉN COÑO ERES TÚ?!

—Nick… —empiezo valiente.

Pero noto que se tensa.

—¿Qué?

—¿Estás bien? —pregunto confusa—. ¿Pasó algo el sábado? ¿Encontrasteis a Vittoria?

—No la menciones aquí —dice severo—. Sí, la encontramos. Te dije que todo estaba bien.

—Pues no lo parece.

Aprieta la mandíbula y baja la mirada.

—No es… —empieza renqueante—. No es asunto tuyo. Así que deja de indagar.

Mi corazón da un salto absurdo que anuncia peligro.

—Solo preguntaba…

—Pues no hace falta.

El tono es defensivo. Como si se estuviera protegiendo de mí.

—Vale… —susurro cohibida—. Perdona.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta con la sensación de que estoy saliendo de algo importante sin entender por qué. Ya estoy casi fuera cuando me detengo. No sé por qué. Bueno, sí lo sé. Porque no puedo irme sin decírselo.

Me giro.

—Por cierto…

Nick levanta la vista con algo parecido al miedo en los ojos.

—No estoy embarazada. Me ha bajado la regla.

Lo suelto como quien informa de un cambio de agenda.

Me mira como si estuviera a punto de gritar. Sin embargo, dice:

—Ah… Vale…

Ese «vale» rompe algo entre nosotros. Mi filtro, para empezar…

—Supongo que te sentirás aliviado —digo con malicia—. Pero como me pediste que te lo dijera, pues ya lo sabes.

Nick traga saliva como si se estuviera ahogando. Parece querer acercarse a mí, pero se frena, como si una línea invisible lo impidiera.

—Gracias por la información…

Asiento despacio, con una dignidad que me cuesta horrores mantener. De hecho, la pierdo a los dos segundos.

—¿No vas a decir nada más? —digo cabreada—. No sé qué coño te pasa, pero tú y tu comportamiento es lo que hace de mí lo que soy.

—Ava… —dice en voz baja—. No es un buen momento para mí…

—Entiendo —digo con ironía—. No soy yo, es el momento, claro…

Hay algo en su forma de sostenerme la mirada que no encaja con su distancia. Como si quisiera tocarme y al mismo tiempo se obligara a no hacerlo.

—Yo no doy segundas oportunidades, Nick. ¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

Cierra los ojos como si fuera a estallar, pero baja la cabeza y dice:

—Lo siento…

El golpe es inmediato.

—Bien. Entonces… —digo con la adrenalina a tope—. Supongo que eso es todo.

Él asiente.

—Sí… Es todo.

Salgo del despacho antes de que me vea romperme, con la sensación de haber perdido algo sin saber cuándo ni cómo. No me sentía tan estúpida desde… desde que decidí confiar en el padre de mi hija.

Camino hasta el baño sin cruzarme con nadie. Y menos mal, porque mis ojos ya anuncian un buen aguacero. Me encierro en el primer cubículo libre que encuentro y apoyo la frente en la puerta.

Intento respirar.

Intento no pensar en su «Es todo» definitivo.

¡¿EN SERIO?!

No me creo que esto esté pasando…

Lloro en silencio, con la mano tapándome la boca como si alguien pudiera oírme y pienso en llamar a Emily.

Pero no lo hago.

Está demasiado implicada. Nick es su cuñado. Y no quiero traerle problemas.

En su lugar, saco el móvil y le escribo un mensaje.

Ava:
Buah, tía, no estoy embarazada. Menos mal. Díselo a Marcus.

Guardo el teléfono y respiro hondo.

«Se acabó».

Y me repito, como un mantra que ya no me protege tanto como antes:

—Estás bien, Ava. Siempre estás bien.

Aunque esta vez, no suene convencida.

CAPÍTULO 17



No importa cuántos años pasen, siempre entro en casa de mi madre sin llamar.

Vive en un chalet amplio, luminoso y obscenamente caro, en una urbanización donde todas las casas parecen competir por demostrar quién ha sobrevivido mejor a sus propios matrimonios.

Atravieso el jardín impecable, echo un vistazo a la piscina que casi nunca se usa y dejo atrás muebles demasiado caros como para

sentarse de verdad. Todo huele a éxito ganado a base de divorcios estratégicos.

Mi madre siempre ha sabido caer de pie. Especialmente cuando cae sobre hombres ricos…

Nuestra relación se basa en encuentros algo incómodos y conversaciones con una dosis de reproche invisible. Yo no soy lo que ella esperaba y ella nunca ha sido lo que yo necesitaba. Nos une la sangre y una especie de pacto tácito que consiste en no preguntarnos demasiado para no tener que mentir.

En cuanto me oye, levanta la vista desde su sofá de diseño y observa mi cara amoratada con una mezcla de alarma y cálculo.

—David… —saluda sorprendida—. Estás hecho un asco…

No pregunta qué me ha pasado. Nunca lo hace. Mi madre no necesita contexto para detectar una grieta. Solo hace una constatación estética, como si yo fuera otro mueble golpeado por la vida.

Y aun así, no puedo evitar pensar que esta es su manera de preocuparse.

Me dejo caer en el sofá frente a ella, agotado. Pero no físicamente, eso ya lo he superado. Es otro tipo de cansancio. El que llega cuando te das cuenta de que ya no te reconoces a ti mismo.

—Tú, por el contrario, estás espléndida, madre —respondo.

—¿En qué lío te has metido?

La observo en silencio.

Con los años he aprendido a mirarla sin idealizarla. No es una madre convencional. Nunca lo fue. No permanecía mucho tiempo en el mismo sitio ni en la misma casa. Ni con el mismo hombre… Era una cazafortunas elegante antes de que yo supiera lo que significaba la palabra. Pasaba de la miseria más absoluta a vivir rodeada de caprichos caros con una facilidad que me descolocaba incluso de niño, como si el dinero fuera algo que siempre acababa encontrándola a ella y no al revés.

Yo era un inconveniente logístico.

Un error que no encajaba en su vida en ascenso. El resultado de un periodo de su vida en el que se dejó dominar por los sentimientos

en lugar de centrarse en trazar estrategias. Pero mi padre murió poco después de nacer yo, y ella decidió que quería prosperar en la vida.

Me endosaba con quién podía: una prima, una tía que apenas conocía, una abuela cansada de criar hijos ajenos… Siempre me decía que era temporal. Que algún día, cuando llegara el momento, me lo compensaría. Solía prometerme que, tarde o temprano, nadaríamos en dinero.

Durante años pensé que eran palabras para tranquilizar su conciencia. Hasta que dejaron de serlo… Mi fortuna hoy en día es tan grande que desconozco la cifra real. Siempre me canso antes de terminar de contarla. Supongo que, a partir de cierta cifra, ya no importa mucho.

—¿Vienes a pedirme ayuda? —pregunta mi madre, curiosa.

No está interesada en ayudarme, lo que a ella le alimenta es el poder. El juego. La emoción… Pero la verdad es que estoy aquí porque no sé a quién más acudir.

—Vengo a contarte un problema —admito—. Uno muy grande.

Su atención se afila. Los problemas la nutren. Pero sus soluciones, a menudo, me convencen.

—Te escucho.

Respiro hondo y empiezo por lo principal:

—Anoche casi me matan.

Ella ni se inmuta. Y eso me afecta más que cualquier reacción exagerada.

—Es evidente… ¿Pero quién?

—La mafia italiana.

Ahora sí levanta una ceja sorprendida.

—¿La italiana? ¿Qué has hecho para que se interesen por ti?

—Acostarme con la mujer equivocada… —murmuro—. Con una de sus hijas vírgenes. Ella me buscó a mí. Yo no sabía dónde me estaba metiendo…

Se levanta despacio y empieza a caminar por el salón pensativa. Reconozco ese gesto. Algo ha encajado en su cabeza antes de que yo termine de hablar.

—¿Y cómo es que estás vivo? —pregunta intrigada.

—Por los pelos… Me han salvado los hermanos White.

Se detiene y me mira.

El silencio que sigue no es casual. Los dos sabemos que acabo de pronunciar la palabra prohibida.

—Te dije que te alejaras de los White… —masculla con frialdad—. Nunca le conté a Clifford que yo tenía un hijo de una relación anterior.

—Lo sé. Y lo intenté. Pero me he metido en su guerra y ya no sé cómo salir. Se han cargado a la cúpula de South Boston antes de que acabaran conmigo… y yo… yo les he ayudado.

La veo sonreír lentamente y tengo un mal presentimiento.

Nunca he dejado de tenerlo desde que se casó con Clifford White. Fue entonces cuando llegaron los contactos en África, los viajes, los negocios que no se firman en el papel, sino estrechando manos manchadas de sangre inocente…

Yo tenía dieciocho años y trabajaba en la construcción, no tenía ninguna expectativa real de futuro. Fui allí casi casi como un favor. Hice un poco de dinero, lo invertí en tierras y encontré un yacimiento de oro por pura suerte. Pero fue suficiente para empezar a abrirme camino y construir lo que hoy soy. Pero también lo bastante turbio como para que nadie deba hurgar demasiado en mis inicios. Me cambié el nombre, pero si alguien decide hurgar un poco, todo lo que he levantado podría desaparecer. Y eso es algo que mi madre siempre ha temido. Que me relacionen con ella y los White.

—¡Es perfecto! —dice de pronto entusiasmada.

La miro, incrédulo.

—¿Cómo que perfecto?

—Que te hayas aliado con los chicos White. Que te hayas acostado con la italiana… ¡Todo encaja a la perfección!

—¿Encaja dónde? —digo nervioso—. A mí me parece una locura…

—Más bien es una oportunidad de oro.

—¿Para qué?

La veo maquinar algo en su mente que no me va a gustar.

—Los Rossetti han caído, y el clan necesitará un nuevo líder. Un nuevo rostro… Alguien joven. Limpio. Con conexiones. Alguien como tú.

—¿Qué estás diciendo?

—Que podrías controlar el juego desde dentro.

La miro como si no la reconociera.

—Yo no quiero meterme en eso —digo—. Tengo mi vida y mis negocios. No necesito más poder ni mafias. Solo quiero que dejen de perseguirme.

Mi madre me observa con una mezcla de orgullo y decepción.

—¡Siempre tan ingenuo, David! —exclama—. Nadie va a dejarte en paz hasta que te teman —sentencia con rabia.

Me levanto porque no aguanto su filosofía.

—Yo no soy así.

—Te equivocas. Es lo que eres desde que naciste. Te guste o no.

Trago saliva. ¿Tiene razón?

—Ahora mismo podría estar muerto… —señalo enfadado.

—Pero has sobrevivido —corrige—. Eso te coloca por encima de muchos.

Se acerca y me toca el hombro.

—Hijo, para que esto funcione, los White no pueden relacionarte conmigo… Y eso solo significa una cosa.

—¿Cuál?

—Que Clifford White tiene que morir. Es el enlace.

El silencio cae como una losa de piedra sobre mí.

—¿Qué has dicho…?

Aunque no sé de qué me extraño. Me dejó muy claro que ese apellido no era un privilegio, sino una condena. Crecí con esa consigna grabada a fuego, como se aprenden las normas que no admiten réplica: no preguntes, no presumas, no mires atrás. Y ahora estoy metido hasta el cuello con los White, compartiendo secretos, cadáveres y decisiones que no tienen marcha atrás, en un sindiós que no puede terminar bien por mucho que intente ordenarlo.

La ironía no se me escapa: he pasado media vida intentando limpiar mi nombre y acabo de enredarme justo con la familia que podría destruirlo si supiera la verdad sobre mí. Pero el silencio empieza a parecerme más peligroso que cualquier confesión…

—Nadie puede saber que eres mi hijo —repite Mindy—. Y solo es cuestión de tiempo que nos relacionen. Clifford tiene que morir.

Doy un paso atrás.

—Estás loca…

—Solo estoy siendo práctica —responde—. Siempre lo he sido.

La miro. Y veo con una claridad incómoda lo que durante años he preferido no ver: mi madre no está bien de la cabeza. No de una forma evidente, sino de esa manera peligrosa en la que alguien parece siempre dos pasos por delante de la moral y uno por detrás de la empatía. Ha demostrado demasiadas veces que no se detiene ante nada si cree que el resultado lo merece. Es maquiavélica. Para ella «el fin justifica los medios».

Aun así… Es mi madre. La mujer que me parió. Podía haberme abandonado y no lo hizo. Y es cierto que, sin ella, no estaría donde estoy… Me hizo rico, eso no lo discuto. Pero esa riqueza siempre ha venido con condiciones y asteriscos invisibles que pesan más de lo que aparentan.

Necesito sentirme orgulloso de lo que he levantado. De haber convertido una oportunidad en un imperio tomando las decisiones acertadas… y lo hago, casi siempre. Lo único que me persigue es ese primer empujón, ese pellizco inicial que no fue legal, donde murió gente trabajando para nosotros y donde aprendí demasiado pronto que el éxito también puede mancharse de sangre.

A menudo me digo que fue el precio de empezar, que yo no sabía todo lo que ocurría, pero últimamente empiezo a sospechar que mi madre estaba más metida en el ajo de lo que estoy dispuesto a admitir. Y esa idea, más que la mafia o los White, es la que no me deja dormir.

—No voy a matar a nadie, mamá —digo—. Por ahí no paso.

Ella me observa en silencio. Luego sonríe con tristeza.

—Nadie ha dicho que tuvieras que hacerlo tú. Solo cuídate, hijo —dice—. Y piensa en lo que te he dicho. Serías un gran líder de la mafia italiana.

¿Yo casado con esa puta loca de Vittoria? Será guapa, ¡pero está como una regadera! Ni de coña, vamos... ¡NI DE COÑA!

—Nick White será el nuevo líder de la mafia italiana —digo con firmeza—. Está prometido con la chica con la que me acosté… por eso querían liquidarme. A los italianos les interesa un White. No yo.

Mi madre ladea la cabeza despacio.

—Pero los italianos ya no están, ¿verdad?

Me quedo quieto.

Esa frase… esa puñetera frase me da escalofríos porque suena a pregunta inocente, pero no lo es. Es una invitación.

—Tú la desvirgaste —dice sin filtro y sin vergüenza, como si estuviera hablando de un contrato—. Eso cuenta más que un anillo y una promesa.

Me quedo helado.

—¡Ni siquiera fue…! —empiezo, y me detengo porque no tengo una frase decente para explicar lo que fue aquello sin sonar como el peor hombre del planeta.

Mi madre me mira como si ya supiera la respuesta.

—Fue suficiente —dictamina—. Y tú tienes mucho más que ofrecer que ese cabraloca de Nick White.

—¡Pero yo no quiero casarme! —escupo, perdiendo la paciencia—. ¡No me interesa la mafia! ¡¿Por qué no te entra en la cabeza?!

Mi madre suspira como si yo fuera un niño pequeño que no entiende que el fuego quema.

—Nunca has sabido lo que te conviene —dice desaborida—. Y si eres listo, no cometerás el error de enamorarte de cualquier merluza con cara bonita con cerebro de yogur.

Me quedo con la boca entreabierta.

—¿Has dicho merluza? ——repito, incrédulo.

—El amor te hará débil, David —dice sin pestañear—. Y tu única oportunidad de sobrevivir en este juego es casarte con alguien que te convierta en intocable.

Sus palabras me atraviesan. ¿Mi única oportunidad de sobrevivir? Mi idea de fugarme a las islas Caimán cada vez parece más lúcida. Pero sería cambiar una cárcel por otra.

—Nick White es fácil de eliminar —dice con frialdad. Y se me corta la respiración.

—Joder… ahora sí que estás delirando…

Sus ojos brillan con algo que no debería brillar en los ojos de una madre.

—Ese chico lleva mala vida, David. Siempre ha llevado mala vida. Sexo, alcohol, drogas… un accidente no sorprendería a nadie. Y nadie

sospecharía.

Mi corazón empieza a latir demasiado fuerte.

—No puedes hablar en serio… —murmuro apartando la mirada.

Ella me mira fijamente como si acabara de decirme la cosa más lógica del mundo.

—Ese chico es un obstáculo —susurra—. Y los obstáculos se quitan de en medio.

—También puedes esquivarlos sin tocarlos.

—Eso no es tan divertido.

Me quedo helado, con la garganta cerrada, mirando a la mujer que me crio… y dándome cuenta de que no sabía hasta qué punto estaba mal. Dicen que la edad hace que la gente pierda filtros… y ella ha perdido el del sentido común.

—No vas a tocar a Nick White —digo con la voz tensa—. ¿Me oyes?

Mi madre sonríe sin un gramo de ternura.

—Tranquilo, era broma… Pero lo de Clifford White es personal. Ese hombre intentó destruirme. Y no permitiré que destruya tu futuro.

Salgo de su casa sin mirar atrás.

En el coche, me quedo unos segundos con las manos sobre el volante.

¿Yo? ¿Un líder de la mafia? ¡No duraría ni cinco minutos!

Mi madre es un peligro… No puedo fiarme de ella. Y aun así, una parte de mí sigue queriendo creer que, en el fondo, lo hace todo por mí.

Arranco y pienso que el único que puede creerme cuando temo hasta dónde es capaz de llegar… es Clifford White.

Pero decido callar, porque eso me pondría definitivamente en la línea de fuego del Regente.

CAPÍTULO 18



«Nunca debí salvar a David Gold».

El pensamiento llega con esa claridad incómoda que solo aparece después de cruzar una línea roja. Como cuando haces algo irreversible y, en lugar de arrepentirte, lo que sientes es una especie de vértigo silencioso.

Matarlo habría sido lo lógico. Lo sencillo. Lo coherente con todo lo que soy desde hace años…

Gold fue mi enemigo. Quiso comprar White Industries. Permitió que pensara, durante unas horas, que fue el responsable de la caída en coma de mi padre. Y aun así, cuando Nick lo condenó a muerte con una mentira nacida del dolor, algo en mí se negó a dejar que pagara por eso. Y esa elección me cambió.

Quizá no le mato porque desde que disparé contra los Rossetti, el mundo se ha vuelto más solitario. Porque hay decisiones que no puedes compartir con nadie. No porque no confíes en ellos, sino porque si las pronuncias en voz alta, pierden el poco equilibrio que todavía conservan.

Emily no lo sabe y no puede saberlo nunca…

No podría mirarme igual si supiera que he cruzado una línea sin retorno. El amor no sobrevive indemne a ciertas verdades…

Pero «Gold sabe demasiado».

Lo repito como se enuncian las verdades que uno ya ha aceptado, pero todavía no ha terminado de digerir. Solo me falta decidir qué hacer con eso.

Aparco frente a un bar discreto porque mis hombres me han dicho que Gold está aquí.

Al entrar, veo que está sentado en una mesa lateral, con una cerveza delante que aún no ha tocado. Tiene el labio partido y el pómulo amoratado.

Al verme se tensa, pero no huye. Y eso dice más de él de lo que me gustaría admitir.

No es que me sorprenda… Lo analicé en las grabaciones del club la noche en la que intentamos tenderle una trampa. La misma noche que besar a Ava nos sentenció a todos sin saberlo. Y en la que descubrí que Gold juega a ser poderoso, pero carece de colmillos.

Me acerco a él y levanta la vista. Ninguno dice nada. El motivo del encuentro nos incomoda a los dos.

Al final, Gold se arranca a hablar:

—Llevo toda la semana despertándome sorprendido de no estar muerto…

Me siento frente a él sin responder y pido un whisky.

—Debería haberte matado —contesto al fin.

—Pues agradezco que no lo hicieras… aunque aún no entiendo por qué.

No hay desafío en su tono. Solo una honestidad que me desarma.

Antes de que pueda responder, mi móvil vibra. Es Nick. Se me había olvidado que habíamos quedado.

—Nick… ahora no puedo. Estoy ocupado.

—Y yo estoy en modo autodestrucción. He roto con Ava.

Chasqueo la lengua. Habrá activado el modo Mr. Black…

—¿Dónde estás? Reúnete conmigo. Te mando la ubicación. Y no hagas ninguna estupidez por el camino, que te conozco…

—No prometo nada —murmura. Y colgamos.

Gold arquea una ceja.

—¿Pidiendo ayuda para enterrarme?

Lo miro inexpresivo, pero admito que su humor es adictivo.

No porque sea gracioso, sino porque lo mete cuando no debería, como una grieta inesperada en mitad del control. Como una mala costumbre que te hace bajar la guardia justo cuando menos conviene.

—Si quisiera enterrarte, lo estaría haciendo en este momento…

Gold esboza una sonrisa torcida. Noto que le duele la cara al hacerlo.

—Eso es tranquilizador… dentro de lo posible.

Hay un silencio raro entre nosotros. Casi solidario. El tipo de pausa que solo existe cuando dos hombres saben que podrían haberse matado, pero siguen respirando el mismo aire.

—Sabes que no puedo dejarte ir como si nada —digo despacio—. Sabes demasiado. Has visto demasiado. Y has sobrevivido a cosas que no estaban pensadas para que sobrevivieras…

—Créeme, no era parte de mi plan vital ser un cabo suelto para ti.

Lo observo un segundo más. La forma en la que sostiene la cerveza me dice que no se fía de mí. Y hace bien. Ni siquiera yo sé qué va a pasar.

—Matarte sería sencillo —expongo—. Nadie preguntaría demasiado. Y me evitaría futuros problemas.

—¿Y por qué no lo haces? —me reta.

La respuesta a esa pregunta se acomoda entre nosotros.

—Eso sería darte demasiada importancia…

Gold sonríe contra su voluntad. Y yo le imito.

—Te pone tener el control sobre mí, ¿verdad?

—No sé qué hacer contigo… —admito rascándome el cuello.

—Y eso te jode —completa.

—Bastante… —Miro alrededor. Me resulta extraño poder ser sincero con alguien. Y Gold te deja serlo. No te juzga.

Doy otro trago para calmar los ánimos.

—No quiero matarte —reconozco—. Pero si sigues en el tablero, solo hay dos formas de hacerlo: siendo un aliado o un estorbo. Y los estorbos no duran mucho…

Gold me observa con atención. Ya no hay humor en su mirada.

—¿Qué implicaría exactamente ser tu aliado?

—Lealtad —digo tajante—. Silencio. Y asumir que, a partir de ahora, hay decisiones que no son tuyas.

—Suena muy acogedor… —ironiza.

—Siento ser tan radical. Aunque no lo creas, estoy confiando en ti.

—Algunos te dirían que estás loco…

—Podría confiar, si contestas a una pregunta con sinceridad…

—Dispara. —Se sobresalta—. O sea, dime, no me dispares, por favor…

Escondo mi sonrisa y prosigo:

—¿Por qué tenías tanto empeño en comprar White Industries? —suelto—. No parecía una inversión, sino una obsesión.

Gold se tensa y juega con el borde de su cerveza hasta que habla.

—Porque hay historias que no puedes permitirte que salgan a la luz. Y otras que necesitas reescribir para poder dormir por las noches…

Lo observo en silencio y espero a que diga algo más.

—White Industries está ligada a algo que… debe desaparecer para limpiar mi nombre.

—¿Tu nombre o el de alguien más?

Levanta la vista de golpe como si me estuviera ocultando algo. Durante un segundo pienso que va a cometer un error. Pero no lo hace.

—El mío —afirma—. Solo el mío.

No le creo del todo. Pero tampoco miente del todo. Y eso es peligroso.

—Así que no querías destruirnos. Solo querías borrar un rastro.

—Exacto.

—Y en el proceso casi nos matas a todos. Felicidades.

—No fue mi intención —dice rápido—. Yo no juego a las guerras mafiosas. Me metí donde no debía, como siempre.

Resopla cansado y esta vez sí le creo.

—Yo no soy como tú, White. No tengo estómago para esta mierda. Pero tampoco soy tan tonto como para no entender que, si sigo vivo, es porque has visto algo en mí…

Nunca lo admitiría en voz alta.

Pero lo que vi fue a un hombre atado a una cama, haciendo bromas malas para no gritar. A alguien que, cuando pudo comprar su salida de mi mundo con dinero, no suplicó.

—Vi humanidad —revelo finalmente—. Y eso, en mi mundo, es un defecto… pero también una rareza.

Gold suelta una risa incrédula.

—Genial. Soy un unicornio.

De pronto, la puerta del bar se abre de golpe y Nick aparece con esa energía peligrosa que tiene cuando el dolor no ha encontrado salida.

Lleva unas gafas de sol que no disimulan sus ganas de buscar bronca. Nos localiza al instante y se acerca.

—Ah… —Ofrece una sonrisa peligrosa—. Veo que el día va de encuentros incómodos. ¿Qué haces otra vez con el tío al que casi matan por follar mal?

Gold lo mira iracundo.

—Te perdono porque estás hecho una mierda.

—Tú sí que eres un mierda. Una inmortal, al parecer…

A Gold se le escapa una sonrisa y Nick se deja caer en una silla, levantando la mano para que alguien le dé de beber.

—Escuchadme —digo calmado—. A partir de ahora no sois enemigos, sois aliados.

—Todavía no he aceptado —dice Gold. Pero es otra broma que no viene a cuento.

—¿Formar equipo con este? No es buena idea —opina Nick.

—Callaos y escuchad. Los italianos quieren vernos esta misma noche.

Gold suelta una risita nerviosa.

—Justo cuando empezaba a pensar que podía relajarme…

—Bienvenido a mi vida —replico—. Llevo diez años sin poder relajarme.

—¿Y qué me dices de Emily? —señala Nick.

—Ella es la prueba de que, cuando lo he hecho, lo he pagado caro.

—Debe de ser cosa de familia… —dice Nick un instante antes de beberse todo mi whisky de un trago.

Deja el vaso vacío sobre la mesa con un golpe seco y se pasa la mano por la cara, como si intentara borrarse algo de dentro.

—¿Alguien más tiene la sensación de que su vida se ha ido a la mierda en tiempo récord? —pregunta al aire.

Gold levanta el dedo índice.

—Yo llevo toda la semana sin saber si viviré un día más. ¿Eso cuenta?

Nick lo mira de lado.

—Eso te pasa por dejar que te aten —señalo burlón.

—¿Qué quieres que haga? Me atrae el peligro.

—Si todo lo que te atrae intenta matarte, empieza a haber un patrón, Gold… —bromea Nick.

—Gracias por el análisis psicológico. ¿Incluye seguimiento?

Nick suelta una risita breve, de esas que no duran mucho.

—Deberías estar contento. Has sobrevivido a una mafia entera sin saber cómo. Enhorabuena.

—¿Y tú qué? —le pregunto a Nick—. ¿Qué ha pasado con Ava?

Mi hermano se queda quieto un segundo más de lo normal. Cuando se quita las gafas de sol, puedo ver un malestar crudo en su cara.

—No está embarazada —suelta de golpe—. Así que ya no hay excusa para estar juntos. Está mejor sin mí… Tengo la premonición de que vamos a acabar muertos, tíos.

Gold asiente.

—Yo también.

—¿La has alejado de ti para protegerla? —le pregunto a Nick—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi hermano? Debes de estar muy pillado para tener un gesto tan poco egoísta.

—Gracias, tío… No todos somos Emily y Marcus, la pareja perfecta.

—¿Perfecta? —me río sin ganas—. En cuanto descubra que soy un asesino, se alejará de mí. Y es algo que no podré esconder mucho tiempo…

Nick alza el vaso vacío en mi dirección.

—Brindemos por amar a mujeres que no deberían habernos elegido.

Gold alza su cerveza también.

—Yo brindo por mi bonita acogida en la familia White…

—No te emociones —advierto—. Solo eres un problema que he decidido no eliminar.

Gold inclina la cabeza conmovido.

—¡Es lo más bonito que me han dicho esta semana!

Sonrío divertido.

—Fállame y verás qué rápido te entierro.

—Nada une más que una amenaza de muerte compartida —dice Nick chocando su vaso.

—Entonces, ¿vamos a dejar de medirnos las pollas y empezar a cubrirnos las espaldas? —pregunta Gold más serio.

—Sí. Puedes estar tranquilo.

Nick se coloca las gafas de sol de nuevo.

—Fantástico… —murmura—. La pareja feliz de asesinos, el Regente y el tipo al que casi matan por follar mal. Esto va a ser épico.

Todos nos reímos. Y nace una alianza silenciosa, nacida de la desesperación, a la que no sé si sobreviviremos. Pero a veces, eso es exactamente lo que cambia el rumbo de una guerra.

CAPÍTULO 19





Hay muchos motivos por los que amar a un hombre.

Su dinero, su sonrisa, su pelo, su culo… Y sobre todo, por su gran corazón. Pero yo a Marcus lo quiero por cómo es cuando nadie lo mira.

Los últimos días han sido una tregua robada al mundo. Una burbuja tibia en su ático donde el tiempo se ha detenido a nuestro antojo, como si la ciudad entera hubiera decidido dejarnos en paz por una vez.

Hemos pasado horas en la cama, sin prisa, sin planes, sin más urgencia que volver a tocarnos como si nos estuviéramos

reaprendiendo.

Y lo peor es que cada día soy un poco más adicta a él.

No al Marcus impecable del despacho. No al Regente que no sonríe en el club. Sino al Marcus que está en casa conmigo desnudo. Al de verdad.

El que se queda dormido con el ceño fruncido como si incluso en sueños tuviera responsabilidades. El que me acaricia la cintura por pura inercia. El que, al despertarse, me busca antes incluso de abrir los ojos, como si necesitara comprobar que sigo ahí antes de enfrentarse al mundo.

Ese Marcus es peligrosamente fácil de amar.

No sé en qué momento se metió tan dentro que ya no concibo un futuro sin él. Pero sigo preguntándome si podré con todo lo que supone.

Porque últimamente el club no descansa… y Marcus tiene que escaparse muchas noches entre semana. A veces vuelve tarde, y otras ni vuelve. Y cuando le pregunto, sé que no me miente, pero tampoco me lo cuenta todo. En su boca la palabra «trabajo» significa muchas cosas que no estoy preparada para asumir.

No es que no confíe en él, es que me da la sensación de que carga con más peso del que puede soportar. Me lo dicen sus besos insaciables, sus suspiros largos y sus caricias intensas… Es como si tuviera miedo.

Pienso en el futuro. En si podré vivir con ese tercer invitado invisible en nuestra relación que es el Lux Noor. En si amar a Marcus implica aceptar que nunca será solo mío.

Y entonces se me ocurre algo.

No tengo por qué estar aquí echándole de menos. Si él no puede venir a casa, yo puedo ir a su mundo.

La idea se instala en mi cabeza con una mezcla peligrosa de rebeldía y desafío.

¿Y qué sería llevar a cabo una transgresión de esta índole sin mi mejor amiga?

Hoy mismo, en la oficina, mi móvil ha vibrado con un mensaje de Ava.

Decía:

«Buah, tía, no estoy embarazada. Menos mal. Díselo a Marcus»

Y no me ha dado buena espina.

Conozco demasiado bien ese tono de «estoy bien» apresurado, el del alivio sobreactuado que intenta tapar algo que duele. Estaba convencida de que un resultado negativo la iba a desilusionar. Está más colada por Nick de lo que ella cree…

He salido directa a buscarla y no estaba en su sitio.

La he imaginado en el baño, encerrada en uno de los cubículos, llorando en silencio como una niña que intenta recomponer su dignidad antes de volver al mundo. Y la estampa que me he encontrado al entrar en el aseo ha sido exactamente esa.

Tenía los codos apoyados en las rodillas, la cabeza gacha, y estaba intentando llorar sin hacer ruido.

—Mi pequeña… —La he abrazado deprisa—. Llora cuanto quieras. Tú no tienes la culpa de haberte enamorado.

Tenía los ojos rojos y el rímel ligeramente corrido cuando me ha mirado, y ha soltado una risa entre sollozos.

—El amor debería ser una enfermedad reconocida —ha alegado—. Con baja médica obligatoria.

Le he pasado papel, he insistido en que se lavara la cara y la he sacado de allí, casi arrastrándola, hasta la terraza del edificio White. Esas vistas en concreto ayudan a coger perspectiva. O al menos, a recordar que el mundo sigue girando aunque una se esté desmoronando.

Apoyada en la barandilla, Ava ha respirado hondo varias veces antes de contármelo todo.

Me ha dicho que no lo entendía. Que se habían mirado de una forma distinta durante el sexo. Que por primera vez en mucho tiempo no solo se ha sentido deseada, sino elegida. Que Nick estaba allí… y luego ya no.

—Y lo peor —ha dicho— es que no entiendo por qué me ha dado pena lo del embarazo. No lo buscaba. Y aun así… —Se ha encogido de hombros—. Me había imaginado cosas. Tonterías… Desayunos en familia. Una normalidad absurda que nunca he tenido al alcance…

Se le ha quebrado la voz y le he acariciado la espalda.

—No es absurda. Es humana.

Ava ha negado con la cabeza, frustrada.

—No, Emily. Yo no soy esa mujer. Yo no me ilusiono. Yo no me permito esto. Ya me fallaron una vez y aprendí la lección… o eso creía.

Se ha quedado pensativa unos segundos.

—Seguro que está liado con Vittoria… —ha mascullado—. Su nuevo juguete italiano.

—No me lo creo —he respondido sin dudar—. Imposible.

Ava me ha mirado, incrédula.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque sé cómo mira Nick cuando algo le importa. Y les he visto juntos.

No he descartado, eso sí, la posibilidad de que Nick fuera uno de esos hombres que, cuando consiguen enamorarte, pierden el interés.

—No quiero sentir esto —ha susurrado Ava—. Me duele más de lo que debería.

—Te duele porque te importa. Y porque, durante unos días, te has permitido imaginar una versión de ti misma que no estaba siempre sola sosteniéndolo todo.

Ava se ha secado una última lágrima.

—¿Sabes qué es lo peor? —ha añadido—. Que ahora no sé si echo de menos a Nick… o a la Ava que era cuando estaba con él.

Esa frase se me ha clavado en el corazón.

—¿Cómo se me ha ocurrido dejarme llevar así? Soy idiota…

—Sentir no te hace idiota, Ava. Te hace valiente.

—Hablas como si tú no tuvieras miedo del amor.

He sonreído despacio.

—Lo tengo. Pero también sé que he tenido suerte con Marcus.

Y es verdad.

Porque cuando Marcus está conmigo, no tengo dudas. Sé que me quiere.

Ava me ha observado con una mezcla de ternura y envidia sana.

—Se nota —ha dicho—. Te brillan los ojos cuando hablas de él.

No lo he negado.

—Pero me asusta el futuro —he confesado—. Porque no sé si todos los mundos de Marcus tienen sitio para mí.

Nos hemos quedado en silencio un momento, apoyadas en la barandilla, compartiendo nuestros miedos.

—Gracias por buscarme —ha dicho Ava al fin—. He pensado en llamarte, pero… luego he pensado que estabas demasiado implicada en todo.

—Lo estoy. Pero eso no significa que no pueda apoyarte.

Ava ha asentido y se ha recompuesto, como siempre hace.

Y mientras ella recuperaba su coraza, no he podido evitar pensar que el amor no es evitar el dolor, sino decidir a quién le das el poder de provocártelo.

Vuelvo al presente, cojo el móvil y llamo a Ava. Contesta al primer tono.

—¿Sí?

—¿Qué te parece si nos plantamos en el Lux Noor y comprobamos si Nick está realmente liado con Vittoria? Investigación de campo.

—¿Hablas en serio? —dice con avidez.

—Claro. Yo voy a ir a darle una sorpresa a Marcus. ¿Vienes?

Se hace un silencio como si se lo estuviera pensando. Pero ya sé la respuesta, porque Ava es muchas cosas, pero cobarde no es una de ellas.

—Vale. Vamos. ¿Te vienes a mi casa y nos preparamos juntas mientras nos bebemos una botella de vino rosado?

—¡Es la mejor idea que has tenido!

Menos de una hora después, estamos frente al espejo del baño de su casa, arreglándonos como dos mujeres que no tienen absolutamente nada que perder… y bastante que descubrir.

Llevamos vestidos ajustados y tacones infinitos.

—Si acabas detenida, quiero que quede claro que esto ha sido idea tuya —dice Ava divertida.

—No finjas que no echabas de menos a la Emily kamikaze.

—¡No sabes cuánto!

—Sea lo que sea lo que nos encontremos esta noche, estaré a tu lado —le prometo.

—¿Antes o después de que Marcus te lleve al orgasmo?

—Mejor después, no vaya a ser que nos tengamos que ir corriendo.

El Lux Noor nos recibe como siempre con promesas implícitas y la sensación de que aquí todo puede pasar… y suele hacerlo.

Mi corazón late más rápido de lo normal cuando cruzamos la entrada y nos dan las máscaras.

Marcus no me espera. Y eso es lo emocionante.

Porque esta vez no vengo como su prometida, sino como una mujer hambrienta.

Imagino su reacción cuando me vea. Cuando entienda que, si él no puede venir a casa, yo iré a buscarlo al infierno.

Sonrío al pensar que quizá no pueda controlar su mundo, pero sí puedo sorprenderlo dentro de él.

Busco al Regente entre las sombras y los trajes caros, pero no lo encuentro.

Por suerte, uno de los hombres de seguridad me ve y me lleva hasta su despacho por un pasadizo secreto.

—Gracias, Ben.

—Con gusto.

Me atrevo a entrar sin llamar. Quiero que sepa que mi nula capacidad para mantener límites razonables con él sigue intacta.

Normalmente, soy una mujer que madruga, cumple sus horarios y finge que su novio no gobierna un club turbio con una máscara. Pero esta noche soy otra. Y se lo voy a demostrar…

En cuanto abro la puerta, Marcus levanta la vista y en su expresión ocurre eso que ya reconozco demasiado bien: el cambio exacto entre el hombre que manda y el que me mira como si yo fuera un problema delicioso que quiere resolver.

No digo nada. Porque si hablo, me delato.

Camino hacia él despacio, marcando los pasos con los tacones y bamboleando las caderas como si supiera lo que hago. Pero no es así. Solo sé que lo he echado de menos más de lo que me conviene.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con los ojos casi negros.

—Te echaba de menos… —ronroneo en voz baja, como si fuera una confesión grave y no algo que me pasa cada vez que desaparece.

No responde con palabras. Marcus nunca responde con palabras cuando puede responder con el cuerpo.

Se levanta de golpe para agarrarme y besarme como si hubiera estado conteniéndose demasiado tiempo y este despacho fuera el único sitio donde puede permitirse perder el control sin consecuencias.

Yo no me aparto y le demuestro lo que quiero.

—Aquí no… Vámonos a una sala —murmura excitado.

—Aquí sí —corrijo imprudente—. Porque aquí eres tú. No el Regente. Solo tú.

Eso le desarma. Lo noto. Me encanta captarle tan bien siempre.

Me sube a la mesa sin decir nada, como si mi cuerpo supiera exactamente dónde colocarse. Mis tacones acaban apoyados en los reposabrazos de su silla y pienso, muy fugazmente, que no voy a olvidar este momento en mi vida, porque forma parte de la nueva Emily. La que soy con él.

Marcus apoya la frente en mi abdomen y respira hondo.

—Tú me haces olvidar quién soy —confiesa.

Le acaricio el pelo, despacio, mientras me besa la tripa.

—No es cierto —respondo—. Más bien te recuerdo quién eres cuando no estás escondiéndote detrás de una máscara o una corbata cara.

Eso le arranca una sonrisa mínima. Luego, el deseo toma el control y ya no sonríe más…

Sus manos recorren mi piel con una devoción que no debería gustarme tanto. Cada gesto es lento, consciente, peligroso. Me estremezco y me odio un poco por lo bien que encajamos incluso cuando no deberíamos.

—¿Recuerdas nuestra primera vez en una mesa? —murmuro entre besos—. Tuve miedo de que me dejaras a medias otra vez…

—Era el plan —admite—. Pero perdí el control. Como ahora… Eres peligrosa para mí, Emily. Pero forma parte de tu encanto.

Nos besamos sin prisa, como si el mundo hubiera decidido darnos una tregua breve. Nos lo tomamos con calma, pero la ropa termina apartándose y nuestros sexos conectando como si fuera algo inevitable.

Al terminar, apoyamos la frente uno contra otro.

—Quiero casarme contigo ya —dice él de pronto.

Parpadeo alucinada.

—Pero Marcus…

—No por presión o miedo —explica—. Sino porque quiero que esta parte de mi vida, donde no tengo que fingir que todo está bajo control, sea la más importante.

—Solo llevamos tres meses —le recuerdo, sonriente.

—Los últimos diez años me han parecido cien —responde—. No necesito más tiempo para saber cuándo alguien me importa de verdad.

Sonrío emocionada. Aterrada y encantada a la vez.

—Hablaremos de eso como adultos responsables fuera de un club clandestino.

—Eso ha sonado sospechosamente a un «No» —dice inquieto.

—Ha sonado a «no arruines este momento y sigue besándome».

Cumple mis deseos durante un par de lametazos más y me aparto para centrarme en la segunda parte de mi misión de esta noche.

—Ava cree que Nick está liado con Vittoria… ¿Es cierto? Ha venido conmigo para ver si lo pilla con ella…

Marcus deja de tocarme al instante. No es un gesto brusco, pero sí definitivo. Como si algo en su cabeza hubiera cambiado de carril a toda velocidad.

—¿Ava está aquí? ¿Ha venido contigo? —pregunta preocupado.

—Sí. Está convencida de que Nick le está ocultando algo…

Marcus cierra los ojos maldiciendo.

—No hay nada entre Nick y Vittoria —dice con firmeza—. Al menos, nada de eso.

—Entonces… ¿Por qué te pones así?

—Me preocupa lo que Ava pueda ver. O peor aún… lo que pueda oír.

Me tenso.

—¿Como qué?

Marcus me mira con una mezcla de protección y gravedad que nunca trae buenas noticias.

—Nick es experto en arruinarse la vida cuando algo le importa. Y ahora mismo, todo le importa demasiado —expone.

No me gusta cómo suena eso.

—Marcus, ¿qué estás diciendo?

—Hay que encontrarla. Vamos. Voy contigo —dice levantándose y cogiendo su máscara—. Quiero asegurarme de que Ava no se lleve una impresión equivocada ni peligrosa.

—¿Peligrosa?

Me sostiene la mirada de una forma que me da escalofríos.

—Este no es un buen momento para sacar conclusiones vitales…

Trago saliva. Porque empiezo a entender que no estamos hablando de celos, sino de algo más gordo.

—Vale. Vamos a buscarlos.

Marcus abre la puerta del despacho y, justo antes de salir, me toma de la mano.

—Pase lo que pase esta noche… Confía en mí, ¿vale? —dice inquieto.

Asiento. Porque confío en él. Pero también porque algo me dice que, a partir de ahora, mirar sin saber puede ser mucho más peligroso que no mirar en absoluto.

CAPÍTULO 20



Emily no debería haber venido esta noche…

Ese pensamiento me atraviesa justo cuando cruzamos el umbral del territorio italiano dentro del club y el ambiente cambia, como si el aire se volviera menos respirable. Aquí no hay música alta ni risas impostadas. Aquí se habla bajo y nadie se mueve sin saber quién está observando.

Emily camina a mi lado con paso firme, demasiado confiada en que, si estoy con ella, nada malo puede pasarle.

Y esa es exactamente la mentira que me va a destruir…

Desde que maté a la cúpula, este rincón del club ha perdido neutralidad y se ha convertido en un espacio de transición. Un lugar que aún no ha decidido a quién culpar y a quién ser leal.

Los cuatro hombres que mandaban han desaparecido. Quedan los que estaban al servicio y no saben a quién llamar. Porque no hay cuerpos. No hay pruebas. Solo silencio. Un silencio que grita.

Siento cómo Emily me aprieta un poco más la mano captando la desconfianza del sitio.

—¿Seguro que Ava está aquí? —pregunta en voz baja.

Asiento sin mirarla.

La conozco lo suficiente para saber que no se va a quedar en la superficie cuando algo no encaja. Porque es valiente hasta rozar la imprudencia. Como Nick…

La vemos antes de que ella nos vea a nosotros. Su postura es rígida. Está espiando tras una puerta. Con el cuerpo tenso y los ojos clavados en la escena que tiene delante. Justo lo que no quería que pasara.

Nick y Vittoria están discutiendo como dos personas con mucha confianza y un acuerdo que ya no tiene vuelta atrás.

—Cálmate, pequeña —dice Nick acariciándole la cara con una ternura que podría malinterpretarse—. Lo solucionaremos…

—¡¿Cómo?! —replica Vittoria—. ¡¿Con una nota escrita a mano?! ¡La gente necesita saber qué ha pasado y quién manda ahora!

Siento un vuelco seco en el estómago cuando Emily frunce el ceño.

—¿Saber qué? —susurra a mi lado.

No respondo. Agarro a Ava por detrás y se sobresalta.

—Tenéis que salir de aquí —ordeno ronco tirando de ella.

—¡Ni lo sueñes! —grita Ava en voz baja, deshaciéndose de mí.

—¡Han desaparecido, Nick! —continúa Vittoria enfadada—. South Boston está descabezada y Providence quiere respuestas. ¡No pararán hasta ver los cadáveres! ¡¿Dónde están?! ¡¿Qué ha hecho Marcus con ellos?!

Emily se queda inmóvil.

Ava deja de respirar.

Y yo siento cómo algo se rompe muy despacio, como una grieta que llevaba tiempo formándose y por fin decide ceder.

Ava da un paso al frente y la puerta se abre. Nick y Vittoria nos encuentran a los tres mirándolos horrorizados.

—¿A quién… habéis matado? —pregunta Ava incrédula.

Emily me mira, y en ese segundo exacto entiendo que lo he perdido todo.

—No es lo que parece —digo entrando en la habitación y cerrando la puerta.

—¡¿No es lo que parece?! —ríe Ava sin humor—. ¡¿Acabo de oír hablar de cadáveres y aquí nadie parece especialmente sorprendido?!

Emily me mira como si de pronto todas las piezas encajaran de golpe en su cabeza. El club. Las ausencias. Las noches en vela. Las mentiras por omisión. El miedo constante…

Ava se planta frente a Nick, demasiado cerca. Él abre la boca, pero no llega a decir nada. Y eso termina de encenderla.

—Claro… —asiente Ava, mirándole con desprecio—. Ese es tu talento natural, Nick White. Callarte cuando toca dar explicaciones.

—Ava… —dice Emily, nerviosa.

—No, Emily, quiero entender algo antes de volverme loca del todo. —Lo mira con rabia—. Cambiaste de actitud de la noche a la mañana como si yo fuera una nota al pie de tu agenda de mierda.

Nick traga saliva.

—Quería alejarte de mí porque estamos en una situación peligrosa.

—¡Claro! —se ríe, con los ojos brillantes—. Porque explicar algo implica hacerse responsable. Y tú no sabes hacer eso. Eres un cobarde.

Vittoria observa la escena con una atención peligrosa, como quien asiste a una clase magistral sin saber aún para qué la va a usar.

—Estaba perfectamente bien sin sentir nada —continúa Ava enfadada—. Te dije desde el principio que no queria promesas. ¡Pero me las hiciste sin palabras! Me miraste y me hiciste el amor como si yo fuera importante. Pero solo querías reconquistar un terreno que se te había resistido…

Nick aprieta los puños.

—No es así…

—¡Sí lo fue! —le corta—. Porque no te enamoraste de mí… te enamoraste de no estar solo. Y cuando tuviste a otra. —Señala a Vittoria—. Ya no me necesitabas.

Se hace un silencio letal.

—Tranquilo… —continúa con desdén—. No soy la loca despechada que viene a reclamarte nada. Solo quería entender por qué, y ya lo he visto. Eres un niño asustado que prefiere herir que sentir dolor él.

Nick la mira devastado.

—No quería hacerte daño.

—Si no quieres hacer daño a alguien, no pases de su culo sin dar explicaciones.

Se gira y ve a Emily mirándome descompuesta.

—¿Nos vamos, Em? ¿O quieres escuchar más mentiras…? —masculla Ava como indirecta hacia mí.

Emily baja la mirada.

—Marcus… —dice Emily muy despacio—. ¿Qué es todo esto?

Abro la boca y no sale nada.

Porque no hay forma elegante de decirle a la mujer que amas que el mundo en el que se ha enamorado de ti está construido sobre sangre.

Vittoria, ajena al desastre emocional que acaba de provocar, da un paso adelante, práctica.

—¡No hay tiempo para explicaciones! Hay que actuar rápido —empieza—. Si los de Providence huelen el caos, estamos perdidos. Necesitamos mantener una estructura visible. Celebrar una fiesta de compromiso. Algo que cierre bocas.

Ava la mira de arriba abajo.

—Cuidado con meterte demasiado en el papel de prometida, bonita, tienes pinta de ser su siguiente error…

Emily no deja de mirarme, esperando una explicación.

—No pretendía que te enteraras así —digo por fin. Y mi impulso es intentar calmarla con una caricia, pero ella se aparta de mí. Y el gesto duele más que cualquier disparo.

—¿Esto es verdad…? —dice en shock—. ¿Has matado a alguien?

—Emily, yo…

—No —me corta, alzando una mano—. Dime la verdad. No me hables como si fuera una niña pequeña a la que hay que calmar.

Está pálida pero firme. Mucho más firme de lo que yo estoy ahora mismo.

—¿Cuándo ha sido? —pregunta afectada.

—Hace un par de noches… Todo se complicó y… no pude evitarlo.

Sus ojos se achican.

—¿Por qué no me lo contaste al llegar a casa? Es algo muy importante y serio. Y no me digas que fue para protegerme… Mantenerme al margen de tu vida solo me aleja más de ti. ¿No te das cuenta?

No respondo. Y ese silencio es mi condena.

—No fue por protección —admito en voz alta—. No quería que lo supieras. No estoy orgulloso…

—Entiendo… Prefieres que viva engañada a que piense mal de ti.

—No es eso…

—Claro que lo es. Y al descubrirlo, cada gesto, cada caricia, cada «confía en mí», dejan de tener sentido —dice como si estuviera repasando nuestra historia entera—. ¿Qué más me ocultas?

—¡Nada…!

—No te creo —decide seria—. Tengo la horrible sensación de que me he enamorado de un hombre que no es real… De uno que solo existe cuando cierras la puerta de tu ático y decides ser humano durante unas horas.

La sangre se me solidifica.

—Emily, todo lo que he hecho ha sido para…

—¡No te justifiques! —exclama—. Si pudieras justificarlo de verdad, no me lo hubieras escondido…

Sus ojos brillan, pero no llora. Y eso lo hace aún peor.

—La confianza lo es todo para mí, Marcus. TODO. Y tú me has pedido que confíe mientras me ocultabas lo más importante de tu vida.

—Emily…

—No. —Da un paso atrás—. Yo no puedo vivir así —sentencia—. No quiero. No soy ese tipo de mujer. No voy a adaptarme a un amor a medias para encajar en tu mundo.

Quiero tocarla. Decirle que la amo. Que todo esto es una mala jugada que construí para protegerla cuando los italianos le vieron la cara por primera vez.

Pero siento que ya es tarde.

—Te quiero —musita llorosa—. Pero lo nuestro no es real. No cuando decides qué partes de ti merezco conocer… y cuáles no.

Desaparece con Ava siguiéndole los talones, y yo me quedo ahí, —rodeado de alianzas que se sostienen con sangre y un imperio que creía controlar— con la certeza de que acabo de perder lo único real que tenía en mi vida.

CAPÍTULO 21



NICK

Hoy no ha muerto nadie, pero la noche ha dejado un reguero horrible de cadáveres emocionales.

Cuando Emily y Ava desaparecen, Marcus se queda muy quieto.

Y no es una quietud cualquiera, es ese tipo de pausa que solo tienen los hombres que necesitan agarrarse a algo invisible para no

perder el equilibrio.

Tiene la mandíbula tensa, los hombros rígidos y la mirada fija en un punto que no existe. Como si hubiera perdido algo que no puede permitirse perder ahora mismo.

Me acerco un paso a él.

—Marcus… ¿Estás bien?

Se gira hacia mí, despacio. Sin reproche en su mirada. Solo una especie de desconcierto que no le había visto nunca antes.

—Entrará en razón —digo convencido—. Emily es inteligente. Solo necesita tiempo…

Él asiente de forma automática, como si supiera qué gesto se espera de él tras un comentario así.

—No es cuestión de razonar. Es una cuestión de límites. Y yo los he cruzado… —dice pensativo.

No sé qué responder a eso.

Antes de que pueda intentarlo, su móvil vibra anunciando que lo necesitan en alguna parte del Lux Noor. Lee la pantalla y su expresión cambia de inmediato. El Regente vuelve a colocarse sobre él como una armadura que pesa toneladas.

—Tengo que irme… —murmura.

Duda un segundo, como si estuviera a punto de decir algo más. Algo que no sabe ni pronunciar. Pero desiste y huye.

—Marcus, espera… —Lo freno—. ¿Estarás bien?

Me mira con los ojos demasiado brillantes.

—¿Acaso lo estoy alguna vez? —responde seco.

Y se marcha sin mirar atrás, tragado por la oscuridad de un club que nunca se detiene para que nadie se rompa con algo de dignidad.

De pronto, me siento mal. Porque he hecho exactamente lo contrario de lo que pretendía. Quería protegerlos a todos y he sido el que ha empujado la primera pieza de este efecto dominó destructivo.

—¿Quién era esa chica? —me pregunta Vittoria intrigada—. La rubia cabreada.

Tardo un momento en centrarme y respondo sin pensar:

—El amor de mi vida.

No lo digo para hacerme el interesante, lo digo porque es la verdad. Y porque a veces, la verdad sale cuando ya no tienes nada

que perder.

A Vittoria no parece afectarle la respuesta.

—Tiene carácter… Me gusta.

La miro desconcertado.

—¿No estás enfadada?

—¿Yo? No tengo motivos para eso. Estoy viva y soy libre. Eso ya es suficiente para mí. Lo único que quiero es controlar una situación que se nos ha descontrolado. Como digo, hay que actuar rápido. Pero oh… siempre hay tiempo de que se rompan corazones…

Se apoya en la mesa y se cruza de brazos.

—Dime… ¿Qué le has hecho a esa rubia para que esté tan cabreada?

—Se llama Ava.

—No desvíes el tema con tecnicismos y confiesa…

Suspiro hondo.

—Solo quería ponerla a salvo.

—¿Haciéndole *ghosting*, hijo del mal?

—Algo así…

—Y, por lo que dice, fue después de pasar una noche superespecial, juntos ¿no? Pobre… se te ha juntado el miedo por los capos con el miedo al amor.

—Pensaba que no lo entenderías.

—¡Y no lo entiendo, gilipollas! ¡Era ironía! —exclama dándome una colleja. ¡UNA COLLEJA! Nadie nunca había osado a darme una.

Se supone que soy un señorito de la alta sociedad. Podría volver a poner los sombreros de copa de moda, si quisiera. Pero Vittoria me convierte en alguien normal. Y a la vez, alguien lleno de posibilidades.

—¡Se la metiste hasta el fondo y luego le diste una puñalada con tu indiferencia! —me acusa indignada—. Y no tiene pinta de ser de esas mujeres que bajan la guardia fácilmente. Así que entiendo perfectamente su cabreo. —Se cruza de brazos, enfadada.

¡Lo que faltaba!

—¡Yo solo quería protegerla…!

—Los White sois muy raros. —Me mira mal—. Creéis que amar es sacrificarse en silencio. Y no lo es. Amar es dejar que el otro elija

quedarse a tu lado, sabiéndolo todo.

Me paso una mano por la cara.

—¿Quién eres? ¿El jodido Paulo Coelho?

Que sonría a pesar de todo me da un respiro.

¿De verdad ha tenido que venir alguien sin experiencia en el amor, a decirme todo esto? Soy idiota profundo…

Para ser tan joven, Vittoria parece tener las cosas muy claras.

—¿Qué quieres tú de la vida? —pregunto de pronto—. ¿Encontrar el amor verdadero? ¿Tener un millón de bolsos de marca? ¿Formar una familia y después renegar de ella en las redes sociales? Dime…

Mi prometida me mira con una serenidad que me sorprende.

—Yo quiero poder —responde sin dudar—. Y respeto. Y no me importa que estés con Ava mientras llevemos a cabo esta farsa. Todo el mundo aquí miente por algo. Al menos tú lo haces para que no maten a quien amas. Es un perfil flojo… pero aceptable.

Suelto una risita histérica.

—¿Flojo?

—Sí, de perdedor. «Renuncio a ti porque te quiero» —Pone voz ñoña—. Yo hablaría con ella… Cuéntaselo todo sin heroicidades, y deja que ella decida si quiere estar contigo o no.

—¿Y si no quiere? —digo con miedo.

Se encoge de hombros.

—Entonces aprenderás algo que todo el mundo aprende tarde o temprano: que ser valiente a veces sale caro, pero ser cobarde, nunca vale la pena.

Antes de pensarlo, ya estoy en movimiento.

Salgo del club con el pulso acelerado. Saco el móvil, pido un coche y doy la dirección antes de que la parte sensata de mi cerebro tenga tiempo de recordarme todas las razones por las que esto es una pésima idea.

Cuando llego al edificio de Ava, ya no estoy nervioso, estoy decidido a llevarme a la chica. Y a no ser un perdedor.

Subo las escaleras de dos en dos y llamo a su puerta.

Nadie abre. Qué sorpresa…

Vuelvo a llamar. Esta vez más fuerte.

—Vete, Nick… —dice su voz desde dentro—. No quiero verte.

Apoyo la frente en la puerta.

—O me abres o la echo abajo —respondo firme.

No hay respuesta, pero creo que ha entendido que ya he aprendido a negociar.

Oigo pasos y murmullos.

La puerta se abre lo justo para que Emily asome la cabeza. La pobre está demacrada. Tiene los ojos rojos, el maquillaje corrido y me mira como si quisiera decirme mil cosas y no pudiera.

—¿Qué quieres? —me pide en voz baja.

—Vengo a arreglar lo que he jodido.

Emily me mira cansada, y murmura:

—No la rompas más, por favor…

—No voy a hacerlo.

La puerta se abre del todo.

Ava está al fondo, agarrándose los brazos con esa expresión que mezcla orgullo herido y miedo a que duela.

—Tienes dos minutos —me informa—. Y no pienso perdonarte.

Me acerco con calma.

—Os dejo solos —dice Emily.

—No. No te vayas —pide Ava—. Terminamos enseguida.

Tomo aire. Sé que no me lo va a poner fácil, pero solo he venido a ser sincero y dejar que elija.

—Me equivoqué, ¿vale? —empiezo sereno—. Solo quería protegerte. Pensé que alejándome de ti te mantenía a salvo. Pero hoy he visto a mi hermano perder a la mujer que ama por hacer exactamente lo mismo. Y he entendido que eso no es amor. Es miedo.

A ambas se les humedecen los ojos.

—Fuiste cruel, Nick —dice—. Me dejaste sola con mis teorías. Con mis inseguridades. Con la sensación de que me había inventado lo nuestro. Ya me abandonaron una vez… y cuando por fin confío en alguien de nuevo, me hace lo mismo.

—No es lo mismo. Lo nuestro es real —respondo—. Tan real que me acojoné.

Doy un paso hacia ella.

—Vittoria me ha dicho que venga a buscarte y te lo cuente todo.

—¿Vittoria? —arquea una ceja—. ¿Tu futura esposa?

—Mi futura tapadera —corrijo—. Lo nuestro solo existe sobre el papel, para que no rueden cabezas. La mía, concretamente.

Ella traga saliva.

—Estoy metido en algo muy turbio, Ava —digo—. Y no quería que te salpicara. Pero te he hecho más daño dejándote fuera que siendo honesto contigo. Perdóname…

Me detengo delante de ella.

—Esta es la verdad. Sin adornos ni sacrificios silenciosos: yo te quiero. Te quiero incluso aunque no haya bebé. Te quiero porque eres tú.

La miro a los ojos con todo lo que tengo.

—Y ahora tú decides. Si te quedas o me mandas al infierno con razón. El poder es tuyo. Siempre lo ha sido.

Ava me mira durante unos segundos eternos.

Luego da un paso adelante y me agarra la camisa.

—Eres un imbécil, Nick White —dice con la voz rota.

—Lo sé.

—Y me has hecho llorar.

—También lo sé.

—Y he pensado que estabas con otra.

—Ninguna es como tú.

De pronto, me besa.

Y su forma de hacerlo, tan necesitada y urgente, me dice todo lo que necesito saber. Me aferro a ella como si acabara de volver de una guerra que no sabía que estaba librando. Ava me rodea el cuello, me muerde el labio y me besa como si quisiera comprobar que esto es real.

Cuando nos separamos, apoya su frente en la mía.

—No prometas cosas eternas —susurra—. Prométeme que no me volverás a dejar fuera.

—Te prometo que no volveré a decidir por ti —respondo.

Sonríe entre lágrimas.

—Entonces quédate.

La abrazo con fuerza. Como si el mundo fuera a dejar de ser peligroso mañana. Como si pudiera protegerla solo con los brazos.

Es entonces cuando escuchamos un leve carraspeo detrás de nosotros.

—Me alegro mucho por vosotros —musita Emily—. Sois tan monos.

—Retira eso —dice Ava en broma.

Lleva el abrigo puesto y el bolso colgado del hombro, y nos observa con una mezcla de ternura y cansancio que resulta entrañable..

—Emily… No tienes por qué irte.

Me acerco un paso hacia ella, con culpabilidad.

—Oye, Em… Marcus no quería mentirte, es solo que…

Emily levanta una mano. No para callarme, sino para marcar distancia.

—¿Tú lo ves aquí? Yo tampoco.

Es una frase dura. Porque es un hecho.

—Tiene muchas responsabilidades —intento justificarlo con torpeza.

Ella me mira con una tristeza que me atraviesa.

—Ese es el problema, Nick. ¿No lo ves? —dice despacio—. Sus responsabilidades siempre están antes que yo. Antes que nosotros. Antes que cualquier cosa que implique compartir el peso con alguien.

Ava guarda silencio.

—Él te necesita —insisto.

—No quiero a un hombre que me necesite solo cuando puede permitírselo —continúa—. Quiero a alguien que piense en mí cada vez que tenga un problema. Que no me proteja ocultándome la verdad, sino haciéndome partícipe de ella. Que haga sus problemas míos.

Lucha con fuerza por no echarse a llorar y me siento inútil.

—Entrará en razón…

Niega con la cabeza, sin enfado.

—No quiero mendigar un hueco en su vida.

Se gira hacia Ava y su expresión se suaviza.

—Me voy. Os dejo solos.

—¿Estás segura? —pregunta Ava—. Puedes quedarte. De verdad.

Emily sonríe agradecida.

—Gracias, pero no. Me iré a casa de mis padres. —Coge aire—. Te mereces tu felicidad, Ava. No la pongas en pausa por nadie.

Ava se acerca y la abraza fuerte.

—Gracias… —susurra—. Por todo.

Emily le devuelve el abrazo un segundo más de lo necesario. Luego se separa y se dirige a la puerta.

Antes de salir, me mira una última vez.

—Cuídala —me dice—. Y cuídate tú también. No sois responsables de los errores de los demás.

La puerta se cierra y Ava me mira, con los ojos aún húmedos.

—¿Crees que estará bien?

No tengo una respuesta fácil. Así que no me la invento.

—Es fuerte —digo—. Pero esta vez… va a dolerle.

Y mientras la abrazo de nuevo, doy gracias por no ser Marcus.

CAPÍTULO 22



Nunca he tenido claro si los edificios corporativos están diseñados para impresionar o para intimidar. El de White Industries consigue ambas cosas sin esforzarse demasiado.

Cristal, acero, líneas limpias. Nada le sobra. Todo parece pensado para recordarte que aquí las decisiones no se toman a la ligera y que, cuando se toman, no se discuten.

En la agenda de Clifford White figura que he venido por negocios. Pero es mentira.

Cuando subo en el ascensor, me observo en el espejo.

Mi labio partido se está curando, pero la herida sigue ahí, como un recordatorio reciente de que mi vida ha entrado en un bucle que puede acabar en ejecución por mis ideas de bombero jubilado…

Sonrío por inercia. Es de las pocas cosas que quedan gratis…

El despacho de Clifford White no es ostentoso, y eso lo hace aún más inquietante. Es la clase de lugar donde todo tiene un peso específico y nada es decorativo.

Me recibe de pie, junto al ventanal. Está más delgado que la última vez que lo vi. Y más rígido, porque ya no somos amigos.

—Gold… —dice sin molestarse en ser hospitalario—. ¿A qué viene tanta insistencia en reunirte conmigo? Te dejé muy claro que no iba a vender.

—Le agradezco que me reciba, Señor White —respondo afable—. Prometo que hoy no vengo a comprar nada.

No sonríe. Solo indica que me siente y obedezco.

Él se sienta frente a mí, con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—He accedido a verle porque estoy intrigado —admite—. ¿A qué debo el honor?

—He venido a hablar sobre antiguos movimientos de White Industries… —digo directo—. Y sobre información que quizá no le apetezca escuchar…, pero que debería saber.

Su mirada se vuelve sagaz.

—Habla.

Inspiro hondo y continúo.

—Últimamente África vuelve a aparecer en conversaciones que creía enterradas. Las investigaciones recientes de empresas pantalla…, intermediarios seniles que nunca debieron sobrevivir al cambio de década… Y un sin fin de «problemas enterrados» más…

Clifford cambia de postura.

—¿Intentas asustarme? White Industries ha pasado auditorías muy exhaustivas.

—No lo dudo —contesto calmado—. El problema no es lo que está limpio, sino lo que permanece oculto en la suciedad de la África profunda…

White guarda silencio.

—Supongo que sabe de lo que le hablo… —musito.

—¿Qué buscas con todo esto? ¿Cuál es tu objetivo? ¿Quieres chantajearme? ¿Acaso tienes pruebas, muchacho?

Lo miro fijamente. Parece un hombre que no sabe lo que es el miedo, pero algo en su voz denota que está cansado de mantener esa pose.

—Las tengo —sentencio firme. White se sorprende—. Pero solo porque yo también estoy implicado en ello… —confieso. La sorpresa barre su cara—. Durante años he intentado borrar un rastro muy concreto. Y cuando intentas borrar algo, acabas descubriendo muchas cosas más…

White me observa con atención. No con simpatía, pero con más respeto.

—¿Por eso intentaste comprar mi empresa? ¿Para borrar un rastro?

—Sí.

—Vaya… Debe de ser importante para costarte tantos millones.

—Quería cerrar un capítulo de mi vida. Hacer desaparecer mi nombre de ciertos documentos… No quería que me relacionaran con algunas personas y tampoco con los trapos sucios de White Industries.

Soy afortunado. Poca gente habrá visto a Clifford White tan impactado como ahora mismo.

—¿Por qué no empezaste por ahí desde el principio? ¿Por qué no me dijiste la verdad entonces? ¿Por qué ahora?

Me rasco la cabeza y él entiende el gesto. Los hombres como él hablan muchos lenguajes sin palabras. Sabe que es un asunto personal.

—Porque ahora todo ha cambiado —expongo—. La persona a la que intentaba proteger se ha vuelto… peligrosa —respondo conciso.

—¿Quién es?

Las palabras se niegan a salir de mi boca. Sería alta traición. ¡Es mi madre! Pero si de algo puedo presumir, es de tener la conciencia muy tranquila.

—Es una mujer muy inteligente y manipuladora —empiezo—. Con una capacidad admirable para sobrevivir a cualquier caída…

—No me gustan los enigmas, Gold —dice tensando la mandíbula.

—A mí tampoco. Pero si digo su nombre, ya no habrá vuelta atrás.

—Estás aquí, ¿no? —replica—. Así que empieza a hablar claro…

Trago saliva. ¡Joder con papi White! En estos momentos aprecio más a los hijos.

La quedada del otro día con ellos fue… Bueno, digamos que no estuvo mal del todo.

Tomo aire y me decido.

—Es mi madre —suelto de golpe.

White me mira confundido.

—No sabía que tu madre tuviera interés en mi empresa…

—No lo tiene… —Trago saliva—. Pero en usted sí…

Eso lo aturde todavía más.

—Explícate, por favor.

Me inclino hacia delante despacio.

—Lleva años esperando a que cometa un error grave para vengarse de usted. La conoce muy bien, estuvo casado con ella…

A Clifford White se le abre la boca sin querer. Pero no tarda en atar cabos.

—¿Eres hijo de Mindy? Nunca me dijo que tuviera un hijo…

—Siempre me dijo que lo ocultaba por mi bien. Que solo así podría asegurarme un puesto de poder el día de mañana… Sé que ella le puso en contacto con las mafias de diamantes en África. Sus negocios allí me abrieron las puertas a mí. Parecía mi gran oportunidad. Pero cuando quise darme cuenta, nuestras manos, las de ambos, estaban manchadas.

Clifford inspira hondo. Y comprendo que estaba al corriente del escarnio.

—Se hicieron las cosas mal. Pero mira hasta dónde has llegado…

—Estuve varios años en Kenia. Mi madre me ayudó a empezar, pero estudié mucho y tuve un golpe de suerte encontrando aquella mina abandonada llena de oro.

—¿Qué quieres exactamente de mí, Gold? —pregunta por fin—. No estás en disposición de exigir nada. Si yo caigo, tú caes. Pero si borro tu rastro, estaré en tus manos. No hay nada que hacer…

Y ahí está. El momento que estaba esperando.

—No vengo a pedirle nada. Solo vengo a pagar una deuda…

—¿Una deuda? —repite levantando una ceja.

—Una deuda de vida. Quiero que esté muy alerta, señor White. Doble la seguridad. No subestime a quien cree conocer bien. Quiero advertirle que corre peligro… Mi madre va a por usted.

Su respuesta es sonreír. Y eso me desconcierta.

—Si lo piensas, no estaría mal morir a lo Kenedy o a lo John Lenon. Si me pegan un tiro, significará que soy importante.

—Por favor, tómeselo en serio. Usted no es el único que corre peligro… también sus hijos.

La frase es como un latigazo de ira en su cara.

—Mis hijos no tienen nada que ver con ella —masculla.

—Por desgracia, sí.

Se hace un silencio horrible.

Clifford White no pestañea, pero una mínima contracción en la comisura de su boca delata que ha pasado de estar de broma a estar escuchando una amenaza real.

Se incorpora en el sillón despacio y me observa decidiendo si sacar un arma de debajo del escritorio y volarme los sesos él mismo.

Que se ponga a la cola…

—Te escucho, Gold —musita—. Pero mide bien tus palabras si no quieres meterte en un buen lío…

«¿En otro más?». Trago saliva.

Mi impulso natural sería soltar una broma para aliviar la tensión, una de esas frases que uso para no parecer vulnerable, pero hasta yo me doy cuenta de que no es el momento.

—Si me meto en un lío, será por intentar que no lo maten —digo sin alzar la voz—. A usted y a sus hijos. Aunque me caigan como una patada en el culo…

No sonríe. Pero algo en su mirada cambia. Evalúa mi cara golpeada y siento que me da un voto de confianza.

—Sigue.

Me paso la lengua por el labio partido notando el escozor. Lograr que te escuchen es jodidamente doloroso.

—Hace unos días casi me ejecutan en el Lux Noor —empiezo—. Supongo que conoce el club y sabe que no es exactamente lo que parece…

Clifford se queda inmóvil.

—Sí. Algo he oído. ¿Pero qué tiene que ver eso con mis hijos?

Maldigo mentalmente. Me veo a mí mismo hace unas horas, pensando que decirle esto era como lanzarme desnudo a una autopista. Pero ya he cruzado el punto de no retorno.

—Es un club sexual exclusivo que hace las veces de territorio neutral de las mafias… Marcus lo regenta. El club es suyo.

Clifford no reacciona de inmediato. No se lleva la mano al pecho, ni grita ni se pone pálido. Simplemente me mira como si acabara de confirmarle sus peores temores.

—Eso es imposible… —murmura.

—Yo también quise que lo fuera. Pero es cierto. Y el antro no es un capricho, se lo aseguro. Marcus no se ha metido ahí por diversión. Está atrapado. Y cada día que pasa, la soga le aprieta más el cuello. Aunque nadie sabe que él es el Regente del lugar. El que ordena quién vive y quién muere.

Clifford entrelaza los dedos. Su voz sale fría.

—¿Y por qué demonios no lo cierra y se olvida de todo?

Pienso en Marcus. En su forma de ser y de moverse. En su mirada de hombre que no se permite descanso. En cómo me despreció cuando nos conocimos y aun así eligió salvarme.

—Porque alguien tiene que sostener la ciudad —respondo—. Y Marcus parece haber nacido con la maldición de aguantarlo todo sin romperse por fuera. Nick es otro asunto…

Clifford clava sus ojos en mí.

—¿Qué pasa con Nick?

La pregunta suena a miedo disfrazado. Es su niño mimado.

—Nick es… imprevisible —digo con sinceridad—. Tiene fuego. Y el fuego, en la mafia, sirve para quemar enemigos o para quemar tu propia casa… En su caso, domina ambas disciplinas…

Clifford se remueve como si intentara procesar lo que le estoy diciendo sin permitirse el lujo de mostrar impacto.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —pregunta intrigado—. Si nadie sabe que Marcus es el Regente, no debería estar en peligro.

—Alguien lo descubrió hace poco. Pero su hijo lo solucionó enseguida… Esa gente iba a matarme, y él… me salvó.

—¿Mi hijo?

—Su hijo me ha salvado la vida dos veces en poco tiempo. Y no lo hizo porque yo le cayera bien, ni porque me lo mereciera, lo hizo porque… supongo que todavía le queda algo parecido a una conciencia. Y yo respeto eso.

Clifford suelta una risa seca.

—Ese ha sido siempre el defecto de Marcus. La compasión.

—Yo no diría que es un defecto… —digo serio.

—Pues ese defecto va a matarlo —resuelve—. Porque cuando intentas controlarlo todo, algo siempre se desploma. Y suele suceder a nivel personal…

—La verdad es que está, estamos todos, metidos hasta el cuello —confieso—. Y el problema no son solo los italianos ni los albaneses ni los acuerdos… El problema real es que mi madre tiene sus propios planes y no parará hasta conseguirlos.

—¿Qué planes?

Aprieto los dientes porque me da hasta vergüenza decirlo. Porque suena a paranoia, pero…

—Quiere matarle —digo—. Y después a Nick.

Clifford me mira como si de repente se le encendiera una alarma antigua, guardada durante años.

—¡¿A Nick?! ¡¿Por qué?!

Respiro hondo y ya no me detengo.

—Todo empezó por una estupidez —suelto—. Nick me acusó de haber matado a un albanés en el Lux Noor, pero era mentira. Lo hizo por celos… porque creyó que yo estaba con Ava, una chica que le importaba mucho.

Clifford frunce el ceño, pero no me corta.

—Los albaneses me secuestraron. Iban a matarme, pero el Regente apareció y me salvó la vida. —Me arde la garganta al decir su nombre—. Para sacarme de allí, Marcus tuvo que achacar el muerto a los italianos. Fue la única forma de evitar una guerra dentro del club. Pero esa jugada les hizo sospechar… y los italianos se cobraron el favor como ellos se lo cobran todo: con sangre o con un matrimonio impostado.

Clifford se queda inmóvil.

—Le exigieron a Marcus casarse con una de sus hijas —añado—. Pero él ya estaba comprometido con Emily. Y Nick asumió la responsabilidad. Al fin y al cabo, había sido todo culpa suya…

Clifford parpadea despacio, como si estuviera escuchando una historia que no quiere entender porque implica demasiado.

—Por Dios… —lamenta.

—Espere… Ahora viene la parte donde yo la cago aún más —digo sin humor—. La semana pasada me acosté con la prometida de Nick: Vittoria Rossetti. Yo no sabía quién era, ni tampoco que era virgen. No lo supe hasta que ya era tarde…

Clifford abre la boca, pero no llega a decir nada.

—Cuando los italianos se enteraron, me cogieron en el Lux Noor, y me estaban reventando la cara cuando… Marcus apareció y los mató a todos.

La frase cae como una bomba.

El señor White, se pone de pie y se aleja un par de pasos de mí.

—¿Intentas hacerme reír, chico… o esto va en serio?

—Muy en serio, señor —respondo firme—. No sé si he hecho bien en contárselo o si la he cagado aún más, pero no podía quedarme callado. Los capos de South Boston han caído y mi madre quiere que yo ocupe el lugar de Nick para ser el número uno de la mafia italiana.

Clifford me mira fijamente. Y por primera vez, su impostura se ve amenazada por algo parecido al miedo.

—Me cuesta creer que Marcus haya matado a alguien…

—Lo hizo porque los italianos habían descubierto su identidad. Me dijo que eran ellos o nosotros…

El silencio se vuelve insoportable y Clifford asiente con orgullo.

—Mi madre lo sabe todo, señor White, y quiere aprovecharse de la situación. Le he dicho que yo no quiero ocupar el trono de la mafia, pero está obcecada en que ella sabe lo que me conviene… He venido a avisarle, señor. Porque no puedo frenarla. Nadie puede…

—¿Y dices que has venido porque te sientes en deuda con Marcus?

—Así es.

—Maldita sea… Pues menos mal… Porque si fuera por él…

—Marcus no le cuenta nada a nadie —digo sin pensar—. Es su superpoder. Y su condena. Y Nick… —hago una pausa, porque me

cuesta admitirlo— Nick es un puto desastre, pero es imposible que te caiga mal a pesar de todo. Son… buenos chicos.

—Gracias a mi mujer, no a mí. Yo… nunca he sido un buen padre…

Clifford se queda pensativo, y me mira como si tuviera un plan.

—Tranquilo, chico. Tengo contactos. Y recursos. Si tu madre quiere jugar…, entonces le daré un tablero lleno de trampas.

Me observa con una intensidad dura, pero no cruel.

—Gracias por venir —añade—. No muchos hombres se presentarían aquí para condenar a su propia madre.

Asiento, tenso. Pero no podía no hacerlo.

—Es peligrosa. Siempre lo ha sido. Y todavía cargo con las consecuencias de la última vez que quiso «ayudarme»… No podría cargar con la muerte de un inocente. Ni de dos. Sobrevivir sin poder mirarme al espejo, me parece un precio demasiado caro…

El señor White me observa como si fuera un bicho raro. Pero uno en el que empieza a confiar.

—Siempre he sido un hijo de puta… —murmura—. Pero mi familia no se toca. Es la ley de la selva.

La coletilla de la selva ha quedado muy de macho, pero esa frase me hace entender que bajo toda esa frialdad quiere a sus hijos.

Clifford se queda en silencio y veo cómo su mente fría trabaja.

—Tu madre es un peligro, pero… ¿y tú? ¿Qué eres tú en medio de todo esto?

Aprieto los dientes.

—Soy un error que ya no puede salirse del tablero. Por eso quiero ser útil. Y le estoy avisando de por dónde va a venir el golpe. El imperio White es una fortaleza con una grieta. Y si no la ve, se le puede caer encima con todos dentro…

Clifford se acerca un paso a mí y sus ojos se estrechan.

—Si me has mentido —dice al fin—, te destruiré.

Mi corazón late fuerte, pero no me muevo.

—Lo entiendo, señor.

Se acerca un poco más.

—Y si dices la verdad… buscaré el modo de recompensártelo.

—No es necesario. Solo quería estar en paz con los White.

Cuando me marcho, tengo la sensación extraña de haber hecho lo correcto y algo estúpido a la vez. Como casi todo en mi vida…

No sé qué hará con esta información. Si se lo contará a Marcus y él mismo me matará cuando sepa de quién soy hijo. Pero si esta historia termina mal, al menos no habré sido el tipo que mira hacia otro lado.

Camino hacia el ascensor intentando que mi cara no delate lo que acabo de vivir en ese despacho. Pulso el botón y las puertas se abren con un ding ridículamente entrañable para lo que llevo encima.

Marcus sale del ascensor en lugar de entrar yo.

Y lo hace con una cara que no le había visto nunca.

—Hola —reacciona al verme.

—Hola… ¿Estás bien? —pregunto frunciendo el ceño.

Su trastorno no es algo evidente como una herida sangrienta, es más sutil. Es una mirada ausente y la forma en la que respira, como si cada inhalación le costara.

De pronto, me mira sorprendido.

—¿Qué haces tú aquí?

Carraspeo e improviso con la dignidad de un hombre que ha estado a punto de morir demasiadas veces esta semana…

—Venía a verte a ti, de hecho —digo—. Quería hablar contigo de… todo lo de África.

Él entorna los ojos.

—¿África?

—Sí. —Me encojo de hombros—. Ya sabes… problemas de mi vida anterior en la que yo era un empresario normal y no el protagonista accidental de una guerra mafiosa…

Marcus no sonríe. Solo resopla cansado de existir.

Veo de reojo que el ascensor se va sin mí y no me importa.

—Te veo jodido —digo con sinceridad.

—¿Cuándo no lo estoy?

—Más que de costumbre, digo.

Marcus cierra los ojos, apesadumbrado, y algo me impide marcharme y dejarlo así.

—No es nada… —musita.

—Hasta yo sé mentir mejor…

Marcus se va de mi lado sin mirarme. Pero en el último momento, gira la cabeza para decir:

—Ven a mi despacho. Es mejor que lo veas…

Me trago mi siguiente broma. Su tono no admite nada que no sea obediencia, así que lo sigo por el pasillo.

Entra en su despacho y yo voy detrás. La puerta se cierra y señala un objeto pequeño y brillante sobre la mesa. Es un anillo…

—Estaba ahí cuando he llegado esta mañana —explica Marcus, mirando al vacío—. Ayer Emily y Ava aparecieron en el club… Emily se enteró de los asesinatos y discutimos. Este es el resultado final…

No dice «hemos roto», pero no lo necesita. Su aura lo anuncia.

Me quedo quieto, con el pecho apretado, como si alguien me acabara de recordar que en este mundo, lo único que no se recupera es lo que amas.

Maldita sea… ¿Cuánto ha sido, un minuto?

Un puto minuto me ha durado la sensación de que estaba en paz con Marcus White. Y ahora vuelve el ruido, el caos, la culpa…

Porque todo esto es culpa mía. Por seguir respirando.

CAPÍTULO 23



Cuando Gold se marcha, me quedo sosteniendo el maldito anillo.

Pesa más de lo que debería, pero no es por el tamaño de la piedra, que es considerable, sino por lo que representa: una despedida.

Lo he encontrado en el centro de mi mesa como una jodida sentencia. Un «ya no soy tuya» que me ha dolido como nada en mi vida.

Me quedo mirándolo con el pecho comprimido por una clase de dolor que te vacía por dentro como si fuera una hemorragia interna.

Desde que discutimos, no he dormido ni comido. Solo he trabajado en modo automático. Es lo que tiene cuando no sabes vivir, que te vuelves eficiente…

Me siento como si todo el edificio pudiera ver que soy un hombre que no ha sabido conservar un anillo en el dedo de la mujer que ama.

Paso el pulgar por el borde de la sortija y me odio por ello.

Porque si yo fuera otro tipo de hombre… habría ido detrás de ella. Habría luchado y la habría convencido para volver. Pero yo no soy así. Soy de los que entienden que insistir también puede ser una forma de egoísmo.

Estoy tan metido en esa espiral que ni siquiera me doy cuenta de que alguien ha abierto la puerta hasta que una voz corta el aire como una cuchilla.

—¿Vas a quedarte mirándolo todo el día o vas a trabajar?

Levanto la cabeza tan rápido que me cruje el cuello. Porque he reconocido esa voz. Es la de mi padre, el maldito Clifford White, con su traje impecable, su cara de pocos amigos y esa presencia de «yo nací con poder y tú solo lo administras».

Se me seca la boca.

—¿Qué haces aquí? —suelto sin pensar, porque la sorpresa me ha dejado sin filtro.

Su respuesta es entrar en mi despacho como si fuera suyo. Porque, técnicamente, lo es.

Se queda mirando el anillo sobre la mesa un segundo y luego me mira a mí. Escanea mi cara y entiende exactamente lo que significa.

—Me estás dando pena —dice como si fuera un delito.

—¿Qué quieres, papá? —gruño—. ¿Por qué no me has llamado a tu despacho si querías hablar conmigo? No es propio de ti andar hasta aquí… ¿ha pasado algo?

Clifford se acerca y se apoya con ambas manos en el borde de la mesa. La forma en la que mira el anillo me incomoda por lo que pueda pensar de mí.

—Te lo ha devuelto. —No pregunta. Afirma.

Trago saliva y decido no mentir. Hoy no puedo.

—Sí…

Mi padre inspira despacio, como si lo estuviera procesando. Como si su idea del Marcus White perfecto, hubiera vuelto a romperse justo cuando estaba empezando a funcionar.

—¿Y por qué? —pregunta, llano.

Podría mentir. Podría venderle mi versión empresarial, la versión fría, la limpia. Pero estoy tan cansado… y tengo el anillo de poder delante…

—Porque se ha enterado de cosas —confieso.

Mi padre frunce el ceño.

—¿«Cosas»?

Asiento.

—Cosas que no debería haber tenido que descubrir de esa forma.

Clifford se endereza un poco.

—¿Le has mentido?

—No exactamente.

—No me hagas perder el tiempo con tecnicismos, chico.

Me paso una mano por la cara. ¿Por qué estamos teniendo esta conversación? Pero me mira como si de verdad le interesara.

—Le he ocultado partes de mi vida.

Mi padre suelta un resoplido mínimo.

—Menuda novedad. Un hombre que no engaña a su mujer no es un hombre.

Lo fulmino con la mirada.

—No tengo el día para tus frases de machirulo…

Mi padre sonríe. ¡SONRÍE!

—Bueno, bueno… venga, que tampoco es el fin del mundo.

Me quedo quieto. Porque esa frase no encaja con Clifford White. En su boca, todo suele ser: «esto tiene consecuencias», «esto te hará perderlo todo». ¿Qué trata de decirme?

—¿Has venido a reprochármelo? —pregunto, con la voz más áspera de lo necesario—. Porque si es así, no tengo energías para un discurso que diga que debería ser más fuerte.

Clifford me observa un momento largo.

Y entonces, en un movimiento que me rompe los esquemas, se sienta en la silla frente a mí. Jamás le he visto sentarse en ningún lugar que no fuera la presidencia de una mesa. Es como si no fuera mi padre, sino un hombre normal a punto de decir algo que le cuesta.

—He venido porque alguien me ha contado «cosas» de ti —dice al fin.

Mi cuerpo se tensa.

—¿Quién?

—Eso no importa —contesta, y eso me confirma que sí importa, y mucho. Alguien que conozco.

—He venido a decirte que estoy orgulloso de ti, Marcus.

El aire se me queda clavado en el pecho.

No sé si he oído bien o me lo estoy imaginando.

—¿Qué has dicho? —pregunto con una sonrisa involuntaria de incredulidad.

Mi padre frunce el ceño, molesto.

—No me hagas repetirlo… Me has oído.

Me río, porque esto… esto es lo único que yo he deseado desde que tengo memoria.

—¿Por qué me lo dices ahora? —susurro alucinado.

Clifford me mira fijamente.

—Porque por fin he visto lo que necesitaba ver.

—¿Y qué es eso?

Mi padre me sostiene la mirada.

—Que no estás jugando a ser un hombre, Marcus. Lo eres.

Me trago el nudo que tengo en la garganta.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —dice sin titubear—. Sé quién eres en las sombras. Y me da igual.

Esa maldita frase me deja sin defensas.

Mi padre se inclina un poco hacia mí.

—Llevas mucho tiempo sosteniendo asuntos delicados.

No menciona el club. Ni a la mafia. No me llama Regente. Pero su mirada lo dice todo.

LO SABE… o al menos, lo intuye.

Mi voz sale más baja.

—Y… ¿vienes a detenerme? ¿A decirme que es peligroso?

Clifford se queda un segundo quieto.

—No. Si has sobrevivido hasta ahora, es porque lo tienes controlado.

Mi corazón late con una fuerza desmedida y me doy cuenta de que me está temblando una mano.

La escondo rápido bajo la mesa. No puedo permitir que mi padre me vea débil.

—Creo que estás listo para que te deje el control absoluto de White Industries —dice de pronto.

Parpadeo.

—Bueno… ya lo estoy. Soy el CEO.

—No me refiero al cargo, me refiero al legado —aclara—. Ya no tienes que demostrar nada. Por fin quiero que lo tengas. Solo tú, Marcus. No tienes que compartirlo con Nick.

Me quedo sin palabras.

Mi padre carraspea, incómodo con el silencio que ha creado.

—Pero… —digo pensando en mi hermano.

—Tú siempre has sido el serio, Marcus —dice—. El que piensa. El que cuida de todos como hermano mayor.

Me mira con esa dureza con la que me crio.

—Pero nunca el que se permite ganar.

Se me comprime el estómago.

—Sí he ganado. Tengo todo lo que puedo desear.

Él señala el anillo.

—No todo.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—He perdido a Emily, pero…

—No —me corrige—. Te ha dejado, que no es lo mismo.

Levanto la mirada, dolido.

—¿Qué diferencia hay?

Clifford se inclina hacia delante.

—Que tú eres un White. Y los White no se quedan sentados mirando un anillo como si fuera una tragedia griega —lo dice sin humor, pero el tono tiene algo de empuje.

—Me ha dicho que no la busque…

—¿Y vas a hacerle caso?

—Sí.

Mi padre me mira como si acabara de confesar que me he rendido ante un niño de primaria.

—Marcus… —dice despacio—. Si una mujer te deja porque la amas mal, no te está pidiendo que desaparezcas, te está pidiendo que aprendas.

Su voz se vuelve un poco más grave.

—Recupérala. Ve a por ella.

Mi pecho se contrae.

—No sé si puedo…

—Claro que puedes —dice incorporándose, más dominante.

—No es tan fácil…

—Nunca lo es —replica. Y se levanta como si fuera a marcharse. Pero antes de hacerlo, se detiene junto a mi mesa y mira el anillo una vez más.

—Emily Harper no es una mujer cualquiera —expone—. Y tú tampoco eres un hombre cualquiera…

Su mano cae sobre mi hombro como un gesto torpe pero real.

—Recupérala —ordena—. Porque si no lo haces, serás tan imbécil como tu hermano que anda desesperado por la vida…

Suelto una risita.

—Gracias por el apoyo emocional.

—De nada.

Se gira para irse. Y antes de salir por la puerta, añade:

—Ah. Y Marcus…

—¿Qué?

Mi padre me mira una última vez y su voz baja un grado.

—Siempre he estado orgulloso de ti. Pero ahora más.

Se va y me quedo inmóvil, con una sensación desconocida subiéndome por el pecho…

Una que no me pega nada. Es algo parecido a la… ¿esperanza?

Cojo el anillo con cuidado, casi como si quemara, y lo cierro en el puño.

Porque si mi padre ha venido a decirme esto, es que nada es imposible…

CAPÍTULO 24



EMILY

No sé qué es peor…

Si volver a dormir en la habitación de mi adolescencia, rodeada de pósters viejos y la silla donde estudiaba para exámenes que creía que me iban a arruinar la vida… o despertar sabiendo que lo que me ha traído de vuelta al rincón no es un suspenso, sino un hombre.

Un hombre peligroso, al que amo y al que ayer le dejé un anillo sobre la mesa como si fuera una sentencia…

Y ahora estoy aquí… fingiendo que puedo respirar sin él.

Me visto sin ganas, con ropa cómoda, me hago una coleta, me lavo la cara, y me miro en el espejo con esa sensación de no reconocerme

del todo, como si la Emily que era hace tres días se hubiera evaporado y esta nueva estuviera hecha de orgullo.

He dormido con el móvil bajo la almohada (malísimo) por si Marcus me escribía un mensaje durante la noche.

No lo ha hecho.

Ni un mensaje. Ni una llamada. Ni una súplica desde que rompí oficialmente con él con ese gesto dramático del anillo. He llegado a pensar que alguien lo había robado y aún no se ha enterado… Pero supongo que en ese caso me habría llamado. Creo.

O no. Porque ya estábamos enfadados. Y esa ausencia… es la que más me duele. Porque confirma lo que ya sospechaba: que cuando Marcus tiene un problema, corre hacia el deber, hacia el control, hacia la responsabilidad… y no hacia mí.

Y yo no quiero ser una mujer a la que se ama en privado y se deja fuera cuando el mundo aprieta.

Salgo de casa y a cada paso que doy voy armándome de valor para verle en la oficina. Pero cuando doblo la esquina del edificio White, me quedo clavada en el suelo.

Hay mucha policía y cintas de seguridad que bloquean la entrada como si fuera la escena de un crimen en una serie.

Consigo colarme y llegar hasta los ascensores. También están bloqueados. Hay gente hablando en voz baja en recepción. Trabajadores que se miran entre sí con esa expresión de «esto va a salir en las noticias».

No entiendo nada.

Me acerco despacio, con el cuerpo ya en alerta máxima.

—Disculpe… —le digo a un agente— ¿qué ocurre?

El policía ni siquiera me mira.

—Hay una investigación en curso, señorita. No puede pasar.

—Pero trabajo aquí —respondo rápido.

Nada más decirlo, escucho el sonido del ascensor abriéndose.

Es el ascensor de mantenimiento. Y entonces sale un agente, guiando una camilla con una bolsa negra encima.

Es una de esas bolsas negras largas empujada por dos hombres con guantes y expresión neutra, como si lo que están sacando no

fuera una persona cuya vida ha finalizado, sino un trámite administrativo.

El mundo tiembla bajo mis pies. Las peores posibilidades llegan a mi mente.

Oigo a dos empleadas murmurar detrás de mí:

—Ahí está el señor White. Qué lástima… era tan guapo.

La frase se me clava en el pecho como un cuchillo y mis piernas se mueven antes de que mi cabeza lo procese del todo.

Mis dedos se aferran al bolso como si fuera lo único sólido.

De pronto, ya no pienso en mafias, ni en secretos y tampoco en mi dignidad. Pienso en Marcus. En su silencio. En el anillo que dejé sobre su mesa y en que quizá lo empujé al borde de una mala decisión…

«¿Y si se ha suicidado?».

La idea es tan brutal que me deja sin aire.

No. No puede ser.

Intento avanzar y el policía vuelve a interponerse.

—Señorita, no puede pasar.

—¡Apártese! —escupo, sin reconocer mi propia voz.

No espero su respuesta. Rodeo la cinta, ignoro las miradas, y subo por las escaleras como si fueran mi único acceso al mundo real.

Subo un peldaño tras otro con el corazón desbocado, la garganta cerrada y mi propio pensamiento repitiendo su propio castigo:

«Esto es por mi culpa».

«Esto es por mi culpa».

«Esto es por mi culpa».

Las plantas pasan como fogonazos. Mis manos resbalan por la barandilla. El pelo se me pega a la frente y me duele el pecho.

Cuando llego al piso de dirección, lo hago jadeando y con las piernas flojas…

Busco desesperadamente explicaciones, y de pronto, lo veo.

Es Marcus. Está allí. VIVO. De pie, con la camisa arrugada, la cara pálida y la mirada vacía. Como si estuviera sosteniendo algo que por dentro lo está desangrando.

Y algo dentro de mí se recompone con fuerza. Algo que me libera y me hace correr hacia él.

Ni me lo pienso. Simplemente corro.

—¡Marcus! —Su nombre me sale como un sollozo y me lanzo a sus brazos.

Lo abrazo con una desesperación casi infantil. Como si mi cuerpo necesitara asegurarse de que no es un fantasma. De que no lo he perdido y sigue aquí.

Marcus me sostiene con fuerza sin hacer preguntas y sin reproches. Me abraza contra él como si yo también fuera lo único real en medio de un mundo que se le está cayendo.

Me separo lo justo para mirarlo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con la voz rota—. He visto… he visto una bolsa negra… y he pensado que…

No soy capaz de decirlo en voz alta. Pero Marcus traga saliva como si esa fuera una posibilidad muy real. Su mandíbula tiembla.

—Han encontrado muerto a mi padre en su despacho —dice al fin —. El turno de limpieza de la mañana. Ha pasado la noche aquí.

La angustia me atraviesa el pecho.

—¿Tu padre…?

Asiente.

—Parece un fallo multiorgánico —dice como si necesitara aferrarse a los hechos, no al dolor—. Harán una autopsia.

Me llevo la mano a la boca. No sé qué decir. Solo sé lo mucho que le afectó cuando casi muere la última vez.

Lo abrazo con fuerza diciéndole que lo siento muchísimo. Y es cuando veo a Ava, sentada en un banco al fondo del pasillo, llorando sin intentar disimular. Nick está a su lado, con el brazo sobre sus hombros, uniéndola a él como si fuera lo único que le impide romperse. Están tan juntos que duele verlos, porque ahora mismo yo sé exactamente lo que es necesitar a alguien tan cerca.

Ava me mira con los ojos rojos, y le devuelvo la mirada.

Nick se levanta despacio y se acerca a nosotros.

—Nick… —digo con suavidad—. Lo siento mucho.

Él asiente, incapaz de hablar.

Marcus se recompone un poco, como si recordara que no se le permite derrumbarse.

—Lo mejor es que nos vayamos de aquí, Marcus —dice—. Los cuatro. Podemos ir a mi suite, si queréis.

Está claro que lo dice porque no quiere quedarse solo, y que tampoco lo esté su hermano.

Marcus asiente mientras Ava se seca las lágrimas. Era su jefe, sé que tenía muy buena relación con Clifford White.

Caminamos juntos, como una pequeña unidad improvisada, y cogemos el ascensor, que ya funciona, para bajar hasta el sótano.

Yo no me separo de Marcus para nada.

Una vez en el coche, el silencio es ensordecedor. Hasta que Marcus lo corta con una voz que reconozco: es fría y peligrosa. La de Regente.

—Gold estuvo aquí ayer. En las oficinas…

El aire se congela. Nick se queda quieto. Ava abre los ojos, incrédula. Y yo noto cómo mi estómago se encoge.

—¿Cómo que estuvo aquí? —pregunta Nick.

Marcus no mira a nadie. Solo a la carretera.

—Vino a verme a mí. Eso dijo. Pero igual mintió…

Nick tarda un segundo en soltar la bomba.

—¿Y si esta vez lo envenenó de verdad?

Las palabras se quedan suspendidas en el aire.

Miro a Marcus, preocupada, pero no responde nada. Porque esa posibilidad, en su mundo, no es una teoría loca. Es una opción real.

—¿Por qué iba a hacer eso Gold? —susurro sin olvidar que parece una muerte natural probable tras un aviso previo.

Nick se pasa la mano por el pelo.

—Porque está obsesionado con White Industries. Y porque, misteriosamente, también está metido en la mafia y en el Lux Noor.

Marcus aprieta los dientes.

—Quiero ir a verle —decide.

—¿Sabéis dónde vive? —pregunta Ava.

—¿Soy la única a la que esa idea le parece una locura? —digo racional—. ¿Creéis que si ha sido él, va a admitir algo? La cosa solo empeorará…

El silencio que sigue a mis palabras parece una decisión en sí misma.

—Emily tiene razón —musita Marcus—. No podemos ir en caliente. Si dice una chorrada de las suyas, soy capaz de cualquier cosa…

—Todavía tenéis que asimilarlo —recalco—. Llorarle. Va a ser un día muy duro…

Miro a Marcus preocupada porque su expresión no cambia. Seguro que está pensando que llorarle avergonzaría a su padre y no se va a permitir hacerlo. Pero eso será peor. Mucho peor.

Porque lo que acaba de morir no es solo Clifford White, es la esperanza de que podía permitirse actuar como si el mundo no fuera a cobrarle por ser feliz.

Diez minutos después, entramos en la suite de Nick como si fuéramos un grupo extraño de supervivientes. Cuatro personas que deberían estar en sitios distintos, y sin embargo, han acabado aquí porque la tragedia no entiende de jerarquías emocionales.

Marcus no ha soltado mi mano en todo el trayecto. Y no creo que sea porque necesite agarrarse a mí, es como si tuviera miedo de volver a perderme. Y yo… no se la retiro porque… hoy no puedo.

Ava entra primero con los ojos hinchados y su recogido impoluto totalmente deshecho, como si fuera consciente de que ya no tiene que estar perfecta para nadie.

Nick parece un niño encerrado en el cuerpo de un hombre guapo. Y eso es probablemente lo más triste que he visto en semanas.

No suelta el móvil, pero tampoco lo mira. Solo lo sostiene como si fuera una cuerda de la que depende para no hundirse del todo.

Marcus entra el último.

Ya no está en modo Regente, pero tampoco es el hombre que me besa en su ático y me busca los domingos. Entra como alguien que ya ha decidido que hoy no se le permite caer.

Cierro la puerta y el silencio nos cae encima.

—¿Tenéis hambre? —pregunta Ava servicial—. Deberíais comer algo, para que vuestro cuerpo no se resienta.

Nick se sienta en el borde del sofá como si no supiera qué hacer.

—No puedo comer ahora —murmura.

—Nick… —dice ella con pena.

Él levanta la mirada. Sus ojos están rojos, como los de quien ha estado reprimiéndose para no llorar abiertamente, porque siempre ha

oído que llorar es un lujo que los hombres no pueden permitirse.

—¿Cómo coño es posible? —susurra devastado—. Si ayer estaba bien… Ayer estaba hablando con él… No parecía estar…

Se le quiebra la voz y rompe a llorar. A Nick le gustan los lujos. Y si llorar es uno de ellos, bienvenido sea.

Ava se sienta a su lado, le acaricia el brazo y le da un beso suave en el hombro, como si intentara recordarle que sigue aquí, que todavía hay algo vivo.

—Tranquilo, cariño…

Nick se restriega las lágrimas.

—¿Sabes qué es lo peor? —murmura sin mirarla—. Que yo… yo iba a casarme por él. Por Marcus. Por el apellido. Por… para protegernos a todos. Y ahora mi padre está muerto igualmente. No importa lo que haga, la vida me castiga…

Ava niega con la cabeza, firme.

—No digas eso. No es culpa tuya.

Nick la mira de una forma que me rompe.

—En esta familia siempre es culpa de alguien.

Marcus está cerca de la ventana, mirando a la calle como si estuviera calculando cuántas amenazas pueden esconderse en un solo semáforo.

—Necesito hechos —dice de pronto, sin emoción—. No teorías.

Nick se gira hacia él con rabia.

—¿Hechos? ¡Nuestro padre está en una bolsa de plástico! ¡¿Qué más hechos necesitas?!

Marcus ni siquiera parpadea.

—Precisamente por eso, necesito hechos —repite—. Hora de la muerte. Autopsia. Seguridad. Accesos. Quién lo vio por última vez. Todo. Ya he dado la orden de que me lo envíen todo.

Yo los miro angustiada.

Nick es dolor. Marcus es estrategia. Y estoy segura de que ambos están sintiendo lo mismo… solo que uno lo sangra y el otro lo congela.

Ava mira alrededor, intentando ser la adulta funcional en una habitación llena de hombres malditos.

—¿Qué va a pasar ahora? ¿Quién va a encargarse del entierro? ¿Cuándo será…? —Hace preguntas lógicas a dudas inmediatas.

Nick se lleva la mano a la cabeza como si no quisiera saber nada de eso.

—Todo depende del motivo de su muerte —murmura Marcus—. Si no hay investigaciones raras, será rápido. Mi padre lo tenía todo planeado, se habrá activado un protocolo de actuación. Nosotros no tenemos que hacer nada… Mi padre era un hombre de imagen. Quería cerrarlo todo cuanto antes. Hay demasiados ojos mirando…

Noto un escalofrío.

«Demasiados ojos mirando».

Eso es lo que Marcus nunca dice del todo, pero siempre está ahí: que su vida es un tablero y cualquiera puede mover piezas para hacerle daño.

Ava se levanta y va hasta la cocina pequeña de la suite, como si necesitara hacer algo con las manos. Algo que parezca normal. Como traer agua y vasos para todos.

Me acerco a Marcus y le toco el brazo.

—Marcus… —susurro.

Él no se mueve. Es como si no sintiera nada.

—Estoy aquí —añado—. ¿Vale?

Gira la cabeza y me mira por fin.

Su expresión es imperturbable… pero hay algo roto debajo. Algo que se asoma y se esconde al segundo.

—Lo sé… —contesta.

Y en esa frase hay tanto agradecimiento que casi hace que me tiemblen las piernas. Veo que su mano también tiembla un poco cuando intenta llevarse el vaso de agua que le trae Ava a los labios.

Lo noto. Y él sabe que lo noto.

Nick se ha derrumbado en el sofá. Ava se une a él y no hablan. Solo respiran juntos.

Yo vuelvo a mirar a Marcus y tomo una decisión.

Me acerco un poco y le hablo lo bastante bajo para que solo me oiga él.

—Ven conmigo… —le insto.

Él frunce el ceño.

—¿Adónde?

—A la habitación de invitados. A la cama. Solo quiero que te tumbes un minuto. Aunque solo sea para que tu cuerpo deje de fingir que no lleva treinta horas despierto.

Marcus aprieta la mandíbula.

—No puedo dormir ahora.

—No tienes que dormirte, solo tumbarte, respirar hondo y dejarme estar a tu lado.

Le sostengo la mirada. Y eso es lo único que hace que ceda.

CAPÍTULO 25



EMILY

Entramos en la habitación de la suite, dejando la puerta entreabierta por si Nick necesita algo.

Marcus se quita la chaqueta como si le pesara el mundo entero y se queda con la camisa blanca y el pantalón de traje.

Se sienta en el borde de la cama como un hombre que no sabe cómo se descansa.

—Túmbate —le pido tocándole un hombro—. Por favor…

Marcus exhala y se deja caer boca arriba. No se hunde en el colchón, se queda rígido, con los brazos a los lados, como si la cama fuera una suave trampa mortal.

Yo me tumbo a su lado y me adapto a él. No es como otras veces, cuando me acoge en su regazo y se relaja conmigo. Ahora es incapaz de hacerlo. Su padre ha muerto y cualquier contacto le parece un signo de debilidad. Actúa como si mi calor pudiera romperlo.

—Marcus… —susurro—. Respira hondo.

Lo hace. Una vez. Dos. Tres.

Y solo entonces, me rodea con una mano torpe y me aprieta contra él. Como si de repente recordara que esto existe. Que yo existo.

Me muerdo el labio y me acerco más a él.

—Tienes derecho a llorar, ¿sabes? —le digo—. No pasa nada. No tienes que ser una roca. Eres humano…

Marcus cierra los ojos y, durante un instante, creo que va a hacerlo. Que va a derrumbarse. Pero cuando habla, su voz sale áspera.

—No puedo hacerlo. Te lo he dicho.

La frase me destroza. Porque sé que vuelve a tener dieciséis años y está escuchando en bucle que tiene que aguantar por todos. Lo abrazo de una forma más íntima, con todo mi cuerpo, y reposo mi cabeza en su cuello. Él me acaricia con más vehemencia. Hago como si esta conversación fuera solo entre su corazón y yo.

—¿Por qué no puedes? —susurro casi sin aliento disfrutando de su nueva atención.

Marcus me mira como si estuviera eligiendo qué verdad es menos peligrosa decir.

—Porque ahora mismo estoy en un limbo, Emily. Y si lloro, si suelto el control, me hundiré en la tristeza. Y no quiero…

Trago saliva.

—Hacer eso es lo más humano que hay…

—Quizá ese sea el problema… —se le quiebra la voz—, que yo no soy humano, soy un monstruo. Porque mi padre acaba de morir y lo único que siento es… gratitud.

Me quedo extrañamente quieta.

—¿Gratitud?

Se esconde en mi pelo, avergonzado, y lo siento aspirar el aroma.

—Sí, una gratitud muy jodida por poder tenerte así otra vez… —musita—. ¿No es enfermizo? Mi padre ha muerto y estoy feliz… En la

gloria. Como un puto yonki en plena recaída… Así que no me pidas que me eche a llorar, porque antes de enterarme de lo sucedido yo estaba muerto, y al verte, he sentido que resucitaba de nuevo.

Mi corazón estalla.

Me acerco y lo beso. Primero suave y luego con más intensidad porque no se merece menos.

Entiendo lo que dice, porque yo también me siento así. Pero sé que debajo del alivio de volver a tenernos, la tristeza por la pérdida está lista para arrastrarlo por un campo de cristales rotos cuando tome conciencia de todo.

Marcus me besa como si el mundo se estuviera acabando y la única forma de impedirlo fuera clavarnos el uno en el otro.

—No te merezco… —murmura contra mis labios.

—Cállate —le ordeno.

—Emily, yo…

—No quiero hablar de eso. —Sigo besándole con languidez. Yo también necesito permanecer en este limbo un poco más.

Él respira fuerte, como si el contacto con mi boca lo obligara a obedecer.

—Te mereces a alguien mejor que yo —susurra herido—. Alguien que no esté maldito.

Le miro a los ojos y le acaricio la mandíbula.

—Tú no estás maldito.

Marcus niega con la cabeza, desesperado.

—Todo lo que toco… lo arrastro conmigo al fango.

Mi garganta se cierra.

—No me estás arrastrando —susurro—. Yo elijo caer contigo.

Lo beso otra vez y noto que se rompe en pedazos.

No llora, pero noto cómo se deja caer al abismo porque su cuerpo se afloja y deja de luchar. Al menos, la mayoría de sus partes. Mi favorita permanece tensa por y para mí, como un acto involuntario que no puede evitar. No estamos haciendo nada indecoroso, solo achuchándonos, pero me gusta que sea suficiente.

Me gusta demasiado…

Marcus me sostiene como si tuviera miedo de que vuelva a desaparecer. Sus brazos me rodean con fuerza contenida y yo lo

entiendo. Porque también estoy al borde de todo.

La muerte de su padre nos ha caído encima como una nube negra que no se disipa aunque cierres los ojos. Está ahí, en el aire, en la rigidez invisible de su mandíbula cuando cree que no lo miro.

Y, aun así… su cuerpo me busca como un salvavidas.

Como si necesitarme fuera la única forma de recordar que todavía está vivo.

—Emily… —susurra contra mi boca. Y suena a plegaria. O a «no vuelvas a dejarme».

Le acaricio el pelo despacio y le beso la frente, la nariz y la comisura de los labios. Le devuelvo el afecto con ternura, como si mi piel pudiera convencerlo de que el mundo no se lo va a tragar entero.

Marcus me mira. Y hay algo tan roto y tan hambriento en sus ojos que se me parte el alma.

—No quiero hablar —murmuro, pegando mi nariz a la suya—. Solo… quédate conmigo aquí. Un ratito más.

Su pecho sube y baja como si le costara aceptar el permiso.

Asiente.

Y cuando me besa, ya no hay culpa en el gesto, sino una necesidad brutal de sentir algo bueno sin tener que justificarlo.

Sus manos recorren mi espalda con una devoción que me desarma. Me estrecha contra él y me encaja en su cuerpo. Y el calor que nace entre los dos no es solo deseo, es una respuesta al miedo.

A la muerte. A perdernos. Al mañana…

Me muevo sobre él, lentamente, buscando encajarme donde siempre he encajado sin darme cuenta de cuánto lo necesitaba. Marcus se tensa de placer al sentirse dentro de mí, pero no se deja llevar del todo. Sigue mirando mi cara, como si necesitara comprobar que no lo está soñando.

Yo también lo necesito.

—Mírame —le pido con un hilo de voz.

Marcus me obedece. Siempre me obedece cuando uso esta voz.

Me besa el cuello, y cuando le siento respirar tembloroso contra mi piel, se me escapa un suspiro que no es solo sexual. Es rendición.

Y como si algo dentro de él se activara, Marcus gira ligeramente el cuerpo y mete una mano en el interior de su chaqueta tirada sobre el

borde de la cama.

Tarda un segundo en encontrarlo, y cuando vuelve a mirarme, lo tiene en los dedos.

Es el anillo. Mi anillo…

—Vuelve a ponértelo —dice con la voz rasgada—. Por favor…

Me quedo quieta y me doy cuenta de que esto es un «no me abandones».

—Marcus… —susurro.

Sus ojos se humedecen. No cae una lágrima, pero yo la veo igual.

—No puedo perderte a ti también —dice vulnerable.

Mi corazón se deshace.

—No me vas a perder… Te lo prometo.

Alargo la mano y él desliza el anillo en mi dedo con un cuidado absoluto, como si temiera romperme. Como si esa circunferencia pequeña fuese lo único que puede sostenerlo en pie.

Me lo pongo, y el peso del metal no es nada comparado con lo que significa.

Marcus cierra los ojos un segundo, como si acabara de recuperar el aire después de días sin respirar.

Nuestros labios se juntan, igual que nuestros cuerpos, y susurra en mi boca: «te amo tanto…».

No lo dice como un hombre orgulloso, sino como uno que ha perdido la batalla contra el amor. A mí se me llenan los ojos de lágrimas.

—Yo también te amo… —contesto—. Y no voy a huir más de ti.

Nos movemos juntos sin prisa, como si el resto del mundo no existiera. Como si el tiempo se hubiera detenido para darnos una tregua que no nos merecemos, pero que necesitamos.

Y mientras nos encontramos en esa intimidad que no se puede explicar con palabras, Marcus deja de estar en guerra consigo mismo.

Su respiración se vuelve más profunda y sus manos dejan de apretarme como si fuera a escaparme y empieza a tocarme como me gusta. Como si me sintiera suya de nuevo.

Tras la culminación, Marcus no se mueve. Se queda quieto, con la frente apoyada en mi cuello, respirando en mi piel como si mi olor fuera su única medicina.

Yo le acaricio la espalda con lentitud y le beso el pelo.

—Estoy aquí —susurro.

Él ya no responde, solo ronronea y me agarra más fuerte. Treinta segundos después está dormido. Como si se hubiera producido un maldito apagón en él. Es obvio que ya no podía más.

Me quedo quieta y lo miro. Lo amo con una mezcla de ternura y terror que no había sentido por nadie. Algo parecido a cuando quieres a un bebé y te sientes responsable de que sobreviva.

Me aparto de él con cuidado para no despertarlo. Me visto en silencio y salgo de la habitación.

Nick sigue en el sofá, con la cabeza hundida y Ava a su lado como un escudo humano.

Me miran cuando aparezco.

—Se ha dormido —digo en voz baja.

—Bien. Nick también. Lo necesitan —contesta Ava.

Me acerco a la ventana con mi móvil y el de Marcus y no dudo en desbloquearlos.

Marcus ha dicho el nombre de Gold como si fuera una bomba. Y si hay una posibilidad de adelantarse al desastre… tengo que hacerlo.

Marco el número de Gold y la llamada suena tres veces hasta que contesta.

—¿Sí? —su voz suena cansada y ronca.

—¿David? —digo, sin rodeos—. Soy Emily…

Silencio al otro lado.

—Ah… Hola… —responde, desconcertado—. ¿Cómo están Marcus y Nick? He visto la noticia por la tele…

—Por eso te llamo. Necesito verte —digo directa.

—¿A mí? ¿Por qué?

Aprieto los dientes.

—Porque tengo la sensación de que tú estás involucrado sin querer.

Gold tarda un segundo en contestar.

—Eso describe mi semana entera…

Cierro los ojos.

—Ven al bar del hotel Dagny en quince minutos.

—¿Es una invitación o una amenaza? Para saber cómo ir vestido.

—Las dos cosas —respondo.

—Perfecto. Ya voy. Espero acertar con el outfit…

Colgamos, y salgo de la suite con una excusa tonta de que a Marcus le encanta el sushi y quiero tentarle para abrirle el apetito.

Cinco minutos después, estoy sentada en el bar. Y Gold no tarda en aparecer.

Trae el pómulo amoratado y un pequeño corte en el labio, pero lejos de parecer débil, eso le hace más duro. En un hombre menos guapo una paliza resultaría patética. En él es casi injusto…

Se acerca a la mesa con una media sonrisa que no le llega a los ojos.

—Emily Harper —saluda—. Me siento como en una reunión de padres del colegio… pero con riesgo de muerte.

Lo observo sin responder. No porque no tenga humor, sino porque ahora mismo me cuesta sonreír.

—Siéntate, por favor —le pido.

Gold lo hace, pero no se pone cómodo. Es decir, no se quita la chaqueta.

Bien. Porque yo tampoco pienso bajar la guardia con él.

Nos miramos un segundo y los dos sabemos que estamos metidos en una historia que no queríamos protagonizar.

—¿Marcus está…? —pregunta con cautela.

—Está durmiendo —zanjo.

Gold asiente como si esa palabra fuera un milagro para él.

Yo no pierdo el tiempo.

—¿Por qué fuiste a las oficinas ayer? ¿Viste al señor White?

Su expresión cambia. Es mínimo, pero lo noto. Una tensión en la garganta y la respiración entrecortada.

—Marcus me ha dicho que estuviste allí —insisto para que hable—. Ha pedido ver las cámaras de la puerta del despacho de su padre. ¿Le viste o no?

—Joder… —maldice Gold—. Le vi, pero solo hablamos.

—¿De qué hablasteis? Y si vas a mentirme, intenta sonar convincente, porque no estoy en mi mejor momento para tolerar estupideces.

Gold abre la boca y la vuelve a cerrar. Y me doy cuenta de que no es tan manipulador como yo pensaba. Me mira como si fuera

inocente y no quisiera meterse en más líos.

—Fui a pagar una deuda —responde por fin.

—¿Qué deuda?

—¿Qué deuda…? —repite incrédulo. Casi enfadado—. ¡El motivo por el que le devolviste el anillo a Marcus! ¡Me salvó la vida, Emily! ¡Eran ellos o nosotros! ¡Me tenían con un cuchillo en el cuello! ¿Tú qué habrías hecho?

Mi pulso se acelera al imaginarlos en esa situación.

—¿No te dice nada que tengan que salvarte la vida tantas veces?

—Sí… —resopla—. El destino no es nada sutil. Llevo una semana viviendo de prestado y no sé si celebrarlo o pedir disculpas.

No sonrío. Pero sus palabras son un golpe de realidad.

Marcus matando por él. Arriesgándolo todo por alguien que, hasta hace nada, era un enemigo.

Respiro hondo. Y lo veo. Era un quid pro quo.

—No me creo que entraras en ese despacho para dar las gracias. Pediste algo a cambio. ¿Qué le dijiste a Clifford?

Gold cierra los ojos.

—No puedo contártelo todo…

—Entonces asumiré lo peor —respondo sin pestañear—. Y podré señalarte directamente.

Sus ojos son una rendija.

—¿Crees que yo he matado a Clifford White?

—Estás en la lista —digo sin suavizarlo—. Querías White Industries. Intentaste comprar lo que no te vendían. Y apareces en su despacho el día antes de que lo encuentren muerto.

Gold suspira.

—Entiendo que lo pienses…

Lo primero que me desconcierta de él es que no se defienda con agresividad. Ni siquiera finge indignación. Lo acepta como algo lógico.

—¿Tenéis ya la autopsia? —pregunta—. ¿Os han confirmado que ha sido un asesinato?

—¿Qué?

—La autopsia —repite—. ¿Se sabe la causa exacta?

Mi garganta se cierra. Joder… ¡él no ha sido! O no estaría tan interesado en eso.

—No. Todavía no la tenemos.

Gold asiente, como si eso confirmara un peor escenario para él.

—Entonces no podéis afirmar nada —dice—. Y tampoco podéis descartar nada.

—Eso no te exculpa —le recuerdo.

Gold se pasa una mano por la cara con gesto cansado.

—Emily… si yo hubiera querido matarlo, no habría ido a verle. No habría aparecido con mi cara, mi nombre y mis problemas en el edificio. No soy tan listo… y si lo fuera, no sería tan estúpido.

Lo miro fijamente.

—La gente desesperada es estúpida —susurro—. Y tú estabas desesperado si te atreviste a pisar otra vez esa empresa.

Gold se queda callado un segundo.

Luego murmura, bajando la voz:

—No estaba desesperado por la empresa. Lo estaba por otra cosa. Pero no tiene nada que ver con la muerte de Clifford. Te lo juro.

Algo en mi estómago se revuelve.

Porque esa información suena a secreto antiguo. A herida. A razón real. Y también suena a «no puedo contártelo sin morir».

Aprieto los dedos alrededor de mi vaso. El hielo tintinea.

—Si tú no lo hiciste… ¿tienes alguna idea de quién pudo hacerlo?

Gold alza la vista.

—Mucha gente —admite—. Pero esos italianos están locos… Y puede ser una represalia por matar a sus líderes. Para mandar un mensaje… Patriarca por Patriarca.

Me recorre un escalofrío.

—¿Un mensaje para Marcus?

Gold me mira como si esa idea le doliera incluso a él.

—Sí.

Trago saliva.

Y me obligo a pronunciar lo que llevo días sin querer enfrentar.

—Marcus dice que su mundo mata lo que ama…

Gold se queda en silencio un instante, deduciendo que a mí es a la que más ama.

Me recompongo como puedo y vuelvo al punto práctico, porque si me quedo en lo emocional, me hundo.

Me levanto y Gold también se pone de pie.

—Llegaré al fondo de este asunto —digo decidida—. Le diré a Marcus que tú no has sido.

—Gracias… Pero…

—¿Pero qué?

—Nada… Solo… tened cuidado, ¿vale?

Lo miro de frente. Si no lo conociera, juraría que nos ha cogido cariño.

—Tú también, David. Adiós.

CAPÍTULO 26



Salgo del hotel con el frío pegándome en la cara como si quisiera recordarme que aún sigo vivo.

Lo cual, sinceramente, empieza a parecer una broma pesada…

Hace un minuto estaba sentado frente a Emily Harper intentando explicarle una verdad a medias, porque la verdad entera tiene nombre, cara… y el mismo ADN que yo.

He señalado a los italianos como posibles culpables. He hecho lo que hacen los cobardes inteligentes: dirigir la linterna hacia el lugar

equivocado para que nadie mire donde el fuego arde de verdad.

Pero en lo más profundo de mi ser, sé que ha sido ella.

Y cuanto más lo pienso, más rabia me entra.

Porque yo no quería deberle nada a los White. Tenía planeado desaparecer del tablero sin que nadie me disparara por la espalda. Pero en lugar de saldar la deuda, Mindy acaba de multiplicarla como si fuera una cuenta bancaria con intereses de mala madre.

Clifford White está muerto.

Y aunque no lo diga en voz alta, la idea vaga por mi mente con la misma naturalidad con la que flota el humo en el Lux Noor: «podía haberlo evitado. Podía haberla vigilado… Sabía que pasaría».

Aprieto el volante hasta que me duelen los dedos y me digo que no. Que no tengo ese poder. No soy el centro del universo…

Pero entonces recuerdo la sonrisa de mi madre cuando me habló de «oportunidades» y «alianzas» como quien habla del menú del día. Y la certeza vuelve como una daga de culpabilidad.

Aparco frente a su casa sin pensar demasiado, porque si lo pienso, no entro. Y si no entro, el siguiente será Nick… Y no voy a dejar que pese sobre mi conciencia. Ya no soy el niño obediente que deja que ella mueva piezas mientras yo finjo que no pasa nada.

Respiro hondo y salgo del coche.

La casa de mi madre tiene la cualidad de hacerme sentir como si tuviera ocho años, en vez de treinta.

Una parte de mí siempre entra esperando que todo sea normal, que Mindy sea una madre que se comporte como se espera de ella… pero ya he aprendido, a base de hostias y de tragarme comentarios, que nunca lo será. Mindy es demasiado egoísta para eso.

Me abre la puerta como si no hubiera una guerra silenciosa deslizándose por Boston y yo no tuviera la cara medio rota por culpa de una chica italiana que me desvirgó el miedo a morir.

—David —dice con esa voz dulce que solo usa cuando quiere parecer inofensiva—. Sigues hecho un cuadro…

—Y tú prefieres el arte abstracto, ¿verdad, madre?

Ella no se ríe. No le hace gracia. Tampoco lo pretendía.

Me deja pasar y me quito la chaqueta. Pero no me siento. No quiero relajarme.

Camino por el salón como si las paredes supieran cosas que yo no. Mi madre cierra la puerta con calma, pero el clic suena a cerrojo mental.

—¿Qué haces aquí? Traes mala cara —dice intentando parecer sorprendida. Pero la pregunta no es preocupación, es hambre de información. Su dosis diaria de distracción.

Me giro hacia ella.

—Clifford White ha muerto —expongo severo.

—Lo sé. Lo he leído en los periódicos. Una pena…

Lo dice como quien habla de un jarrón roto. Se me revuelve el estómago.

—¿Dónde estabas anoche? —pregunto directamente.

Ella ladea la cabeza, ingenua.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Dónde estabas? —repito, más frío—. Porque su padre aparece muerto tal como dijiste que querías y yo no sé qué pensar…

No sé qué palabras usar para que esta charla no me dé tanto asco.

Mindy camina hasta el sofá y se sienta con elegancia. Se cruza de piernas y señala el sillón de enfrente.

—Siéntate, David.

—No quiero sentarme. Estoy harto de sentarme frente a ti como si fueras una reina. Dime la verdad. ¿Has sido tú?

Mindy suspira como si el problema fuera mi tono, no la muerte de un hombre. Después me mira con una calma absoluta.

—Sí. Lo maté yo.

Espero que el mundo explote, pero no lo hace. Solo hay un silencio horrible que se me mete en los huesos y me deja vacío.

—¿Qué has dicho…? —Mis ojos se abren tanto que no sé si seré capaz de volver a parpadear.

—Que lo mandé matar —repite sin pestañear—. Era necesario. Y fue muy fácil. En su historial clínico constaba que hacía poco había tenido un colapso grave por mezclar ciertos medicamentos, y me prepararon un veneno que indicara que había vuelto a pasar, pero en una dosis más alta. Sin sospechas. Coser y cantar.

Noto que mis manos tiemblan contra mi voluntad.

—¡Estás loca…! —escupo— ¡¿Qué coño has hecho, mamá?!

Mindy mantiene la calma.

—He hecho lo que tú no te atreves a hacer —responde, y su voz tiene filo—. Proteger lo que es nuestro.

Me río como puro mecanismo de defensa. Una risa fea.

—¿Nuestro? —repito incrédulo—. ¿Qué es «nuestro»? ¿Mi nombre? ¿Mi empresa? ¿Mis ganas de no acabar en una cuneta? Porque, por si no lo has notado, llevo días sin saber si voy a llegar vivo al viernes…

Ella sonríe un poco. Eso sí le hace gracia a la muy sádica.

—Porque no estás jugando como sabes.

Me acerco un paso.

—Yo no quiero jugar a nada, mamá.

—Estás dentro, David —dice—. Solo falta que lo entiendas.

Sus palabras me desquician.

—¿Cómo has podido hacerlo…? ¡¿Cómo puedes dormir por las noches?!

Mindy inclina la cabeza, como si la respuesta fuera obvia.

—¡Lo he hecho por ti!

Mi estómago se hunde.

—No digas eso… —Me sujeto la cabeza.

—Y el siguiente paso es ocupar tu lugar en la mafia italiana —dice con naturalidad—. Con los Rossetti descabezados, con Vittoria libre y con Nick White fuera de juego… ¡Será perfecto!

Me quedo mirándola sin entender cómo puede decirlo con esa alegría.

—Estás enferma, mamá…

Mindy se levanta despacio.

—Soy una adelantada. Y sé qué es lo mejor para ti.

Me toca el brazo como si yo siguiera siendo su niño.

—David… escúchame. Los White están cayendo. Marcus está perdiendo el control. Nick es un desastre. Y tú…

Me mira la cara amoratada como si fuera una prueba de resistencia.

—Tú vas a sobrevivir a todo esto.

Aprieto los dientes.

—¡He sobrevivido porque Marcus White me salvó! —exclamo.

Mindy pone los ojos en blanco.

—Marcus White no salva a nadie. Solo calcula lo que más le conviene en cada momento. ¿Crees que le caes bien? —se mofa de mí.

—Tú no le conoces. No sabes nada de él.

Me sonríe como si fuera adorable por pensar eso.

—Te equivocas. Lo sé todo de él. He vivido con él.

La frase me atraviesa como una verdad horrible.

Y entonces añade el golpe final, el que me hace entender que esto no es solo ambición, es una obsesión enfermiza.

—Por eso sé que cuando Nick muera, Marcus se quitará de en medio solito. Tú comprarás White Industries y todo será como siempre debió ser.

Me quedo paralizado. Mi respiración se vuelve violenta.

—Eso nunca pasará, mamá.

—No te lo estoy preguntando —dice, y por primera vez su voz se vuelve dura—. Solo te lo estoy advirtiendo.

Me acerco tanto a ella que casi la huelo… y odio que sea mi madre porque una parte de mí quiere gritarle y suplicarle que vuelva a ser humana.

—¡Nick no es tu enemigo! —le digo— ¡No es nadie para ti!

Mindy me mira con una paciencia cruel.

—¡Por eso mismo! Solo es un obstáculo.

Esa palabra me hace un nudo en el pecho. Porque recuerdo a Nick riéndose, siendo insoportable, queriendo morir por amor, diciendo cosas estúpidas para no sentir nada y haciéndome reír por el camino.

—Nick no es un puto obstáculo. Es una persona. Y no vas a tocarlo. Tampoco a Marcus. No vas a hacer daño a nadie más…

Mindy da un paso hacia mí, y por momentos siento que no estoy discutiendo con mi madre, sino con una asesina.

—¿Te estás poniendo de su lado? —susurra—. ¿Después de todo lo que yo he hecho por ti?

Eso me hace daño. Porque es cierto. Y a la vez es veneno.

—Yo te debo muchas cosas… —digo roto—. Pero no así. No con sangre. No con muertos.

Mindy me mira como si yo fuera un ingenuo.

—¿Crees que no he matado a nadie más? —se burla.

Me quedo helado. Y su sonrisa crece, paralizándome.

—¿A quién más has matado?

—A la señora White, claro. Era una santurrona insoportable. Y Clifford me quería, David. Nunca hubiéramos podido disfrutar de nuestro amor… ¡tuve que hacerme hueco! ¡Ayudar un poco al destino!

—Por Dios santo… —jadeo.

—No me mires así, hijo. Gracias a eso, pude meterte a trabajar en esas minas sin que nadie hiciera preguntas. ¡Le debes tu imperio a esa mujer!

Hago un esfuerzo para no vomitar en el acto. Pero las náuseas son fuertes. Me aparto de ella como si su piel quemara.

—¿Sabes lo que siento ahora mismo? —digo con la voz rota—. Siento… que he vivido toda mi vida dentro de una trampa.

Mindy da un paso hacia mí.

—No, cariño…

—¡SÍ! —grito—. ¡Porque yo me he beneficiado de todo eso sin saberlo, mientras tú ibas matando gente para despejarme el camino

—Es lo que hacen las madres.

La miro descompuesto.

—No. Eso lo hacen los monstruos…

Su expresión se rompe un segundo y noto que se ofende.

—No me hables así, soy tu madre.

—Estás enferma, mamá. Y voy a denunciarte.

Mindy se queda quieta. Tan quieta que siento que el aire alrededor cambia de temperatura.

—¿Qué has dicho?

—Que vas a pagar por esto —digo firme—. Vas a ir a prisión. Vas a recibir ayuda o lo que sea. Pero esto se acabó.

—Si lo haces caerás conmigo, David. Tú también tienes muertos en tu historial. ¿O lo has olvidado?

Ahí me toca donde más duele. Y ella lo sabe.

—Lo recuerdo todos los días…

—Entonces deja esa pose de superioridad moral. No eres mejor que yo. ¡Somos lo mismo!

—Yo no he matado a nadie.

—Pero has vivido bien gracias a ello —susurra—. Has florecido en el jardín que yo regué.

Me tiembla el labio y exploto.

—¡TÚ ME MENTISTE! ¡Me lo ocultaste todo! ¡Yo jamás habría aceptado una cosa así!

La discusión se vuelve un incendio al alzar la voz.

Pierdo el control y mis emociones me traicionan, pero ella no. Ella calla, se mantiene calmada y calcula su siguiente paso. Que no es otro que coger su bolso y salir corriendo.

—¡¿A dónde vas?! —gruño, dando un paso para cortarle el paso.

Ella me mira con una sonrisa que no reconozco.

—A asegurarme de que no lo estropeas todo.

Sale de casa como si no acabara de confesar un asesinato. Como si fuera un jueves cualquiera. Que lo es. Y eso es lo peor de todo.

No pienso y la sigo.

Algo en mi mente dice que tengo que frenarla. Porque si desaparece, nadie va a saber cómo detenerla.

Bajo las escaleras. Cruzo el portal y salgo a la calle antes de que se me escape. Siempre ha sido rápida huyendo. La experiencia…

—¡Mamá! —la llamo. Y la palabra me quema en la boca. Y me odio un poco por seguir teniéndola ahí… clavada en el corazón… como una raíz inmortal.

Ella no se gira, solo sigue corriendo.

Acelera por la avenida principal y, a pesar de su valía como atleta a sus años, voy acortando distancia con rapidez. Ella gira la cabeza previendo que estoy a punto de agarrarla.

Y entonces todo ocurre demasiado rápido.

Hace un quiebro y se lanza a la carretera para dejarme atrás, provocando frenazos de neumáticos y pitidos.

—¡Mamá! —grito aterrorizado.

De pronto, se escucha un sonido que no debería existir en una tarde normal. Es un golpe seco y el eco de un cuerpo cayendo al suelo como cae alguien que nunca pensó que el mundo pudiera empujarla a ella.

El tiempo y el espacio se vuelven viscosos. Corro hacia el lugar con una resistencia invisible. Me arrodillo junto a ella y veo sangre extendiéndose por el asfalto. Es oscura, surrealista, cruda.

—No… —susurro—. No, no, no…

Al oírme, sus ojos me buscan. Y por un instante, por un maldito instante… veo algo humano en ellos. Algo frágil. Algo que no había visto en años.

Me mira como si quisiera decirme algo. Yo abro la boca, pero no me sale nada. Ni un «tranquila, te vas a poner bien». O un «resiste, por favor». Porque hay una parte de mí que quiere salvarla, pero hay otra que… No puedo ni decirlo.

Ese maldito contraste de emociones me destroza de una forma inconfesable.

No tengo tiempo de más porque su mirada se queda clavada en el vacío anunciando lo inevitable.

Cuando llegan las sirenas, yo sigo ahí. Con las manos manchadas de sangre, y llorando de una forma silenciosa. Como lloran los hombres que no quieren llorar. Como alguien que no sabe si está despidiendo a su madre… o a su carcelera.

Al día siguiente, el funeral es un espectáculo dantesco…

Pensaba que sería algo íntimo, pero nada más lejos de la realidad.

Sabía que mi madre conocía a muchísima gente, pero no a tanta. Aunque me da la sensación de que más de la mitad de esta peña no conocían personalmente a Mindy, sino que están aquí por lo que representaba. Y debía de ser algo muy chungo…

Yo estoy al fondo, intentando no ser visto. He intentado ser un fantasma en todo el proceso. Como siempre fue su deseo.

Y de pronto, la veo.

«¿Qué hace Vittoria Rossetti en el entierro de mi madre?»

Viene con toda la familia, incluidos hombres que jamás había visto. Los reconozco por la forma en la que ocupan el espacio. Arroyándolo. Como si el cementerio también fuera un territorio que conquistar.

No puedo evitar que me recorra un escalofrío.

«¿Qué cojones hacen aquí los italianos?», me pregunto.

Vittoria no va con cara de niña obediente, va con cara de reina joven que ha aprendido demasiado rápido.

Está acompañada por dos mujeres mayores, elegantes y serias. Deduzco que son su madre y su tía. Una de ellas llora desconsolada.

No me quedo ni un segundo más. No soy tan idiota.

Me doy la vuelta y me voy antes de que alguien me reconozca.

Subo al coche, cierro la puerta, y siento que estoy temblando como un adolescente. Porque acabo de entender una cosa de las que te hacen madurar de golpe.

Saco el móvil y escribo a la única persona que, ahora mismo, puede entender la gravedad del asunto sin convertirla en un melodrama: Emily Harper.

«¿Sabéis algo de la autopsia de Clifford?».

«¿Ha vuelto a salir que fue envenenamiento?».

Arranco el coche sin esperar respuesta. Mi culo peligra.

En un semáforo leo su respuesta.

«¿Cómo lo sabes? Están investigando, pero todo parece indicar que volvió a liarse con los medicamentos».

«No fue él, Emily… Busca si tenéis algún italiano en plantilla. Compruébalo en Recursos Humanos».

Me quedo mirando el mensaje enviado, sin respirar, con el pecho lleno de cosas que no sé nombrar. Y con una verdad que no quiero aceptar, pero que ya me está mordiendo por dentro.

«Mi madre se ha ido».

Pero el mundo no se ha vuelto más seguro.

Más bien se ha quedado sin frenos…

CAPÍTULO 27



NICK

Hay pocas cosas en el mundo que me den calma.

Y cuando aparecen, normalmente es porque el universo está cogiendo carrerilla para joderme…

Pero hoy, sentado en una sala elegante, rodeado de abogados caros, con Ava al lado y mi mano rozando su rodilla bajo la mesa,

tengo la peligrosa sensación de estar bien.

No «bien» de «me he tomado una copa y me he olvidado de mi vida». Bien de verdad. El tipo de bien que debería venir con una advertencia en plan «No te acomodes mucho».

Ava está preciosa sin buscarlo. Me refiero a ir sin la careta de «Soy Cherry y te voy a arruinar el fin de semana».

Hoy es Ava. La de verdad. La que me mira con una mezcla de ironía y miedo, como si todavía no terminara de creerse que estoy aquí sin intención de salir corriendo.

Para ser justos, yo tampoco me lo creo del todo…

Aprieto los dedos sobre su rodilla con suavidad y ella me mira de reojo.

—Si me aprietas así la pierna, van a pensar que me estás chantajeando —bromea.

—Te estoy recordando que sigues viva —murmuro sin apartar la vista del notario—. Y que yo también.

Ella apenas sonríe. Y aun así consigue desarmarme un poquito. Lo justo para que me den ganas de besarla delante de todos y que el abogado se atragante con su corbata.

Pero me contengo. He venido a comportarme como un adulto.

El notario carraspea y empieza con el discurso de condolencias. Palabras bonitas. Frases con la palabra «fallecimiento» en vez de «muerte» y muchas lamentaciones que en realidad no siente.

La tercera esposa de mi padre está aquí con una cara de viuda profesional. Como si estuviera en una alfombra roja, pero de luto.

Marcus está al otro lado de la mesa, serio, con Emily a su lado.

Emily está guapísima, como siempre. Se nota que se siente fuera de lugar en una sala así, pero que de alguna forma consigue apoyar a mi hermano.

Marcus no me mira mucho.

Desde lo de papá… y desde el resto de nuestras catástrofes recientes… Marcus tiene una nueva expresión en la cara. Una que no le conocía. Y me inquieta. Porque no es el Marcus de siempre. No al cien por cien… y sin él, el mundo se siente más frágil.

El notario pasa páginas.

Propiedades. Fondos. Acciones.

Yo intento no bostezar porque, sinceramente, si mi padre quisiera que me interesara la economía, no habría convertido nuestra familia en una tragedia griega con helicópteros.

Estoy a punto de perder el hilo cuando el notario dice:

—Se establece un fideicomiso irrevocable de un millón de dólares a nombre de la menor… Megan Jones.

Frunzo el ceño. ¿Ha dicho Megan?

Mi cerebro se queda en blanco.

Ava se pone rígida a mi lado, como si le hubiera caído un cubo de hielo por la espalda.

La miro extrañado.

—¿Qué ha dicho…? —susurro.

Ella no me mira. Se queda mirando al notario con su cara profesional que usa cuando está a punto de matar a alguien con una mirada.

—Megan Jones será la beneficiaria bajo la tutela legal de Ava Jones —continúa el notario como si estuviera hablando del tiempo—. Se adjunta carta privada para la señora Jones.

Un murmullo recorre la sala. Y noto cómo la sangre me sube al cuello.

¿Mi padre… le ha dejado un fideicomiso a la hija de Ava?

No entiendo nada.

Ava recibe un sobre sellado y lo agarra con delicadeza, pero yo conozco esa rigidez. Esa contención.

Se oyen cuchicheos de fondo de la tercera esposa y su acompañante. Un «¿pero quién es esa?» no muy disimulado y un «no puede ser» incrédulo.

Ava mantiene la espalda recta. Yo, en cambio, siento la necesidad inmediata de prender fuego a la sala.

—También ha dejado cartas para Nicklaus White y Marcus White.

Nos las tiende y las agarramos casi con miedo.

Marcus me observa brevemente desde el otro lado de la mesa con expresión resignada. Como si dijera: «te dije que la quería más que a nosotros».

Emily le roza la mano a Marcus por debajo de la mesa, y él se la agarra. Bien. Ellos se tienen el uno al otro. Perfecto.

Me giro hacia Ava.

—¿Mi padre sabe quién es Megan? —le pregunto bajito.

Ella traga saliva.

—Nick…

—Solo dímelo.

Ava me mira por fin, y por un segundo, se le cae la máscara y veo que está asustada. No por ella, por su hija.

—Clifford lo sabía todo sobre mi vida —confiesa—. Estuve muchos años trabajando para él… y me ayudó mucho con Megan.

No sé por qué me cuesta respirar.

—¿Por qué? —pregunto extrañado—. No es propio de mi padre.

Ava suelta una risa nostálgica.

—Era su secretaria personal, Nick. Teníamos una relación estrecha.

Esa frase me congela por dentro.

«¿Relación estrecha?». No es que suene mal, pero mi cerebro, que es un imbécil con traje, empieza a buscar el drama por instinto.

—¿Qué tipo de relación? —pregunto cohibido.

—No seas idiota. —Me fulmina con la mirada—. Una normal.

Me relajo visiblemente.

Vale. No todo en mi vida tiene que ser una telenovela chunga.

Ava respira hondo como si la tristeza le pesara.

—Clifford… —dice despacio— siempre fue duro con todos, pero conmigo era… diferente. Me respetaba. Y adoraba a Megan.

Frunzo el ceño.

—¿La adoraba? Él solo adoraba sus relojes.

Ava sonríe.

—Recuerdo que le regaló un libro cuando Megan cumplió cinco años. —Ava se encoge de hombros como si no fuera gran cosa—. No tenía por qué hacerlo. Pero lo hizo. Y fue un gesto bonito.

Me quedo mirándola sin saber qué decir. De algún modo me cuesta encajar que mi padre haya tenido una versión humana con alguien… Porque con nosotros no la tuvo.

Quiero hacerme el ofendido, pero no puedo. Amo a esta mujer. Y puedo entender que mi padre tuviera debilidad por ella.

El notario sigue leyendo cosas, pero yo ya no escucho. Solo tengo una idea en la cabeza. Una que crece y me pesa. Una que me

calienta la sangre.

«Mi padre sabía que Ava me importaba». No sé cómo ni desde cuándo, pero lo sabía. Por eso ha hecho esto. Quería poner a prueba nuestro amor. Quitarme la duda tonta de si ella está conmigo por quien soy y mi dinero, o por cómo soy.

Cuando termina la lectura, la sala se vacía en diez segundos. La gente rica tiene un talento especial para huir justo cuando empieza la parte humana.

Ava guarda el sobre de mi padre sin abrir.

—¿No vas a abrirlo? —pregunto.

—Luego, a solas… —dice.

Marcus y Emily se levantan, y los imitamos. Dejo que las chicas se adelanten y yo me retraso porque necesito preguntarle algo a mi hermano. Algo urgente.

Marcus se gira cuando ve mis intenciones. No hace falta que le diga nada. Sabe que estoy a punto de explotar.

—Una pregunta… —empiezo renqueante—. ¿Sigo teniendo que casarme con la italiana?

Marcus parpadea perplejo, como si acabara de pedirle al universo un respiro y el universo le hubiera escupido en la cara.

—Claro, Nick… Esto no cambia nada.

—Yo creo que sí. ¡¿Qué sentido tiene?! Papá está muerto. Los Rossetti también… —digo bajando la voz—. ¿Quién me obliga?

Marcus me agarra del brazo y me arrastra hasta un lugar más apartado. Las chicas nos miran de lejos, mosqueadas.

Marcus me mira con dureza.

—Esto es serio, Nick. No sabes a quién estás desafiando…

—Mi situación ha cambiado, hermano —Señalo hacia donde está Ava—. Ahora yo también tengo novia. Y estamos genial. No pienso perderla por un pacto que ni siquiera firmé yo…

Marcus se moja los labios y baja la voz.

—Nick, esto no va de lo que tú quieras. Va de responsabilidades.

—Claro. Porque en esta familia solo obedecemos y ya está.

—No empieces…

—No voy a casarme con Vittoria —zanjo—. No voy a hacerlo. Que me maten si quieren.

Marcus me mira como si estuviera loco.

—No solo te matarán a ti, ¿sabes?

Esa frase me frena.

—¿De qué hablas?

Marcus guarda silencio. Y eso es suficiente para que mi estómago se contraiga. Porque conozco ese silencio. Es el que empeora las cosas y las hace reales.

Doy un paso hacia él.

—Marcus… ¿contra quién irían si no cumplo?

Su mandíbula se tensa.

—Déjame hablar con ellos. Voy a intentarlo… Pero no hagas nada de momento.

La rabia me sube por la espalda.

—No me digas lo que tengo que hacer. No soy un crío.

—Pues soy el único que está intentando que sigas vivo.

—¿Vivo para qué? ¡¿Para ser una marioneta?!

Marcus se acerca más a mí, amenazante.

—Para que puedas mirar la cara de Ava y saber que todo esto no la ha salpicado porque has cumplido con tu parte.

—Ella no tiene nada que ver en esto —digo apretando los dientes.

—Ya está dentro, Nick —sentencia—. Y ya no puedo sacarla.

La frase me revienta porque tiene razón. Y odio que la tenga.

—Tiene que haber otra manera —insisto nervioso—. Darles dinero. Otro acuerdo. ¡Lo que sea…!

Marcus me mira como si fuera un niño discutiendo con una bala.

—No quieren dinero, Nick. Solo obediencia y poder.

—Siempre hay un precio —replico—. Siempre lo ha habido.

—Ese es tu problema —contesta sin levantar la voz—. Sigues creyendo que todo se arregla pagando. Que si no miras el desastre de frente, alguien más acabará limpiándolo por ti.

—No estoy diciendo eso… —digo empezando a cabrearme.

—Sí lo estás diciendo. Cada vez que buscas «otra opción», lo que estás haciendo es empujar a otro al fuego para no quemarte tú.

—Eso no es justo…

—¿No? —dice acusador—. ¿No estabas a punto de sugerir que otro, por ejemplo, Gold, podría casarse por ti?

El silencio otorga. Y Marcus chasquea la lengua.

—Llevas toda la vida sacrificando a otros sin darte cuenta, Nicky…

—Solo digo que sería un buen candidato. Total, ya se la ha follado.

—¡Gold la odia! —zanja adusto—. Gold preferiría estar muerto antes que ocupar ese lugar. Y aunque cediera, no es su responsabilidad. Bastante ha hecho ya por ti… ¡Casi lo matan dos veces por vuestra culpa! Pedirle eso, sería el colmo. Y muy miserable.

Me paso la mano por el pelo, frustrado.

La sangre me late en las sienes. Y entonces, lo veo: Marcus está agotado. No solo por lo de papá, sino por todo lo que sostiene.

El club. Las decisiones. A Emily. A mí… Es demasiada responsabilidad para él y está cansado para luchar. Pero yo no.

—Lo voy a arreglar —digo intenso.

Marcus me mira preocupado.

—¿Cómo? ¿Qué vas a hacer?

Y es ahí donde me doy cuenta de lo peligroso que soy. Y Marcus lo lee en mi mirada porque me conoce.

—No hables con nadie —me advierte sin elevar la voz—. No lo arregles como tú sueles arreglar las cosas, Nick. Será peor.

—¿Y cómo debo hacerlo? ¿A tu manera? ¿Matando gente?

Marcus se queda paralizado, y sé que he tocado algo que no debía.

Emily, se remueve inquieta de lejos al leer su lenguaje corporal.

Ava nos mira sin entender del todo, pero sintiendo el peligro.

Marcus respira hondo y baja la mirada.

Cuando vuelve a mirarme, tiene esa expresión de hombre que ya ha decidido algo. Y ese algo no me va a gustar.

—Vete con Ava —ordena—. Y no hagas nada más de momento. ¿Te ha quedado claro?

—Tú no me mandas.

—¡Nick, joder…!

Y por un segundo ya no somos hermanos. Somos dos hombres atrapados en la misma jaula, intentando decidir cuál muerde primero.

—No voy a casarme —repito como una promesa—. Ahora Ava tiene dinero y no quiero darle motivos para que me deje.

Marcus se limita a girarse con desprecio y caminar hacia Emily.

Yo me quedo ahí, con la respiración acelerada y con Ava acercándose despacio como si tuviera miedo de asustarme.

Y lo peor es que, con ella mirándome así, tan preocupada, tan inocente… hace que ya no quiera salvarme yo. Solo quiero salvarla a ella de todo esto.

Y hace mucho aprendí que ese tipo de motivaciones siempre terminan con alguien muerto.

CAPÍTULO 28



Convocar una reunión con los italianos debería ser un gesto de poder calculado que demostrara que sigo teniendo el control del Lux Noor. Pero desde que mi padre ha muerto, todo ha cambiado.

La ciudad entera está distinta. Es como si Boston hubiera olido sangre y todos los depredadores con traje quisieran ver cuánto tarda White Industries en caer de rodillas.

Lo noto en los *emails* que llegan a mi bandeja de entrada como si fueran órdenes camufladas de condolencias. En los inversores que nunca tuvieron prisa hasta que han visto el hueco que ha dejado Clifford White. En ex socios expatriados que ahora quieren tomar un café conmigo, como si la muerte fuera una excusa elegante para volver a acercarse al poder…

Y todos tienen algo en común, los ojos midiendo cuánto tiempo tardaré en tambalearme.

La muerte no solo te quita a alguien, te convierte en una oportunidad para los demás.

Y yo estoy cansado.

Cansado de vivir en alerta. De controlar cada palabra. Cada gesto, cada silencio… Cansado de que el mundo me mire esperando mi caída.

Yo lo único que quiero es esconderme.

Bajar las persianas del ático, decirle al mundo que se vaya al infierno y quedarme en la cama con Emily. Sintiendo sus manos en mi pelo como un lujo indecente, perdiéndome en su boca hasta que no me queden pensamientos, y que el dolor deje de tener voz.

Quiero despertarme con su cuerpo caliente y satisfecho pegado al mío, y quedarme un mes entero así.

Sin ser el Regente. Sin obligaciones. Sin cadáveres…

Pero mi vida no es esa. Mi vida es una soga. Y cuanto más intento respirar, más noto cómo me aprieta el nudo.

Y mientras intento recordar cómo se respira sin culpa, los italianos de Providence han decidido que es un buen momento para entrar en South Boston con sus aires de guerra y su hambre de trono.

Así que los he citado en el Lux Noor, mi templo privado de pecado y control, donde todo el mundo cree que viene a divertirse, pero en realidad viene a olvidarse de quién es… Y yo soy el único imbécil que se acuerda de todo.

Entro en mi baño privado y me miro al espejo. La luz fría cae sobre mis rasgos como si me estuviera interrogando.

Pienso en Emily. En la forma en que su cintura encaja en mi mano como si hubiera sido diseñada para calmarme.

En cómo me mira cuando estoy a solas con ella, como si pudiera sostener lo peor de mí sin romperse… aunque yo sé que sí tiene un límite, y eso es lo que me está volviendo realmente loco.

Ella me hace débil. Y al mismo tiempo, me hace más peligroso.

Porque si alguien la toca… yo dejaré de ser un hombre para ser una sentencia de muerte.

Respiro hondo y me pongo la máscara de Regente con una precisión tan automática que me da asco. Porque me recuerda lo fácil que es esconderse cuando ya no sabes dónde está tu cara real.

La cara que Emily besa.

La que Nick aún busca cuando quiere creer que no todo está perdido.

La que mi padre jamás miró con amor… excepto cuando supo que era el Regente.

Ajusto la correa detrás de la cabeza y la presión sobre mi rostro es un recordatorio de quién tengo que ser para sobrevivir.

Salgo al pasillo que conduce a la sala de reuniones y el club late detrás de las paredes con su lujo obsceno, ignorante del hecho de que, a unos metros, se decidirá si el mundo sigue girando o se rompe del todo.

Mis hombres abren la puerta sin mucho glamour. Los italianos que me esperan en la mesa de juntas no son los Rossetti. Esos eran veneno servido en una copa de cristal fino. Estos son de Providence… Vaso de plástico mediocre y unos fanáticos de las chapuzas.

Esperan sentados en calma. Como si el tiempo fuera suyo.

El hombre del centro es alto, ancho, y con los ojos negros como una noche sin luna. Tiene el pelo peinado hacia atrás, un reloj demasiado caro para alguien que supuestamente no existe en los registros oficiales y un aura de «yo no negocio, yo decido».

A su derecha hay otro más joven, con una sonrisa torcida. Es decir, el loco de turno que lo apoya cuando tiene una idea estúpida.

Y a la izquierda, hay otro de los que no sonríe en absoluto. Ese es el que te mata mientras el otro se ríe.

Perfecto. La santísima trinidad…

Entro sin prisa y me siento sin decir nada. El verdadero poder no necesita presentación. Solo presencia.

—Regente… —dice el del centro con voz áspera.

Qué bonito sería que esa palabra todavía me protegiera.

—Has tardado —añade, como si fuera yo quien le debe algo.

—He estado ocupado —respondo tranquilo.

La frase es simple, pero contiene una amenaza. Porque aquí «ocupado» significa cosas como enterrar cadáveres, cerrar bocas

para siempre o tomar decisiones que te condenan a vivir con ellas.

El loco sonríe captando el mensaje.

—Hemos oído que el panorama está un poco revuelto… —dice el líder.

—El panorama siempre está revuelto —contesto seco—. Lo importante es quién osa revolverlo…

El callado me mira como si estuviera calibrando cuánto miedo me da.

Mi intención hoy es simple: ganar tiempo. Abrir la puerta a una opción que no implique que Nick se case… ofrecer otras alternativas.

—Quiero ayudar a mantener la estabilidad en la mafia italiana —digo cordial—. Los Rossetti han caído. Hay un vacío. Y los vacíos provocan guerras.

—Estamos de acuerdo.

—Providence tiene fuerza suficiente para conseguirlo —remato.

Por primera vez, el del centro parece mínimamente interesado.

—¿Qué quieres decir?

Me apoyo en el respaldo, muy despacio.

—Digo que, durante un tiempo, mientras se reorganiza la estructura y se busca una alternativa sólida para la alianza… uno de los vuestros podría tomar las riendas de South Boston.

El más joven suelta una risita.

—¿Nos estás proponiendo que lo solucionemos nosotros solitos?

—Os estoy proponiendo más poder.

La palabra queda flotando en el aire, bonita y venenosa.

El del centro ladea la cabeza.

—¿Y tú qué ganas con eso? —pregunta desconfiado.

No puedo decir «que mi hermano no se destruya a sí mismo» o que «no quiero ver muerta a mi prometida». Solo digo lo que aquí tiene sentido.

—Gano paz. Estabilidad. Y gano que mi club siga siendo neutral. Vosotros ganáis territorio.

El del centro me mira como si estuviera escuchando a alguien que todavía cree en los cuentos de hadas.

—Los pactos no mueren, Regente —dice al fin—. Ni siquiera cuando mueren los hombres. Tienes una deuda pendiente.

La frase me golpea en el pecho como una bola de demolición.

Trago saliva despacio.

—No estoy diciendo que el pacto muera —replico—. Estoy diciendo que puede adaptarse. Nick White ha perdido a su padre recientemente y está de luto —digo, midiendo cada palabra—. Los Rossetti también han sufrido pérdidas personales… quizá no sea el mejor momento para ambos de celebrar nada.

—Qué pena me dan —dice el loco sin pena alguna—. ¿Quieres que les mandemos flores?

El del centro golpea la mesa con un dedo exigiendo silencio inmediato.

—El luto no cambia las reglas —dictamina—. Solo las hace más urgentes. Cuando un trono se tambalea, la familia necesita un símbolo de estabilidad. Y ese símbolo es el matrimonio. Un renacer…

Asiento, aunque me cueste.

—Lo entiendo…

—Dime la verdad, Regente —murmura—. ¿Qué te preocupa?

No respondo.

Y él sonríe despacio, como si mi silencio fuera una confirmación.

—¿Te preocupa que Nick White no se adapte al puesto? —dice de pronto.

Mi mandíbula se tensa porque sé lo que hacen con los que no se adaptan…

—Nick White cumplirá si no queda más remedio —digo con calma —. No es ningún tonto.

El del centro no parece convencido, pero le da igual.

—No lo queremos porque sea listo —dice—. Lo queremos porque es útil.

—¿Útil?

—Rico —corrige el loco—. Y ahora mucho más tras el fallecimiento de su padre.

Que sonría hace que se me hinche la vena del cuello. La del asesino que sin duda llevo dentro.

—La muerte de su padre lo ha convertido en un activo mucho más interesante para nosotros —explica el líder.

Me recorre un escalofrío. Lo que intentaba usar de excusa, le parece un golpe de suerte…

—La mafia italiana necesita rearmarse —continúa, ya sin rodeos—. Fortificarse. Recuperar posiciones. Los Rossetti han caído y los clanes huelen el miedo. Si queremos que el apellido vuelva a imponerse, necesitamos dinero limpio y un evento social que distraiga y dé confianza: la boda.

El de la izquierda remata:

—Nick White es perfecto.

Y en ese instante lo entiendo del todo. Nick es un escudo para ellos. Una figura pública que absorberá el impacto mientras ellos reconstruyen en la sombra.

Respirar empieza a costarme un poco más.

—Entonces… ¿no hay negociación posible? —digo al fin.

—Ahora estás entendiendo el idioma —Sonríe el del centro.

Una parte de mí, la que todavía piensa en términos empresariales, intenta ordenar esto como si fuera una junta de accionistas. Pero no lo es. Esto es una guerra territorial de bandas.

Esta gente se aferra al control con uñas y dientes porque, sin control, se convierten en un cebo.

—Tu deuda con los Rossetti sigue existiendo y ha pasado a nuestras manos —confirma.

Si Nick estuviera aquí, estaría echando espuma por la boca.

—Eso significa que el matrimonio sigue adelante —añade el loco con una sonrisa que me provoca ganas de romperle los dientes—. Y el hombre que usted designó… seguirá cumpliendo. De lo contrario…

—Nick White está comprometido con Vittoria —interrumpo—. Podéis estar tranquilos. Aquí mi palabra es ley.

El hombre del centro ladea la cabeza como si le pareciera gracioso que yo use palabras como «ley» en una sala donde nadie cree en ella.

—Tu palabra es humo para nosotros —dice—. Hasta que se vea el resultado.

La sangre me golpea las sienes y el arma que llevo escondida en la espalda me quema la piel.

—Habrá una fiesta de compromiso —exige el de la izquierda—. Y será pronto. Invitaremos a todos los clanes para que quede claro que alguien va a ocupar el trono muy pronto. Y hay que adelantar la boda, no podemos permitirnos tener a South Boston sin rey.

La palabra me hace gracia, por absurda. «¿De qué se creen los reyes exactamente?».

No conocen a mi hermano… Nick subiendo a un trono sería como poner a un mono con corona y esperar que no prenda fuego al palacio en la siguiente media hora.

Antes de que pueda responder, el joven saca una carpeta y la empuja por la mesa con suavidad, como si me ofreciera un menú del día.

—También hemos encontrado esto —dice.

Abro la carpeta y veo las fotos de un coche calcinado en un descampado. Es decir, los restos ennegrecidos de lo que fue un vehículo caro que dentro tenía objetos personales de los Rossetti.

Relojes, anillos, cosas que, al arder, dejan una prueba emocional sin necesidad de ADN.

Una mentira cuidadosamente preparada por mis hombres.

Me obligo a no mostrar orgullo, pero por dentro respiro aliviado. Tengo que subirles el maldito sueldo por su eficiencia.

Porque este… este es el tipo de detalle que evita guerras.

El del centro me observa con atención.

—¿Tú sabías esto, Regente?

Cierro la carpeta con calma.

—He oído rumores… —miento con elegancia.

El hombre del centro golpea la mesa con impaciencia.

—Queremos venganza. Esto no va a quedar así…

—¿Tenéis alguna pista de quién es el culpable? —pregunto.

—Creemos que los albaneses. Luca y Mateo presumieron de haber matado a su heredero, Luan. Y ahora les han dejado a ellos huérfanos.

Ahí está. El ajuste de cuentas que nunca termina.

—Tiene sentido —digo, midiendo cada palabra—. Después de lo de Luan solo era cuestión de tiempo que tomaran represalias.

—Y los Muratti tienen fama de pirómanos —añade otro.

Asiento despacio.

—¿Y cuál es el problema? Podéis ir a por ellos, mientras no sea en el club —sentencio.

El hombre del centro me mira como si estuviera esperando a que yo mismo diga una frase que lo cambie todo.

—El problema… —dice al fin— es que tú estás en el punto de mira, Regente.

El aire se me queda atascado en los pulmones.

—¿Por qué?

El silencio que viene después es una respuesta en sí misma. «Porque alguien sabe quién soy». Porque, aunque yo crea que lo tengo todo bajo control, en realidad solo estoy sujetando una torre de cartas con una mano temblorosa.

—Porque las deudas se pagan o te conviertes en un moroso. Y los morosos son frágiles. Se rompen fácilmente…

—¿Estáis amenazándome?

El hombre del centro se encoge de hombros.

—Te estamos recordando que todavía les debes un favor a los Rossetti, aunque ya no estén. Y tú eres el responsable de cumplirlo.

—Cumple o perderás todo lo que te importa —resume el loco.

No añade nombres, pero la amenaza está en el aire. En mi pecho. En la forma en que mi cerebro, de inmediato, piensa en Emily abriendo la puerta de mi casa, cruzando mi salón como si fuera suyo, y entrando en mi cama… confiando en mí.

Y yo… Yo he construido una mentira que puede devorarla.

Me levanto.

—Habrá fiesta, habrá boda y habrá continuidad del legado Rossetti —sentencio firme. Porque no tengo alternativa. No la tenemos.

El hombre del centro asiente, satisfecho.

—Bien. Muy pronto te diremos cuándo y dónde.

Providence abandona la sala sin prisa, con esa manera burlona que tienen los depredadores de marcharse cuando ya saben que la presa no tiene escapatoria, y mi mente comienza a elucubrar un plan de contingencia.

Aunque tenga que inventármelo…

Porque una mentira bien construida es más peligrosa que una verdad.

La verdad solo te mata una vez, la mentira te mata cada día que tienes que sostenerla…

Pero es lo único que me queda para mantenernos vivos.

CAPÍTULO 29



EMILY

Cuando Marcus llega al ático, estoy despierta.

No porque sea trasnochadora, sino porque mi relación se ha convertido en tal mezcla de romance, mafia y estrés, que mi sistema nervioso se ha quedado a vivir en modo «¿qué catástrofe toca hoy?».

Lo veo entrar en el salón y enseguida noto algo raro.

Tiene el pelo un poco desordenado de habérselo mesado demasiado y esa mirada ausente que no está del todo presente… como si una parte de él siguiera en otro lugar. En una sala cerrada con hombres amenazantes.

—¿Una mala noche? —saludo desde el sofá.

Marcus me mira como si mi frase le hubiera golpeado.

Me mira como si no quisiera hablar, y eso me da más ganas de agarrarlo de la camisa y obligarlo a ser humano conmigo durante cinco minutos.

—No tanto… —responde—. Al menos he sobrevivido…

Qué bonito.

En las empresas normales la gente se felicita por cerrar contratos. En la suya, se felicita a sí mismo por seguir vivo.

Le hago sentarse a mi lado y, como si mi cuerpo tuviera vida propia, me acerco a él para rodearle con los brazos y apoyar la mejilla en su pecho.

Es un gesto cotidiano, pero con Marcus nada lo es.

Su pecho sube y baja despacio de forma controlada, como si respirar más fuerte fuera una decisión peligrosa.

—¿Qué ha pasado? —pregunto bajito.

Lo siento suspirar.

—He tenido reunión con los de Providence.

Me separo lo justo para mirarlo.

—¿Son peor que los Rossetti?

—Mucho peor.

Me quedo seria. No alcanzo a imaginar a lo que se refiere.

—¿Y Nick? ¿Has conseguido que se libre?

Marcus tarda medio segundo en responder, como si sopesara cuánto contarme.

—No. Sigue siendo el prometido.

Me arde el estómago. Por Ava. Pero no puedo cargar con sus problemas mientras estoy abrazada al mío.

—¿Y tú cómo estás? —pregunto comedida.

Él se queda quieto. Y lo veo. Veo ese silencio que finge ser control, pero que en realidad es otra cosa. No sé hasta cuándo va a poder seguir sosteniéndolo sin destruirse. O destruirnos. Y no quiero.

Marcus no contesta.

Solo se acerca a mí… y me acaricia la mandíbula con una delicadeza que me parte por dentro, porque esa mano ha quitado vidas y sin embargo, conmigo tiembla como si fuera algo sagrado.

—Quiero ser sincero contigo, Emily —dice despacio.

Esa frase es tan rara en él que mi corazón se contrae con fuerza.

Porque Marcus White nunca se rinde. Ni se entrega. Resiste hasta el final.

—Vaya, eso es nuevo —murmuro divertida.

Sus ojos se clavan en los míos.

—Necesito que lo sepas…

Ya no me río. Porque sé que si él ha llegado a ese punto… significa que hoy ha rozado un límite.

—Hazlo —susurro—. Hazme parte de tus problemas.

—Primero cuéntame qué tal tú. Dame tiempo para madurar una idea… ¿Alguna novedad que quieras compartir conmigo?

—En realidad, tengo algo —digo intrigante—. Quería habértelo dicho ayer, pero no era el momento. Ni esta mañana, en la lectura del testamento. No quería… inquietarte.

Su semblante cambia.

—No me asustes… ¿Qué es? ¿No estarás…? —Me mira el cuerpo como si escondiese un secreto en mi vientre. Me cuesta un segundo captarlo.

—¡¿Qué?! ¡No! —exclamo alucinada—. ¡No estoy embarazada!

Él cierra los ojos, aliviado.

—Bien, porque ahora mismo sería la peor idea del mundo…

—¡Desde luego! —coincido—. ¡A mis padres les daría un infarto si lo tenemos sin estar casados…!

Marcus pone los ojos en blanco.

—Hay cosas más preocupantes que la opinión de tus padres…

—Lo sé. Los mafiosos. Tranquilo, yo no quiero casarme ni ser madre. Estamos bien.

La palabra «bien» es tan poco adecuada que se hace un silencio.

—¿Qué ibas a contarme? —retoma Marcus—. Has dicho que no querías inquietarme…

—Ayer recibí un mensaje de Gold.

Marcus me mira extrañado.

—¿Así que ahora sois amiguitos…? —masculla molesto—. Te citas con él a mis espaldas. Te manda mensajitos…

—No seas bobo —digo divertida. Le conté que lo vi en el hotel para calmar sus ansias de venganza. Y porque no puedo exigir sinceridad

mientras yo guardo secretos. Le aseguré que Gold era inocente y Marcus me creyó. Creo que en el fondo ese hombre le cae bien.

—¿Qué quería? —pregunta receloso. Si no le conociera, pensaría que tiene envidia de que me escriba a mí y no a él.

—Me preguntó si ya teníamos la autopsia de tu padre.

Marcus levanta una ceja.

—¿Por qué Gold se interesa por eso?

—Al principio, pensé que le preocupaba que siguierais sospechando de él. Tenía mucha confianza en que la autopsia fuera la prueba de su inocencia.

—Pobre tío… Estará durmiendo con un ojo abierto. ¿Le dijiste el resultado para dejarlo tranquilo?

—Sí, pero me sorprendió lo que me contestó…

Marcus me mira de una forma que me pone nerviosa.

—Dijo que no nos creyéramos lo de la intoxicación de medicinas. Que los italianos están locos y son capaces de cualquier cosa. Él cree que no fue un descuido…

Los ojos de Marcus se pierden en una espiral de dolor y culpa.

—¿Crees que los italianos saben que yo maté a la cúpula…? ¿Crees que alguien sabe que soy el Regente y ha venido a cobrarse un ojo por ojo? Si es así, no van a terminar hasta matarnos a todos…

Le cojo la cara con fuerza.

—No, porque ahora lo sabemos. Gold me dijo que rebuscara algún italiano en las nuevas incorporaciones a la empresa. Y no tuve que buscar mucho. El único contrato reciente era el de Paul, el nuevo secretario de Nick. Servicial. Educado. Perfecto. Demasiado perfecto… Descubrí que en realidad se llama Paolo. Paolo Costa.

Marcus parpadea y el nombre le cae encima como una piedra lanzada al agua: *plof.*

—Ava me ha dicho que intentó tirarle los tejos y lo hizo con un acento inconfundible. Y Marcus… —lo miro fijamente—. Comprobé sus credenciales, estudios, antiguos trabajos, recomendaciones… y eran falsos.

Marcus se queda rígido. Su silencio ya no es humano. Es puro cálculo.

—El puto Paul… —susurra ido.

—Era un infiltrado de los italianos.

—Estamos perdidos… —musita Marcus preocupado—. Alguien lo sabe. Saben que soy el Regente y han venido a destruirme.

—Si eso es cierto… —digo, con la voz más firme de la que esperaba— no puedes seguir fingiendo que solo eres un hombre enamorado que quiere una vida normal. Tienes que demostrarles que contigo no se juega…

Marcus me mira alucinado.

—Pero, Emily…

—¡Tienes que controlar ese mundo, Marcus! —lo interrumpo—. Como sea, o nos van a borrar del mapa uno a uno. A ti. A Nick. A Ava. A mí…

De pronto, su semblante cambia. Como un ave fénix resurgiendo de sus cenizas. Me besa en la frente y murmura:

—Entonces espero que me apoyes para hacer lo que voy a contarte…

—¿Qué es?

Él respira hondo.

—Nos haremos con el control de la mafia italiana y la destruiremos desde dentro.

Me quedo inmóvil y no me aparto. Solo trago saliva, lentamente, como si acabara de aceptar que mi vida ya no va a volver a ser de las normales.

Mi cerebro debería gritar «¡Corre!», pero lo único que hace es felicitarme por haberme enamorado del hombre más complicado de Boston, y ofrecerme un abanico de traumas a elegir.

—¿Cómo lo haremos?

Marcus me mira, y su expresión se descompone un segundo. Como si ese plural lo asustara.

Lo que no entiende es que yo firmaría un contrato invisible con él aunque fuera el mismísimo demonio. Ya no puedo fingir que mi vida sigue siendo la de una chica normal, mientras alguien decide cómo y cuándo nos arranca la piel.

No voy a darle más tiempo a calcular los daños colaterales y repito:

—¿Qué tienes pensado?

La duda en él dura poco.

Porque si algo estoy aprendiendo es que, cuando Marcus White decide, lo hace con la brutalidad de quien sabe que no habrá segundas oportunidades.

Se pasa una mano por la nuca y respira hondo.

—Nick está emperrado con romper el pacto de la boda…

Me quedo quieta y dejo que hable.

—Cree que algo así se puede negociar con dinero. Cree que puede plantarse allí y decir que no le viene bien. Pero, maldita sea, se equivoca. No puede desafiar a Providence como si fueran simples empresarios en una sala de juntas. Lo he intentado y he salido vivo de milagro…

Su voz se vuelve más grave. Más oscura.

—Si Nick hubiera aparecido en la reunión de hoy con esa actitud, se lo hubieran cargado…

Esa frase me deja helada. Porque no es una hipótesis. Es un hecho.

—Nick es un problema… —deduzco con un hilo de voz.

Marcus asiente seco, y se nota que decirlo le cuesta porque Nick es muchas cosas, pero sobre todo… es su hermano. Su responsabilidad. Su maldita herida abierta.

—Pero Nick no se está negando por orgullo —susurro—. Se está negando por amor. Por Ava.

Marcus me mira y lo que veo en sus ojos es todavía peor que el miedo. Es culpa.

—¿Y cuál es tu plan? —pregunto con miedo.

Porque lo capto. Tiene uno. Pero le da asco. Como si fuera una medicina necesaria que sabe a veneno.

—Pedirle a Ava que rompa con mi hermano —dice al fin.

Mi estómago cae en picado.

—¿QUÉ…?

Marcus traga saliva.

—Voy a pedirle que lo destroce y le empuje a hacer lo correcto.

Me quedo tiesa. Porque lo entiendo al instante. Y precisamente por eso, me enfurece. Una vieja rabia se enciende dentro de mí, esa parte que siempre ha odiado que las mujeres paguen el precio de los hombres. Incluso cuando el hombre las ama.

—¿Quieres que Ava haga de verdugo para salvar a Nick…?

Marcus no se mueve, pero su voz baja un grado, como si estuviera más cerca de una confesión que de una orden.

—Solo quiero que Nick sobreviva a esto.

Me muerdo la lengua con tanta fuerza que podría sangrar.

—¡Pero no es justo!

—Nunca lo es.

—¡Marcus…! —clamo con el corazón en la garganta—. ¡Ava es mi mejor amiga!

Él me mira devastado.

—Y esa sería una de las razones por las que te ocultaría esta información. Pero dijiste que no más secretos y estoy cumpliendo. Además, algo me dice que voy a necesitarte para convencerla...

Busco posibles soluciones y no las encuentro. Porque no las hay.

Me cruzo de brazos, impotente, intentando agarrarme a algo que no me haga sentir una rompecorazones.

—¿Por qué no se lo cuentas a Nick? —propongo—. Dile lo que has visto. Dile que pueden matarle. Que el peligro es real.

Marcus suelta una risa vacía.

—No me escucharía. No puedo arriesgarme, Emily… O quizá lo escuchara, pero aun así, iría y se lanzaría a la boca del lobo con una sonrisa y un «que les den» en los labios. ¡Porque Nick no sabe ser de otra forma! ¡Ama como vive: sin frenos y sin consecuencias…!

—Tienes razón… —intento tranquilizarle— lo único que puede frenarlo es Ava.

Marcus asiente como si el gesto pesara toneladas.

—Ava es lo único que le importa más que su orgullo —dilucida—. Y eso la convierte en su punto débil… y en su salvación.

Siento un nudo en la garganta.

—¿Eres consciente de que vas a hacerles muchísimo daño…? —Lo siento, pero si no lo digo reviento—. No se merecen eso… Y Ava… Dios… para ella será aún peor, sabiendo la verdad.

Sin embargo, lo entiendo. Los hombres matan. Pero las mujeres rematan. Y nadie lo dice en voz alta porque sería demasiado feo.

—¿Qué le vas a decir exactamente? —pregunto, intentando sostener la dignidad en mitad del desastre—. No será una

conversación fácil…

Marcus me mira fijamente y vuelve a ser el hombre que me rompe con una sola frase.

—Voy a pedirle una aberración…

Me la cuenta con detalle y le digo que eso va a destruirles del todo.

Marcus baja la mirada como si también lo supiera.

—Puede —dice—. Pero si no lo hacemos… nos destruirán a todos.

Lo miro y siento algo muy extraño por dentro. Una mezcla de amor y miedo. Porque en este punto ya no se trata de si Marcus es bueno o malo. Se trata de qué es capaz de hacer cuando está en problemas.

De tragarse sus sentimientos y hacer el papel del monstruo.

De convertir una vida en cenizas… con tal de que otras no acaben en una bolsa negra.

Y yo… yo lo amo por todo lo que eso implica.

—Vale —digo al fin—. Te ayudaré.

Marcus alza la vista, casi sorprendido.

—Ava lo entenderá… Y si lo suyo es amor, sobrevivirá a todo.

Marcus me mira con una intensidad brutal. Como si no supiera que era justo lo que necesitaba oír.

Le tiembla la mandíbula. Y por un segundo veo al hombre debajo del Regente. El hombre que solo quiere tumbarse en la cama, hundir la cara en mi cuello y que el mundo desaparezca.

—No te merezco… —susurra conmovido.

Yo resoplo con amargura.

—Eso ya me lo has dicho antes —murmuro—. Y sigo sin estar de acuerdo. Además, si yo tuviera que merecerte para quedarme, habría huido el primer día.

Marcus sonríe apenas. Una sombra de sonrisa.

Mis dedos buscan su nuca y esa piel al borde de su cuello que suele estar tensa y que, conmigo, a veces, se permite aflojar.

—Prométeme algo… —le digo.

—Lo que sea.

Que diga eso me da miedo. Pero también me hace sentir importante. Como si yo fuera su refugio real. Su persona.

—Prométeme que cuando tengas que mentir, me lo dirás antes a mí. No quiero volver a enterarme de algo por el club, por Gold, por

un periódico o por una herida de bala… —Se me quiebra un poco la voz, pero no aflojo—. Quiero ser tu aliada, Marcus. No una víctima.

Él me mira como si esa frase le doliera, no porque sea injusta, sino porque es demasiado justa.

—Te lo prometo —dice por fin.

Asiento despacio porque sé que su primer instinto siempre será protegerme. Pero también sé que, por primera vez en su vida, alguien le está pidiendo la verdad sin pedirle que deje de ser quien es.

—Bien —susurro—. Entonces vamos a hacerlo.

Él me abraza con fuerza, como si por fin pudiera dejar de hacer equilibrios él solo. Y en ese abrazo entiendo que el infierno no da tregua… pero que, si vamos a arder, al menos lo haremos juntos.

CAPÍTULO 30



AVA

Me despierto con una sonrisa ridícula.

De esas que no deberían existir en una madre soltera, con una hipoteca abusiva y alergia a los hombres que prometen demasiado.

Pero sonrío porque Nick está a mi lado. Desnudo, por supuesto, como si la ropa fuera una imposición del sistema que él ha decidido boicotear desde que nació.

Tiene el pelo revuelto, la boca ligeramente entreabierta y esa cara de niño malo que ha hecho travesuras y aún no ha sido castigado… y lo peor de todo es que no parece estar huyendo de nada. Y eso me da una calma que siento que no me he ganado.

Me quedo mirándolo un momento, sin moverme, porque no quiero gafarlo ni romper el hechizo. No quiero volver a mi vida de mujer fuerte que no necesita absolutamente a nadie.

¿No puede una cansarse de ser fuerte toda su vida?

Nick se remueve y me abraza medio dormido.

Yo me quedo rígida dos segundos. Por reflejo. Por trauma. Por ese viejo instinto de «no te acostumbres, Ava, que luego duele…». Pero hoy me lo permito. Porque anoche… anoche pasó algo que no estaba en mis planes: mi hija conoció a Nick.

Y no solo lo ha conocido, sino que se la ha metido en el bolsillo.

Megan no es de las que sonríen por educación. Tiene seis años y el instinto de una policía de frontera. Si no le gustas, se le nota en la cara. Y si le das mala vibra, te examina como si fueras un yogur caducado.

Yo estaba tensa desde que decidimos ir a buscarla al colegio tras la lectura del testamento por lo que significaba que fuera a presentárselo.

Y, por supuesto, Nick, con su irritante talento para leerme, lo notó.

Me miró de reojo en el coche, con la mano sobre el volante, la camisa ligeramente arrugada y el pelo modo perfecto-accidental de hombre que es guapo hasta con resaca.

—¿Estás bien? —preguntó burlón.

—Sí —mentí.

Él sonrió con suavidad.

—Te estás muriendo por dentro, ¿no? Tranquila, se me dan bien los niños.

—Cierra la boca antes de que me arrepienta de haberte traído…

Nick soltó una risa baja, de esas que parecen insolentes pero en realidad tienen algo entrañable.

—Te preocupas sin motivo. En serio.

Yo lo miré alucinada.

—Eres literalmente el ser humano más arrogante que he conocido.

—Y eso te encanta de mí.

Lo odié un poco por hacerme reír justo cuando quería vomitar de pura ansiedad.

Cuando salió del cole, Megan llevaba el pelo recogido y un abrigo enorme, porque mi madre me ha inculcado que cualquier corriente de aire puede matar a una persona.

Mi hija me miró, y cuando lo vio a él, captó que estábamos juntos. Y ahí pasó lo que yo me temía. Nació ese segundo en el que un niño decide si un hombre merece existir cerca de su madre o no.

Nick levantó una mano y la saludó.

—Hola.

Mi hija lo escaneó como si fuera un examen.

—Hola —respondió sin mucho entusiasmo.

Nick, lejos de ofenderse, se agachó un poco para estar a su altura, como si entendiera que los adultos no mandan en todas partes. Y con Megan, menos.

—Soy Nick —dijo con naturalidad.

Mi hija parpadeó displicente.

—Ya sé quién eres…

Yo casi me atraganto con el aire.

Nick se giró hacia mí con expresión de pánico controlado.

—¿Por qué sabe quién soy?

—Porque mamá y Emily han hablado mucho de ti y a mí me gusta escuchar detrás de las puertas —dijo Megan con un tono que dejaba claro que nos tenía vigiladas.

Yo carraspeé incómoda.

—Megan…

Pero Nick, en lugar de ponerse tenso, sonrió. Y eso fue peor. Porque Nick sonriéndole a mi hija me pareció peligrosamente tierno…

—¿Y qué dicen de mí? —preguntó compinche—. Cuéntame.

Mi hija se encogió de hombros.

—Que eres guapo y haces muchas tonterías.

Nick se llevó una mano al pecho como si le hubiera dolido.

—¡Ese es el mejor resumen de mi vida que he escuchado jamás! Estoy muy impresionado.

Y Megan… no pudo evitar sonreír un poquito. Pero a mí me pareció un maldito eclipse de sol.

Por la tarde, mis padres aparecieron de improvisto y me santigüé cuando mi madre los miró con la misma cara que mira los programas de animales cuando el cachorro encuentra a su dueño.

Mi padre fingía que leía el periódico, pero en realidad estaba haciendo un análisis de amenazas.

De pronto, Nick se sentó en el suelo con ella. En el suelo… Como si fuera una persona normal y no un millonario que te lleva al orgasmo con una facilidad vergonzosa. Y eso me descolocó más que cualquier gesto que hubiera tenido hasta la fecha.

Megan le enseñó un dibujo que había hecho en clase y Nick lo miró como si fuera una obra de arte contemporáneo.

—¿Qué es exactamente?

—¿Estás ciego? —dijo ella ofendida—. ¡Es un unicornio!

Nick asintió con total seriedad.

—Tiene sentido. Pensaba que era un caballo normal que se había clavado una piruleta en la cabeza.

Mi hija soltó una risotada y yo sentí algo en el pecho que no era alegría, sino terror. Porque si Megan lo aceptaba… ¿qué excusa me quedaba a mí para seguir huyendo?

Al final del maldito día, tras los deberes, un baño y unas pizzas, la metimos en la cama y Nick la arropó como si lo hubiera hecho toda la vida. Le dijo buenas noches en voz baja, sin chistes. Y Megan, medio dormida, murmuró:

—Mamá parece feliz contigo. Gracias.

Yo me quedé congelada. Nick también.

Mi hija cerró los ojos y se durmió como si no acabara de lanzar una bomba nuclear sobre nuestra estabilidad emocional.

Nos quedamos en el pasillo en silencio y Nick me miró con una intensidad que no era sexual.

Fue una de esas miradas que significaban que le estábamos dejando entrar. Entrar de verdad. Y tuve que tragar saliva.

—No te emociones… —susurré burlona.

—No puedo prometerte eso —contestó él serio. Casi me muero.

Esa noche… esa noche me rompió los esquemas. Porque aparte de ser perfecta. Fue real. Sin prisas. Sin máscaras. Sin Cherry. Sin White Industries. Solo nosotros.

Nick no intentó ser gracioso a cada segundo y me miró como si le importara de una forma estable. Peligrosamente estable.

Y yo… yo me dejé querer como si el mundo no fuera un sitio lleno de hombres que vienen y van. Como si no tuviera un manual escrito en sangre sobre lo que pasa cuando te enamoras…

Así que tengo todo el derecho del mundo a despertarme con una sonrisa ridícula. Y, por si fuera poco, está lo otro. El sobre. El fideicomiso de Megan. El puñetero giro más inesperado de mi vida…

¿Por qué Clifford White dejaría un fideicomiso para mi hija?

Un millón de dólares, nada menos…

La cifra sigue sonando absurda en mi cabeza, como si alguien hubiera escrito mal el número de ceros. Y, aun así, lo que me remueve no es el dinero. Es la pregunta que me ha rondado toda la noche: ¿Tanto me apreciaba o hay una intención oculta detrás de esto?

Clifford era un hombre difícil. Frío en público. Demoledor si le llevabas la contraria. Y un padre emocionalmente ausente con sus hijos, pero conmigo… tenía detalles que no encajaban con su personalidad.

Me ayudó cuando nadie lo hizo. Me recomendó colegios para Megan. Me subió el sueldo sin que yo se lo pidiera y me exigió dureza… pero también me dio oportunidades. Y yo, que nunca he sido tonta, las acepté.

Porque ser madre soltera no te deja espacio para el orgullo, solo para la supervivencia.

Nick se mueve a mi lado y abre un ojo.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —murmura adormilado.

—Un montón —respondo irónica—. Te he estado viendo dormir como una loca obsesionada.

Él sonríe, con esa sonrisa lenta que te hace olvidar tus principios.

—Ven aquí, anda…

Me coloca sobre él y yo dejo que lo haga, porque me apetece ser una mujer irresponsable durante cinco minutos. Solo cinco.

Pero entonces su móvil vibra en la mesita y nos corta el rollo.

Nick lo ignora y vuelve a besarme. En ese instante cierro los ojos y pienso que quizá la suerte por fin me está sonriendo.

«Claro que sí, Ava. Qué optimista… Qué poco te conoces cuando estás feliz», oigo en mi cabeza. Pero lo ignoro y disfruto del momento.

Una hora después, Megan está en el colegio, yo en la oficina y Nick en su hotel, dándose una ducha, eligiendo un traje que hará babear a toda la planta y tomándoselo con calma «que para eso soy el dueño» ha dicho con una sonrisa abofeteable.

Me choca que la gente siga trabajando como si la muerte de Clifford no hubiera dejado un agujero en White Industries. Desde luego, en mi agenda, lo ha hecho.

Cuando entro, noto todas las miradas sobre mí. Paso por mi mesa, dejo el bolso, enciendo el ordenador… y entonces lo veo.

Una tontería. Una taza de café que Clifford usaba cada mañana para que le preparara su «solo doble con hielo y un chorrito de Whisky».

Está en una esquina, como si nadie se hubiera atrevido a tocarla. Y me quedo quieta, con el pecho contraído por esa nostalgia estúpida que llega cuando no debería, porque una parte de mí sigue en *shock* por lo del fideicomiso, y otra parte, simplemente lo echa de menos.

Estoy perdida en ese pensamiento cuando alguien se detiene a mi lado. No lo oigo llegar, pero siento un cambio de presión en el aire.

Levanto la vista y es Marcus.

Me mira como si viniera con una misión suicida que me concierne. Y algo me dice que no me va a gustar.

—Ava… —comienza renqueante.

Su forma de pronunciar mi nombre ya es demasiado.

—¿Marcus…? —respondo, intentando sonar normal.

—¿Puedes venir a mi despacho un momento, por favor?

No es una orden, es una invitación. Su tono no es duro, es… contenido. Como si viniera a pedirme algo que le repugna pedir.

Asiento y lo sigo despacio.

Y mientras caminamos por el pasillo, tengo la sensación absurda de que estoy andando hacia el patíbulo. ¿Va a despedirme o qué?

Cuando entramos en su despacho y cierra la puerta, se apoya un segundo en ella, como si necesitara sujetarse a algo. Y eso me asusta más que nada.

Me mira con una confianza que nunca hemos tenido.

—Sé que eres una chica inteligente…

Yo parpadeo.

—Gracias… supongo.

Él no sonríe.

—Pero sobre todo… —añade, y algo se le quiebra por dentro aunque su cara no lo muestre— sé que eres una superviviente.

El silencio que se hace es espeso.

—¿A qué viene esto, Marcus? ¿Qué pasa?

Él camina hasta su mesa despacio, pero no se sienta. Se queda de pie, como si sentarse fuera aceptar que esto es personal.

—Necesito tu ayuda…

Mi ceja se arquea sorprendida.

—Dime que es para darle una fiesta sorpresa a Emily por su cumpleaños…

—No… Es algo… que no te va a gustar.

Esa frase me atraviesa como un puñal. Y me cruzo de brazos, intentando protegerme.

—Marcus… si es sobre Nick…

—Es sobre Nick —confirma mirándome fijamente.

El corazón se me acelera.

—¿Le ha pasado algo? —pregunto preocupada.

—Aún no.

El adverbio temporal me pone la piel de gallina. ¿«Aún»?

—Entonces, ¿qué pasa?

Marcus respira hondo, y cuando habla, no lo hace como el jefe de White Industries, sino como un hombre que sostiene una bomba con las manos y está intentando decidir a quién le estalla primero.

—Mi hermano me pidió que hablara con los italianos para posponer la boda y buscar un sustituto, pero quieren a Nick. Y no es negociable…

Me quedo quieta.

—Ya le dije que yo no tengo problema con que se case… si va a ser algo temporal.

—Eso es muy considerado por tu parte… El problema es que él no quiere. Y lo entiendo. Entiendo que es difícil acarrear con ese encargo cuando estás enamorado de otra persona, pero la mafia me ha dejado muy claro que los pactos no mueren… ni cuando mueren los hombres.

Se me hace un nudo en la garganta al recordar los cadáveres.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿Que hable con él y le convenza?

Marcus baja la mirada con tristeza.

—Eso no servirá, Ava. Es muy tozudo…

—¿Entonces…?

—Si Nick se niega… van a matarlo. Y eso solo será el principio. Porque caeremos todos detrás. Incluso tú. La traición en la mafia la pagan los seres queridos. Podrías dejar huérfana a tu hija, Ava…

La habitación da un giro de 180 grados.

—¿CÓMO…?

—¿Por qué crees que mi padre dejó ese fideicomiso? Él lo sabía. No sé cómo, pero sabía que estábamos metidos en algo muy peligroso.

Se me humedecen los ojos porque tiene sentido.

Joder. Joder… ¡Joder!

Me aferro al borde de la silla para no tambalearme.

—¡Hay que explicarle a Nick lo que sucederá si no lo hace…!

—Ya se lo he dicho. Pero mi hermano es muy obstinado. Siempre ha pensado que el dinero lo soluciona todo, o los contactos. Nunca ha sufrido represalias. Cree que todo se puede negociar o comprar. Y puede que en el mundo normal sea así, pero esto es la mafia…

—¡¿Y qué vamos a hacer?! ¡¿Tienes un plan?!

Veo en sus ojos que sí, pero le cuesta decirlo.

—Necesito que lo apartes de ti, Ava… Que rompas con él.

Me quedo patidifusa.

—¿QUÉ…?

—Si sigue pensando que puede elegirte, romperá el pacto.

—Pero… Eso no es…

—Tienes que convencerlo de que no tiene un futuro contigo. De que lo mejor es que cumpla. Que se case con Vittoria.

—¡No puedo hacer eso! ¡¿Pretendes que lo lance a los brazos de otra estando enfadado conmigo?! ¡¿Has perdido el juicio?!

Marcus me mira con frialdad.

—Si quieres que viva, lo harás.

Siento que me falta el aire.

—Eres la única que puede salvarlo, Ava… Por favor…

Me río sin humor porque no sé qué más hacer.

—¡No puedo hacerle eso! ¡¿Te has vuelto loco?!

Marcus no responde. Y el coraje me embarga.

—¡Hay que ser retorcido para pedirme algo así…!

Él asiente sin ofenderse. Con aceptación pura y dura.

—Ava… —dice con una mirada triste—. Sé que lo que te estoy pidiendo es duro e injusto. Pero también sé a lo que has sobrevivido, y lo que has levantado sola. Y sé que… si alguien puede hacer esto sin hundirse, eres tú.

Mi pecho se comprime con dolor.

Porque es verdad. He sobrevivido a cosas horribles. Pero nunca había sobrevivido a algo que yo misma tuviera que provocar.

Noto el temblor de mis dedos y la traición de mi cuerpo por estar a punto de llorar.

—¿Y qué quieres que le diga? —pregunto nerviosa—. ¿Que no lo quiero? ¿Que ha sido un error? ¡NO ME CREERÁ!

—Le dirás lo que sea necesario para que no luche por ti.

Me río de nuevo porque el puto Marcus parece tener todas las respuestas.

—Es un plan peor de lo que crees —expongo—. Su reacción será brutal. Se pondrá en peligro a sí mismo. Se acostará con otras. E igual provoca a quien no debe para que lo maten igualmente. ¡¿Vas a correr ese riesgo?! —digo histérica.

Veo que Marcus cierra los ojos muy consciente de ese lado de su hermano.

—Estamos intentando que sobreviva —explica—. De lo contrario, morirá seguro.

Esa frase me hace imaginarme a Nick muerto y se me agarrota el alma. Y justo cuando creo que ya no puedo respirar dentro de esta conversación, la puerta se abre y aparece Emily.

Entra en la habitación como un faro en plena tormenta.

—Em… —sollozo. Porque noto que lo sabe todo cuando me mira. Como si entendiera que estoy a punto de romperme.

Pero de pronto, se coloca al lado de Marcus, como si hubiera tomado la decisión de apoyarle en esto.

—Ava… —dice mi nombre con suavidad. Y eso me mata.

Porque si me gritara, si me obligara o me dijera «¡hazlo por Nick!», sería más fácil. Pero no. Ella no me empuja a nada.

—No quiero que sientas que esto es solo cosa de Marcus —añade —. Porque no lo es. Esto es… el mundo en el que nos hemos metido. Y solo estamos intentando que no se cobre más víctimas…

Cierro los ojos un segundo. La palabra «víctima» me persigue desde que tuve a Megan. Desde que el padre de mi hija pasó de todo tras prometerme que se apartaría a tiempo… Desde que juré que nunca más me dejaría mangonear por nadie.

Pero aquí estoy… a punto de sacrificarme por otro hombre.

—No sé si puedo hacerlo… —susurro frágil.

Emily se acerca a mí y me sostiene.

—Claro que puedes —dice—. Porque tú eres fuerte, y porque tú sobrevives incluso cuando el mundo no te deja espacio para respirar.

—Eso no significa que no duela… —me apoyo en ella.

—Lo sé. —Asiente Emily despacio, frotándome la espalda.

Marcus se mueve por la sala y la voz le sale baja y tensa.

—No te estoy pidiendo esto porque sea lo correcto, te lo estoy pidiendo porque es la única alternativa que nos queda, Ava… Ojalá no lo fuera. Pero conozco a mi hermano, y no va a entrar en razón. Treinta años de salirse con la suya luchan contra él…

Lo miro con el corazón ardiendo. Y pienso en Nick.

En su boca contra mi cuello. Su risa tonta. Su forma de mirarme como si yo fuera una posibilidad y no un accidente. Su voz esta mañana diciéndome que no se quería ir de mi casa…

Y ahora tengo que ser yo la que lo expulse de mi vida clavándole un puñal en el pecho para que no muera.

Qué romántico, ¿verdad? Romeo y Julieta versión futurista.

—¿Y si lo pierdo para siempre…? —expongo mi miedo.

Marcus no responde. Emily lo hace por él.

—Es un riesgo. Pero lo perderás igual si lo matan.

Me tiembla la barbilla y me obligo a respirar para no llorar.

Me obligo a ser la Ava que siempre he sido, la que se levanta aunque le arranquen algo por dentro.

Los miro a los dos y entiendo algo horrible: esto no va de mí, ni de Nick. Estamos todos metidos hasta el cuello. Incluso mi hija…

—Vale —cedo vulnerable—. Lo haré.

Emily me abraza. Un abrazo rápido, fuerte y femenino.

—Lo siento… —murmura en mi oído.

—Lo voy a hacer —gruño, intentando sonar dura—. Pero voy a odiaros un poco durante un tiempo.

—Estás en todo tu derecho —dice Marcus sombrío—. Yo sin embargo… te estaré queriendo más que nunca.

CAPÍTULO 31



AVA

Bajar una planta hasta el despacho de Nick no debería costarme tanto.

Me he enfrentado a cosas peores. He criado a una niña sola. He discutido con clientes que creen que por llevar traje pueden hablarte como a una sirvienta. He sobrevivido a hombres que te juran amor eterno y luego se evaporan como si fueran humo.

Pero hoy… hoy tengo la sensación de que voy caminando hacia mi propia ejecución.

Las piernas no me responden. Mi postura perfecta flaquea. Pero me repito que esto es necesario. Que, si lo hago bien, Nick me odiará lo suficiente como para no mirar atrás.

Y si no mira atrás, seguirá respirando.

«Qué bonito, Ava», pienso con amargura. «Salvar a un hombre rompiéndole el corazón».

Llego a su puerta, y antes de que pueda arrepentirme, toco y entro.

Nick me recibe con una camisa negra remangada que le queda tan bien que es un insulto a la moral.

Tiene el pelo un poco desordenado, como si hubiera llegado tarde al mundo pero aun así le hubieran guardado el mejor sitio.

Levanta la vista y, durante un segundo, veo al Nick de ayer. El que le dijo a Megan que sus dibujos eran «arte moderno» y se la metió en el bolsillo como si hubiera nacido para ser su padre.

Que me sonría estruja con fuerza mi determinación.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con un brillo juguetón—. ¿Vienes a secuestrarme en horario laboral? Porque te advierto que soy muy fácil de capturar…

No sonrío y él nota la diferencia al instante.

Se levanta, como si intuyera que ocurre algo horrible.

—¿Pasa algo?

Cierro la puerta despacio detrás de mí y mi mano se queda un segundo apoyada en el pomo. Como si necesitara un momento para coger fuerzas.

Cuando lo miro de nuevo, Nick intenta leerme, pero está más perdido que nunca. Y no le culpo.

—¿Megan está bien? —pregunta preocupado.

Esa pregunta me perfora un pulmón. Noto que me cuesta respirar. Porque eso es el amor. Preocuparte por lo que no es tuyo.

Trago saliva nerviosa.

—Megan está bien.

Él respira aliviado, y no sabe que ese alivio le va a durar lo mismo que un suspiro en un incendio.

—Entonces… ¿qué ocurre?

Me obligo a caminar hacia su mesa, tan despacio, que cualquiera diría que el suelo está cubierto de cuchillas.

Nick rodea el escritorio, pero no se acerca del todo a mí. Se queda esperándome. Como si yo tuviera un arma. Y, en cierto modo… la tengo.

—Quiero hablar de lo del fideicomiso… —empiezo.

Nick frunce el ceño.

—¿Eso te preocupa? Ava, eso es bueno. Es seguridad para Megan. Es…

—Nick… —Lo corto seria.

Mi voz suena rara. Más vieja.

Él se queda quieto mirándome preocupado. Ni siquiera parece él.

—Me estás poniendo nervioso, nena —dice con una sonrisa pequeña que intenta salvarle—. Conozco ese tono. Es el que ponen las enfermeras cuando dicen «no pasa nada» y luego te arrancan un brazo.

Respiro hondo.

Al cabrón le gusta hacerse el tonto, pero no lo es en absoluto.

Y además tiene la maldita manía de hacerme reír cuando me estoy muriendo por dentro.

—Ojalá pudiera arrancarte un brazo… —susurro cohibida.

Nick sonríe un poco, pero la mueca se apaga rápido. Porque entiende que pasa algo muy malo. No sabe qué exactamente… pero le preocupa.

—Ava… —repite más tenso.

Me apoyo en el borde de su mesa para seguir pareciendo una mujer fuerte que no necesita a nadie y lo digo.

—No puedo seguir con esto, Nick…

Él parpadea confuso. Como si mi frase no hubiera encontrado sentido en su cerebro.

—¿Qué quieres decir? —pregunta despacio—. ¿Con lo nuestro?

Me quedo callada un segundo demasiado largo, porque si respondo rápido, se me notará la mentira.

—Sí. Me refiero a nosotros —consigo decir sin mirarle.

Nick se queda inmóvil. Como si alguien hubiera apagado su cuerpo desde dentro. Su voz sale rara al preguntar:

—¿Por qué?

Las ganas de decir la verdad me presionan el estómago.

Quiero gritar: «¡porque, si no, van a matarte!». O «porque tu hermano ha entrado en pánico y yo también».

Pero si digo eso, Nick luchará. Y si Nick lucha… lo matarán.

—Porque no te lo he contado todo… —digo intrigante—. Y no puedo ocultarlo por más tiempo.

Nick frunce el ceño.

—¿El qué?

Veo cómo su instinto se pone alerta y su mandíbula se tensa. Es un White, al fin y al cabo. Y los White, cuando huelen un secreto, reaccionan como si les estuvieran apuntando con un arma a la cabeza.

—¿Qué no me has contado, Ava?

Mi corazón late tan fuerte que me duele en el pecho, y suelto la bomba antes de que cometa una estupidez.

—Clifford y yo… —empiezo con un hilo de voz—. Tu padre y yo tuvimos algo. Estuvimos juntos…

Nick se queda completamente quieto.

Su cara no cambia al principio. Y eso es lo peor. Que no hay ira. Solo *shock*.

Luego, muy despacio, se le endurece la expresión, como si se estuviera convirtiendo en piedra.

—No me jodas… —masculla desviando la vista.

No es una pregunta. Es casi una súplica.

—Lo siento… —respondo—. Quería que lo supieras…

Me obligo a sostenerle la mirada porque si la bajo, pierdo. Y no puedo perder ahora. No puedo flaquear.

—Fue un error —añado—. Pero uno que se repitió varias veces a lo largo de los años…

Nick da un paso atrás como si le hubiera empujado. Y es lo que he hecho. Echar gasolina a una hoguera.

—¿Y me lo dices ahora? —susurra herido.

Noto cómo se le rompe algo en la voz. Como si el dolor fuera tan grande que no le cupiera dentro.

—Pensaba que podría hacer como que nunca pasó… pero no puedo seguir mintiéndote —digo entre lágrimas.

Es una mentira dentro de otra mentira. Pero el sufrimiento es real.

—¿Por qué me lo has dicho? —pregunta sin comprender el daño gratuito—. Hubiera preferido no saberlo…

—Porque… tarde o temprano me hubieras pedido leer la carta que me dejó y… lo habrías descubierto igual.

Nick respira con fuerza, como si no le llegara el aire a los pulmones.

—Joder… —masculla horrorizado mirando al suelo con las manos en la cintura.

Yo continúo, porque si paro, iré a abrazarle y gritaré que todo es mentira.

—Y… bueno… lo del fideicomiso tiene una buena explicación… Y es que… Megan es hija suya.

El silencio que cae es sobrenatural.

Nick me mira como si acabara de sacarle el corazón del pecho y lo estuviera sosteniendo entre los dedos.

—¿Qué… has… dicho…? —formula ronco.

Mi voz tiembla. Pero saco fuerzas de flaqueza para seguir.

—Que Megan es… tu hermana.

Nick me mira como si yo fuera un cadáver hablando. Porque noto que para él, estoy muerta.

Su cara pierde toda la humanidad que poseía cuando me ha recibido. Algo peor la puebla. Un amasijo de asco, traición y odio.

Y, debajo de todo… una pena tan salvaje que me dan ganas de arrodillarme para pedir perdón.

—¿Cómo has podido…? —murmura devastado—. ¿Cómo has podido dejar que…?

No termina la frase porque no puede. La termina con un grito.

—¡¡¿CÓMO HAS DEJADO QUE ME ENAMORE DE TI?!!

Me estremezco entera.

Todavía no nos habíamos dicho «te quiero». Y ahora lo estoy viendo romperse delante de mí.

Nick se pasa las manos por la cara y luego se ríe como mecanismo de defensa. Una risa sin aire. Sin alma. Sin esperanza.

—Eres una… —empieza, y la palabra se le queda en la boca como si le quemara.

Pero me mira y lo dice con todo el desprecio, la rabia y el dolor que es capaz de sentir. Como si hacerlo fuera lo único que le permite no echarse a llorar.

—Eres una maldita zorra…

Mi garganta se cierra de golpe.

Sé que esto es parte previsible del plan. Que Marcus necesita que me odie. Pero duele como si fuera real. Porque para él, lo es.

—¿En qué coño estabas pensando? —escupe enfadado—. ¿Cuál era tu plan? ¿Quedarte con el sustituto para que tu hija tuviera lo que se merece por nacimiento?

Aprieto los dientes con rabia. Quiero gritarle que no. Quiero decirle que Megan es lo único limpio que tengo en mi vida. Pero no puedo. Debo dejarle creer que soy una cazafortunas. No puede dudar o lo matarán.

Así que dejo que la acusación me atraviese y otorgo con el silencio.

—Claro, ahora que tienes el fideicomiso… —continúa, cada vez más oscuro—. Ya no me necesitas, ¿no? Ya tienes dinero. Ya tienes tu herencia. Yo solo era… un daño colateral.

Me clava la mirada como si quisiera arrancarme la piel y comprobar que debajo no hay un corazón latiendo.

—Primera vez que me enamoro y resulta que eras una de las putas de mi padre… —barrunta.

Pierdo el aire, porque esa frase es demasiado cruel incluso para fingir.

La barbilla me tiembla y la voz se me rompe de verdad.

—Nick, por favor, para… —sollozo.

Él retrocede como si mi voz le diera arcadas.

—No pronuncies mi nombre.

Su tono es irrevocable y no aguanto más. Siento cómo mi coraza se rompe. Y sin poder evitarlo… me echo a llorar. Lloro como llora una mujer que se está arrancando el alma para salvar al hombre al que ama.

—Lo siento tanto… —digo entre sollozos.

Nick me mira roto. Su cara intenta aguantar a base de rabia, pero no puede, porque, por más que intente odiarme, esto le está destruyendo.

—No… —susurra—. No lo sientas.

Me mira con un dolor tan puro que me deja vacía.

—La culpa es mía por creer que alguien como tú merece la pena.

Me trago un alarido cuando esas palabras me atraviesan como una bala. Junto con mi amor por él y la verdad.

Nick se acerca a su escritorio, abre un cajón con mala leche, saca unos papeles. Su gesto es mecánico y frío, como si necesitara hacer algo con las manos para no desmoronarse.

Y sin mirarme, lo oigo decir:

—Estás despedida, Ava. Fulminantemente. Y no intentes denunciarnos porque te llevaré a juicio y todos sabrán lo puta que eres.

Mi pecho se hunde.

—Pero Nick…

—Te llamarán para firmar los papeles —Esta vez sí me mira—. Ahora vete antes de que diga algo que no pueda perdonarme a mí mismo.

Me quedo paralizada. Pero de pronto, el hecho de haber podido cumplir mi objetivo, me recompone un poco.

—Lo siento —repito más entera.

Nick aprieta los dientes.

—Lárgate ya, Ava. —Nos miramos un instante—. ¡Que te vayas!

Obedezco a toda velocidad porque no puedo soportar más su dolor.

Abro la puerta, y antes de cruzarla, lo escucho decir, en un susurro:

—Eres lo peor que me ha hecho mi padre… con diferencia.

Cierro los ojos un segundo para intentar no morirme aquí mismo y salgo sin mirar atrás.

Porque si lo hago… leerá la verdad en mí y lo matarán.

CAPÍTULO 32



NICK

Ava sale de mi despacho y el sonido de la puerta al cerrarse es como un puto disparo a mi corazón.

Se acabó.

«Bienvenido a la realidad, imbécil».

Me quedo inmóvil, como si fuera a volver a abrirse por arte de magia, para asomar la cabeza y decir: «Era broma, Nick. ¿Cómo iba a acostarme con tu padre?».

Pero no tengo esa suerte. Las mujeres como Ava no hacen ese tipo de bromas. Las mujeres como Ava hacen lo que sea por sobrevivir. Como liarse con su jefe en múltiples ocasiones…

Y yo… soy el gilipollas que se enamora de ese tipo de gente.

El aire se estanca y siento que no puedo respirar.

Me llevo una mano al pecho, sin saber muy bien qué me pasa. Yo no he tenido ansiedad en mi puta vida. Siempre he pensado que no tengo derecho a ella. Se supone que mi inmadurez me protegía de este tipo de cosas.

Pero siento un dolor que no es normal. Y náuseas. Y…

Sin previo aviso, me doblo sobre la papelera y vomito.

¡Joder…!

Creo que es lo más poco elegante que he hecho en mi vida. No solo estoy desalojando el desayuno, sino mi puta autoestima. Y el sabor es igual de amargo.

Me agarro al borde de la mesa y los ojos se me llenan de lágrimas por la presión. Y quizá porque no puedo creer que me esté pasando esto.

Me limpio la boca con la manga del traje como un animal herido que se niega a pedir ayuda, y me apoyo en el escritorio, respirando entrecortadamente, dejando que un recuerdo me golpee.

Me lleva a una escena absurda. Una de esas conversaciones casuales que en su momento no parecía nada, pero ahora se convierte en una puñalada.

—Aléjate de Ava, Nick —me dijo mi padre—. Es mucha mujer para ti.

Lo dijo con su clásico tono de superioridad moral. Como si fuera un padre preocupado. Como si me estuviera salvando de algo. Como si él no se la hubiera follado mil veces antes que yo para manchar nuestra historia.

Cierro los ojos con fuerza y siento que me vuelve el asco.

—Claro… —susurro en voz alta—. Claro que era mucha mujer para mí… ¡Como que era suya!

Y entonces lo sé. Este dolor no es solo por Ava. Es por mi padre. El maldito hombre que se pasó media vida tratándome como si yo fuera un error caro.

Marcus era el heredero… y yo, el payaso del reino. El que solo sirve para hacer reír y avergonzar al apellido en eventos importantes.

Me da un ataque de risa al pensar que mi padre me sigue poniendo una pierna encima incluso muerto. No es una risa bonita, sino de loco. Porque si no me río, igual me reviento el cráneo contra la pared.

Me llevo las manos al pelo y tiro de él, dándome permiso para pensar lo que nunca me permito pensar en voz alta, que a mi padre nunca le importé una mierda… Y ahora, cuando por fin intento hacer algo bien, cuando por fin intento ser responsable, me como la hostia más grande de mi vida.

«Esto es lo que pasa cuando intentas hacer lo correcto, Nicky…», recuerdo a uno de mis amigos más bala perdida. «Madurar duele».

Así que se acabó eso de madurar…

Cojo mi chaqueta y me largo del despacho dejando la papelera sucia y la puerta abierta.

En el ascensor, el espejo me devuelve una versión mía que reconozco demasiado bien. La de antes. La de siempre. La que prende fuego a todo. La oscura. La que no es un White… Sino MR. BLACK.

Horas después, me despierto en uno de esos barrios en los que nadie pregunta tu apellido porque ni siquiera les importa tu nombre.

Aquí solo importa que pagues lo que bebes. O lo que consumes…

Miro alrededor y veo el suelo de un bar pegajoso, de en los que podría haber ADN de tres guerras distintas.

Tengo un vaso en la mano que no recuerdo haber pedido y una sensación de vacío tan grande que el alcohol ni siquiera es capaz de calentar.

Alguien me ofrece algo y lo acepto sin preguntar qué es. Porque preguntar sería admitir que todavía tengo intención de cuidarme. Y ahora mismo… lo único que quiero es anestesia.

Quiero no pensar en Ava. Ni en mi padre. Ni en el apellido White aplastándome el cuello como una corbata demasiado apretada. Quiero desaparecer un rato. Y lo consigo.

El mundo se vuelve lento, las risas se vuelven ecos y las luces, estrellas.

Mi cuerpo ya no es mío, solo soy un pensamiento suelto flotando en un sitio oscuro. Uno muy simple: «me da igual todo».

Acabo en un callejón, tirado en el suelo, con el frío mordiéndome todo el cuerpo. Ya no tengo el abrigo ni los zapatos. Y no sé en qué momento he pasado de pensar que voy a beberme el dolor a estar muriéndome.

Escucho pasos cerca y un taco. Una silueta alta, con un abrigo caro y cara de alguien que no debería estar aquí, se agacha a mi lado.

Al principio, creo que es paranoia, hasta que su voz me llega como una bofetada.

—¿Nick…? ¿Estás bien? ¿Estás herido?

Parpadeo despacio. ¿Es el puto Gold?

—No… —murmuro—. Vete. Déjame solo.

La silueta se agacha y entonces lo veo mejor. Es el puto David Gold en persona. Con el pómulo todavía un poco marcado, como si la vida también le hubiera usado de saco de boxeo.

Me mira preocupado. Como si le importara algo…

—¿Eres real? —pregunto—. Porque si eres una alucinación, mi cerebro tiene muy mal gusto.

—Soy real —contesta seco—. Por desgracia.

Se queda mirándome dos segundos más, evaluando el desastre humano que soy.

—¿Qué cojones haces aquí? —pregunta.

—Turismo cultural —Intento sonreír.

Gold resopla como si estuviera a punto de matarme él mismo.

—Estás medio muerto, joder.

—Eso sería una mejora —murmuro.

—Venga. Levántate…

—No puedo.

—Sí puedes. —Me agarra del brazo y me alza con esfuerzo—. Eres un puto White. Y los White sois como las cucarachas: sobrevivís a

todo.

Me río de la comparación.

—Eso ha estado bien… —murmuro.

Gold me arrastra, literalmente, como si fuera un saco de patatas con traumas.

Y mientras me sube al coche y me pone el cinturón, lo veo llamar por teléfono.

—¿A quién llamas? —pregunto con la lengua pesada.

—A tu hermano.

Espera el tono y alguien contesta.

—Lo he encontrado.

Una pausa.

—Sí. Está vivo.

Otra pausa.

—Mejor no preguntes… Sí. Lo llevo al Lux Noor. Hasta ahora.

Me recuesto en el asiento y decido que estoy demasiado destruido para sentir vergüenza.

Aun así, cuando escucho el nombre del club, algo dentro de mí se revuelve.

—No… —murmuro—. Al Lux Noor no.

Gold me mira de lado.

—¿Por qué no?

—Porque igual me muero…

—Ah. Yo ya me he acostumbrado… Es casi como una tradición.

Cierro los ojos e intento no sonreír. Pero mi boca me traiciona. No es una novedad. Los apéndices de mi cuerpo suelen ir por libre cuando estoy así.

Y entonces, sin venir a cuento, la imagen de Ava vuelve a mí.

Su boca. Su risa. Sus «no me prometas eternidades». Y el dolor se abre como una herida viva.

Se me escapa una frase absurda, borracha e infantil:

—Menos mal que no te tiraste a Ava…

Gold frena el coche en seco y me mira como si yo fuera el ser humano más extraño del planeta.

—¿Perdona?

—Ava… —aclaro, como si eso lo explicara todo—. Te habría envenenado… y te habría matado de verdad.

Gold se queda mirándome un segundo y niega con la cabeza como si acabara de entender por qué los White están malditos.

—Eres imbécil —opina.

—Soy guapo, no puedo ser perfecto.

Gold me mira de reojo.

—¿Siempre dices esas cosas cuando estás a punto de morir?

—Solo cuando tengo público…

Gold suspira, pero no dice nada más.

—Si quieres, cuando me reponga, te enseño a follar —arremeto.

—¿Qué…?

—Me siento en deuda por recogerme como a un perro abandonado. Y has estado a punto de palmarla por follar mal. No voy a permitir que te vuelva a pasar.

Gold me mira alucinado. Y luego suelta una carcajada brutal.

Al final me voy a creer buen payaso.

—Eres un cabrón… —balbucea Gold.

—Y tú eres un problema con piernas y un abrigo bonito.

Vuelve a reírse.

El coche sigue moviéndose, el mundo girando y todo duele, pero la última frase me sale sin querer:

—Si me hubieran dicho que al final ibas a caerme bien…

Gold resopla.

—Tú sigues cayéndome mal. Pero tu hermano me matará si te dejo tirado en la calle.

—Eres un romántico.

Lo veo sonreír satisfecho.

—No vomites en mi coche o te mato yo mismo —advierte serio.

—No prometo nada…

Y mientras nos acercamos al Lux Noor como una sentencia… yo solo pienso una cosa: no voy a permitirme volver a sentir esto por nadie nunca más. Duele demasiado.

CAPÍTULO 33



Hay días en los que creo que mi vida es una sucesión de incendios.

Hay todo tipo de fuegos. Unos tienen sonrisas educadas, y luego están las noches como esta, en las que mi hermano pequeño llega al Lux Noor como si el mundo lo hubiera escupido en una acera y alguien hubiera decidido devolverlo por correo urgente.

No sé en qué momento Gold se ha convertido en mi mano derecha.

Tengo a mis hombres de siempre, O´Leary y Ben, pero lo de Gold es distinto porque a él no le pago. Eso sí es verdadera lealtad…

La imagen desaliñada de Nick es tan surrealista que durante un segundo mi cerebro no sabe qué hacer con él. Porque yo le he hecho esto. Bueno, ha sido Ava, pero siguiendo mis órdenes.

Gold lo sostiene con un brazo alrededor de su cuello y cara de estar hasta las narices de él. Nick, en cambio, parece… vacío.

Está borrachísimo, derrotado y deseando dejar de existir.

—¿Sabes a quién me recuerdas, Gold? —digo jocoso—. A una de esas mascotas que traen presas muertas hasta los pies de su amo, esperando una recompensa.

—Bueno, técnicamente está vivo. Lo siento, «amo».

Intento no sonreír al ver cómo me sigue la corriente David. Es otro de sus puntos fuertes. Se ha adaptado a mi humor, como nunca nadie lo había hecho. Solo Nick. Y eso lo convierte en… alguien cercano.

—¿Qué voy a hacer contigo, Nicky…? —balbuceo mirándolo.

Mi hermano ladea la cabeza con una sonrisa lenta que no tiene ni una pizca de alegría.

—Soy una inversión segura, Marcus. Como las criptomonedas, pero más guapo.

Lo miro con la mandíbula tensa. Porque ahí está. Su maldito humor de crápula. Ese recurso desesperado que usa cuando está muy jodido.

—Nick —digo con firmeza—. Enderézate y camina, por favor.

—No puedo —dice arrastrando las palabras—. Mi dignidad se ha quedado en ese callejón. O mejor dicho, en el despacho, cuando Ava me ha dicho que Megan es nuestra hermanita porque papá se la follaba a placer…

Lo agarro yo mismo del otro lado y lo llevo hacia mi ala privada.

Su peso no debería sorprenderme, pero lo hace. Porque Nick siempre ha sido luz. Algo ligero e imposible de atrapar. Pero ahora es… una ruina que se cae a pedazos.

En cuanto entramos en mi despacho del club, cierro la puerta.

—Déjanos, Gold —digo sin mirarlo—. Vete a dar una vuelta.

El aludido pone mala cara.

—¿Cómo? ¿Hago el trabajo sucio y me quedo sin el postre? Me merezco escuchar el rapapolvo.

—Mereces irte antes de que me arrepienta de haberte dejado con vida.

—Qué familia más cálida… —masculla Gold.

Nick se ríe. Gold desaparece y nos quedamos solos. Lo he echado porque David y mi hermano aún tienen un futuro juntos. Sé que van a forjar su propia amistad. Y eso solo se consigue con respeto. Cosa que David le perderá a mi hermano si presencia esta conversación…

Nick se deja caer en el sofá porque apenas puede mantenerse de pie.

Me mira y ahí está la verdad. La resaca emocional de alguien que ha sido destruido sin anestesia.

Me quedo de pie, mirándole con los brazos cruzados y el pecho lleno de furia. La necesito para no derrumbarme con él.

—¿Qué coño estabas haciendo en ese barrio, Nick?

Mi hermano se encoge de hombros.

—Nada bueno.

—Nicky…

Suspira y su voz sale más baja. Más real.

—Necesitaba que doliera menos…

Su franqueza me atraviesa. Y lo entiendo demasiado bien.

Camino hacia el minibar, le sirvo un poco de agua, y se la doy. Nick la mira como si le hubiera ofrecido un castigo.

—¿En serio? ¿Agua? —se queja—. ¿Y luego qué? ¿Un abrazo y una charla sobre mis sentimientos?

—Más bien una amenaza… Porque si sigues haciendo estupideces, te enterraré yo mismo.

Nick bebe un sorbo con calma y hace una mueca de disgusto.

—Amor fraternal versión White. Amenazas y agua. No hay término medio.

Me apoyo en el escritorio y lo observo un segundo largo.

—Nick, te necesito. Con los asesinatos todo se ha precipitado —explico—. Y tú has reaccionado a lo de Ava como haces siempre cuando algo te supera: destruyéndote.

Nick suelta una risita sin humor.

—Soy así de original…

—Va a haber una fiesta de compromiso en unos días. Y poco después será la boda…

Nick parpadea despacio.

—¿Qué boda?

—Con Vittoria, la italiana —digo armándome de paciencia.

Se hace un silencio y veo cómo su cara se endurece. Algo dentro de él se apaga del todo como si ya no tuviera nada que perder.

—Vale. Lo haré —murmura Nick estirándose del todo en el sofá.

—¿En serio? —repito anonadado.

—Sí… —dice con los ojos cerrados—. Me casaré, me meteré en la mafia italiana y me convertiré en el nuevo hombre del saco de South Boston. ¿Qué más da…?

La forma en la que lo dice me eriza la piel. Porque no lo dice como un hombre que ha aceptado una obligación, sino como uno que está buscando una forma bonita de quitarse de en medio.

—Nick… —musito preocupado—. Por favor, tómatelo en serio…

Él sonríe de una forma peligrosa. Y sé que esa oscuridad no es él.

—¡Ya lo hago! Podría ser divertido. Total… ya he probado a ser bueno y mira cómo me ha ido… Puede que siendo un puto capo me vaya mejor.

Me acerco un paso a él, sosteniendo la rabia que me sube como ácido por la garganta.

—No digas eso, por favor. Necesito que seas un White, no el puto míster Black…

Nick me mira con crudeza.

—Si lo hago es por ti, Marcus. A mí ya me da igual todo…

Se me tensa la mandíbula.

—Es muy reciente. Pero lo superarás. Con el tiempo irá doliendo menos, así que no hagas ninguna locura, por favor. Dependemos todos de ti…

—Lo sé. Sé que estás muy preocupado porque alguien tiene que arreglar este circo… Pero puedes estar tranquilo. Yo pagaré el pato.

Mi corazón se obtura un segundo, pero lo disimulo.

—Te ayudaremos entre todos —le recuerdo—. No estás solo, ¿vale?

Nick suelta una risita mínima.

—Sí que lo estoy. Tú tienes a Emily. Tu preciosa ancla. Tu salvación. Yo no tengo a nadie…

El dolor y la envidia asoman como un monstruo feo en su tono, certificando que ha perdido lo único que le estaba haciendo bien.

Me obligo a respirar hondo para no ahogarme en culpabilidad.

—Nick… —empiezo—. Lo que ha pasado con Ava…

Me corta con un aspaviento seco.

—Ni la nombres, por favor.

—No podemos permitirnos que te rompas ahora…

Mi hermano se incorpora, apoyando los codos sobre sus rodillas.

—Pues te jodes, porque ya estoy roto. —Su voz se vuelve fría—. Sé que me necesitas, pero hoy no estoy para mierdas, ¿vale?

Lo miro y es como si ya no fuésemos hermanos, sino dos piezas dentro de un tablero que no perdona la debilidad.

—Necesito que entiendas algo —Me acerco y me siento frente a él. No como el Regente, sino como su hermano mayor. Y eso, a veces, pesa incluso más—. Esto no es solo por mí, Nick, es por papá. Alguien de la mafia italiana se lo ha cargado… y quiero llegar al fondo de esto. Porque pueden volver a atacarnos.

Mi hermano aprieta los dientes con rabia.

—El puto Paolo…

Asiento despacio. Se lo dije en cuanto me enteré y se sintió fatal.

Nick sacude la cabeza con culpabilidad contenida.

—Por eso tienes que estar lúcido, hermano —insisto—. No tienes margen para más autodestrucción ahora mismo, Nick. Por favor…

Él respira con fuerza.

—¿Y qué tengo que hacer exactamente como jefe de la mafia?

Mi mente se mueve rápido, fría, calculadora. Y libre por fin.

—Solo es cuestión de tiempo que la verdad salga a la luz o vuelvan a atacar. Pero si tú estás al mando, los contendremos un tiempo.

Nick se queda pensativo.

—¿Y Gold?

Mi ceja se arquea.

—¿Qué pasa con Gold?

—Ese tío es como un imán para los problemas, Marcus. Lo miras dos segundos y ya estás metido en una puta guerra de mafias.

Por alguna razón, eso me arranca una sonrisa breve. Pero la controlo.

—Creo que podemos confiar en él.

—¿Estás seguro? ¿Y si está compinchado con ellos? Oculta algo. ¿Por qué no se ha largado ya a las Islas Caimán? Algo no cuadra…

No respondo de inmediato. Me tomo un segundo más de la cuenta, como si necesitara ordenar algo dentro antes de decirlo en voz alta.

—Hay algo que tienes que saber… —digo entonces.

Nick se pone alerta.

Respiro hondo y suelto la última bomba de este día interminable.

—En las últimas voluntades de nuestro padre… dejó escrito que debíamos limpiar el nombre de David Gold de White industries.

Nick parpadea.

—¿Qué?

—Borrar su rastro de los archivos primarios. De los más antiguos.

—¿Por qué?

—Porque hay documentos que lo vinculan con operaciones ilegales en África. Milicias. Contratos sucios. Cosas que, si alguien las saca a la luz, lo destruirían. Por eso no se ha ido. Esa es su motivación. No está compinchado con los italianos…

Nick frunce el ceño, procesando la información.

—¿Papá sabía todo eso?

—Sí. Gold fue a hablar con él antes de morir. Confiaba en que pudiera ayudarle. Por eso quería comprar la empresa. No para quitárnosla, sino para enterrarlo todo.

Nick se queda en silencio y veo cómo encaja piezas en su cabeza.

—¿Papá quería proteger a Gold? —murmura—. ¿Por qué?

No respondo enseguida porque no sé la respuesta completa.

—No sé… Creo que nuestro padre vio algo en él.

Nick se recuesta, pensativo.

—i¿Y si es un bastardo de papá que planea matarnos y se está haciendo nuestro amigo?!

Pongo los ojos en blanco. El dramatismo a Nick le viene de serie.

—No lo es. Le habría dejado dinero, como a Megan…

El dolor vuelve a inundar la cara a Nick al recordarlo.

—Genial… —murmura—. Una herencia fantástica, papá…

—David ha tenido mil oportunidades para largarse —añado, rompiendo el silencio—. Podía habernos vendido o usar lo que sabe para hundirnos. Pero no lo ha hecho.

—¿Ahora lo llamas David?

—Gold… —carraspeo.

Nick me mira captando que para mí ya es parte de nosotros.

—Supongo que eso demuestra que es de fiar…

—Hoy te ha ido a buscar, Nick… Le he dicho que no te encontraba y ha ido a buscarte sin pedir nada a cambio —Mi pecho se tensa de una forma extraña—. Gold no nos debe lealtad. No es familia, no forma parte de la mafia, no es un White… y aun así, sigue aquí. Demasiado cerca del peligro para alguien que no lo busca…

—Eso solo puede significar dos cosas —expone Nick—. Uno, que trama algo turbio contra nosotros, o dos, que es un tío de puta madre…

—Me temo que pueda ser lo segundo —digo como si fuera peor noticia que la primera.

Nick se ríe.

—Admito que tiene su gracia…

Sí, es gracioso. Pero es algo más que eso…

—Mi primera impresión de él fue que era un arrogante escondido detrás de su dinero. Uno de esos que amenazan con comprarlo todo porque no saben defenderse de otra forma. Pero estaba equivocado…

»Gold no tiene esa maldad fría que caracteriza a los hombres que desean poder. Él no busca dominar a nadie. Solo quiere estar a la altura, aunque nadie se lo haya exigido jamás…

—Sí, puede que sea un buen tío. Aunque nadie lo diría con su físico y su fortuna. No cuadra. Es como un diamante en bruto.

—A nosotros nos gustan los diamantes…

Nick me sonríe. Y yo lo imito.

Lo que no vi venir de Gold es que me hiciera reír cuando todo se vuelve demasiado duro. Que su forma de tomarse la vida, con una ligereza honesta, iba a aligerar la mía.

—Y luego está el hecho de que, cuando llega el momento, cumple —añado en voz alta—. Sin frases épicas. Sin discursos. Con una lealtad que no necesita testigos. Y eso, en nuestro mundo, es rarísimo, Nicky…

Mi hermano se queda mirando al techo. Luego me mira y noto que en sus ojos hay una oscuridad distinta. Más centrada e inteligente.

—Vale, somos un equipo de tres. ¿Cuál es el siguiente paso?

Por primera vez en días, respiro aliviado.

—Ahora… nos aseguraremos de que nadie vuelva a tocar a un White.

Nick sonríe de medio lado. Ya no es solo un borracho roto, es un hombre que busca venganza. Y sé que tengo que vigilarlo de cerca…

Porque si vuelve a liarla, nadie va a poder salvarlo aunque se case.

CAPÍTULO 34



VITTORIA

La primera vez que escuché la palabra «compromiso» yo tenía quince años y un vestido de novia, heredado, me apretaba el cuello.

Y no es que me fuera pequeño, es que el aire en mi casa siempre ha tenido esa cualidad cuando se hablaba de mi futuro.

Así que cuando hoy me subo a un coche negro con cristales tintados, escoltas que no sonríen y mi madre me aprieta la mano como si necesitara suerte, no siento nervios, solo tradición.

Porque en familias como la mía, la vida no se elige, se ejecuta según los planes del patriarca, aunque esté muerto.

La fiesta de compromiso se celebra en South Boston. En *La Sala del Santo.* El nombre es tan irónico que dan ganas de reírse… porque aquí dentro hay más pecado por metro cuadrado que en todo el Vaticano.

Nada más cruzar la entrada, el olor a comida me golpea como si intentaran distraernos con carbohidratos de lo que está pasando en verdad.

Hay *focaccia*, bandejas de embutido, vino tinto servido en copas distinguidas y una decoración que pretende evocar un ambiente familiar mientras los hombres de mi alrededor llevan pistolas bajo sus chaquetas.

La sala está llena de intermediarios de otros clanes. Se reconocen entre ellos y se dan la mano firmando una tregua, pero se miran como si se prometieran funerales.

Las mujeres sonríen demasiado. Y yo soy el centro del circo…

Soy la novia, el símbolo de la alianza. Pero esta noche, al menos, voy a aprovechar, porque la cúpula masculina que me controlaba ya no está y su ausencia se siente como una habitación que de repente tiene un eco delicioso para gritar.

Mi madre me mira con una dulzura venenosa.

—Sonríe, cariño —susurra falsa—. Míralos como si todo estuviera controlado a pesar de haber perdido a cuatro miembros de la familia…

Y lo hago. Pero algunos apartan la mirada porque soy la hija de un muerto. Y cuando un hombre muere en una familia como esta, las mujeres se convierten en fantasmas… Hasta que se casan de nuevo, claro.

A lo lejos, veo a mi salvación: Nick White. El novio. El hombre que va a casarse conmigo para que la mafia no se nos coma vivos.

Está impecable todo vestido de negro, con su mandíbula tensa y sus greñas rubias. Tiene esa belleza insolente de alguien que podría prenderle fuego a todo sin inmutarse por las consecuencias. Solo por eso, me cayó bien desde el principio.

Pero lo que más llama la atención de él no es su aspecto, sino su energía. Nick no es un hombre, es una bomba con corbata a punto de explotar.

Sonríe a la gente, pero la sonrisa no le llega a los ojos.

Lo veo beber, pero no parece estar disfrutándolo. Algo le pasa... porque camina como si no tuviera nada que perder. Y eso…, puede volver a cualquiera verdaderamente letal.

Me acerco a él por protocolo. El teatro es necesario para que todos esos buitres se traguen la farsa y duerman tranquilos.

Cuando me ve venir, su expresión cambia apenas un milímetro. Como si supiera que tiene que hacer el esfuerzo de activarse y cumplir.

—Vittoria… —saluda reverente.

—Nicholas… —contesto vacilona.

Nos miramos y nos sonreímos con auténtica química. De amistad.

—Tienes cara de querer matar a alguien —comento en voz baja.

Nick sonríe. Es una mueca totalmente falsa, pero efectiva.

—¿De veras? Pues estaba intentando ser sociable…

—Yo no he nacido sociable. Pero sé apuñalar con educación.

Nick suelta una risita seca.

—Supongo que te viene de familia…

Un camarero nos ofrece dos copas de vino blanco y las aceptamos gustosos.

Me acerco un poco más a él, sin que se note, y susurro:

—¿Todo bien? Te noto raro. ¿Estás triste…?

—Ava y yo hemos roto —musita cabizbajo.

—¡Nooo! ¡¿Por qué?! ¡Lo vuestro parecía amor verdadero! ¿Qué chica entra en un territorio mafioso para reclamar lo que es suyo?

—No me apetece hablar de ello ahora…

—¿Estás de coña? ¡Tengo que saberlo! ¡Desembucha!

—Está bien… Se tiraba a mi padre y su hija es mi hermana…

Lo miro con la boca abierta y Nick se bebe el contenido de su copa de un trago. Y luego el de la mía. Se la cedo sin rechistar.

—¡Madre de Dios…!

—Gracias por la comprensión —murmura.

—Sé que ahora mismo te gustaría estar hecho una bola en la cama, pero tienes que aguantar lo justo para que no nos maten…

Nick me mira con una intensidad helada. Y durante un segundo, veo al verdadero Nick. No al niño rico ni al mujeriego gracioso, sino a

un hombre que se está muriendo por dentro.

—Tranquila… Estoy anestesiado. Ya no siento nada —expone monótono. Y supongo que se refiere a drogas—. Puedo aguantar lo que sea…

Esas palabras me dan escalofríos. Porque la gente que no siente, es la que luego hace barbaridades…

No digo nada. No soy su terapeuta, solo su «prometida». Una palabra ridícula en este contexto…

—Perfecto —disimulo—. Si no sientes nada, seremos el matrimonio más estable de Boston…

—El más estable.

Nos miramos y nos sonreímos otro poco.

En ese momento, alguien pasa por detrás de Nick y el aire cambia como si mi sistema límbico hubiera reconocido el olor.

Es David Gold. El hombre que me desvirgó como si fuera un castigo divino. O sería más correcto decir «con el que me desvirgué yo misma», porque él no hizo nada de nada. Solo izar la bandera… Una enorme. Y algo friolera.

¿No debería estar escondido en una cueva llorando por casi morir? En cambio, aquí sigue, paseándose entre mafiosos como si nada.

Lleva un traje brutal que rellena maravillosamente bien… En su cara todavía hay marcas de la paliza que le dieron mis parientes, pero, maldita sea, aun con eso, sigue siendo guapísimo.

Cuando me ve, se detiene recordando el horror.

Yo levanto la barbilla con chulería, porque si hay algo que me niego a perder es el control en público.

Gold me clava la mirada como si fuera un accidente de tráfico, es decir, es lo último que quieres ver, pero es imposible no mirar.

—Vittoria Rosseeetti… —saluda seco.

—David Gooold… —respondo imitándole.

Me mira como si recordara, con todo lujo de detalles, el momento en el que su deseo le condujo a una condena a muerte.

Nick gira la cabeza, percibiendo la tensión entre nosotros, como si fuera un animal entrenado para detectarla.

—Felicidades por la boda —me dice Gold—. Y mis condolencias para ti, Nick…

—¿Soy yo, o eso ha sonado a celos? —digo tunanta.

Nick se ríe por lo bajo y Gold aprieta los dientes.

—No creas que he olvidado que casi me matan por tu culpa…

—Supéralo ya. Sigues vivo, ¿no?

Gold suelta una risa sin humor.

—Sí, pero la paliza me la comí igual.

—No te preocupes, sigues siendo igual de guapo. O más.

Gold se queda rígido y Nick suelta otra risita.

—Vaya… insultos y halagos en la misma frase, esto suena a segunda ronda de tortura sexual —se burla Nick.

Gold me mira como si fuera veneno.

—No te hagas ilusiones, preciosa. No volvería a tocarte ni con un palo a tres metros de distancia…

—Ni yo me dejaría —replico a la defensiva—. Ya hiciste tu aportación. Lo máximo que puedo hacer es darte las gracias.

—En el mundo civilizado, lo mínimo sería pedir disculpas —replica Gold—. Pero claro, ¿qué se puede esperar de una violadora?

Mis ojos se abren como platos. Nick aguanta la risa.

—¡Te recuerdo que tú estabas muy dispuesto a ir al reservado! Te desnudaste, me besaste y te dejaste atar a la cama.

Nick carraspea.

—Gracias, chicos… De verdad —murmura—. Este está siendo mi momento favorito de la noche.

Gold me mira rabioso.

—Recuerdo haberte pedido que pararas y no lo hiciste —continúa.

—¡No cuenta! ¡Lo dijiste cuando te diste cuenta de que era virgen!

—¡Es que no sé en qué estabas pensando…! Las cosas no se hacen así. Si me hubieras dejado tocarte, no hubiera sido tan… horrible.

Se hace un silencio bochornoso.

—Fue un acto de rebeldía —sentencio firme—. Lo único que se puede hacer cuando tu padre te vende como si fueras una botella de vino…

Hay un silencio extraño. Como si Gold estuviera empatizando conmigo.

Nick, por supuesto, decide pisotearlo.

—Estáis a tiempo de remendarlo, chicos… Aquí saltan chispas.

Gold se gira hacia él, ofendido.

—No bromees con esto. No tiene gracia…

—Solo intento quitarte la fama de follar mal.

—¡Yo no follo mal! Si quieres, ven al baño y te lo demuestro…

Nick sonríe ante la amenaza.

—¿Y por qué pones esa cara de monaguillo con trauma cuando digo que repitáis?

—¡Porque con ella el pack viene con palizas y ejecuciones!

—Eso te convierte oficialmente en un héroe de guerra —dice Nick levantando el vaso hacia él.

Y no sé por qué… pero el comentario me da risa. Nos la da a todos. Incluso Gold resopla como si mi prometido no tuviera remedio.

—Si lo hiciéramos de nuevo… —continúo la broma, divertida.

—Eso no va a pasar —zanja Gold severo.

—¡Ni siquiera sabes lo que iba a decir! —me río.

—Da igual. Si tú estás incluida, siempre será un no.

Mi sonrisa se esfuma, pero Nick nos mira con picardía.

—Vuestro rollito mola, chicos —dice granuja—. En serio. Sería una pena desperdiciarlo… Así que mejor os dejo solos.

—No eres más tonto porque no eres más grande —grazna Gold cuando Nick se aleja con una sonrisa.

Nos miramos un segundo y veo cómo el deseo cruza su cerebro.

Su reacción es largarse como si necesitara respirar lejos de mí. Como si yo fuera una mala idea que se le ha pegado en la piel y no sabe cómo arrancársela.

Lo sigo por inercia. Soy así de pendenciera. Y quiero recordarle que no tiene ningún control sobre mí. Que nunca lo ha tenido…

Se acomoda en un lateral, junto a una puerta cerrada, bajo una luz cálida. Es uno de esos hombres que no sabe lo que provoca, pero yo lo tuve claro desde que lo vi en el Lux Noor. Por eso lo escogí.

Me ve y, durante unos segundos, solo nos miramos.

Su pómulo amoratado y mi sonrisa diabólica representan el desastre silencioso que somos.

—¿Por qué me sigues? —gruñe—. ¿Buscas que me rematen?

—No seas dramático, Gold. Si quisiera eso, ya estarías muerto.

Él suelta una risa breve.

—Conociéndote… probablemente lo harías sonriendo.

—Y conociéndote a ti, probablemente me lo agradecerías después.

Sus ojos se oscurecen un instante. Y ahí está. Esa chispa que capté en cuanto cruzamos las primeras frases en el Lux Noor. Algo que no debería seguir ahí, dadas las circunstancias.

—Te pido educadamente que no vuelvas a hablarme —dice desviando la mirada de mi precioso vestido.

Me cruzo de brazos, rebelde.

—¿Por qué? ¿Porque casi te mueres por mi culpa?

—Porque tú no entiendes lo que haces —escupe—. Crees que estás jugando, pero lo destruyes todo a tu paso.

Esa acusación me pone seria.

—Tú te metiste en mi cama sin saber ni quién era —se la devuelvo —. Así que no me vengas ahora con moralidades.

Lo veo hacer esfuerzos por mantener la compostura y no acercarse a mí con agresividad, pero fracasa, e invade demasiado mi espacio personal para ser alguien que dice que me odia.

—Yo no fui a buscarte… —susurra—. Tú me elegiste con la mirada y no tuve más remedio que acudir a tu llamada. Vas de víctima, pero tienes más poder del que crees…

Sus palabras me golpean más de lo que esperaba. ¿Qué me pasa?

El corazón me late más rápido, mis sentidos están en alerta, me duelen los pechos y tengo un hormigueo en la entrepierna…

Porque tiene razón. Yo lo elegí. Lo usé. Y luego me fui sin mirar atrás. Le debo algo. Ni perdones ni gracias, pero sí la verdad.

Lo miro con una nueva intensidad.

—Te elegí porque eras el único hombre en esa sala que no me miraba como si quisiera destruirme.

Gold se queda quieto. Su expresión cambia como si esa respuesta le hubiera roto una pieza interna que pensaba que estaba soldada.

—Pues felicidades… —murmura—. Conseguiste tu libertad. Yo conseguí cuatro puntos en la ceja y enemigos nuevos.

Debería irme y alejarme de él. Pero en lugar de eso, me acerco un poco más. Lo justo para que deje de respirar con normalidad.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —susurro.

No responde, pero sus ojos bajan hacia mi boca sin poder evitarlo.

—¿Qué? —pregunta fingiendo que no le resulto apetecible.

Inclino la cabeza, coqueta.

—Que no todo fue horrible… Cuando me besaste, me gustó. Besas bien, David Gold.

El silencio que cae después no es ni medio normal.

Gold traga saliva, y luego suelta una carcajada ronca, como si acabara de venirle a la mente la peor idea del universo.

—Te juro que eres el tipo de mujer que incendia ciudades y luego pregunta por qué huele a humo… Aléjate de mí, por favor.

—Y tú eres el tipo de hombre que se mete donde no debe y luego finge que no le ha gustado…

Me mira con rabia.

—Ni siquiera me corrí —zanja adusto—. Déjame solo, Rossetti.

—No me llames por mi apellido.

—¿Y cómo quieres que te llame? ¿«Polvo fallido»?

Mi boca se curva un poco. Y me pica la mano por darle un bofetón.

—Llámame Vitta —digo de pronto, como si fuera un regalo—. Es solo para los íntimos…

Gold se queda inmóvil.

Y cuando por fin habla, su voz ya no está en pie de guerra.

—Necesito que te vayas…

—¿Por qué?

—Porque no sé cuántas veces más podré decirte que no…

Mi respiración se entrecorta un segundo. Pero no lo demuestro. Solo le sostengo la mirada como si no me hubiese afectado lo que acaba de decir.

—Entonces será mejor que reces para que no nos volvamos a ver…

Gold sonríe lentamente.

—Yo no rezo, preciosa. Mis deseos suelen cumplirse solos. Por suerte, tú no eres uno de ellos.

Se aleja como quien intenta esquivar una bala.

Pero lo bautizo como el mayor mentiroso de la historia, porque deja el lugar lleno de electricidad. Y cuando vuelvo a buscarlo y lo veo bromeando con Nick, rezo para que alguien se lo cargue pronto… porque me aterra pensar que ya no quiero que muera.

Estoy a punto de ir a buscar otra copa cuando los veo.

Emily Harper y Marcus White. Algo en su expresión me derrite apenas un milímetro. Lo justo para que me dé rabia. Porque hay una diferencia enorme entre un tío que te desea y un hombre que te elige.

Y se nota que Marcus White la ha elegido.

Emily se inclina hacia él y le dice algo al oído.

No escucho qué, pero veo cómo Marcus traga saliva. Ese susurro le ha atravesado la piel.

Luego, sin que nadie lo note, se escabullen, discretos.

Los sigo con la mirada y decido seguirlos. No es que sea *voyeur*, soy práctica. Necesito aprender el arte de la seducción. Esa forma de mirarse. Esa química silenciosa. Esa tensión…

Porque yo no nací con la suerte de Emily Harper.

Yo nací con un padre que considera el amor una debilidad.

Así que si tengo que aprender a seducir para sobrevivir en este infierno…

Me deslizo entre la gente con una sonrisa ensayada, saludando a mujeres que me odian y hombres que me desnudan con los ojos. Y cuando llego al pasillo lateral, los localizo. Se han colado en una zona privada.

La puerta está entornada. Y lo que veo me deja sin palabras.

¿Cómo se consigue eso…?

¿Cómo haces que un hombre como Marcus White pierda el control?

Porque si Emily puede… yo también.

Necesito poder mirar a un hombre a los ojos y conseguir que me haga caso. Que me elija. Que me respete. Que se lo piense dos veces antes de tratarme como un cromo intercambiable.

Y voy a aprender a hacerlo.

Porque en este mundo no sobreviven las que esperan ser elegidas… sino las que aprenden a provocar la elección.

CAPÍTULO 35



NICK

Al día siguiente

Hay cosas que no deberían pasar nunca…

Como estar sentado, con una carta de tu padre muerto entre las manos como si fuera una bomba.

Porque sé que lo va a ser. Una bomba con su maldita firma y esa caligrafía de hombre que siempre tuvo razón incluso cuando era

injusto.

Quería leerla a solas, no con Marcus, como me propuso.

Porque desde que papá murió, Marcus no descansa. Solo cambia de máscara. La del Lux Noor y la de Presidente de White Industries, exhibiendo su mantra de que todo va bien.

Pero es mentira. Nada va bien en su vida. Por mi culpa.

Me aclaro la garganta sin motivo y siento que me sudan las manos.

Una rabia estúpida me sube por la espalda porque mi padre no está, pero sigue teniendo poder sobre mí.

Bajo la vista y observo el sobre.

Pone Nicklaus White. No «Nick», ni «hijo». Nicklaus. Como si ya estuviera decepcionado antes de empezar a escribirla…

Trago saliva y rompo el sello para empezar a leer:

«Querido Nicklaus,

Si estás leyendo esto, es que yo ya no estoy aquí para decírtelo a la cara y me respondas que te da pereza ser adulto.

Así que te lo dejo por escrito, para que no puedas hacer lo de siempre: ignorar los problemas hasta que te exploten en la cara.

Tu hermano ha cargado con esta familia desde que era un crío. Pero tú… tú has vivido de lujo. No lo niegues. Pero eso se acabó.

Madurar no es pedir perdón cuando ya es tarde. Madurar es sostener el peso antes de que a alguien se le caiga encima por tu culpa.

Marcus no necesita más problemas de los que ya tiene. Te necesita a ti. Pero de verdad. No como un bebé que hay que vigilar para que no se mate solo…

Por una vez, sé un apoyo para él. Es lo único que te pido. Porque sé que no vas a dar más de ti.

Y una cosa te voy a decir… porque sé que eres tan picha brava como yo y al final lo lamentarás: No te fíes de las mujeres. De ninguna.

No porque sean malas, sino porque tú eres demasiado blando, Nick. Y los hombres blandos se enamoran como si la vida les fuera en ello. Y no te va. Créeme. Puedes vivir sin «esa chica».

Te lo digo con cariño, hijo: el amor vuelve estúpido al hombre más inteligente, y tú nunca has jugado con ventaja en eso.

Haz lo correcto por una vez. Aunque no te guste. Aunque te duela.

Nunca has entendido que tu apellido no es un escudo, sino una responsabilidad. Haz que me sienta orgulloso de habértelo dado.

Cuídate mucho, tu padre que te quiere…

Clifford White».

Termino de leer y, durante unos segundos, no siento nada. Ni tristeza ni nostalgia, solo humillación…

El pecho me arde y me duele la mandíbula de apretar los dientes.

Porque incluso muerto… mi padre ha encontrado la forma de llamarme inútil. Y lo peor es que una parte de mí piensa que tiene razón.

Sé que me quería a su manera. Pero me siento un puto fraude…

Siento que esto es la forma de asegurarse de que, aunque él ya no esté, nosotros sigamos obedeciéndole.

Me dan ganas de romper la carta… Eso sería muy yo, pero algo dentro de mí, algo más frío y peligroso, no me deja hacerlo. Porque no puedo ignorar el hecho de que mi padre ha perdido la vida por mi culpa. Fue mi puto asistente quien lo envenenó. Mi puta ceguera… Mi ingenuidad. Mi… inmadurez.

Me pongo de pie como si el universo entero me diera igual.

Camino hasta el baño de la *suite* del Dagny como si fuera a vomitar. Y casi lo hago. Una vez frente al espejo, me sujeto al lavabo y me miro. Pero no veo a Nick. Veo a un tío con los ojos demasiado oscuros, la mandíbula demasiado tensa y una rabia que no sabe adónde ir.

Ava aparece en mi cabeza como un reflejo. Con su risa inteligente, diciéndome que soy un imbécil, pero mirándome como si fuera «su imbécil». Ava en mi cama, respirando contra mi cuello, como si no le diera miedo quererme… y una extraña calidez me envuelve.

Pero no puedo perdonarla…

No puedo olvidar lo que me dijo. No puedo quitarme de encima la sensación de que todo lo que toco se pudre…

Y entonces aparece lo más feo de todo: «Megan es mi hermana».

«¿Y qué?», replica una voz dentro de mí.

¡¿Y QUÉ…?!

¿El mundo está tan jodido que, de repente, la moral es una broma pesada? ¿Una excusa para no disfrutar de la vida?

Yo solo quiero estar con Ava… Pero esa información es una pared entre lo que quiero y yo. Y no puedo dejar de pelearme conmigo mismo por quererla.

Ni de pensar en que mi padre estará riéndose desde el infierno al ver que me arrebató al amor de mi vida mucho antes de que la conociera.

Salgo del hotel con el corazón destrozado.

Si mi padre pensó que gracias a esa carta iba a volverme el hijo correcto, estaba muy equivocado. Voy a hacer lo contrario. Honor a mi fama. Y a demostrarle que soy capaz de mucho más de lo que cree…

Me subo al coche y me dirijo a donde van los hombres que no saben gestionar el dolor: una tienda de armas.

Después solo tengo que ir a una zona donde los albaneses se mueven como si fuera su patio de recreo. Y cuando entro en el bar donde sé que van a estar, el peligro me empuja en el pecho, pero no pienso detenerme.

Uno de ellos me reconoce y me dedica una sonrisa lenta, como quien ve entrar a un animal herido.

—Mirad quién es… —dice en su idioma, pero el tono hace que lo entienda igual—. El niño rico del Lux Noor. El futuro número uno de la mafia italiana…

Camino hacia la barra, ignorándole, y pido algo fuerte de beber. Lo dejo caer por mi garganta como si fuera agua.

Se acercan a mí un par de ellos. Luego tres. Y me rodean con calma. Pero no atacan. Mola sentir que les doy algo de miedo. El mismo que se le tiene a un loco.

Uno de ellos, el más joven e incauto, se inclina sobre mí.

—¿Cuándo serás el nuevo jefe y dejarás de ser la mascota del Regente?

Los demás se ríen a coro y yo también sonrío.

Pero ya no soy Nick White sonriendo para caer bien. Soy algo más oscuro. Casi negro. Soy Nick Black.

—No soy la mascota de nadie… —respondo con suavidad.

El chico se mofa.

—Claro que lo eres. Te mandan y tú obedeces. Te dicen «cásate», y te casas.

En ese momento, noto el clic.

Ese punto exacto en el que algo dentro de mí se apaga y todo deja de importar.

Me inclino hacia él pasivo agresivo:

—Te voy a dar un consejo, chaval. No hables de lo que no entiendes…

—¿O qué? —se burla— ¿Me vas a pegar con una tarjeta de crédito?

Todos se carcajean.

—Deberíamos darle una paliza por mentirnos respecto al asesino de Luan. ¡Nos diste un culpable equivocado!

Mi estómago se tensa por inercia. Porque sí, lo hice. Y me dio igual. En ese momento era más fácil tirar a Gold por un barranco que asumir lo que acabo de leer en la carta de mi padre.

—¿Una paliza? Este tío se merece morir. ¡Intentó usar a nuestro primo muerto para una venganza personal!

Esa frase es gasolina y yo tengo una cerilla.

—¿No lo sabíais? Soy el rey de las venganzas —informo tranquilamente—. Y ahora tengo una en marcha que puede interesaros.

—Nada de ti nos interesa, pijo.

—Sería de tontos no escucharla primero —Me giro hacia ellos.

Se quedan quietos, intrigados, sin entender por qué no tengo miedo.

—Voy a estar en el jodido trono de la mafia italiana y voy a tener acceso a información que vosotros no. Podría seros muy útil dentro…

—Sigue —dice el cabecilla.

—Puedo cargarme a quien vosotros queráis sin que os salpique. Sin que se note. Un accidente limpio…

Un murmullo recorre el grupo.

—A cambio quiero cierta información —digo antes de que decidan.

El líder ladea la cabeza.

—¿Sobre quién?

—Sobre Paolo Costa. Necesito encontrarle. Esta noche.

El nombre los paraliza como si supieran perfectamente quién es.

El líder me mide.

—¿Por qué quieres a Paolo Costa?

Sonrío como si no estuviera ardiendo por dentro.

—Mató a mi padre cuando se enteró de que iba a entrar en la familia Rossetti… Supongo que para hacerlo con una buena herencia.

La explicación les cuadra, y a mí también. Nadie lo ha confirmado, pero es lo que pienso. ¿Qué otro motivo podría haber?

—Vaya, el niño rico tiene genio… Aunque quizá deberías darle las gracias, ¿no crees? Ese White tenía pinta de ser un cabronazo.

—Lo era. Pero le quería, aunque él a mí no. Necesito encontrar a Paolo porque me hizo confiar en él, y me arrebató la posibilidad de demostrarle a mi padre que se equivocaba conmigo.

El líder me observa unos segundos más, y al final, asiente.

—Paolo Costa estará esta noche en un bar de Dorchester Heights. Pero estará bien rodeado… Sé discreto si no quieres acabar muerto. No nos servirás de nada si no ocupas el trono.

Me da una dirección y el nombre de un local.

Antes de irme, me agarra del brazo.

—Si nos fallas… —susurra— no habrá Lux Noor, ni Regente, ni hermanos ricos que te salven. Te arrancaremos la lengua y se la daremos de comer a nuestros perros.

Lo miro tranquilo.

—Entonces será mejor que no falle.

Salgo del local con el pulso estable, la mente clara, y la peligrosa sensación de que acabo de descubrir que cuando dejo de querer ser bueno, soy mucho más eficiente.

Me dirijo al sur de la ciudad sintiendo el frío acero del arma que llevo bajo la americana pegada a mis costillas.

El bar de Dorchester está lleno de hombres y música mediocre; perfecto para camuflarse.

Encuentro a Paolo sentado en un taburete como si el mundo fuera suyo, con un vaso en la mano y el móvil pegado a la oreja.

Está riéndose y eso me da ganas de partirle la cara solo por la falta de respeto.

Me acerco por detrás. Sin prisa. Como si fuera a pedirle fuego.

Él se gira, y cuando me ve, frunce el ceño.

—¿Nick…?

Antes de que pueda reaccionar, le clavo el arma en el costado, con un silenciador último modelo.

Paolo abre los ojos sorprendido y yo me acerco a su oído.

—Esto es por mi padre, hijo de puta. Con los White no se juega.

Aprieto el gatillo con frialdad y me considero indulgente por no darle tiempo a pensar en lo que le queda de vida. En cambio, yo sí pienso en que no volverá a recibir más encargos en los que clavará el papel de asistente amigable.

Su cuerpo inerte se derrumba y lo ajusto para que quede apoyado en la barra como si estuviera dormido.

Me quedo quieto, mirando lo que he hecho como si no lo hubiera hecho yo.

De repente, alguien me agarra por detrás, dándome un susto de muerte e inmovilizándome. Me arrebata el arma, sin apenas darme cuenta, y me giro pensando que es mi fin.

Pero cuando veo que quien me sujeta es uno de los hombres de Marcus, el mundo vuelve a girar.

Mi hermano está detrás, pálido, con Gold a su lado, a punto de estallar.

Cuando me mira, no hay solo enfado en su cara. Es pánico.

—Vámonos de aquí… —lo oigo mascullar.

Se da la vuelta y no vuelvo a respirar hasta que me meten en el coche a la fuerza como si fuera una bomba con piernas.

Durante el trayecto, Marcus no habla. Tiene los nudillos blancos y los dientes apretados. Gold mira por la ventana como si estuviera valorando saltar en marcha. Y yo apoyo la cabeza contra el asiento, porque de pronto, me siento… culpable. No por la escoria a la que acabo de cargarme, sino porque Marcus no se merece esto.

—Lo siento… —digo sin más.

—No hables —me corta Marcus.

—Marcus…

—¡Basta, Nick!

Su voz, a menudo calmada, ahora está descontrolada. Y ahí es cuando me rompo. Porque Marcus no grita. Marcus no se permite quebrarse. Marcus lo aguanta todo. Y yo le estoy echando más peso encima del que puede soportar.

Me mira como si me odiara.

—¡HAS MATADO A UN HOMBRE EN UN BAR! —exclama como si no pudiera retener más su furia.

Gold traga saliva ante lo que se avecina.

—Solo he solucionado una cuenta pendiente…

Marcus mira al cielo pidiendo paciencia.

—De todo lo que esperaba de ti, esto es lo peor que podías hacer… —dice entre dientes, como si estuviera intentando no gritar—. ¡Me vas a buscar la ruina, Nick…!

—Tranquilo, hermano. Nadie nos relacionará. Esto es cosa mía.

—¡NO! —Me coge de la camisa, temblando de rabia—. ¡Tú crees que estás solo, que esto solo te afecta a ti, pero eres un White, Nick! ¡Y todo lo que haces, nos cae encima…!

Me suelta de golpe y se pasa una mano por la cara, devastado.

Luego dice, como si estuviera imponiéndose una orden a sí mismo:

—Vas a casarte. Vas a dejar de jugar a ser un mafioso. Y vas a hacer todo lo que Vittoria te diga. Nada más.

Parpadeo despacio.

—Van a tener razón los albaneses… Soy un perro.

—¡Lo que eres es un peligro! —escupe—. Y yo no voy a estar recogiendo tus cadáveres personales mientras intento que no nos maten a todos…

Me quedo quieto y siento que la rabia vuelve. Pero debajo, hay otra cosa. Algo peor: vergüenza.

Porque lo he visto. He visto el miedo en los ojos de Marcus. Un miedo a perderme que no me merezco…

—No quiero ser una carga para ti —balbuceo.

Marcus cierra los ojos un segundo.

—Pues deja de actuar como una.

—¡Lo he intentado! —intento explicarme—. Intenté ser bueno. Ser correcto. Ser… el hijo que papá quería. Y aun así me ha escrito una

carta confirmándome que fui una completa decepción para él.

Marcus aprieta la mandíbula.

—Papá era un cabrón sin corazón.

—Sí —susurro—. Pero tenía razón en una cosa…

Marcus espera a que hable.

—Soy una jodida carga para ti. Y no quiero serlo más.

Su cara se contrae con rabia. Pero también con dolor.

—No lo eres, Nick…

—Lo soy, Marcus. —La voz se me quiebra un milímetro—. Siempre lo he sido, admítelo. Mi locura te trae muchos problemas…

Mi hermano me agarra de la camisa para obligarme a escucharlo.

—Eres mi hermano… Y eso no cambia porque hagas locuras.

Mis ojos arden, pero no lloro. Porque si lloro, algo dentro de mí va a desmoronarse del todo. Y si eso pasa, será una sentencia para todos.

—Papá me pide en su carta que te deje vivir tranquilo. Y solo hay una forma de que eso pase… que yo… desaparezca definitivamente…

Gold levanta la cabeza alertado. Es un tío listo aunque parezca más tonto que Bob Esponja.

Marcus suspira exageradamente.

—Eso ni lo pienses, Nick…

—Es lo mejor para ti. Para todos. Muerto soy más útil.

—¡Ni se te ocurra, joder! —clama enfadado, y eso me cabrea y me enternece a la vez—. ¡Solo estás deprimido! Pero vas a volver a ser feliz —dice cogiéndome la cara—. Te lo juro por mi vida.

Sonrío con tristeza. Ya no sé hacerlo de otra forma.

—Es imposible, Marcus.

Mi hermano me mira atormentado. Su voz es casi suplicante.

—Lo serás. Todavía puedes serlo con Ava. ¡Con lo que sea! Pero no me dejes. ¿Me has oído?

Mi pecho se contrae de dolor.

—¿Crees que podría ser feliz aunque Megan sea mi hermana…? —pregunto de pronto—. ¿Aunque papá me odie desde la tumba?

—Sí, joder —dice rotundo con los ojos brillantes—. Si alguien puede salir indemne de todo esto eres tú, Nick.

—Puede… Pero no sé si me lo merezco.

Gold carraspea, incómodo.

—Vale, esto se está poniendo muy dramático y yo no firmé para ser terapeuta de millonarios suicidas, así que… ¿a quién le apetece emborracharse esta noche hasta límites insospechados?

Marcus no aparta la mirada de mí cuando dice:

—Buena idea. Bebe hasta perder el conocimiento, hermano. Mañana pensarás diferente, estoy seguro. Solo necesitas descansar un poco.

Suspiro, agotado, y asiento, porque una parte de mí sabe que tiene razón: llevo días sin dormir… y no dormir es lo peor que puede pasarle a alguien.

Marcus me mira devastado.

—Júrame que no vas a pensar más en esa salida, Nick. Hazlo por mí…

Y ahí es cuando me duele de verdad. Porque Marcus nunca pide nada a nadie. Y, por primera vez en mi vida, me obligo a obedecer.

No a la mafia. No al apellido. A mi hermano…

Me quedo en silencio, con la carta de mi padre en el bolsillo como un cuchillo ensangrentado y una verdad que no me deja respirar:

«Fallar a Marcus será la decisión más difícil de mi vida».

CAPÍTULO 36



EMILY

Unos días después

La boda tiene una puesta en escena preciosa. Velas, flores blancas, música suave… Y, aun así, el aire sabe a pólvora.

Si alguien me hubiera dicho hace seis meses que estaría en una boda mafiosa encubierta, habría empezado a ir a terapia…

Lo peor es que hoy no soy «Emily Harper, la prometida del hombre más complicado de Boston». Hoy soy solo Emily, una invitada aparentemente soltera que sonríe con discreción, se sienta donde le han dicho, e intenta no mirar demasiado hacia donde está Marcus White.

Porque si lo miro mucho, voy a delatar que lo amo.

Y hoy Marcus no es el Regente. Hoy no lleva máscara ni goza de esa oscuridad ceremonial que le cambia hasta la forma de andar. Hoy acude ante la mafia como hermano del novio. Otro White más.

Lleva la camisa perfectamente planchada, traje impecable, mirada borde y esa expresión de «lo controlo todo» que me da ganas de empujarlo contra una pared solo para demostrarle que no controla nada cuando se trata de mí.

Pero me abstengo. Porque hoy no somos nosotros. Hoy somos una mentira.

Me siento en mi sitio y observo.

El lugar está lleno de italianos con trajes caros y ojos que lo juzgan todo.

En el altar, la familia Rossetti —o lo que queda de ella— intenta aparentar normalidad con una dignidad tan exagerada que parece maquillaje.

Veo a la madre de Vittoria junto a su tía. Y a otras mujeres que parecen saberlo todo, y aun así, sonríen.

Pienso en Ava y me siento culpable. He participado activamente en una estrategia que le ha roto el corazón. Llevo días consolando lo inconsolable cuando le informo de la actitud kamikaze de Nick…

Inicialmente, parecía un buen plan. El único posible. Hasta que ayer la vi llorar como nunca imaginé que la vería… Y pensé que, quizá…, habíamos jugado con algo demasiado fuerte como para meterlo dentro de un pacto mafioso.

Nick no parece estar mejor. Está de pie, cerca del altar, guapo a rabiar, pero no tiene cara de novio. Tiene cara de un hombre que ha firmado su propia sentencia y ha decidido que, ya que va a morir, al menos lo hará con un estilazo que nadie puede igualar.

Veo cómo aprieta los dedos y se obliga a respirar despacio.

Parece calmado, pero yo lo conozco, y ese tipo de calma es la que precede a una catástrofe.

Mientras lo observo, me viene un pensamiento estúpido. Muy romántico y tóxico a la vez:

«Ahora mismo yo no podría casarme con alguien que no fuera Marcus… Ni por amenazas de muerte. Prefiero morir antes de que me obliguen a vivir sin él…».

Sonrío por un momento. Porque me doy cuenta de que lo que siento por él es especial. Y jamás pensé que podría enamorarme así de alguien. Tan profundamente que no sabría renunciar a él…

La música cambia, y cuando Vittoria aparece, vestida de blanco, al final del camino hacia el altar, la gente se pone en pie.

Parece fría y perfecta como una reina en su coronación. Y no parece nerviosa como otras novias, ni enamorada. Parece… preparada para cualquier cosa.

Camina despacio hacia el altar, con esa calma que solo tienen las mujeres que ya han entendido que no sirve de nada berrear.

Nick la mira y no veo deseo en sus ojos. Pero sí confianza. Y cariño.

Cuando se juntan, uno de los patriarcas de Providence se la ofrece a Nick…, y este, da un paso atrás.

Los segundos caen a peso al registrar su negativa.

—Lo siento —dice alto y claro—. Pero no puedo casarme.

Tras un par de exclamaciones ahogadas, el silencio se hace absoluto. Como si todos los corazones hubieran dejado de latir a la vez.

La madre de Vittoria se pone blanca. Uno de Providence baja la cabeza como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar. Yo me quedo congelada.

Mis ojos se buscan con los de Marcus, instintivamente, y lo único que alcanzo a ver en ellos es un pánico atroz.

La clase de pánico que no se puede maquillar.

Nick vuelve a hablar como si estuviera en una película romántica en la que el protagonista huye del altar por amor.

Pero esto no es una película. Esto es una ejecución en directo.

—Lo siento mucho —dice, mirando a Vittoria—. De verdad.

Vittoria no se mueve. De hecho, lo mira como si se lo esperara. Como si esta fuera exactamente la pesadilla que había imaginado.

De pronto, Nick echa a correr. Lo que hace que la ceremonia estalle en murmullos y la gente se revuelva sin saber qué hacer.

Alguien grita en italiano y yo solo puedo pensar «¡¿Qué estás haciendo, Nick?!».

Lo vemos llegar a la puerta, empujarla, y subirse a un coche que ya estaba esperándolo. Un coche que arranca incluso antes de que cierre la puerta.

Lo sorprendente es que en el asiento del copiloto me ha parecido ver a Ava, con la cara desencajada, como si no supiera si está viviendo su gran historia de amor o su propio final.

Durante un segundo, mi cerebro intenta convencerse de que es algo bonito, valiente, romántico… propio de un hombre enamorado. Pero la fantasía dura lo que tardo en mirar a Marcus.

La expresión de su cara me da mala espina. El pánico ha desaparecido. No intenta detenerlo ni hacer nada impulsivo. Es pura resignación. Un hombre decidido a entregarse a su destino porque se ha cansado de luchar.

Las miradas de los de Providence no tardan en acorralarlo.

—Vaya… no esperaba que esto se convirtiera en una boda roja —dice el líder amenazante.

Marcus traga saliva al entender el eufemismo de la masacre.

La familia de Vittoria está paralizada. Y el resto, en *shock* ante lo que se avecina. Algunos ya tienen la mano en su arma, pendientes de lo siguiente que diga Marcus.

Mi prometido respira hondo y adquiere una postura que conozco muy bien. Es una en la que deja de ser un hombre y se convierte en un muro de hormigón.

—Calmaos… —murmura—. Mi hermano siempre ha sido un romántico empedernido. Pero si él os servía, seguro que también os sirvo yo… ¿Me aceptas como tu esposo, Vittoria?

Algo dentro de mí se descoloca. Como si una pieza de mi corazón se diera cuenta de que estaba encajada donde no debía.

Marcus da un paso hacia el altar como si hubiera tomado una decisión irrevocable. Sin mí.

Es un claro movimiento de ajedrez de alguien que, al ponerlo todo en una balanza, ha elegido… el trono, en vez del amor.

La decepción me deja paralizada mientras pienso que yo habría huido. Yo habría cogido su mano y habría salido corriendo, aunque nos persiguieran a tiros.

Pero Marcus no es así. Marcus no siente como Nick o como yo. Y esa diferencia me da ganas de gritar…

Vittoria lo mira sorprendida. La sala entera se mantiene expectante.

Providence observa a Marcus como si estuviera evaluando si les sirve. Y yo guardo silencio como si no tuviera nada que decir sobre ello. Porque al parecer, así es.

No obstante, una bola de fuego empieza a calentarse dentro de mí. Es un enfado de los que no hacen ruido pero son mortíferos. Porque la sensación de que «No voy a luchar por un hombre que no lucha por mí» ya surca mis venas.

Noto los ojos calientes y pesados por la acumulación de lágrimas y bajo la vista al suelo para que nadie me vea. Tampoco es que Marcus me esté mirando para nada, lo cual hace que la pena se desborde por mis mejillas sin poder evitarlo.

Me froto las lágrimas rápido y me muerdo los labios para no llorar. Y al levantar la vista, veo que David Gold me está mirando como si pudiera leer en mi alma.

Y como si me lo estuviera diciendo a mí, dice en voz alta:

—Yo me casaré con ella.

Mis ojos se salen de sus órbitas y todo el mundo se gira para observar su cara de guapo involuntario al que siempre le pasan cosas que no ha pedido.

Gold camina hacia el altar con una seguridad envidiable, y su voz, cuando habla, suena firme:

—Soy David Gold, CEO de Gold Group —se presenta a los de Providence—. Tengo más dinero que los White y, técnicamente, yo desvirgué a Vittoria, así que debería ser mía…

La información explota entre los presentes como una bomba H.

La novia se sujeta la cabeza, abochornada, mientras su familia la mira pidiéndole explicaciones.

Los de Providence cuchichean entre ellos y algunos comprueban las credenciales de Gold en el móvil.

—Es cierto, jefe. Es muy rico. Y está limpio.

El patriarca lo mira de arriba abajo, evaluándolo.

—¿Qué ganas tú con esto? Si ya la has tenido, ¿por qué la quieres?

Gold mira a Vittoria. Y luego a Marcus.

Su reacción es sonreír con una mezcla de resignación y valentía adorable.

—Primero, porque quiero salvar a un memo de acarrear con las responsabilidades de su hermano pequeño —dice señalando a Marcus—. Segundo, porque Nick White fue elegido por el Regente porque le debía un favor, y al parecer, ahora le deberá dos… Pero yo también estoy en deuda con el Lux Noor, y con este gesto, la cubriré de sobra. Además, mancillé a la chica, y es mi responsabilidad cargar con ella…

Se hace un silencio extraño, como si el destino acabara de entrar por la puerta disfrazado de idiota con dinero.

Vittoria lo atraviesa con la mirada sin decir nada. Pero en sus ojos la promesa de una venganza fría se puede hasta masticar.

—Aceptamos el cambio —manifiesta el patriarca tras varias deliberaciones entre ellos—. Proceda con la boda, señor —le pide al concejal.

Marcus respira aliviado. Un alivio tan brutal que casi da pena. Porque es cierto que ha estado sosteniendo demasiado peso. Demasiada sangre. Demasiada guerra… Y ahora, alguien le está quitando ese peso de encima.

Y yo debería sentir lo mismo. Pero algo ha cambiado.

No dejo de pensar en que iba a casarse… Es decir, estaba dispuesto a hacerlo aquí y ahora, y yo no importaba lo suficiente como para detenerlo.

La boda prosigue y el ambiente se calma. Pero Marcus se acerca sigilosamente hacia donde estoy yo y me toma del brazo con cuidado, como si creyera que su alivio también es mío.

Aparto la mano y él me mira confuso.

—¿Estás bien? —susurra extrañado.

Lo miro sin ser capaz de fingir. No tengo fuerzas. Ni ganas.

—Luego hablamos… —digo concisa apartando la vista.

Cuando todo termina, Marcus hace lo necesario por llevarme a un lugar donde podamos hablar tranquilos. Ni siquiera he dicho una palabra y ya me siento fuera de mi cuerpo, porque la decisión está tomada.

—¿Qué pasa? —pregunta preocupado.

—Esto me ha hecho pensar…

—¿El qué?

—¡Pues lo que ha pasado! —elevo la voz revelando mi enfado.

Marcus me mira desconcertado, pero en el fondo sé que sabe muy bien por qué estoy así. Lo conozco y es muy listo. Más de lo que muchas veces quiere hacerme creer.

Lo veo fruncir el ceño.

—¿A qué viene esto? He hecho lo que debía. No significa nada…

Lo miro negando con la cabeza.

—Puede ser… Pero yo no quiero esta vida, Marcus —digo con más calma de la esperada.

Su mirada se quiebra. Y no es por miedo a perderme. Sino un temor antiguo a que esté diciendo en voz alta lo que él más temía.

—Te dije que no quería estar con un hombre que toma decisiones vitales sin contar conmigo.

—Pero… era algo de vida o muerte.

—¡Ibas a casarte con ella sin dudar…!

—¡Para que no nos matasen a todos!

—Nick prefirió correr el riesgo por amor —sentencio—. Y yo también lo habría hecho. Porque… ¿para qué quiero una vida sin ti?

Sus ojos se agrandan.

—¡Emily, joder…!

—Sé que tú eres más racional que emocional. Y sé que ahora mismo odias a Nick y te parece un imprudente. Pero a mí me parece valiente. Y romántico. Y más coherente que tú…

—¡ÉL PUEDE PERMITIRSE SERLO PORQUE TIENE A ALGUIEN DETRÁS QUE LIMPIA LA DESTRUCCIÓN QUE DEJA! —grita furioso—. ¡Yo nunca he tenido ese lujo! ¡NUNCA!

Mis ojos se llenan de lágrimas.

—Ni siquiera me has mirado una vez, Marcus… Tú tomas las decisiones sin contar con nadie. Siempre.

—¡No te he mirado porque no quería meterte en medio!

—Supongo que ese siempre ha sido el problema… que no me quieres en medio de tu vida. Y para estar a un lado, prefiero no estar.

Porque yo sufro. ¡Tu forma de amarme, desde la distancia y a salvo, no me basta, Marcus!

—Emily… —dice acercándose a mí. Intentando jugar la baza de su cercanía, de su contacto, que me aliena y no me deja pensar con claridad.

Me alejo porque tan solo su olor me resta capacidad de reacción.

—Paso de mafias amenazantes —continúo—. Paso del Lux Noor. De pactos. De secretos. Y paso de que te entierres en vida para que puedas seguir siendo el Regente… Tu decisión de hoy ha dejado muy claro cuáles son tus prioridades. Y no soy yo.

Las cejas de Marcus adquieren una forma de enfado.

—Perdóname —dice irónico—. Pero no puedo luchar contra mi instinto de protección por mucho que te quiera…

—Y yo no puedo luchar contra lo que necesito para ser feliz… por mucho que te quiera.

—No hagas esto, Emily… —se aprieta el puente de la nariz—. Entendería el problema si me hubiera casado, ¡pero no lo he hecho!

—¡Porque Gold te ha cubierto! Pero lo importante es que ibas a hacerlo… Y sin querer, has elegido, Marcus.

No replica porque sabe que tengo razón. Y continúo, aunque me duela decir cosas que una vez dichas ya no tienen marcha atrás.

—Sabes tan bien como yo que tu vida de Regente es incompatible con una vida normal… Y yo no quiero perder el tiempo con alguien que siempre va a estar en peligro, que cada noche pasa el tiempo en un club tentador, y que está dispuesto a cualquier cosa por proteger ese rol.

—Eso es injusto…

—Y tampoco quiero seguir en White Industries —añado.

Y eso sí lo golpea con fuerza.

Marcus me mira inmóvil, y durante un segundo, veo al hombre que me dio las llaves de su casa dispuesto a avanzar. El que me mira como si yo fuera su refugio. Pero luego vuelve el otro. El que calcula, aguanta y decide por los demás. Y entiendo, con renovada tristeza, que quizá esa parte no se le puede arrancar a un hombre como él.

—¿Quieres cargarte tu carrera también? —dice alucinado—. ¿No te basta con romperme a mí? —remata dolido.

—Tú no te rompes, Marcus… No te lo permites. El Regente te protege con su piel de piedra. Yo abrí grietas en ese muro, pero está claro que nunca me has dejado entrar. Estarás bien mientras tu imperio continúe…

—No tienes ni idea de lo que hablas… —masculla sin mirarme—. Sin ti, nunca más estaré bien, Emily. Contigo, al menos, tenía algunos momentos de paz…

—Yo no quiero ser la protagonista de los descansos de tu verdadera vida… Porque no te engañes, tú eres el Regente, no el CEO de White Industries. Tu padre tenía razón, harías bien en vender la empresa…

Marcus abre la boca, buscando un argumento que refute esa acusación, o una excusa que revoque la decisión que flota en el aire, pero ni la encuentra ni le dejo decir nada.

—No quiero discutir contigo… —digo quitándome el anillo de compromiso y depositándolo en su mano—. Ni voy a suplicarte que me elijas. Porque ya he visto lo que eliges cuando el mundo se abre bajo tus pies… Presentaré mi dimisión el lunes.

—Emily, por favor… —suplica. Y Marcus White suplicando es lo más brutal que escucharás en tu vida. Además de que utiliza su cuerpo como una trampa mortal. Su amarre obsesivo te transmite que eres todo su mundo, y su cercanía promete hacerte sentir cosas que nunca antes has sentido—. Te quiero, joder, Emily… ¡¿no lo entiendes?! —dice pegado a mi cuerpo—. Iba a casarme por evitar una matanza, ¡pero eso no cambia lo que siento por ti! No puedo permitirme perderte…

El quiebro de su voz hace que me cueste zafarme de él. Pero me lo permite para no empeorar las cosas. Antes de irme, cometo el error de mirarlo una última vez.

—Yo también te quiero, Marcus… —susurro—. Creo que nunca querré a nadie como te he querido a ti. Es solo que… —Las lágrimas invaden mis ojos y mi voz se rompe en un sollozo—, no estamos hechos para estar juntos…

Él niega con la cabeza, aguantando sus ganas de llorar.

—Te estás equivocando…. —responde apenas sin voz.

Cierro los ojos unos segundos.

—Nunca he tenido nada más claro en mi vida… —Lo miro—. Así que no me busques. Te lo ruego. Si me quieres, déjame olvidarme de ti y salir de tu peligroso mundo.

Me voy antes de que pueda detenerme. O de que me arrepienta. Porque esto es lo más duro que he hecho en mi jodida vida. Y creo que también lo más sensato.

Todo mi ser me dice que debo huir de su reino invisible, de su trono de cristal, de esa certeza cruel de que algunos hombres no pierden a la mujer que aman porque no sepan amarla, la pierden porque, cuando llega el momento de luchar… prefieren ganar que entregarse.

CAPÍTULO 37



Desde que he dicho «sí, quiero», he sido un juguete del destino.

He tenido que sonreír como si esto fuera una comedia romántica de Netflix y no una ceremonia mafiosa en la que, si pestañeas de más, alguien decide que eres un infiltrado del enemigo.

Y lo peor es que no he tenido ni un minuto para asimilarlo, respirar y pensar: «Enhorabuena, David, acabas de casarte para salvar muchas vidas. ¿Quieres un pin? ¿Un Óscar? ¿Una hostia, tal vez?».

Porque tengo una presión inhumana en el pecho que solo aparece cuando te das cuenta de que estás haciendo las cosas por los demás, no por ti mismo.

Para gente que ni siquiera es tu familia…

Para gente que hace tres semanas me habría dejado morir sin pestañear…

Y aun así, lo he hecho. Conmigo la selección natural no se cumple…

Pero cuando he visto la cara de Emily al ver que Marcus daba un paso hacia el altar ofreciéndose a ocupar el lugar de su hermano, ha sido como ver un edificio derrumbarse hacia dentro sin hacer ruido.

Yo no sé amar así. Soy más de fingir que no me importa nada y luego llorar en secreto por cosas absurdas como una frase amable.

Pero en ese segundo he entendido lo que tenía que hacer como si fuera la única explicación posible a la pregunta que llevo tres semanas haciéndome. «¿Por qué sigo vivo?».

Debería estar asustado por la decisión que he tomado o vomitando en algún jarrón caro. Sin embargo, lo único que siento es un cansancio que va más allá de mi cuerpo.

Vittoria y yo, seguimos saludando a la gente con una sonrisa de plástico. Ella se muestra altiva y distante, como una reina a la que han obligado a compartir trono con un bufón.

Lo cierto es que está radiante… Lleva el pelo recogido como si su nuca valiera más que mi vida. Y seguramente lo valga.

Cuando por fin nos quedamos a solas, la miro de reojo.

Permanecemos quietos frente a la puerta del salón, donde los invitados aguardan. La observo, apreciando desde la altura un escote brutal que hace que mi cuerpo recuerde cosas que mi orgullo intenta olvidar.

La sangre en la cama, la frialdad con la que se fue, el «por fin» como si yo hubiera sido un mero trámite… Y ese maldito beso inicial que hace que nada de lo anterior tenga sentido…

Fue el único instante de ese encuentro macabro que disfruté de verdad. Y pienso en él porque no me ha dejado evocarlo en el momento de besarla tras el «Sí quiero».

Ha apartado la cara, para que se lo diera en la mejilla. En la puta mejilla…

Si alguna vez pensé en mi boda, fue imaginando ese beso final. Y ni eso he tenido. Para una cosa buena que iba a sacar de este puto sindiós…

Vittoria me mira con una expresión de hielo.

—¿Por qué lo has hecho? —suelta sin rodeos.

—No espero que lo entiendas —respondo arrastrando la voz—. Pero la otra opción era teñir el suelo de rojo con sangre de inocentes. Aunque, claro, a ti eso nunca te ha importado…

Ella alza el mentón como si no le gustara que le recordaran que las acciones tienen consecuencias.

—Prefería casarme con Nick —escupe.

—Y yo preferiría casarme con una Kardashian, pero aquí estamos.

—Al menos era mi amigo…

—¿Tú lo ves por aquí? —digo burlón—. Porque yo tampoco.

Ella aprieta los labios. Y lo digo, porque no puedo callarme.

—No te mataría dar las gracias de vez en cuando… acabo de salvarte el culo.

Vittoria ladea la cabeza con una sonrisa que podría cortar cristal.

—Oh, claro, Gold… Gracias por contarle a todo el mundo que me desvirgaste.

—Agradece que no les haya contado que más bien me violaste…

La acusación queda flotando en el aire como un cuchillo afilado.

—No me puedo creer que tenga que soportarte un año… —añade con repulsión.

—Ya somos dos. Pero he tenido peores granos en el culo…

—¡No me hables de tu culo! —exclama enfadada.

Sonrío sin poder evitarlo. Y de pronto, me doy cuenta de que discutir con ella es lo más divertido que he hecho esta semana. Teniendo en cuenta que vengo de recuperarme de una paliza y de enterrar a mi madre.

Estar con ella es como chocar con alguien que no se rompe.

De pronto, los camareros abren la puerta y nos dicen que ya podemos pasar. Suena *Halo* de Beyoncé y entramos obligándonos a sonreír a la gente que nos aplaude.

No puede ser más incómodo…

Mi cara de llevar un pepinillo metido por el culo lo confirma.

Sin embargo ella, curiosamente, parece contenta.

—Eres una magnífica actriz… —murmuro acercándome a su oído.

Vittoria no se inmuta.

—Tú no necesitas fingir porque estás encantado con esto —replica.

—¡¿Encantado?!

—Sí. —Sus ojos me atraviesan—. No habrías conseguido una mujer así ni en tus sueños… A no ser que pagaras por ella, claro.

La frase ataca mi orgullo. Y otra cosa más sucia y más primaria.

Porque es verdad. Vittoria es de esas mujeres que pueden hacer sentirse a un hombre pequeño… incluso cuando la tiene enorme.

—Algo me dice que voy a tener que pagar mucho dinero por aguantarte… —replico displicente.

Ella levanta una ceja.

—Lo que vas a tener es que obedecer mis órdenes…

Sonrío con inquina.

—Eso será si me tienes contento, preciosa…

Los ojos de Vittoria bajan hasta mi boca. Solo un segundo. Lo justo para delatarla.

Llegamos a una zona donde nos reciben con dos copas de champán y un montón de familiares que me miran como si siempre hubiese estado ahí.

No está mal, teniendo en cuenta que la mitad de la sala fantasea con matarme…

Vittoria me arregla el cuello de la chaqueta con un gesto tan humano que parece hasta cariño, pero yo sé que solo es control.

De pronto, veo a Marcus en la esquina del salón. Esperándome con una cara que parece tallada en culpa.

Me escaqueo para acercarme a él, y lo hago con una sonrisa indulgente. Él me mira con una gratitud impagable.

—Estás loco… —dice en lugar de «gracias».

—De nada —Me encojo de hombros—. Me apetecía un cambio de vida. Pasar de CEO a cadáver potencial. Ya sabes, en mi línea…

Marcus exhala algo parecido a una risa. Pero la oscuridad enseguida asola su cara de nuevo.

—¿Sabes algo de Nick? —pregunto con cautela.

—No me hables de él…

—A esta hora ya debe de ser *trending topic* en el mundo de la mafia…

Marcus cierra los ojos como si odiara que eso le haga gracia. Cuando los abre, noto que hay algo más que le tortura.

—¿Qué te pasa? Todo está arreglado…

—Emily me ha dejado —masculla sin anestesia.

No lo dice como una queja, sino como un hecho. Como quien te informa de que le han arrancado un brazo. Y lo ha asimilado.

Mis ojos se agrandan y siento un pinchazo incómodo en el pecho, porque aunque yo sea un capullo con buen pelo, tengo algo de intuición.

—Lo imaginaba… —respondo calmado.

Marcus me mira extrañado.

—¿Por qué?

—Porque lo he visto en su cara cuando has dicho que te casabas tú en lugar de Nick…

—¿Qué coño podía hacer? —dice Marcus a la defensiva.

—No sé… ¿dejar que otro cargara con el muerto, para variar? —Marcus mira al suelo y la verdad cae entre nosotros—. ¿Por qué no me lo has pedido? Seguro que se te ha pasado por la cabeza…

El Regente suspira entendiendo que somos dos hombres que nunca aprendieron a llorar. Somos los típicos que se quedan sujetando el dique con un dedo para que no reviente…

—¿Qué haces aún aquí? —le digo—. Ve a arreglar las cosas con ella.

—No se pueden arreglar… Está todo demasiado roto.

—No es cierto. Solo está un poco magullado.

—No podía irme sin darte las gracias, David. Te juro que no entiendo por qué lo has hecho. Sé que odias a Vittoria.

—No soportaba que te casaras. Me he enamorado de ti… —digo guasón.

—Te estoy hablando en serio…

—Yo también. Puede que ahora mismo seas lo más parecido al jodido amor de mi vida… —susurro intentando sonar gracioso, pero

no lo es—. Me he quedado solo, White. Completamente solo en el mundo y con una culpabilidad enorme… Solo te tengo a ti.

Marcus se queda inmóvil y ata cabos.

—No me debes nada. Ya no.

—Lo sé. Pero a tu padre, sí… —suelto la bomba.

A Marcus se le endurece la mirada. Como si intuyera que lo que voy a decir va a aplastarlo como a una cucaracha, con su pertinente sonido asqueroso.

—¿Cómo que a mi padre?

Confieso, como quien se arranca una espina clavada en el pulmón.

—Intenté evitar que lo mataran… y fallé.

—¿Qué…?

—Tenía que habértelo contado antes —Me paso la mano por el pelo —. No lo hice porque tenía miedo de tu reacción.

—¿Pensabas que iba a matarte?

—No… —sonrío apenas—. Esa preocupación ha pasado a ser algo secundario estas semanas. Incluso en algún momento he pensado en ello como en una salida fácil…

Marcus me mira intrigado.

—Entonces, ¿de qué tenías miedo?

Ahora soy yo el que tiene que tragar saliva antes de contestar.

—De que el tío más guay que he conocido dejara de confiar en mí…

La frase suena ridícula en mi boca. Pero casi puedo ver cómo a Marcus se le agrieta la coraza. Porque bajo todo ese control, esa rectitud y ese honor, hay un humano. Y carga con una absurda necesidad de aprobación, como todos los demás.

—Llevo semanas preguntándome por qué no te he matado —dice Marcus con un hilo de voz—. Y hoy, en ese altar, has contestado a mi pregunta…

—¿Porque soy casadero?

—Porque sabía que podía confiar en ti. Tienes algo especial…

Me quedo tieso. Yo nunca he sido «especial» para nadie.

—Uy… ¿Te has dado en la cabeza? —digo metiéndole humor.

—Déjalo.

—No, espera, espera… —Sonrío con incredulidad—. ¿Acabas de decir que soy de fiar? ¿YO?

—Sí.

—Marcus… una vez firmé un contrato sin leerlo porque me dio vergüenza tardar.

—Eso explica muchas cosas de ti.

—¡Exacto! No soy de fiar, ¡soy una ruleta rusa con traje!

—La gente especial no suele darse cuenta de que lo es…

—Quizá no pienses lo mismo cuando te cuente una cosa… seguro que te entran ganas de matarme otra vez…

—Dímelo. En esta sala mucha gente te quiere muerto… Podrás soportar uno más.

Sonrío aunque no me apetezca. Es algo que solo me pasa con él. Bueno, y puede que con Vitta también.

«¡¿Por qué leches acabo de llamarla así?!».

El silencio se vuelve violento y respiro hondo sabiendo que ha llegado el momento de contárselo todo. Porque merece oírlo.

—Vale. Allá va… ¿Estás listo? Mindy era mi madre —digo de carrerilla.

La mirada de Marcus se congela. Igual que su sangre.

—¿QUÉ?

—Lo que has oído. Mindy es mi madre —confirmo. Porque sé que necesita escucharlo.

Su mandíbula se tensa como si fuera a partirse.

—¿Qué cojones estás diciendo…? ¿Somos hermanos?

—¡Nooo! Mindy me ocultó cuando se casó con tu padre. Siempre he sido un estorbo en su flamante vida…

Odio que me mire con pena. Porque no voy a dársela cuando lo sepa todo. Y sin más dilación, confieso:

—Ella está detrás de la muerte de tu padre…

Se hace un silencio tan grande que me dan ganas de pedir perdón por respirar.

Marcus me mira como si le hubiera golpeado.

—Repite eso…

—Me dijo a la cara que planeaba matar a tu padre. Y yo… intenté avisarle. Por eso fui a verle a las oficinas…

—¡¿Por qué no me lo contaste cuando nos encontramos allí?!

—No quería alarmarte… Y al día siguiente, apareció muerto.

Marcus se queda mudo.

—Me pareció lógico que sospecharais de mí —continúo—. Por eso, cuando Emily me llamó, acudí sin pensarlo. Después fui a ver a mi madre y me confirmó que había sido ella. Discutimos y salió corriendo. Cuando la perseguí por la calle, la atropelló un coche…

—¿Sigue viva? —pregunta Marcus abriendo mucho los ojos.

—No.

El silencio que nos envuelve lo dice todo. La mente de Marcus maquina a toda velocidad, captando lo que eso significa.

—Joder… Lo siento… —murmura.

Esa frase me revienta el pecho. Porque yo también lo siento. Aunque mi madre haya sido un monstruo. Aunque me haya jodido la vida. Aunque una parte de mí haya deseado alguna vez no volver a verla nunca más… Era mi madre.

Así que asiento, conmovido, sin poder decir nada más.

Marcus exhala despacio y luego me mira pensativo.

—No lo entiendo. Si dices que fue Mindy, ¿qué pinta Paolo en todo esto? ¿Por qué le dijiste a Emily que buscara algún italiano en la plantilla de White Industries?

—¿Sabes cuántos mafiosos había en el entierro de mi madre? —replico serio—. Demasiados. Muchos de ellos italianos. Por eso le envié ese mensaje a Emily.

—Joder. Vale. ¡Ahora todo cuadra! Ellos la ayudaron… —discurre Marcus mesándose el pelo—. Pero… ¿por qué quería tu madre matar a mi padre? ¿Qué conseguía con eso?

Cierro los ojos, lamentándome.

—Ahora es cuando me vas a odiar de verdad…

Marcus se pone serio y escucha.

—Fue por mi bocaza… Le conté todo lo que había ocurrido con Vittoria y los italianos y se le metió en la cabeza que yo podía ocupar el lugar de Nick en la boda… Dijo que ese siempre había sido su sueño. Yo me negué, pero parecía que no importaba lo que yo opinara. Estaba decidida a matar a tu padre y a Nick. Por eso fui a hablar con Clifford… Pero no sirvió de mucho.

—Y al final, Mindy se ha salido con la suya —dice Marcus pensativo —. Has acabado justo donde ella quería… en el trono.

Mi cara se resquebraja al entender lo que parece.

—Marcus, te juro que…

—Silencio —dice rotundo—. No tienes que darme ninguna explicación. Te creo. Sé que esto no ha sido un complot tuyo.

—Porque soy demasiado tonto para orquestar algo así, ¿no?

—No. Porque han intentado matarte dos veces por culpa de mi hermano, y aun así, nos has ayudado mucho, y encima cargas con su matrimonio fallido porque te sientes culpable por no poder salvar a mi padre de las garras de tu madre. No he dudado de ti ni un puto instante, ¿vale?

No sé ni qué decir. Los ojos se me encharcan.

—Eres un hombre de honor, David. No como mi hermano…

La garganta se me cierra. Porque no hay mucho honor en no decirle TODA la verdad a alguien. Si supera que Mindy también provocó la muerte de su madre.… Pero decido que Marcus ya ha tenido suficientes golpes por hoy.

—Y no estás solo —continúa—. No vuelvas a decir eso. Estamos juntos en esto, ¿de acuerdo? Te necesito a mi lado, más que nunca… Te necesito justo donde estás, dentro de la mafia italiana. Esto aún no ha terminado…

Parpadeo rápido para no emocionarme. Y hago lo que siempre hago cuando soy vulnerable, lo convierto en broma:

—Guau… ¿Significa eso que vas a adoptarme oficialmente?

Marcus me mira serio. Pero su boca tiembla, resistiéndose a sonreír.

—Puede…

La frase cae como un abrazo gigante que los dos necesitamos mucho, pero que no vamos a darnos porque somos demasiado machos, snif…

—Vale. Pero te aviso de una cosa… —digo.

—¿De qué?

—Estoy entrando en la mafia con la autoestima de un hombre al que casi matan por follar mal…

—Tranquilo, te enseñaremos —murmura.

—¡¿A qué?!

—A sobrevivir.

—Ah… —digo decepcionado—. Pensaba que te referías a otra cosa… Ya me habías dado esperanzas.

—Eres un caso… —dice Marcus sujetándome la cabeza.

Y en ese instante entiendo con una claridad peligrosa que si el mundo quiere destruir a los White… va a tener que hacerlo conmigo dentro.

Nos traen dos copas y Marcus las alza para brindar conmigo.

—Bienvenido al infierno, señor Gold.

—Gracias. Pero recuerda que vengo sin garantía de devolución.

CAPÍTULO 38



NICK

Estar en un hostal barato, con Ava respirando contra mi cuello, su pelo rubio desordenado sobre mi pecho y esta sensación de paz, no tiene precio.

No es una paz de postal. Es una paz de fugitivos que siguen vivos, a pesar de haber salido corriendo de una boda mafiosa.

Ava se mueve un poco, como si incluso dormida tuviera miedo de que el mundo nos reclame.

Abre los ojos despacio y me mira. Joder… cómo me mira. Como si aún no se creyera que estamos juntos otra vez.

Pero la entiendo porque a mí me pasa lo mismo. Todavía estoy esperando a que el karma entre en la habitación y diga: «Error administrativo. Devuelva inmediatamente a Nick White a su miserable vida».

—¿No puedes dormir? —susurra—. ¿Estás preocupado?

—Sí… Aunque, si la masacre no ha salido en las noticias, será que lo han solucionado de un modo u otro…

Ava baja la mirada un instante y tensa los dedos sobre mi pecho, como si mi piel fuera un botón antipánico.

—¿Vittoria no te ha dicho nada?

—Solo que todo ha salido bien. Tal como planeamos.

—Pues ya está —dice, intentando sonar más segura de lo que se siente—. Lo importante es que estamos juntos.

La abrazo más contra mí para besar su frente. No me canso de hacerlo después de lo que hemos sufrido.

—Descansa —musita ella—. Nos espera un largo camino hasta Nueva York. Después nos instalaremos y mis padres volarán con Megan la semana que viene.

—Sí… —Me acomodo recordando lo fácil que fue encariñarme con Megan. Y en lo jodidamente peligroso que se volvió todo cuando me hicieron creer que era mi hermana.

HIJOS DE PUTA…

Ava me acaricia la mandíbula despacio, como si aún le costara perdonarse a sí misma. Yo sigo mirándola como si el simple hecho de verla fuera suficiente para rehacerme. Porque lo es.

Cierro los ojos un segundo, dejando que su toque me cure cosas que no sabía que estaban rotas. Pero mi cabeza no descansa. Vuelve a hace dos noches, cuando todo cambió. La noche en la que casi me caigo del mundo…

La suerte quiso que Vittoria me encontrara en la zona más oscura del Lux Noor, a punto de tomar una decisión letal.

Me agarró del cuello con su habitual ternura, es decir, ninguna, y me arrastró como a un idiota con tendencia suicida.

—¿Qué haces aquí? —mascullé.

—Salvarte la vida —respondió molesta.

Me reí bajito, pero sin humor.

—Qué generosa eres… ¿Me vas a atar a una cama a mí también?

Vittoria no se inmutó, solo miró por encima de su hombro y entendí que no estaba sola. Cuando giré el cuello vi a los hombres de seguridad del Regente. Seguro que mi hermano había lanzado una partida de busca y captura para mí.

—¿Esto es una intervención? —pregunté vacilón.

—Más bien un rescate.

Intenté hacer memoria, pero estaba borrosa. Solo sé que iba hasta el culo de todo y me planté allí buscando camorra.

Tenía muchas lagunas, pero recordaba estar teniendo una charla de lo más divertida con los albaneses, cuando Vittoria apareció y les dijo que no podían tocarme en el Lux Noor porque era parte de la mafia italiana.

—Se está pasando de listo —replicó uno de los más sanguinarios.

—O está loco, directamente —se mofó el más joven. Y razón no le faltaba.

—Vamos, Nick… Levántate y camina —susurró Vittoria nerviosa.

—No me des órdenes, preciosa.

—¿Quieres morir? Perfecto. Pero será después de la boda.

Me puse en pie de golpe y me deshice de su contacto.

—Vale. Ya está. Estoy de pie. Pero suéltame, joder. Que pareces mi madre cuando tenía que sacarme de una discoteca a los quince…

—¿Y cómo has conseguido seguir vivo si la zorra murió cuando tenías dieciséis? —dijo el líder.

Lo siguiente que recuerdo es que se me escapó un puñetazo tan directo y fiero que le rompí la nariz al maldito albanés.

Fue como si algo explotara en el club. Todo el mundo se echó sobre nosotros cuando lo agarré como si fuera a matarlo, mientras el tío lo salpicaba todo de sangre.

—No vuelvas a mencionar a mi madre, gilipollas —mascullé cerca de su cara ensangrentada.

Tiraron de mí y me sacaron de allí con mi camisa blanca de Vuitton totalmente arruinada.

—Me debes una —masculló Vittoria cuando nos resguardamos en Pleamar, la sala privada de la zona italiana.

—Me la debes tú a mí. ¿Por qué me has salvado? ¿Es que doy la impresión de que quiera seguir viviendo?

Vittoria me miró como si fuera el berrinche de un niño rico.

—Quizá cambies de opinión cuando te cuente lo que escuché en nuestra fiesta de compromiso…

Me quedé pensativo. Mi cerebro no regía. Iba demasiado colocado.

—¿Qué fiesta de compromiso?

—Me das pena, Nick…

—Y tú a mí. Por eso nos une una bonita amistad.

—Estuve espiando a Emily y a Marcus en la fiesta… y les seguí cuando se escabulleron para intimar…

—¿Eres una *voyeur*?

—Soy aprendiz… Estaba tomando notas.

De todos los giros que podía dar mi vida, este estaba en el top tres.

—¿Tomando notas sobre qué?

Vittoria me miró como si fuera obvio.

—¡Pues sobre sexo! Es obvio que necesito unas clases… Gold dijo que estuve patética… Si se hubiera corrido, hubiera podido cerrarle la bocaza. Pero tengo que aprender trucos.

Una carcajada rota salió de mi cuerpo.

—¿Has dicho que te doy pena? Tú a mí me das… Espera, ¿qué hay superior a la pena? ¿Lástima?

Vittoria se cruzó de brazos enfadada.

—¿Quieres saber lo que escuché o no?

—Por supuesto. Siempre me ha gustado el porno casero.

Puso los ojos en blanco.

—Escuché a Emily decirle a Marcus: «Oh, Marcus… ¿Tenemos derecho a esto? Mi mejor amiga está sufriendo lo indecible, por obligarla a mentir a Nick sobre lo de Megan…».

Escuchar eso hizo que mi mundo empezara a girar de nuevo, porque desde que corté con Ava en mi despacho, nadie entendía que

se había detenido.

—¿Qué acabas de decir…? —susurré temblando.

—¡Que te mintieron, Nick!

Mi cerebro explotó en miles de lucecitas de colores.

«¿Megan no es mi hermana?».

«¿Ava no se acostó con mi padre?».

Todo ese asco, ese dolor… ¿Era una bomba diseñada para…?

—¡¿Por qué coño harían algo así?! ¿Ava estuvo de acuerdo?

—Sí.

Tuve que apoyarme en una pared porque me faltaba el aire. Durante días fui una ruina humana por culpa de una puta mentira que me rompió por dentro.

—¿Por qué…? —pregunté desconsolado.

—Marcus le contestó a Emily: «Solo estamos intentando salvar a mi hermano. Es algo temporal. A la larga, será mejor». Así que deja de hacer el gilipollas o conseguirás que te maten igualmente.

—¿Temporal? —me río con desprecio—. Si es tan temporal, ¿por qué tengo que hacerlo yo? ¡Ellos tampoco están casados! ¡Podrías casarte con cualquier otro, Vittoria! ¡Es lo que yo decía! ¡Tengo que encontrar a Ava ahora mismo! ¡Tengo que…!

—Shhh…. Nick… —Me cogió la cara mi prometida—. Esa boda tiene que celebrarse. Pero tienes razón, no tiene por qué ser contigo.

La miré como si fuera mi puto ángel de la guarda.

—Tú… —La miré—. ¿Te casarías con Marcus?

—Puede ser cualquiera de la confianza del Regente, mientras tenga dinero.

Me enderecé pensativo.

—Mi hermano no tiene a nadie de confianza…

Vittoria se mojó los labios.

—¿Y Gold?

Soy un imbécil, pero sé sumar dos y dos, sobre todo en lo que respecta a las relaciones amorosas. Así que tuve que sonreír. Una sonrisa cargada de veneno, lo admito.

—Ah…. ¿Tú quieres casarte con Gold, pillina?

Ella frunció el ceño con asco.

—No es que quiera. Es que es un buen candidato —gruñó, y después empezó a enumerar las razones como si fueran los ingredientes de una receta—. Para empezar, él me desvirgó. Segundo, no tiene compromiso con nadie. Tercero, es rico. Y cuarto, puedo manipularle fácilmente… Ya lo hice una vez.

Me mordí la lengua para no empezar a reírme otra vez.

—Además —añadió, encogiéndose de hombros—, tiene pinta de que va a acabar muerto muy pronto. Así que… seré viuda.

—Qué romántico…

—Soy realista. Los tíos como Gold no sobreviven en el mundo de la mafia. Y los tíos como tú tampoco. Marcus es el único que tiene lo que hay que tener…

—¿Y qué es, si puede saberse? —pregunté molesto.

—Templanza. Fría y afilada.

—¿Estás diciendo que no tenemos cojones?

—Estoy diciendo que vosotros sois demasiado impulsivos. Os sobra corazón. Sois demasiado buena gente… Y eso solo te lleva a la muerte. Por eso yo soy tan simpática —sonrió irónica.

—Tú quieres a Gold en tu cama, para ver si te enseña algo en la noche de bodas, ¿no? —me mofé.

Vittoria me miró como si estuviera planteándose asesinarme.

—PARA NADA —dijo despacio.

—Tranquiiilaaa, hay gente que descubre el orgasmo como quien descubre América. Por casualidad.

—Tú flipas. No pienso volver a tocarle nunca.

—Podrían anular el matrimonio si no se consuma —dije tunante.

Vittoria apretó los dientes.

—Pues lo consumaré a mi manera.

Me dio un ataque de risa que me vino fenomenal.

—¿Crees que se dejará atar de nuevo? Estás loca…

—Ya me buscaré la vida. Me han dicho que existen lubricantes para que no duela tanto.

Ladeé la cabeza divertido. Era tan entrañable como un cocodrilo bebé.

—El lubricante natural es el mejor, princesa, y Gold te mola. Podrías darle una oportunidad y disfrutarlo mucho…

Vittoria me fulmina con la mirada.

—Aquí nadie va a disfrutar de nada.

—Lo que tú digas, reina. ¿Cuál es el plan? Porque sé que tienes uno. Me lo dicen tus ojitos de *voyeur*…

Vittoria dio un paso hacia mí.

—Lo primero es ir a ver a Ava y solucionar las cosas con ella. Consigue que te confirme la trampa y luego bésala hasta dejarla sin respiración. Nunca falla.

—Yo no necesito clases para besar a nadie…

—No, solo para dejar de meterte en líos con la mafia.

Abro los ojos y me encuentro de nuevo en la cama del hostal barato que hemos elegido para escondernos.

Ava sigue aquí, respirando a mi lado, y mi pecho se llena de una gratitud tan bestial que me da miedo.

Vuelvo a estrecharla entre mis brazos y recuerdo ese encuentro, cuando le dije que lo sabía todo, y que su plan no tenía sentido porque no podía vivir sin ella.

Recuerdo que los ojos se le llenaron de lágrimas como si hubiera estado esperando esa frase toda su vida… y al mismo tiempo, le diera pánico escucharla.

—Nick… lo que queréis hacer Vittoria y tú es muy peligroso.

—Lo sé —murmuré, apretándola contra mí—. Pero prefiero correr el riesgo a alejarme de ti.

Ava rompió a llorar en silencio y yo me odié un poco por cada segundo que la dejé pensar que algo de lo que pudiera hacer, podría sacarla de mi corazón. Aunque fuera acostarse con mi padre.

Le limpié las lágrimas con el pulgar.

—Perdóname, por favor. Nada es más importante que tú.

Ava negó con la cabeza, sollozando.

—No, perdóname tú. Debí ser sincera contigo, pero tenía miedo de que te mataran.

—Lo hiciste igualmente diciéndome eso…

—Lo siento tanto —musitó afectada.

Juntamos las frentes antes de besarnos más despacio que en toda nuestra vida, rogando que el mundo desapareciera para nosotros. Y

decidimos fugarnos y empezar una nueva vida en otro lugar, porque no me perdonaría ponerla en peligro a ella o a Megan.

Me muevo con torpeza en la vieja cama del hostal para encajarme en ella por pura necesidad. Ava se abre para mí y deja que me sumerja en su cuerpo con una suavidad desquiciante, como dos personas que han sobrevivido a algo terrible y no quieren volver a separarse jamás.

Cuando todo se calma y el aire vuelve a entrar en mis pulmones con normalidad, me quedo mirándola a los ojos.

Ava me acaricia la cara con la mano.

—¿Estás bien? —susurra.

Podría mentir. Pero con ella no voy a hacerlo nunca más.

—Voy a estarlo…

Ella sonríe un poco.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que puedo darte ahora mismo.

Me besa otra vez y se acurruca junto a mí.

La calma me envuelve y consigo ser yo de nuevo. No ese Nick que vive en la cuerda floja.

La vibración de mi móvil hace que vuelva de nuevo a la realidad.

Es una llamada de Marcus. Solo ver su nombre hace que mi alivio se convierta en rabia. Porque me mintió. Me dejó creer que mi vida ya no valía nada. Y por su culpa, hice la mayor de las locuras…

Ava se incorpora un poco.

—¿Es Marcus?

Asiento.

—¿No vas a cogerlo?

—No —digo con frialdad—. No todavía.

—Nick…

—Sé que me vas a decir que lo hicieron por mi «bien», pero prefiero que se metan sus buenas intenciones por el arco del triunfo —escupo, sin mirarla.

Ava me mira como si entendiera mi enfado, pero también viera el peligro. Porque el orgullo en esta familia no es un rasgo, es una maldición hereditaria.

El móvil deja de vibrar, pero mi pecho sigue tenso.

No me hace falta coger esa llamada… Sé que los albaneses no olvidan. Y yo, ahora mismo, tengo la sensación muy clara de que, aunque haya huido de mi boda, llevo una diana en la espalda…

Y esta vez, no pienso dejar que nadie reciba esa bala por mí.

CAPÍTULO 39



Chasqueo la lengua; Nick no coge el teléfono…

Y no es porque esté dormido o no lo oiga, no lo coge porque me está castigando.

Y lo entiendo tanto que me dan ganas de reventar el móvil contra la pared…

Me quedo quieto unos segundos en mi despacho del Lux Noor.

Estoy solo. Queda poco para cerrar, pero la música todavía llega amortiguada detrás de la puerta. Poco a poco la melodía se transforma en la que escuchaba en la boda, cuando mi hermano huyó como si el amor fuera un chaleco antibalas.

Respiro hondo para aliviar la presión. Mi padre tenía razón. Cuando intentas controlarlo todo, algo siempre se desploma. Y no sueles

poder escoger. Siempre es lo más personal…

Pero Nick sí ha escogido. Ha escogido irse.

Y Emily también ha escogido dejarme.

Y yo sigo respirando, una forma elegante de decir que sigo vivo a pesar de tener una expresión de muerto en la cara que no puedo maquillar con nada.

Es como si una parte de mí se hubiera quedado en esa boda, en el suelo, sin pulso. Y la otra mitad, andase flotando en algún sitio entre «te quiero, ¿no lo entiendes?» y la bolsa negra en la que se llevaron a mi padre.

Funciono por inercia y por obligación.

Apoyo un segundo la frente en la mesa con los ojos cerrados para estabilizarme. Y mi móvil vuelve a vibrar.

Levanto la cabeza con la esperanza de que sea Nick, pero no lo es. Es uno de mis hombres.

Respondo a la primera, porque si algo he aprendido es que las llamadas de madrugada nunca son por nada bueno.

—Dime.

La voz al otro lado suena extrañamente calmada, como si intentara no ponerse histérica por respeto.

—Han visto un coche negro saliendo a toda velocidad de la zona trasera… —comunica Ben.

Mi mandíbula se endurece.

—¿Tenemos la matrícula?

—No. Iba tapada.

Maldigo en voz baja. Nada nuevo sobre el horizonte. Otra noche movidita en el club.

—Localizad cámaras exteriores. Quiero la ruta que han tomado. Y una lista de quién ha entrado hoy en el Lux Noor y no ha salido por la puerta principal.

—Sí, Regente.

Cuelgo el teléfono, y lo siguiente que hago es lo más peligroso de todo. Me doy permiso para pensar en mis propios problemas.

Imagino a Nick con Ava, disfrutando de una calma robada y efímera siendo sorprendido en un hostal de mala muerte por tipos con armas semiautomáticas que no le darían tiempo ni a pestañear.

Me paso una mano por la cara y noto que la piel me arde. Y no es que tenga fiebre. Es rabia. Y cansancio. Porque Nick no es el único que me preocupa. Son los de Providence y sus nuevos planes. Y los Albaneses y sus planes antiguos.

Porque las deudas se pagan aunque el individuo esté muerto.

Y también se heredan. Y no han olvidado la muerte de Luan. Porque ellos no mataron a los Rossetti, lo hice yo, aunque a los ojos de Providence ahora estén en paz.

Peor eso ni siquiera es lo peor…

Lo peor es que, aunque Providence no lo sepa… al primero al que van a venir a pedir explicaciones cuando los Albaneses ataquen de nuevo a los italianos, es a mí. Al Regente. Siempre al Regente. Porque lo sé todo. Sé demasiado. Y esta vez, no se equivocan.

La mentira se ha hecho tan grande que va a devorarnos a todos…

Sé que Nick me odia por mentirle con lo de Megan, pero es porque no entiende lo que esa mentira evitó. No asimila el tamaño exacto de la bala que le iba a entrar por la frente.

No entiende que hoy corre por amor…, pero mañana lo cazarán por orgullo. Por no cogerme el puto teléfono.

Y aunque jamás me perdone, no voy a dejar que lo maten.

Me levanto de golpe como si la silla quemara. Y uno de mis hombres entra sin llamar.

—Regente… —dice O'Leary, cortando el aire—. David Gold está aquí y quiere verle.

El universo siempre ha tenido un extraño sentido del humor. Porque el único cabrón que no debería importarme es el único con el que puedo contar.

—Hazlo pasar.

Vuelvo a consultar el teléfono. Nick sigue sin llamar. Ni un mensaje. Nada. Solo silencio. El silencio entre un hermano que solo quería ser feliz y otro que solo quería mantenerlo vivo.

Me froto la nuca, cansado.

Gold entra un minuto después con el traje de novio y una expresión extraña en la cara. Como si hubiera hecho algo enorme y aún no le hubiera dado tiempo a arrepentirse.

—Vaya —dice, mirando alrededor—. Me esperaba más velas y calaveras, en plan depresión gótica.

—Y yo esperaba no verte más hoy.

Gold sonríe.

—¿Cómo estás? —pregunta. Y sé que se refiere a Emily, pero todavía no me permito pensar en ella.

—Mi hermano no me coge el teléfono.

—Está enfadado —repone Gold.

—Gracias. No lo había deducido.

—Para eso estoy aquí…

Lo fulmino con la mirada.

Gold parpadea lento, como si se rindiera.

—Vale… perdón. Estoy en una fase aguda de humor defensivo. Me estoy escaqueando de mi noche de bodas. Y sé que mañana mi mujercita estará cabreada. Creo que planeaba violarme otra vez esta noche…

—Genial… Más problemas. Los italianos se toman muy en serio lo de consumar el matrimonio, Gold.

—Ya lo consumé en su momento… les tendría que valer.

—Te veo follándotela a punta de pistola —me río—. Sería épico…

—Podría ser excitante… —dice Gold pensativo. Y vuelvo a sonreír. Es el único que consigue que mi cara se estire, y creo que por eso viene, a comprobar que todavía no me haya volado los sesos.

—También he venido a decirte algo —añade, más serio—. Algo que debería haberte dicho antes… pero no quería morir en mi boda.

—Ya empezamos… —digo poniendo los ojos en blanco.

Gold no habla y mi espalda se tensa por el mal presentimiento.

—Habla ya.

David respira hondo, y cuando alza la vista, hay una honestidad tan cruda en su mirada que me atraviesa.

—Como Número 1 de la mafia italiana he oído cosas… Cosas sobre Nick y los albaneses…

Mi mandíbula se endurece.

—Sigue.

—Hubo una pelea la semana pasada. Nick pegó a Dante Muratti.

Mi cerebro intenta encajar esa frase con la imagen que tengo de Nick: un niño rubio con sonrisa de «no pasa nada» y el cuerpo de un atleta con el corazón de un desastre.

—¿Dante Muratti? —repito despacio. «No, por favor…».

—Le rompió la nariz —confirma David.

Suelto aire como si alguien me hubiera dado un puñetazo.

—¿Qué dices? Nick no es agresivo. Y tampoco tolera bien el dolor. No le haría daño ni a una mosca…

Gold me mira como si esa frase fuera adorablemente ingenua viniendo de alguien que dirige el infierno.

—Si la mosca menciona algo que duele, sí lo haría.

—¿Por qué fue la pelea?

—Dicen que se metieron con su madre —revela por fin.

Los ojos se me van al techo como si quisiera preguntarle a un dios inexistente por qué tenemos que seguir sufriendo por eso.

—Vale… —suspiro. Nick metiéndose en un lío no es nuevo. Cuando está mal, prefiere incendiarlo todo a quedarse quieto sintiéndolo. La diferencia es que esta vez ha sido por mi culpa.

—No he terminado —dice Gold levantando una mano.

—Termina.

—Ahora Muratti quiere romperle el alma. Le están buscando.

El ambiente se carga y me levanto despacio porque mi cuerpo no sabe quedarse quieto con esta información dentro.

Camino y me obligo a pensar en frío. Lo hago en voz alta.

—Los albaneses nunca olvidan. Y menos, Dante Muratti. Pero la fijación por Nick… no viene de esa pelea. Investigaron sobre mi madre, lo que significa que mi hermano era un objetivo personal, no político.

—¿Insinúas que Nick está marcado desde el principio?

—Sí. Desde la noche en la que les dijo que tú habías matado a Luan… Nadie engaña a la mafia y sale ileso. ¿Dónde has oído esto?

—Las mujeres de ambos bandos hablan. A veces, demasiado. Y yo sé escuchar…

La forma en la que lo dice me confirma que Gold era el adecuado. Solo lleva una tarde en el trono y ya sabe moverse como si llevara diez años sobreviviendo en la oscuridad.

Me acerco a él con la mirada afilada.

—Gracias por contármelo…

—Si le debo obediencia a alguien, es a ti.

Lo miro con un aprecio que me sorprende hasta a mí.

—Gracias por tu ayuda… Es muy valiosa.

Gold me mira con algo parecido a la compasión.

—No quiero que maten al idiota de tu hermano…

—A veces creo que eso es lo que quiere… Solo para joderme.

—Tu hermano te va a odiar un tiempo —dice Gold—. Pero cuando entienda que lo has hecho por protegerle, volverá… —Se levanta y se dirige a la puerta—. Ahora tengo que irme. Mi luna de miel es exactamente el tipo de situación en la que yo suelo morir, así que…

Mi boca vuelve a traicionarme alzando las comisuras de los labios.

—¿Vas a seguir jugando al gato y al ratón con Vittoria?

—Sí, al menos hasta que se dé cuenta de que yo no soy ninguno. Yo solo soy el queso atrapado en la trampa…

David me guiña el ojo para despedirse y se va. Me quedo solo otra vez, con el silencio como única compañía.

Y con Nick sin cogerme el teléfono. Emily lejos. Y la mafia respirándome en la nuca.

Pero sobre todo, con una certeza que me da vértigo…

Marco el número de uno de mis hombres y digo la frase que convierte a una familia en un ejército:

—Necesito que encuentres a Nick White antes que los albaneses.

EPÍLOGO



EMILY

Una de las peores cosas de romper con tu novio mientras vives en casa de tus padres, es que no puedes esconderlo mucho tiempo por la falta de privacidad.

Y creo, por mi forma de llorar, que han entendido que esta vez es la definitiva.

De madrugada mi cabeza se dedica a repasar escenas, volviendo una y otra vez a esa boda, a Marcus decidiendo cosas horribles sin pestañear… y a mí, sintiendo cómo mi mundo se derrumba. Como una vela que no te das cuenta de que se ha consumido hasta que ya está todo oscuro.

He llamado a Ava mil veces. Porque ella siempre ha sido un faro en la oscuridad. Pero me salta el típico mensaje de «El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura».

Y eso me da mala espina…

Porque Ava jamás apaga el móvil.

Cuando está mal, hace chistes. Cuando está triste, trabaja más duro y cuando tiene miedo, se pone pintalabios como si fuera una armadura.

Pero Ava no desaparece.

Estaba a punto de escribirle a sus padres, cuando mi madre dijo que había llegado una carta para mí. No tenía remite, pero reconocí la letra. Era la de Ava.

La carta era breve: «Estoy bien, Em. No me busques. Voy a cambiar de número de teléfono por tu seguridad. Prométeme que tú también vas a estar bien. Sé que algún día, volveremos a vernos. Te quiero mucho. Ava».

Al terminar de leerla se me cerró la garganta, porque entre líneas, escondido, percibí su miedo. A veces, el corazón no elige de quién se enamora. Y yo sé perfectamente lo que es querer a alguien metido en un mundo que no te deja amarlo en paz.

Vuelvo a mirar el móvil y busco el nombre de Marcus en mi lista de contactos. Como si mi cerebro no recordara que he decidido alejarme de él.

Yo misma le dije que no me buscara, con la voz temblando de dolor. Pero, aun así, esperaba que Marcus hiciera lo que siempre hace cuando el mundo se le cae encima: aguantar en las trincheras. Nunca retirarse.

Esperaba que viniera a buscarme. Que me llamara. Que subiera las escaleras de casa de mis padres, en mitad de una tormenta, como un hombre desesperado y me dijera que el Lux Noor arderá si hace falta, que la mafia puede besarle el culo y que su trono le da igual si no me tiene a mí.

Esperaba que me eligiera…

Pero las lágrimas que anegan mis ojos son testigo de que no ha sido así.

Este silencio por su parte es un mensaje que leo con tanta claridad que me dan ganas de romper algo…

Marcus es ese tipo de hombre que se lo guarda todo dentro, que lo soporta, autocastigándose porque cree que se lo merece. Se convence de que el dolor es el precio lógico por existir… y por eso elige el club.

El club es esa parte de él que siempre sobrevive a cualquier hecatombe. Y yo soy su parte humana, frágil, prescindible…

Me tumbo boca arriba y dejo que el techo me mire con indiferencia. Estoy agotada. Mi corazón está agotado.

Mi cuerpo también, aunque no lo haya notado hasta ahora.

Porque entre la boda, la ruptura, la tensión, el miedo y la rabia… he vivido en un modo tan constante de supervivencia que ni siquiera he prestado atención a lo obvio. A lo que, normalmente, las mujeres sabemos antes que nadie…

Tengo un maldito retraso.

Voy al baño casi como si estuviera ofendida por mi propio cuerpo. Como si mi útero no tuviera derecho a meter baza en un drama que ya va sobrado de catástrofes.

Abro el cajón y saco un test que ni recuerdo haber comprado en otra vida. Lo cogí para Ava, por si lo necesitaba.

Me lo hago y lo sostengo en el aire como si mi vida dependiera de ello. Treinta segundos después, el karma me gasta una broma pesada.

—No puede ser… —susurro ojiplática.

Hay una puñetera segunda rayita muy fina, pero está ahí. Implacable. Certera. Injusta…

Lo lógico al ver algo así sería sonreír o ponerte a llorar, pero yo me limito a mirar el test como si fuera un mensaje del universo escrito con crueldad.

Como si alguien, desde arriba, se estuviera riendo de mí.

—Joder… —murmuro abatida.

Por un segundo, mi cuerpo intenta traicionarme con un impulso tonto de esperanza. Como si esto fuera una señal para volver con él. Como si el universo me estuviera diciendo que me toca ser feliz.

Y puede que en otro universo, esto fuera una buena noticia. En otro universo, yo correría a buscarlo para explicarle que existe algo más importante que su trono. Algo que podría salvarlo de sí mismo.

Pero vivo en la realidad.

Así que miro el test, miro mi reflejo y miro el desastre que ha sido mi vida desde que lo amé... Y tomo una decisión irrevocable: «No pienso decírselo».

Ni a Marcus. Ni a mis padres. NI A NADIE.

Porque este bebé no va a crecer en un mundo donde el amor es un arma y los hombres sobreviven a base de mentiras para defender un trono con sangre.

Voy a salvar a mi hijo de convertirse en el punto débil de quien dirige el infierno.

Saldré adelante sola. Estoy preparada.

Entro en mi correo electrónico y busco el *email* de una oferta laboral de Gold Group a la que nunca respondí. La firmo con el pulso firme.

Que se quede con su reino de sombras, yo ya no voy a ser la reina de nadie.

AGRADECIMIENTOS

Este libro existe gracias a muchas personas, aunque no todas aparezcan en estas páginas.

Gracias a quienes leen, sienten, se enfadan, se ríen, se rompen un poco y vuelven a recomponerse conmigo en cada una de mis historia.

A quienes confían en que siempre hay algo más detrás de una frase, un personaje o una decisión difícil. Haceros cómplices de ello es el mayor privilegio que puedo imaginar.

Gracias por dar sentido a tantas horas de dudas, coca colas zero y capítulos escritos de madrugada. Por demostrarme que dedicarme a contar historias no es un capricho, sino una forma de conectar con los demás.

Soy muy consciente de la suerte que tengo. De poder escribir lo que me quema por dentro y, además, saber que hay alguien al otro lado esperando leerlo. Haceros felices con lo que creo… es mi definición de felicidad.

Gracias por estar. Por quedaros. Y por permitirme dedicarme a esto.

Gracias a mis chicas: **Irene, Bego, Maca, Eli, Alma y AnaG**, que no fallan libro tras libro, cada una en su posición de equipo. Les mando un fuerte abrazo por ayudarme a perseguir mi sueño.

Y gracias a mi calorcito de las redes… Vosotros sois el impulso que convierte este sueño en la gasolina que necesito para continuar en marcha.

Os quiero, **gente Fuxia.**

Mil gracias a:

@clauuu.mrtnez @yaii_books25, @gabrente, @_judiit._, @laurelleeyescribe,@la.peluteca, @africa_cantero @read_j.t.mary, @pilarsanabria_, @sanemade, @beatriz_jipu, @viki.hdez, @leerconthea, @minedreadings, @irisrodriguezmieres, @pa.ro.dri, @annadrielbooks @vrgarey, @vanessa_me18, @inmabl, @lauramendolazaro, @missattard, @silpavila, @lola_pascualcuadra,

Nuria Daza de @nuriela25, @letyciro, @gloryhelen_, @la_mala_malisima, @mis_lekturas, @mirinda01, @gema.ddc, @gemmapastormateo, @patricleta, @yessicm32, @caty19709, @lectoradesuenos8, @kilimz82, @elenaruizmontesinos, @creando_frikadas, @brujamillenial, @mery_y_sus_lecturas, @cynthia.cerveaux14, @dallas_880, @cristina_segarra_escritora, @lectoraenverso_26, @noefru, @isabellabaricot, @pilar_vima, @fanyavenalbe, @rosebokl, @damajurado1999, @sultanitabella @bookstagramer_1, @siil_lule, @mayralazo08, @mariabeatobe, @lucymoon2015, @alasblancas83, @j.m.fresquet, @bgomezmartin, @mralex_17, @lumae_lu, @lozamor67, @krmenplata, @ilunanoa, @romanticaadicta, @gandiapilar, @laurensofiy_, @lissbert, @monchavez15, @lecturas_felices, @mlectoraa, @vero_malaga, @pmlapizypapel, @isabelhg_love, @gafiis, @mire_1010, @locasdelmundo4, @nita_fdez, @karilamala, @andreuenca79, @_martinez_javi, @montse_g_m_, @ariadna.dx, @laura_villanustre, @itsedelweiss, @luciaanddogs, @lilith_lectora, @crisfillolacas, @lectoras_con_clase, @raquel_morante_morales, @nilosa0508, @srtahelenstealer, @sweet.readings, Arancha Eseverri de @lectoranovturna, @pilarmolinercarb, @por_puro_vicio, @noelia.g.m89, @yaizaa.mendez, @mireiapg29, @nataliaperez128, @readlikeapleasure_, @noeloafrutos_autora, @_cristiane_, @mlcg1986cins, @passion_between_letters, @princesbooks, @elbauldemislibros, @bookslovershouse, @jessi.5113, Amparo Pastor de @amparopastorvieracaracoliu, @romanticamore, @snopeugi, @celia_vc, @sandradt2505, @unlibroparaella, @naomihdezz_, @heiwabooksquotes, @ana_jimenez29, @libroypalomitas, @dejamequetelea, @ohana_reader, @yoleoromantica, @tfc_lectura, @viskict, @leer_esincreible, @Carmen39_fdez, @raquel.22, @vanesha_salas, @meymay6, @el.rincón.de.sita, @mery_g_books @saradominguez23,@rafi_lechuga, Ivelise Rodriguez, @emilia_erin, Evelyn limpa, @miriam_chantes53, @piuli22, @estherestetic, @kristibell73, @Nielsennila, @marta.landrau, @diarii_books, @ana.martinhdez, @evicanaria, @carol_lopez3112, @jennifeer92, @nago24, @mesumerjoentrelibros, @miriam.villalobos.m e hija

(Lucía Soto V.), @susyyflo, María José Claus Molina, @Monsy80, @sacriespada, @mery y sus lecturas, Nuria Daza, @ameelia15, África Cantero, @marimarpintor, Lourdes Romero, Paloma Osorio Millan, @maricarmenmuoz, @creando_frikadas, Silvia Paredes, Vero de @librosigualamagia, Claudia de @booksbyclau, Maca de @macaoremor, @glory1818, @gloria_hega, @teresilla87, @jennibooks87, Barbara Torres López, @yessicm32, @books_nerea, Ascension Sanchez Pelegrin, Kristina Kko, Mariu Barberá, @helenescritora, Salud Lpz, Inés Ruiz, Anna Driel books, Mónica de @moniquitamaca_mislecturas, Gemma Pastor Mateo, Mónica Tort, Maria Jose Valiente, Anna Fernandez, Mariu Barberá, María Fátima González, Kuki Pontis Sarmiento, Beatriz Duran Hernandez, Normma Aliciya, Loli Zamora, Mari Cruz Sánchez Esteban, Mar López, Isabel Gómez, Elena Martínez, Laura Ortíz Ramos, Yeni Anguiano Mata, Rose gate, de @rosegatebooks, Marisa Gallén Guerrero de @lecturasmapita, Anabel Jimenez, Yolanda García, María Ferrer, Judith Galán, Elisa Mayo, Ana Arely, Ulises Novo, Laura Duque, María Camús, Pilar Sanabria, Silvia Martinez Hernández, Elena Martínez, Saray Carbonell Del Río. @cruzuleyaiza, @sunriseadn, @irenita19mm, @nereamellis, @lecturasdefaty, @la_biblioteca_de_pat, @maiko_pink,, @pilardans, @librosdehoney, @tengoganasdeleer, @amantelectora, @el_rincon_de_palmerita, @_cristiane_, @adrianaalba_autora, @the_reading_books_in_family, @mividaentrepasiones, @lecturasdeamorsonia, @hrhartwell, @amamosleer_uy, @mire_1010, @leeconmigo_, @musa_entre_libros, @crusisanchez, @raquel.blancoluque @mariainspace_,@lamagiadeloslibros3.0, @miquenaadiccion, @arisleyda_5, @hoy_esta_leyendo, @ariidaz, @literaliabooks, @helens_books,@meugeniaramirezlopez, @lionela23, @adoroloslibros_17, @olatzpitu, @ecaangelica, @garbival, @andy_caro13, @librosdeirene, @valkiriaread, @nita_fdez1, @marianacantaora @salseo_de_libros, @mayblacksmith, @siempreleyendoydesconectando, @everlasting_reader, @vivir.leyendo, @ariasu_7, @estefaniagea, @_monica._8, @sandragvillar,@beatrizdh, @lecturas_milly, @piluchii85, @bookqueen22, @mmfn._, @librosviajerosylibres,

@ascensionsanchezpelegrin, @eli.p.r, @monika.galan.16, @rupilo_18, @lectoraenverso_26, @nataliia981015, @rm.nkt.4.7, @jazbabook, @pilarcabrerat, @martinleticiap, @m.i.epalzaramos,, @elisabet.2573,@laurabooksblogger, @anais.1203, @nereaaraujoautora, @vilmont_books, @morenomarimiza, @begikat2, @__vanenunez__ @@lady_creative_doll, @inesruiz78, @elenamartinez6098, @mamual90, @etalenika (Eva Tasende), Rocío Escobar, @meymay6, @bookssyass, @lauraviajaentrelibros, @anapasionlectora, @owiksa, @carmen39_fdez_, @evelimpa_leeresmipasion,@stefamy_sandoval, @merypoppins750, @_curls.and.books, @lilyfreitasm, @chikiya85, @marimarmiravalles, @conunlibrosoy, @nazaretpv, @nereida.c.a, @turka120, @angela_fp16, Maggie Mon Chávez, Vero y Estefanía de @leerconvernia, Arantxa de @lecturanocturna, Esti de @boiet2, @vaclepri_79, @carichun, @dulce.ando, Eva M. Pinto, @libros_y_tortugas, @mariadolores84, @eli_car_bar, @ladycuqui, @lecturas_mily, @juanidiazdiaz17, @un_libro_en_mi_mesita, @akanechan1986, @lourdes.andresgarcia, @manolivi28, @lectoahastaaltashoras, @dove.mmartin,@lectoranocturna, @natti_ruano, @angiegarfer, Melani de @melmely19, @marihoyoslopez, @lromero777 Lourdes Romero, @seguradoalcaide, Reyes de @reyesbecerra82, @cynthiag25, @tere_lafuente, @arima.s.c.11, @lecturasdenira, @maryambergirl, @tamaraciscar, @elenanp73, @quemaravillaleohoy, @merypero, @manuelamolinaleon, @marijopove, @buidseachlatelier, @ju.kaery, @martagr9716, @thaannya, @Blankarez, @marguis_hl, @rocanilla, @aili.evansecrivain, @noemimaquedajimenez, @puri_reyesneira, @isa.sepulveda2, @marta19041975, @txellbooks, @diana.c.gasco, @noee_albatros, @gema_lectora, @isalexia42, @ivixiviusa, @cuando.los.mios.duermen, @anasn71, @lecturasdemaggie, @mariabarbosaalm, @miviciolibros, @mimamifriki_marinabooks, @evaleyendoentreburbujas, @Kristinalmb,, @zaira_fg, @lola.lolita.loliya, @mi_mundo_mis_pollitos, @virigol, @fernanda15_05, @bowsinakoopa, @vanu_sa_ms, @elenasoroma, @saravimeg, @lorbaris, @chuscm, @mirelaiordanica, @soniafdezs, @lady_romcom, @maitesospedra, @librosquedejan_huella,

@esca87, @monicaxcel7, @mrs.svetacherry, @nina_reus, @entrelibrosyagujas, @pidurreta @rebecajm87, @mariaespinosabcn, @rociombouzon, @Kristibell73, @manolivl28, @gemapastormateo, @nuriamanel, @mariae.martin, @chiio.91, @reinadesdel92, @tere_meler, @mariadelape, @sarita_rcgt, @eva_y_suslocuras, @joanamaria00, @loslibrosdemama, @jeannemariegg, @_cintiasantiago_, @gemmaripoll, @lepima, @frokonel, @las_historias_de_lola, @losmundosde_ro, @ms_maria87, @falguerasonia, @mariajoseclausmolina, @libreando_book, @luucyrodenas, @starrynight.books, @nisart_scrap, @aintzaneechevarriaperez, @aalbita3, @taramay_books, @inesitasanz85, @arabrines, @evika027, @valeriandbooks_, @aliciagaditana, @torres_de_colores, @lilith_read_books, @lauritaloba, @mrocio1, @agape_sfdo, @elisabethglez, @patrirubiah, @vaneadriai, @piulibooks, @saravimeg, @chelydivison, @pumpingmamaespanol, @sonaiale, @pirilala15, @elena_ferron, @bleny_blac, @__lucia12, @mangeles.navarromoreno, @montxy74, @titaebicrafts, @crisreadingbooks, @librodeolorcafe, @campanilla0130, @gema_lectora, @_viviendo_entre_letras, @mali.lc14, @jianni27, @vadercup, @dorlycera, @yul075, @beatriz_jipu, @sugus_books, @read_j.t.mary, @rg.aguilar128, @coriii_95, @marchyolanda71, @jen_anton, @los_caprichos_de_belenita, @jutid_costa88, @cafeyuki66, @saandra.s3, @linalia_sm, @unrefugiodelectura_, @gemaypaco13, @florigilmarin, @marbeva02, @buesorubio, @milayrya,@nefertiti987, @sradecampos, @martikas194, @__arantxa, @vera.beryl, @andrea_civeram, @lalokadeloslibros_84, @frikigems, @saydecastro7, @vane_vane82, @yessicm32, @andreacg17_, @duranmarinpatricia, @brendy23fire, @aidilibros, @inmabl, @hyedance, @nanibe81, @florifontarigo, @reinadesdel92, @mayraquinego, @anapaula.sahagun, @jessgoni, @claugian2, @melanimenacho, @miryamtorres79, @dariana.carvajal, @magdaly.medina, @irenecarrascoarmas, @ana_isabel1980, @iamjustjaki, @marquesita93books, @miriampines.rme, @dama_oscur4, @bea_guillomia, @cristinafeernaandez, @krisdelapinta, @janireysumundo, @books.and.chill_,

@jessy.cd2023, @alicia_de_juan_,@sandriitaa_88, @mariaslvarezgil, @mayte2275, @m_iratxe, @bea.segador, @ocupada_leyendo, @secretos_mamis_lectoras, @dianaieiks, @marigeligasparcasado, @roalvarezvidal, @maraaagargioniii, @esti.siempre.mejor, @elenamh_06, @lexturasfumy,, @makyhugo, @luciasurribas, @mamiypipi, @vir_books87, @gemmapastormateo, @nataliagbien, @criscriscrisf, @eva_murias, @lourdes.andresgarcia,@elis_aranda, @marcapaginas_coloras, @sara_ferret, @19diasy500libros, @cristina_segarra_escritora, @paradoxa_literaria, @finavg, @libroshistoriasyyo, @anitadevoradoradelibros, @alejandra_aef, @autorajessgonzalez, @sandysbooks_, @sonia_mori, @aurora_books23, @paulasalander, @patryhn, @brujuladelibros, @lomosyletras, @nuriysuslibros, @_mariili @lidiaarmariojimenez, @entremontonesdelibros, @tanyagode, @yaiza_trinidad, @fadeta_arual_lij, @lecturasfumy, @aroqs93, @gracesofbooks, @everybookpaidbypedro, @aniita22__, @pumpingmamaespanol, @geysha.books, @joyceipinero, @soniarh1981, @alba.d.munoz, @silvya_candeias, @albita21, @nanibooktok, @mer_cadillo.literario, @gabibennasar, @enganchadaaestelibro, @starrynight.bookss, @anamariaperbre, @mariina_valbuena, @m_isabelrn, @alaska_booksss, @la.xurdit, @makyhugo, @rocioro.87, @criskiss1981, @daisy_m_blue, @cr_tfc, @mariaurbistondo79, @thethingsoftessa, @yanilalfonso, @jana.mar.m, @zuleika5581, @ansumar20, @patrymalles, @lauriitaf_, @bymartacr_books, @cruella.devill.77, @liidiaagarciia7, @anukicas, @ariah.ro, @anxeastrar @samynight13 (Ari, Aida y Paula ❤️) , @carmenpo32, Peña Zorrilla Garrido, Adriana @adriviernes13, @sinte77 (Teresa, enfermera), @scarysyl, @jessy.cd2023, @tere_tr_, @rociomontin, @vadercup, @susyvl97, @lourdesgonzalez__, @carlamimi20, @nnoemi.books, @leyendo.a.ciegas1, @johannamartinez8895 @yue4405, @susanaperez13, @andreacm_books, @juditca_98 @arantxa_zgz, @sofiabooklover, @un_sofa_donde_leer, @adrinati, @vicks.polo, @niieves_bebes_, @rakel1297, @serezademunoz, @klienemu, @marquesmaar, @sonaiale, @susurros_a_un_diente_de_leon,

@skaikrubooks, @lor_13 @naiarasanchez.escritora, @patryblog, @juditprettynails, @juditconh.books, @magdaly.medina, @librosyestilo, @booksgarciia, @chariguerreroplata, @isilibris, @itswnd @rocio.booklover, @llibreslaura, @entrehilosynaranjos, @natycharly, @dianaieiks, @aerenbookss, @genuca15 @rociocasadoramirez, @mariasalvarezgil, @naaatt_24, @entre_rizos_y_hechizos, @marianalopezyap, @adrifielding7, @loslibrosdenuria, @nela.book, @cynthia_pagan, @silviaocanavillanueva, @rosazapi; @ackanechan1986; @vanesamayormartinez; @ranitasoria; @judit_costa88; @v.ani.f; @desireemoradr; @mar3_mar; @marta_oscar_max_rex, @luchya21;@melmey19; @paky10_cg; @dijey33; @joanamh86; @roxy_suh; @beatrizoldanher; @estelabm; @torrestar_; @caws_books; @ascensionsanchezpelegrin; @lapelirrojadelosrizos; @mi_tiempoentrepotingues; @kelaggmm; @laura162510gr; @monica_fan.page; @tamy181217; @soynutrimujer; @ness.a_f; @nefertrini73, @vidal_masnou; @gf.yoli; @gwenhwifarentrelibros; @carinaaa22.85; @yolimartinez82; @mamenbi75; @dianacgasco; @crisbetesponce; @rociosanchezfer_; @begosanroman.autora; @yolandafaura; @leirendolibros; @maria_00_5; @alanquesadavaca; @jessicac_2723; @buknookblog; @estefi_tri.mon; @miri_wendy85; @noelia71220; @savilamegias; @annl18; @1._estrellabonita; @angelesjimenez.fernandez

Y si me dejo a alguien, perdonadme, por favor. Me hace mucha ilusión que estéis aquí. Un fuerte abrazo, Anny.

Sobre el autor

Anny Peterson nació en Barcelona en 1983. Estudió Arquitectura e hizo un Máster en Marketing, Publicidad y Diseño Gráfico. Actualmente, vive con sus hijas y su pareja en Zaragoza.

Lectora acérrima del género romántico. Adicta a series y películas. Adicta a la salsa boloñesa y a la CocaCola Zero.

Encuentra todos mis libros en Amazon:

La Droga + dura I: Atrévete a probarla.
La Droga + dura II: Intenta dejarla.
La Mafia que nos une (Mafia 1)
El Poder de la Mafia (Mafia 2)
En el fondo, me tienes.
En el fondo, me quieres.
Vas a ser Mía.
Vas a ser Mío.
Voy a ser Tuyo.
Vas a ser Suya.
Vas a ser Suyo.
Vas a ser Eterno.
Yo, Superyó y Elle.
Loco, Sexi & Millonetis.
Loca, Sexi & Mentirosa.
ConsigueAlTío.com
ConsigueAlPadre.com
27AllStar.
Santa, este año… ¡voy a ser mala! - Editorial Mil Amores.
Cupido, este año… ¡quiero estar soltera!
Murphy, este año… ¡saldrá aún peor!
Novio a la Fuga
Maldito Mr. White
Maldito Mr. Black

Jaque al duque (Trilogía Kaissa I) - Editorial Grijalbo.
Dama Negra (Trilogía Kaissa II) - Editorial Grijalbo.
Jugada Maestra (Trilogía Kaissa III) - Editorial Grijalbo